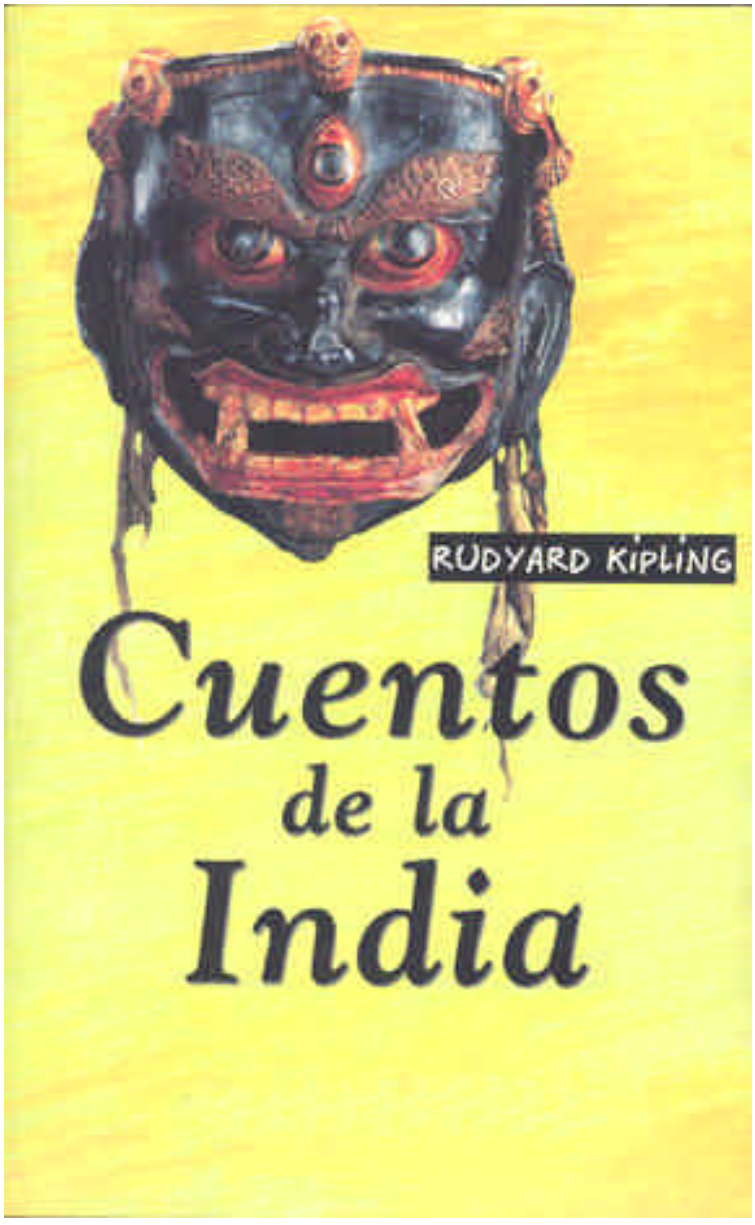
LIBRO dot.com



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

RUDYARD KIPLING

Cuentos de la India

ÍNDICE

La legión perdida
Al final del callejón
En el Rukh
Namgay Doola
Un trato en algodón
El cabeza de distrito
Un punto de vista
La ciudad de la noche pavorosa
A traves del fuego
Las finanzas de los dioses
El sueño de Duncan Parrenness
El pequeño Tobrah
La litera fantástica
La aldea de los muertos
El juicio de Dungara
La inundación
En la muralla

LA LEGIÓN PERDIDA

Cuando estalló el motín de la India, y muy poco antes del asedio de Delhi, un regimiento de caballería irregular indígena hallábase estacionado en Peshawar, en la frontera de la India.

Ese regimiento se contagió de lo que John Lawrence calificó por aquel entonces de “manía general”, y se habría pasado a los rebeldes si se le hubiera dado la ocasión de hacerlo. Esa ocasión no llegó, porque cuando el regimiento emprendió su marcha hacia el Sur, se vio empujado por el resto de su cuerpo de ejército inglés, que lo metió por las colinas del Afganistán, donde las tribus recién conquistadas se volvieron contra él lo mismo que lobos contra el macho que guía el rebaño de cabras. Fue perseguido, con el ansia de arrebatarle sus armas y equipo, de monte en monte, de cañada en cañada, pendiente arriba y pendiente abajo, por los cauces secos de los ríos y contorneando los grandes peñascos, hasta que desapareció lo mismo que desaparece el agua en la arena; ése fue el final de aquel regimiento rebelde y sin oficiales. El único rastro que queda hoy de su existencia es una lista de nombres escrita con limpia letra redondilla y autenticada por un oficial que firmó Ayudante del que fue regimiento de caballería irregular. El papel del documento está amarillo por efecto de los años y del polvo, pero en el reverso del mismo puédense leer aún las líneas escritas con lápiz por John Lawrence, que dicen así:

“Tómense las medidas necesarias a fin de que los dos oficiales indígenas que permanecieron leales no se vean desposeídos de sus tierras. — J. L.”

Sólo dos entre los seiscientos cincuenta sables estuvieron a la altura del deber, y John Lawrence halló tiempo para acordarse de sus merecimientos en medio de todas las angustias de los primeros meses de, la rebelión. Este episodio ocurrió hace más de treinta años, y los guerreros de las tribus del otro lado de la frontera del Afganistán que ayudaron a aniquilar el regimiento son en la actualidad ancianos. De cuando en cuando algún hombre de barba blanca habla de la parte que tuvo en la degollina, y suele decir:

“Cruzaron muy orgullosos la frontera, invitándonos a sublevarnos y a matar a los ingleses, para luego dirigirnos todos a participar en el saqueo de Delhi. Los ingleses sabían que aquellos hombres eran unos fanfarrones y que el Gobierno daría pronta cuenta de aquellos perros de las tierras bajas. En vista de ello, acogimos al regimiento de indostánicos con buenas palabras, y conseguimos que no se movieran de donde estaban hasta que los de las guerras encarnadas vinieron contra ellos encorajinados y furiosos. Entonces aquel regimiento se metió un poco más dentro por nuestros montes para escapar de la cólera de los ingleses, y nosotros tomamos posiciones en sus flancos, acechando desde las laderas de los montes hasta el momento en que estuvimos seguros de que tenían cortada la retirada. Entonces nos lanzamos sobre ellos porque queríamos despojarlos de sus ropas, de sus monturas, de sus rifles y de sus botas..., sobre todo de sus botas. Hicimos una gran matanza... Una matanza sin ninguna prisa.”

Al llegar a este punto, el anciano se frotará la nariz, agitará sus largos bucles retorcidos, se relamerá los labios barbudos y sonreirá hasta exhibir las encías de sus dientes amarillos. Luego seguirá diciendo:

“Sí; los matamos porque teníamos necesidad de su equipo y porque sabíamos que Dios había entregado sus vidas en nuestras manos para que pagasen el pecado que habían cometido... El pecado de haber sido traidores a la sal que habían comido. Cabalgaron arriba y abajo, por los valles, tropezando y dando tumbos en sus sillas, al mismo tiempo que vociferaban pidiendo a gritos misericordia. Nosotros los fuimos empujando lentamente, igual que a un rebaño, hasta que estuvieron todos reunidos en un solo lugar, en el valle llano y ancho de Sheor Kot. Muchos habían muerto de sed, pero quedaban todavía muchos más y eran incapaces de ofrecer resistencia. Nos metimos entre ellos, arrojándolos del caballo a tierra con nuestras manos hasta dos a un tiempo, y aquellos de nuestros muchachos que eran nuevos en el manejo de la espada los mataron. La parte que me correspondió en el botín fue ésta *y* ésta..., tantos fusiles *y* tantas monturas. En aquel entonces las escopetas eran muy apreciadas. Hoy robamos rifles que pertenecen al Gobierno y despreciamos las armas que no tienen el cañón rayado. Sí, sin duda alguna que borramos a aquel regimiento de la faz de la tierra, e incluso el recuerdo de aquella acción está ya casi olvidado. Pero dicen algunos hombres...”

Al llegar a este punto, el relato se corta bruscamente y resulta imposible averiguar qué dicen los hombres del otro lado de la frontera. Los afganos fueron siempre una raza muy callada y preferían con mucho cometer una mala acción a soltar prenda respecto a lo que habían hecho.

Permanecían tranquilos y se comportaban muy bien durante muchos meses, y de pronto, una noche cualquiera, sin decir palabra ni enviar advertencia, atacaban un puesto de Policía, rebanaban la cabeza a un par de guardias, se precipitaban sobre una aldea,

raptaban tres o cuatro mujeres y se retiraban, bajo el rojizo resplandor de las chozas que ardían, arreando delante de ellos el ganado vacuno y cabrío para llevárselo a sus montes desolados. En esas ocasiones el Gobierno de la India recurría casi a las lágrimas. Empezaba a por decir: "Por favor, sed buenos y os perdonaremos." La tribu que había tomado parte en el último desaguisado se llevaba colectivamente el dedo pulgar a la nariz y contestaba con rudeza. Entonces el Gobierno decía: "¿No sería preferible para vosotros que pagaseis una pequeña suma por aquellos pocos cadáveres que la otra noche dejasteis al retiraros?" Al llegar a ese punto la tribu contemporizaba, recurría a la mentira y a las fanfarronadas, y algunos de los hombres más jóvenes, simplemente para demostrar su desdén hacia la autoridad, realizaban otra incursión contra otro puesto de Policía y disparaban sus armas contra alguno de los fuertes construidos de barro en la frontera; si la suerte los acompañaba, mataban a algún oficial inglés auténtico. Entonces el Gobierno decía: "Tened cuidado, porque si os empeñáis en seguir esa línea de conducta perderéis con ello."

Si la tribu estaba bien enterada de lo que ocurría en la India, presentaba sus excusas o contestaba con rudeza, según que las noticias que poseía le indicaban si el Gobierno andaba atareado en otros menesteres o se hallaba en condiciones de dedicar toda su atención a las hazañas de la tribu. Había algunas tribus que sabían con exactitud hasta qué número de muertos podían llegar. Pero otras se exaltaban, perdían la cabeza y le decían al Gobierno que viniese a vérselas con ellos. El Gobierno, con dolor y lágrimas, y con un ojo puesto en el contribuyente británico de Inglaterra, que se empeñaba en considerar tales ejercicios militares como atropelladoras guerras de anexión, preparaba una costosa brigadilla de campaña *y* algunos cañones, *y* despachaba todo hasta los montes para arrojar a la tribu culpable fuera de sus valles en que crecía el maíz y obligarla a refugiarse en la cima de los montes, en donde no encontraban nada que comer. Entonces la tribu reunía todas sus fuerzas y entraba gozosa en campaña, porque sabía que sus mujeres serían siempre respetadas, que se cuidaría de sus heridos, sin someterlos a mutilaciones, y que en cuanto quedase vacío el talego de maíz que cada hombre llevaba a cuestas le quedaba siempre el recurso de rendirse y de entrar en tratos con el general inglés, a pesar de que se hubiesen conducido como auténticos enemigos.

Llegados a un acuerdo, y después que hubiesen pasado años, muchos años, la tribu pagaría al Gobierno el precio de la sangre, moneda a moneda, y entretendría a los hijos contándoles que habían matado a los soldados de guerrera roja por millares. El único inconveniente de esta clase de guerra excursionista era la debilidad de los hombres de guerreras rojas, que no llegaban jamás a volar solemnemente, a fuerza de pólvora, las torres fortificadas y los refugios de los rebeldes. Las tribus consideraban esta conducta como una ruindad.

Entre los jefes de las tribus más pequeñas —de aquellos clanes poco numerosos que conocían al penique el gasto que representaba poner en campaña contra ellos a las tropas blancas—, contábase un sacerdote—bandido jefe, al que vamos a llamar el Gulla Kutta Mullah. Sentía por los asesinatos de frontera un entusiasmo tal, que había llegado a convertirlos en obras de arte casi nobles. Mataba por pura maldad a un mensajero portador del correo, o atacaba con fuego de rifle un fuerte de barro en el momento en que, según él lo sabía, nuestros hombres necesitaban dormir. En sus épocas de descanso iba de visita a las tribus vecinas, esforzándolas por arrastrarlas a cometer actos malvados. Tenía,

además, una especia de hotel para los demás fugitivos de la justicia en su propia aldea, situada en un valle llamado Bersund. Todo asesino que se respetase a sí mismo tenía que recalar en Bersund, si había actuado por aquella parte de la frontera, porque todos consideraban esa aldea como lugar completamente seguro.

La única vía de acceso al valle era un estrecho desfiladero, que podía convertirse en trampa mortal en menos de cinco minutos. Estaba rodeado de altos montes, considerados inaccesibles para todos cuantos no hubiesen nacido en la montaña. Allí vivía el Gulla Kutta Mullah con gran pompa, como jefe de una colonia de casuchas de barro y de piedras, y no había casucha en que no colgasen como trofeos un trozo de guerrera roja o lo robado a algún muerto. El Gobierno tenía el más vivo interés en capturar a ese hombre, y en cierta ocasión lo invitó formalmente a que saliese del valle y se dejase ahorcar para responder de unos pocos de los asesinatos en que había participado de una manera directa. Pero él contestó:

— Yo vivo a sólo veinte millas, en un vuelo de cuervo, de vuestra frontera. Venid por mí.

El Gobierno le contestó:

— Algún día iremos, y será ahorcado.

El Gulla Kutta Mullah se olvidó del incidente. Sabía que la paciencia del Gobierno era tan larga como un día de verano; pero no había caído en la cuenta de que su brazo era tan largo como una noche de invierno. Meses después, cuando reinaba la paz en las fronteras y toda la India estaba tranquila, el Gobierno se despertó un instante de su sueño y se acordó del Gulla Kutta Mullah y de sus trece fugitivos de la justicia. Enviar contra él aunque sólo fuese un regimiento se había considerado como altamente impolítico..., porque los telegramas que se enviarían a Inglaterra lo convertirían en guerra seria... Eran tiempos en que había que obrar en silencio y con rapidez, y, sobre todo, sin derramar sangre.

Es preciso informar al lector de que en la frontera noroeste de la India se halla desparramada una fuerza militar de unos treinta mil hombres de infantería y de caballería, cuya misión consiste en vigilar calladamente y sin ostentación a las tribus que tienen frente a ellos. Van y vienen, en marchas y contramarchas, desde un pequeño puesto desolado hasta otro; lo tienen todo dispuesto para lanzarse al campo a los diez minutos de recibida la orden; la mitad de esa fuerza está siempre metida en un zafarrancho cuando la otra mitad acaba de salir del mismo, en un punto o en otro de la monótona línea; las vidas de esos hombres son tan duras como sus propios músculos, y los periódicos no hablan nunca de ellos. El Gobierno entresacó sus hombres de esta fuerza.

En una posición en que la Patrulla Montada Nocturna hace fuego como primer aviso a los malhechores, y donde los trigales se balancean en largas olas bajo nuestra fría luna norteña, estaban cierta noche los oficiales jugando al billar en la casa de paredes de barro del club, cuando le llegó la orden de que tenían que formar en el cuadrilátero de ejercicios para realizar un entrenamiento nocturno. Refunfuñaron y se dirigieron a sacar al aire libre a sus fuerzas, formadas por un centenar de ingleses, doscientos gurkhas y cosa de un centenar de jinetes de la mejor caballería indígena del mundo.

Cuando estuvieron formados en el cuadrilátero de maniobras se les comunicó, cuchicheando, que tenían que salir en el acto para cruzar los montes y caer sobre Bersund. Las tropas inglesas se apostarían alrededor de los montes, a un lado del valle;

los gurkhas se apoderarían del desfiladero y de la trampa mortal, y la caballería, después de un largo rodeo, saldría a espaldas del gran círculo de montañas y podría, si se ofrecía alguna dificultad, cargar cuesta abajo contra los hombres del Mullah. Pero había órdenes rigurosísimas de que de ningún modo hubiese lucha ni alboroto.

Tenían que regresar por la mañana al puesto, con sus cartucheras intactas, trayendo amarrados en medio de ellos al Mullah y a sus trece bandidos. Si salían con éxito de la empresa, nadie se enteraría de ella ni daría importancia a lo realizado; pero el fracaso equivaldría probablemente a una pequeña guerra fronteriza, en la que Gulla Kutta Mullah adoptaría el papel de jefe popular que hacía frente a una gran potencia atropelladora, y no el que verdaderamente le correspondía: el de un asesino vulgar de la frontera.

Reinó acto seguido el silencio, interrumpido tan sólo por el chasquido metálico de las agujas de las brújulas y de las tapas de los relojes, cuando los jefes de las columnas comparaban datos *y* marcaban situaciones y horas en que tenían que coincidir. Cinco minutos después el cuadrilátero de maniobras estaba desierto; las guerreras verdes de los gurkhas y los capotes de las tropas inglesas se habían esfumado en la oscuridad, y la caballería se alejaba al paso en medio de una llovizna cegadora.

Más adelante veremos lo que hicieron los ingleses y los gurkhas. La tarea más pesada correspondía a los hombres de a caballo, que tenían que hacer una larguísima caminata, desviándose de los lugares habitados. Muchos de los jinetes eran nacidos en aquella región y estaban ansiosos de pelear contra los de su propia sangre, y había algunos oficiales que habían realizado con anterioridad incursiones particulares y sin sello oficial por aquella zona montañosa. Cruzaron la frontera, encontraron el lecho seco de un río y avanzaron por él al trotecito, se metieron al paso por una garganta pedregosa, se arriesgaron, al amparo de la niebla, a cruzar un montecito bajo; contornearon otro monte, dejando las huellas profundas de los cascos en una tierra arada; avanzaron tanteando por otro lecho de río, salvaron a buen paso la garganta de una estribación, pidiendo a Dios que nadie oyese el relinchar de sus caballos, y de ese modo fueron avanzando entre la lluvia y la oscuridad hasta dejar Bersund y su cráter de colinas un poco atrás y hacia la izquierda; es decir, que había llegado el momento de torcer el rumbo. La cuesta del monte que dominaba la retaguardia de Bersund era escarpada, e hicieron alto para cobrar resuello en un valle ancho y llano que había debajo de la cima. En realidad, lo que ocurrió fue que los jinetes tiraron de la rienda; pero los caballos, a pesar de su fatiga, rehusaron detenerse. Se oyeron tacos irreverentes, tanto más irreverentes cuanto que se pronunciaban cuchicheando, y se escuchaba el crujir de las sillas en la oscuridad al dar empujones hacia adelante los caballos.

El suboficial que iba en la retaguardia de un grupo se volvió en su silla y dijo en voz muy baja:

— Carter, ¿qué diablos anda usted haciendo en la retaguardia? Haga subir a sus hombres.

Nadie contestó, hasta que un soldado dijo:

— Carter Sahib está en la vanguardia y no aquí. Detrás de nosotros no hay nada.

— ¡Ya está! exclamó el suboficial—. El escuadrón se está pisando su propia cola.

En ese momento, el comandante que mandaba la fuerza vino hacia la retaguardia, lanzando tacos entre dientes y pidiendo la sangre del teniente Halley, que era precisamente el suboficial que acababa de hablar, y al que el comandante habló así:

— No pierda de vista a su retaguardia. Se han extraviado algunos de sus condenados ladrones. Ellos están a la cabeza del escuadrón, y usted es un idiota por dondequiera que se le mire.

— ¿Daré orden a mis hombres de echar pie en tierra? — preguntó, huraño, el suboficial porque se sentía mojado y frío.

— ¿Que echen pie a tierra? —exclamó el comandante— ¡Vive Dios que lo que debe hacer es apartarlos a latigazos! Los está usted desperdigando por todo este lugar. ¡Ahora tiene usted a sus espaldas un grupo!

El suboficial dijo con serenidad:

—Eso es lo que yo también creía, pero todos mis hombres están aquí, señor. Sería mejor que hablase a Carter.

— Carter Sahib le envía un saludo y desea saber la causa de que el regimiento se haya detenido —dijo un jinete al teniente Halley.

— Pero ¿dónde diablos está Carter? —preguntó el comandante.

— Está ya en vanguardia, con su escuadrón —fue la respuesta.

— Pero ¿es que estamos paseándonos en círculo, o nos hemos convertido en el centro de toda una brigada? —exclamó el comandante.

Para entonces reinaba el silencio a lo largo de toda la columna. Los caballos permanecían tranquilos; pero por entre el susurro de la llovizna que caía, los hombres oían el pataleo de gran número de caballos que avanzaban por un terreno rocoso.

—Nos están siguiendo subrepticiamente —exclamó el teniente Halley.

— Aquí no tienen caballos, y, además, habrían hecho fuego para ahora —exclamó el comandante—. Son..., son los caballitos de los aldeanos.

—En ese caso nuestros caballos habrían relinchado hace ya rato, haciendo fracasar el ataque, porque deben llevar cerca de nosotros lo menos media hora —dijo el suboficial.

— Es cosa rara que nosotros no olfateemos los caballos —dijo el comandante humedeciendo un dedo y frotándolo contra su nariz, al mismo tiempo que olfateaba a contra viento.

— En todo caso, es un mal principio —dijo el suboficial sacudiendo la humedad de su capote—. ¿Qué haremos, señor?.

— Seguir adelante —dijo el jefe—. Hemos de echarle el guante esta noche.

La columna avanzó vivamente unos cuantos pasos. Luego se escuchó un taco, brotó una lluvia de chispas azules al chocar los cascos herrados sobre una cantidad de piedras pequeñas, y uno de los jinetes rodó por el suelo con un ruido metálico de todo el equipo, que habría sido suficiente para despertar a los muertos.

— Ahora sí que hemos hecho las diez últimas —dijo el teniente Halley—. Todos los que viven en la ladera del monte han debido despertarse, y tendremos que escalarlo haciendo frente a un fuego de fusilería. Estas son las consecuencias de intentar empresas nocturnas propias de chotacabras.

El jinete caído se levantó tembloroso y trató de explicar que su caballo había tropezado en uno de los montículos que con frecuencia es costumbre levantar con piedras sueltas en el lugar en que alguien ha sido asesinado. No hacía falta andarse con razones. El robusto corcel australiano del comandante fue el que tropezó a continuación, y la columna hizo alto en un terreno que parecía ser un auténtico cementerio de montículos, que tendrían todos unos dos pies de altura. No entramos en detalles de las maniobras del

escuadrón. Los jinetes decían que aquello producía la sensación de estar bailando rigodones a caballo sin previo entrenamiento y sin acompañamiento de música.

Por último, los caballos, rompiendo filas y guiándose por sí mismos, salieron de los túmulos y todos los hombres del escuadrón volvieron a formar y tiraron de la rienda de sus cabalgaduras algunas yardas más arriba, en la cuesta del monte. Entonces, según el relato del teniente Halley, tuvo lugar otra escena muy parecida a la que acabamos de describir. El comandante y Carter estaban empeñados en que no habían formado en las filas todos los hombres y que quedaban algunos en la retaguardia dando tropezones y produciendo ruidos metálicos entre los montículos de los muertos. El teniente Halley fue llamando por sus nombres otra vez a sus soldados y se resignó a esperar. Más adelante me contó lo que sigue:

— Yo no acertaba a comprender qué ocurría, y tampoco se me daba mucho de ello. El estrépito que armó aquel jinete al caer tenía que haber alarmado a toda la región, y yo habría jurado que éramos perseguidos furtivamente a retaguardia por un regimiento entero, por un regimiento que armaba un estrépito como para despertar a todo el Afganistán. Permanecía muy tieso en mi silla, pero no ocurrió nada.

Lo misterioso de aquella noche era el silencio que se observaba en la ladera del monte. Todos sabíamos que el Gulla Kutta Mullah tenía sus casitas de centinelas en la ladera exterior del monte, y todos esperábamos que para cuando el comandante se hubiese calmado a fuerza de tacos, aquellos hombres que estaban de guardia habrían abierto fuego contra nosotros. Al no ocurrir nada, se dijeron todos que las ráfagas de la lluvia habían amortiguado el ruido de los caballos, y se lo agradecieron a la Providencia. Por último, el comandante quedó convencido: a) de que no había quedado nadie rezagado entre los montículos, y b) de que no era seguido en la retaguardia por un cuerpo numeroso y fuerte de caballería. Los hombres estaban ya completamente malhumorados, los caballos estaban inquietos *y* cubiertos de espuma, *y* todo el mundo anhelaba la llegada del día.

Iniciaron la subida hacia lo alto del monte, llevando cada hombre con mucho tiento su montura. Antes que hubiesen salvado las cuestas inferiores, o de que hubiesen empezado a tensarse los petos, estalló a sus espaldas una tormenta de truenos que fue retumbando por los montes bajos y ahogando cualquier clase de ruido, como no fuese el de un disparo de cañón. El resplandor del primer relámpago puso a su vista las costillas desnudas de la ladera del monte, la cima, que se destacaba en un color azul acerado sobre el fondo del cielo negro; las líneas delgadas de la lluvia que caía, y a pocas yardas de su flanco izquierdo, una torre de guardia afgana, de dos pisos, construida de piedra, y a la que se entraba por una escalera que colgaba del piso superior. La escalera estaba levantada, un hombre armado de un rifle avanzaba el cuerpo fuera del antepecho de la ventana. La oscuridad y el trueno se echaron encima en ese momento, y cuando se restableció la calma gritó una voz desde la torre de guardia:

— ¿Quién va allá?

La caballería permaneció inmóvil, pero todos sus hombres empuñaron cada cual su carabina y se situaron a un costado de sus caballos. De nuevo gritó aquella voz:

— ¿Quién va allá? —y luego, en tono más agudo—: ¡Oh hermanos, dad la alarma!

Pues bien: cualquiera de aquellos jinetes habría preferido morir dentro de sus altas botas antes que pedir cuartel; pero la realidad es que la respuesta a la segunda intimación

Librodot

fue un largo gemido de: “¡Marf Karo! ¡Marf Karo!”, que significa “¡Tened compasión! ¡Tened compasión!” Eso fue lo que gritó el regimiento que trepaba.

Todos los hombres del cuerpo de caballería permanecieron mudos de asombro, hasta que los más fornidos empezaron a cuchichear entre sí:

— Mir Khan, ¿fue tu voz la que oí?... Abdullah, ¿fuiste tú quien llamó?

El teniente Halley permanecía en pie junto a su corcel, esperando. Mientras no sonase un tiro todo iba bien. El resplandor de otro relámpago iluminó aquel grupo de caballos jadeantes y de cabezas inquietas, y junto a ellos a los hombres de ojos como globos blancos, que miraban muy abiertos, y a la izquierda de ellos la torre de piedra. Esta vez no apareció cabeza alguna en la ventana; el tosco postigo, reforzado de hierro, capaz de resistir a un tiro de rifle, estaba cerrado. El comandante dijo:

— Avanzad. Por lo menos lleguemos a la cumbre.

El escuadrón avanzó dificultosamente; los caballos agitaban las colas y los hombres tiraban de las riendas, mientras rodaban por la pendiente las piedras y volaban por todas partes las chispas. El teniente Halley afirma que en toda su vida no oyó hacer tanto ruido a un escuadrón. Asegura que treparon como si cada caballo hubiese tenido ocho patas y otro caballo de reserva a sus espaldas. Ni aún entonces se oyó voz alguna en la torre de guardia, y los hombres se detuvieron agotados en el camellón de la cima, desde el que podía verse la sima tenebrosa dentro de la cual quedaba al aldea de Bersund. Se aflojaron las cinchas, se levantaron las cadenillas de las barbadas, se ajustaron las sillas de montar y los hombres se dejaron caer al suelo entre las piedras. Ocurriese lo que ocurriese, ellos ocupaban ahora una posición dominante para defenderse de cualquier ataque.

Cesaron los truenos, y con los truenos cesó la lluvia, y todos ellos se vieron envueltos por la oscuridad tupida y suave de una noche invernal antes que despuntase el día. Todo estaba en silencio, oyéndose únicamente el ruido del agua que corría por las cañadas de las laderas de la montaña. Oyeron el ruido que hizo al abrirse el postigo de la torre de guardia, que quedaba por debajo de ellos, y la voz del centinela, que gritaba:

— ¡Oh Hafiz Ullah !

El eco repitió varias veces la última sílaba: “¡la—la—la!” A esa llamada contestó el vigilante de la torre de guardia que se ocultaba al otro lado de la curva del monte:

— ¿Qué ocurre, Shahbaz Khan?

Shahbaz Khan contestó en el tono agudo que empleaban los montañeses:

— ¿Has visto?

El otro contestó:

— Sí, y que Dios nos guarde de los espíritus malos.

Hubo una pausa, y al cabo de ella se oyó gritar:

— Hafiz Ullah, estoy solo. Ven a hacerme compañia.

— Shahbaz Kahn, yo también estoy solo, pero no me atrevo a abandonar mi puesto.

— Eso es mentira; tienes miedo.

Hubo otra pausa más larga y a continuación:

— Tengo miedo. ¡No hables! Siguen todavía debajo de nosotros. Reza a Dios y duerme.

Los soldados de caballería escuchaban atónitos, porque no comprendían que por debajo de las torres de guardia hubiese otra cosa que tierra y piedra.

Shahbaz Khan empezó a gritar de nuevo:

— Están debajo de nosotros. Los veo. ¡Por amor de Dios, ven a hacerme compañía, Hafiz Ullah! Mi padre mató a diez de ellos. ¡Ven y hazme compañía!

Hafiz Ullah contestó en voz muy fuerte:

— El mío estuvo libre de pecado. Escuchad, vosotros, hombres de la noche: ni mi padre ni nadie de mi sangre tuvieron parte en aquel crimen. Shahbaz Khan, sufre tú tu propio castigo.

— Habría que tapar la boca a esos hombres, que están cacareando igual que gallos — dijo el teniente Halley, castañeteando debajo de su roca.

Apenas se había dado media vuelta para exponer a la lluvia la otra mitad de su cuerpo, cuando un afgano barbudo, de largas guedejas en tirabuzones, maloliente, que subía monte arriba a todo correr, cayó en sus brazos. Halley se sentó encima de él y le metió por la boca toda la empuñadura de la espada que cupo dentro de la misma. Luego le dijo alegremente:

— Si gritas, te mato.

El hombre estaba tan aterrorizado, que ni a hablar acertaba. Quedó en el suelo temblando y gruñendo. Cuando Halley le quitó de entre los dientes el puño de la espada, el afgano seguía sin poder articular palabra, pero se aferró al brazo de Halley, palpándolo desde el codo hasta la muñeca, y jadeando:

¡El Rissala! ¡El Rissala muerto! ¡Está allá abajo!

— No; el Rissala, el Rissala, vivo y muy vivo, está aquí arriba —dijo Halley soltando su brida de aguada y atando con ella las muñecas del afgano. ¿Cómo fuisteis tan estúpidos que nos dejásteis pasar?

— El valle está lleno de muertos —dijo el afgano—. Es mejor caer en manos de los ingleses que en las de los muertos. Allá abajo éstos van y vienen de un lado para otro. Los vi a la luz de los relámpagos.

Al cabo de un rato recobró un poco de serenidad, y dijo cuchicheando, porque Halley le tenía aplicada al estómago la boca de su pistola:

— ¿Qué es esto? Entre nosotros no hay guerra, y el Mullah me matará por no haber visto pasar a ustedes.

No tengas cuidado —le dijo Halley—. Venimos a matar a Mullah, con la ayuda de Dios. Le han crecido demasiado los colmillos. Nada te pasará a ti, a menos que la luz del día nos haga ver que tienes una cara que está pidiendo la horca por los crímenes cometidos... ¿Y qué es eso del regimiento muerto?

— Yo sólo mato del lado de acá de mi frontera — dijo el hombre, denotando un inmenso alivio—. El regimiento muerto está ahí abajo. Los hombres vuestros han debido de pasar por sus tumbas en la subida: son cuatrocientos hombres muertos sobre sus caballos, que tropiezan y dan tumbos entre sus propias sepulturas, entre los montecillos de piedra...; todos ellos hombres a los que nosotros matamos.

— ¡Fiu! —exclamó Halley—. Eso explica que yo haya maldecido a Carter y que el comandante me haya maldecido a mí. ¿De modo que son cuatrocientos sables, verdad? No es de extrañar que nosotros nos imaginásemos que se habían agregado a nuestra tropa un buen número de extras. Kurruk Shah —cuchicheó a un oficial indígena de pelo entrecano que estaba tumbado a pocos pasos de Halley—, ¿oíste hablar de un Rissala muerto entre estas montañas?

Kurruk Shah contestó con un glogloteo de risa:

— Desde luego que sí. ¿Cómo, de no haberlo sabido, habría pedido a gritos cuartel cuando la claridad del relámpago nos descubrió a los vigías de las torres, yo, que he servido a la reina durante veintisiete años? Siendo yo joven presencié la matanza en el valle de Sheor—Kot, ahí abajo, a nuestros pies, y conozco la leyenda que nació de ese hecho. ¿Pero cómo es posible que los fantasmas de los infieles prevalezcan contra nosotros los creyentes? Aprieta un poco más fuerte las muñecas de ese perro, Sahib. Los afganos son igual que las anguilas.

— Pero hablar de un Rissala muerto es decir una tontería —dijo Halley, dando un tirón a la muñeca de su cautivo—. Los muertos están muertos... Estate quieto, sag.

El afgano se retorció.

— Los muertos están muertos, y por esa razón van y vienen de un lado a otro por la noche. ¿Qué falta hace hablar? Nosotros somos hombres, *y* tenemos ojos y oídos. Ustedes dos pueden ver y oír a esos muertos al pie de la colina —dijo Kurruk Shah con mucha compostura.

Halley miraba asombrado y permaneció largo rato escuchando con atención. El valle estaba lleno de ruidos ahogados, como ocurre en todos los valles por la noche; pero sólo Halley sabe si él vio o escuchó cosas que se salían de lo natural, y no le gusta hablar acerca del tema.

Por último, cuando iba a despuntar el día, subió hacia lo alto un cohete verde lanzado en el lado opuesto del valle de Bersund, a la entrada del desfiladero, para hacer saber que los gurkhas ocupaban ya su posición. Una luz roja de la infantería, que estaba colocada a derecha e izquierda, respondió a la señal, y la caballería encendió una bengala blanca. Los afganos duermen hasta muy tarde durante el invierno, y era ya pleno día cuando los hombres de Gulla Kutta Mullah empezaron a salir de sus casuchas frotándose los ojos. Entonces vieron a hombres de uniformes verdes, rojos y pardos apoyados en sus fusiles y muy lindamente dispuestos alrededor del cráter de la aldea de Bersund, formando un cordón que ni siquiera un lobo habría sido capaz de romper. Se frotaron todavía más los ojos cuando un joven de cara sonrosada, que ni siquiera pertenecía al Ejército, sino que representaba al Departamento Político, avanzó monte abajo con dos ordenanzas, llamó con unos golpes a la puerta del Gulla Kutta Mullah y le dijo tranquilamente que saliese afuera y se dejase atar, para mayor comodidad durante el transporte. Este mismo joven fue de casucha en casucha, dando ligeros golpecitos con el bastón, aquí a un bandolero y allí a otro; en el momento en que lo señalaba con su bastón, cada uno de esos individuos era amarrado, y miraba con ojos de asombro y desesperanza a las alturas circundantes, desde las que los soldados ingleses miraban hacia el valle con despreocupación. Únicamente el

Mullah trató de desahogarse con maldiciones y frases gruesas, hasta que el soldado que le estaba amarrando las muñecas le dijo:

— ¡Ni una palabra más! ¿Por qué no saliste al frente cuando se te ordenó, en lugar de tenernos en vela toda la noche? ¡Vales menos que el barrendero de mi cuartel, viejo narciso de cabeza blanca! ¡Andando!

Media hora después las tropas se habían marchado de la aldea, llevándose al Mullah y a sus trece amigos. Los atónitos aldeanos contemplaban con dolor el montón de mosquetes rojos y de espadas hechas pedazos, diciéndose cómo habían podido ellos calcular tan equivocadamente la paciencia del Gobierno de la India.

Fue una operación pequeña y bonita, llevada a cabo limpiamente, y los hombres que en ella habían tomado parte recibieron una expresión, no oficial, de agradecimiento por sus servicios.

Sin embargo, yo creo que corresponde una buena parte del mérito a aquel otro regimiento cuyo nombre no figuró en la orden del día de la brigada y cuya mera existencia corre peligro de caer en el olvido.

AL FINAL DEL CALLEJÓN

Rojas son nuestras caras y plomo es el cielo,
de par en par las puertas del infierno,
y sus vientos furiosos están sueltos;
sube el polvo a la faz del firmamento
y bajan las nubes, sudario ardiendo
peso al subir y duras al posarse.
El alma humana pierde su alimento,
lejos de la pequeñez y el esfuerzo,
dolido el corazón, enfermo el cuerpo,
como polvo de un sudario se echa al vuelo
el alma, que se aparta de su carne,
como el cuerno del cólera, en su estruendo.

Himalayo

Cuatro hombres, cada uno con derecho «a la vida, a la libertad y a la conquista del bienestar», jugaban al whist sentados a una mesa. El termómetro señalaba —para ellos— ciento un grados de temperatura. La habitación estaba tan oscurecida que apenas era posible distinguir los puntos de las cartas y las pálidas caras de los jugadores. Un punkah viejo, roto, de calicó blanco, removía el aire caliente y chirriaba, lúgubre, a cada movimiento. Fuera reinaba la lobreguez de un día londinense de noviembre. No había cielo ni sol ni horizonte: nada que no fuese una calina marrón y púrpura. Era como si la tierra se estuviese muriendo de apoplejía.

De vez en cuando, del suelo se alzaban nubes de polvo rojizo, sin viento ni advertencia, que, como si fueran manteles, se lanzaban sobre las copas de los árboles resecos para bajar después. Entonces un polvo demoníaco y arremolinado se precipitaba por la llanura a lo largo de un par de millas, se quebraba y caía, aún cuando nada había que le impidiese volar, excepto una larga hilera de traviesas de ferrocarril blanqueadas por el polvo, un racimo de cabañas de adobe, raíles condenados *y* lonas, *y* un único bunalow bajo, de cuatro habitaciones, que pertenecía al ingeniero ayudante a cargo de la sección de la línea del estado de Gaudhari, por entonces en construcción.

Los cuatro, desnudos bajo sus pijamas ligerísimos, jugaban al whist con mal talante, discutiendo acerca de quién era mano y quién devolvía. No era un whist óptimo, pero se habían tomado cierto trabajo para llegar hasta allí. Mottram, del Servicio Indio de Topografía, desde la noche anterior, había cabalgado treinta millas y recorrido en tren

otras cien más desde su puesto solitario en el desierto; Lowndes, del Servicio Civil, que llevaba a cabo una tarea especial en el departamento político, había logrado escapar por un instante de las intrigas miserables de un estado nativo empobrecido, cuyo soberano ya adulaba, ya vociferaba para obtener más dinero que el aportado por los lamentables tributos de labriegos exprimidos y criadores de camellos desesperados; Spurtstow, el médico del ferrocarril, había dejado que un campamento de culis azotado por el cólera se cuidara por sí mismo durante cuarenta y ocho horas mientras él, una vez más, se unía a los blancos. Hummil, el ingeniero ayudante, era el anfitrión. No se arredraba y recibía a su amigos cada sábado, si podía acudir. Cuando uno de ellos no lograba llegar, el ingeniero enviaba un telegrama a su última dirección, a fin de saber si el ausente estaba muerto o con vida. Hay muchos lugares en Oriente donde no es bueno ni considerado permitir que tus amistades se pierdan de vista ni aún durante una breve semana.

Los jugadores no tenían conciencia de que existiese un especial afecto mutuo. Discutían en cuanto estaban juntos, pero experimentaban un deseo ardiente de verse, tal como los hombres que no tiene agua desean beber. Eran personas solitarias que conocían el significado terrible de la soledad. Todos tenían menos de treinta años: una edad demasiado temprana para que un hombre posea ese conocimiento.

— ¿Pilsener? —dijo Spurstow, después de la segunda mano, secándose la frente.

— No queda cerveza, lo siento, y apenas si hay soda para esta noche —dijo Hummil.

— ¡Qué organización tan lamentable! rezongó Spurstow.

— No tiene remedio. He escrito y telegrafiado, pero los trenes todavía no llegan con regularidad. La semana pasada se acabó el hielo, como bien lo sabe Lowndes.

— Me alegra no haber venido. Sin embargo, podría haberte enviado un poco, si lo hubiese sabido. ¡Uf! Hace demasiado calor para estar jugando tan poco científicamente ––dijo eso con una expresión de burla salvaje contra Lowndes, que sólo rió. Era difícil agraviarle.

Mottran se apartó de la mesa y echó una mirada por una hendija del postigo.

— ¡Qué día tan bonito! —dijo.

Sus compañeros bostezaron todos a la vez y se dedicaron a una investigación sin objetivo de todas las posesiones de Hummil: armas, novelas viejas, guarniciones, espuelas y cosas similares. Las habían manoseado docenas de veces antes, pero por cierto que no había nada más que hacer.

— ¿Has recibido algo nuevo? —dijo Lowndes.

— La Gazette of India de la semana pasada y un recorte de un periódico inglés. Mi padre me lo ha enviado; es bastante divertido.

— Otra vez uno de esos remilgados que se llaman a sí mismos miembros del Parlamento, ¿verdad? —dijo Spurstow que leía los periódicos cuando podía conseguirlos.

Sí. Escuchad esto. Se refiere a tu zona, Lowndes. El hombre estaba diciendo un discurso a sus votantes *y* exageró. Aquí hay un ejemplo: «Y afirmo sin vacilaciones que la Administración en India es la reserva, la más preciada de las reservas, de la aristocracia inglesa. ¿Qué obtiene la democracia, qué obtienen las masas, de ese país que, paso a paso, nos hemos anexado de modo fraudulento?. Yo respondo: nada, absolutamente nada. Es cultivado por los vástagos de la aristocracia con el ojo puesto tan sólo en sus propios intereses. Ellos se toman buen trabajo para mantener su espléndida escala de ingresos, para evitar o sofocar cualquier investigación sobre la índole y el comportamiento de sus

administraciones, en tanto que ellos mismos obligan al labriego desgraciado a pagar con el sudor de su frente todo el lujo en que se sumergen». —Hummil agitó el recorte por encima de su cabeza.

— ¡Bravo! ¡Bravo! —dijeron sus oyentes.

Entonces Lowndes, meditabundo, dijo:

— Daría... daría tres meses de mi paga para conseguir que ese caballero pasase un mes conmigo y viera cómo hace las cosas un príncipe nativo libre e independiente. El viejo Timbersides —ése era el apelativo irrespetuoso de un honrado y condecorado príncipe feudal — me ha hecho la vida imposible la semana pasada pidiéndome dinero. ¡Por Júpiter! ¡Su última proeza ha sido enviarme a una de sus mujeres como soborno!

— ¡Mejor para ti! ¿Aceptastes? —dijo Mottram.

— No, pero ahora pienso que tendría que haberlo hecho. Era una personita muy guapa, que no paró de contarme cuentos sobre la indigencia horrible que hay entre las mujeres del rey. Esos encantos hace casi un mes que no se compran ningún vestido nuevo, mientras el viejo quiere comprarse una carrindanga nueva en Calcuta, con adornos de plata maciza *y* faros de plata *y* chucherías de esa clase. He procurado hacerle entender que ya se ha jugado el desempate con los ingresos de los últimos veinte años y tiene que ir despacio. Es incapaz de comprenderlo.

— Pero tiene las cámaras del tesoro familiar para seguir adelante. Ha de haber por lo menos tres millones en joyas y monedas debajo de su palacio — dijo Hummil.

¡Encuentra tú a un rey nativo que perturbe su tesoro familiar! Los sacerdotes lo prohiben, como no sea a modo de recurso externo. El viejo Timbersides ha sumado algo así como un cuarto de millón al depósito a lo largo de su reinado.

— ¿De dónde sale la cosa? —dijo Mottram.

— Del pueblo. La situación de la gente bastaría para ponerte enfermo. He visto recaudadores que esperaban a que una camella lechera pariese su cría para llevarse a la madre como pago por atrasos. ¿Y yo qué puedo hacer? No consigo que los empleados judiciales me entreguen ninguna cuenta; no le arranco más que una sonrisa tonta al comandante en jefe cuando descubro que los soldados no cobran sus pagas desde hace tres meses, y el viejo Timbersides se echa a llorar cuando le hablo. Se ha dado a la bebida como un rey: coñac por whisky y Heidsieck en lugar de soda.

— Lo mismo que toma el Rao de Jubela. Hasta un nativo es incapaz de resistirlo por mucho tiempo — dijo Spurstow—. Se va a morir.

— Y estará bien. Después, me figuro, habrá un consejo de regencia, un tutor del joven príncipe, y se le devolverá su reino con lo acumulado en diez años.

— Con lo cual el joven príncipe, tras haber adquirido todos los vicios de los ingleses, jugará a hacer rebotes en el agua con el dinero, y en dieciocho meses destruirá el trabajo de diez años. Ya he visto esto mismo antes —dijo Spurstow—. Si estuviese en tu lugar, Lowndes, yo manejaría al rey con mano suave. Te odiarán lo bastante en cualquier caso.

— Eso está bien. El hombre que mira de lejos puede hablar de mano suave; pero no puedes limpiar la pocilga con una pluma mojada en agua de rosas. Se cuáles son mis riesgos, aunque nada ha ocurrido aún. Mi sirviente es un viejo patán y me prepara la comida. Es difícil que quieran sobornarle y yo no acepto comestibles de mis verdaderos amigos, como ellos se denominan a sí mismos. ¡Oh, es un trabajo pesado! Más me gustaría estar contigo, Spurstow. Hay caza cerca de tu campamento.

— ¿De veras? Creo que no. Unas quince muertes por día no inducen a un hombre a disparar contra otra cosa que no sea él mismo. Y lo peor es que esos pobres diablos te miran como si debieses salvarles. Sabe Dios que lo he intentado todo. Mi última prueba ha sido empírica, pero le salvó la vida a un viejo. Me lo trajeron aparentemente desahuciado, y le di ginebra con salsa de Worcester y cayena. Se curó con eso, pero no lo recomiendo.

— ¿Cuál es el tratamiento, en general? —dijo Hummil.

— Muy sencillo, por cierto. Clorodine, un comprimido de opio, clorodine, un colapso, nitrato, ladrillos en los pies y a continuación... la pira funeraria. Esto último parece ser lo único que termina con el problema. Se trata del cólera negro, ya sabéis. ¡Pobres diablos! Pero he de reconocer que Bunsee Lal, mi boticario, trabaja como un condenado. He recomendado que le asciendan si sale con vida de esto.

— ¿Y qué posibilidades tienes, amigo? —dijo Mottram.

— No lo se ni me importa demasiado; pero ya he enviado la carta. ¿Cómo te va a ti?.

— Sentado ante una mesa en la tienda y escupiendo encima del sexante para enfriarlo —dijo el topógrafo—. Me lavo los ojos para evitar oftalmías, que sin duda me pillaré, y trato de lograr que un ayudante comprenda que un error de cinco grados en un ángulo no es tan pequeño como parece. Estoy completamente solo, ya sabéis, y así estaré hasta que terminen los calores.

Hummil es un hombre de suerte —dijo Lowndes, echándose en una tumbona—. Tiene un techo de verdad—, aunque la lona del techo estaba rasgada, pero aún así era un techo su cabeza. Ve un tren cada día. Puede comprar cerveza, soda y hielo cuando Dios es clemente. Tiene libros, cuadros —eran recortes del Graphic— y la compañía del excelente subcontratista Jevins, además del placer de recibirnos todas las semanas.

Hummil sonrió con una mueca torva.

— Sí. Ha muerto. El lunes pasado.

— ¿Se suicidó? —dijo Spurstow con rapidez, señalando la sospecha que estaba en la mente de todos. No había cólera en torno a la sección de Hummil. Hasta la fiebre otorga a un hombre, al menos, una semana de gracia y la muerte repentina por lo común implica el suicidio.

— No enjuicio a ningún hombre con estas temperaturas — dijo Hummil —. Supongo que le afectó el sol, porque la semana pasada, después de marcharos vosotros, se acercó a la galería y me dijo que esa noche pensaba ir a su casa, a ver su mujer, en Market Street, Liverpool.

— Llamé al boticario para que le examinara y tratamos de acostarle. Al cabo de una hora o dos se restregó los ojos, y dijo que creía que le había dado un ataque y que esperaba no haber dicho nada poco cortés. Jevins tenía mucho interés en mejorar su situación social. Se parecía a Chucks en la forma de hablar.

— ¿Y entonces?

— Entonces se fue a su bungalow y empezó a limpiar su rifle. Le dijo al sirviente que iba a cazar por la mañana. Como es natural tocó el gatillo y se disparó una bala en la cabeza... por accidente. El boticario envió un informe a mi jefe y Jevins está enterrado por allí. Te hubiera telegrafiado, Spurstow, si hubiese sido posible que hicieras algo.

— Eres un tipo especial —dijo Mottram—. Si tú mismo hubieses asesinado al hombre, no podrías haber permanecido más callado al respecto.

¡Dios santo! ¿Qué importa? —dijo Hummil con calma—. Tengo que hacer buena parte de su trabajo de supervisión además del mío. Soy la única persona perjudicada. Jevins está fuera del tema, por puro accidente, desde luego, pero fuera al fin. El boticario iba a escribir una larga perorata sobre el suicidio. Nadie mejor que un babu para escribir tonterías interminables cuando se le presenta la ocasión.

— ¿Por qué no has permitido que se supiera que fue un suicidio? —dijo Lowndes.

No había ninguna prueba concluyente. En este país un hombre no tiene muchos privilegios, pero al menos hay que permitirle que haga un manejo torpe de su propio rifle. Además, algún día puede que yo necesite de un hombre que disimule algún accidente mío. Vive y deja vivir. Muere y deja morir.

— Tomo un comprimido —dijo Spurstow, que había observado de cerca la cara pálida de Hummil—. Toma un comprimido y no seas borrico. Este tipo de conversación es un simple juego. De todas formas, el suicidio se desentiende de tu trabajo. Si yo fuese Job multiplicado por diez, tendría que estar tan interesado en lo que *vaya a* ocurrir de inmediato que me quedaría para verlo.

— ¡Ah! He perdido esa curiosidad —dijo Hummil.

— ¿El hígado te funciona mal? —dijo Lowndes con interés.

— No. No puedo dormir, que es peor.

— ¡Por Júpiter que sí! —dijo Mottram—. A mí me ocurre de cuando en cuando, y el ataque tiene que irse por sí solo. ¿Tú qué tomas?

— Nada. ¿Para qué? No he dormido ni siquiera diez minutos desde el viernes por la mañana.

— ¡Pobre muchacho! Spurstow, tú deberías ocuparte del asunto —dijo Mottram—. Ahora que lo mencionas, tus ojos están algo irritados e hinchados.

Spurstow, que no había dejado de observar a Hummil, rió con ligereza.

— Ya le arreglaré después. ¿Os parece que hace demasiado calor para salir a cabalgar?

— ¿Para ir a dónde? dijo Lowndes, fatigado

Tendremos que marcharnos a las ocho y ya cabalgaremos lo suficiente entonces. Detesto cabalgar cuando tengo que hacerlo por necesidad. ¡Cielos! ¿Qué se puede hacer por aquí?

— Empezar otra partida de whist, cada punto un chick (se supone que un chick equivale a ocho chelines) y un mohur de oro la partida —dijo Spurstow con presteza.

— Póker. La paga de un mes entero para la banca, sin límites, y cincuenta rupias la apuesta. Alguien estará en la ruina antes que nos marchemos —dijo Lowndes.

— No puedo decir que me de gusto arruinar a ninguno de los de esta reunión —dijo Mottram—. No es muy estimulante y es una tontería —cruzó el cuarto hacia un viejo, deteriorado y pequeño piano de campaña, residuo del matrimonio que viviera en tiempos en el bungalow, y lo abrió.

— Hace mucho que no funciona —dijo Hummil—. Los sirvientes lo han hecho pedazos.

El piano estaba, en efecto, desafinado sin esperanzas, pero Mottram se ingenió para que las notas rebeldes llegaran a una especie de acuerdo, y de las teclas desniveladas surgió algo que podía haber sido alguna vez el fantasma de una canción popular de music—hall. Los hombres, desde sus tumbonas, se volvieron con evidente interés

mientras Mottram aporreaba con entusiasmo cada vez mayor.

¡Eso está bien! —dijo Lowndes—. ¡Por Júpiter! La última vez que oí esa canción fue en .el 79 aproximadamente, justo antes de partir.

— ¡Ah! —dijo Spurstow con orgullo—. Yo estaba en nuestra tierra en el 80 —y nombró una canción popular muy conocida por entonces.

Mottram la tocó bastante mál. Lowndes hizo una crítica y sugirió correcciones. Mottram pasó a otra cancioncilla, no de las de music—hall e hizo ademán de levantarse.

— Siéntate —dijo Hummil—, no sabía que la música entrara en tu composición. Sigue tocando hasta que no se te ocurra nada más. Haré que afinen el piano para la próxima vez que vengas. Toca algo alegre.

Muy simples en verdad eran las melodías que el arte de Mottram y las limitaciones del piano podían concretar, pero los hombres escuchaban con placer, y en las pausas hablaban todos a la vez de lo que habían visto u oído la última vez que habían estado en su tierra. Una densa tormenta de polvo se alzó fuera y barrió la casa, rugiendo y envolviéndola en una oscuridad asfixiante de medianoche, pero Mottram continuó sin prestar atención, y el tintineo loco llegaba a los oídos de los oyentes por encima del aleteo de la tela rota del techo.

En el silencio posterior a la tormenta, se deslizó desde las más personales canciones escocesas, que tarareaba a medias al tocar, hasta un himno vespertino.

— Domingo —dijo mientras asentía con la cabeza.

— Continúa. No te disculpes —dijo Spurstow.

Hummil se rió larga y estentóreamente.

—Tócalo, sea como sea. Hoy eres todo sorpresas. No sabía que tuvieses tal don de sarcasmo sutil. ¿Cómo es?

Mottram comenzó a tocar la melodía.

— El tiempo, al doble. Así pierdes el matiz de gratitud —dijo Hummil—. Tendría que ser como el tiempo de la Polka del saltamontes, así —y comenzó a cantar prestissimo:

Mi Dios, gloria a ti esta noche
por todas las bendiciones
de la luz.

— Esto demuestra que sentimos cuán bendecidos somos. ¿Cómo sigue?

Si de noche estoy tendido
en mi lecho, sin dormir,
que mi alma siempre tenga
su potencia puesta en ti,
y ningún sueño maligno
mi descanso turbará...

— ¡Más rápido, Mottram!

¡Ni las fuerzas me molesten

de esa hosca oscuridad!

— ¡Bah! ¡Qué viejo hipócrita eres!

No seas borrico —dijo Lowndes—. Estás en libertad de burlarte de cualquier otra cosa, pero no te metas con ese himno. En mi cabeza se asocia con los recuerdos más sagrados...

— Tardes de verano en el campo, vidrieras, la luz que se desvanece *y* tú *y* ella juntando vuestras cabezas sobre el libro de himnos —dijo Mottram.

— Sí, y un abejorro gordo que te daba en el ojo cuando volvíais a casa. El olor del heno y una luna grande como una sombrerera encima del pajar; murciélagos, rosas, leche y mosquitos —dijo Lowndes.

— También madres. Recuerdo a mi madre cantando para hacerme dormir cuando yo era un pequeñín —dijo Spurstow.

La oscuridad había invadido el cuarto. Podían oír cómo se removía Hummil en su silla.

— Por consiguiente —dijo con malhumor—, tú cantas el himno cuando estás a siete brazas de profundidad en el infierno. Es un insulto a la inteligencia de la divinidad pretender que somos algo más que rebeldes torturados.

— Toma dos comprimidos —dijo Spurstow—, es un hígado torturado.

— Hummil, el que siempre se muestra plácido, hoy está de mal humor. Lo siento por sus culis, mañana —dijo Lowndes, mientras los sirvientes traían las luces y preparaban la mesa para la cena.

Cuando estaban a punto de ocupar sus puestos ante miserables chuletas de cabra y un pudin ahumado de tapioca, Spurstow aprovechó la ocasión para susurrar a Mottram: « ¡Bien hecho, Davi! ».

— Cuida de Saúl, pues —fue la respuesta.

— ¿Qué estáis murmurando? —dijo Hummil, suspicaz.

— Sólo decíamos que como anfitrión eres condenadamente pobre. Este pájaro no se puede cortar —respondió Spurstow con una sonrisa dulce—. ¿Tú llamas cena a esto?

— No tiene remedio. ¿O acaso esperas un banquete?

Durante aquella comida, Hummil se aplicó con laboriosidad a insultar de modo directo y agudo a todos sus huéspedes, uno tras otro, y a cada insulto Spurstow daba un puntapié al ofendido por debajo de la mesa, pero no se atrevió a cambiar miradas de inteligencia con ninguno de ellos. La cara de Hummil se veía pálida y contraída, en tanto que sus ojos estaban dilatados de forma poco natural. Ninguno de los hombres soñó siquiera por un momento en responder a sus salvajes agresiones personales, pero tan pronto como terminó la cena se dieron prisa en partir.

— No os marchéis. Ahora os empezáis a animar, muchachos. Espero no haber dicho nada que os haya molestado. Sois unos demonios de susceptibilidad —después, cambiando la tesitura a una súplica casi abyecta, Hummil agregó—: ¿no iréis a marcharos, verdad?

En la lengua del bendito Jorrocks, donde ceno, duermo —dijo Supurstow—. Quiero echarles un vistazo a tus culis mañana, si no te importa. ¿Puedes hacerme un lugar para dormir, me figuro?

Los otros arguyeron la urgencia de sus diversas obligaciones del día siguiente y, tras

ensillar, partieron juntos, al tiempo que Hummil les rogaba que volvieran el domingo siguiente. Mientras se alejaban al trote, Lowndes abrió su pecho a Mottram.

— ... Jamás en mi vida he tenido tantas ganas de patear a un hombre en su propia mesa. Dijo que yo había hecho trampas en el whist y me recordó las deudas. ¡A ti te dijo en la cara que eres un mentiroso! No estás tan indignado como deberías.

— Oh, no —dijo Mottram—. ¡Pobre diablo! ¿Alguna vez habías visto al bueno de Hummil comportarse así o de una manera remotamente parecida?

— No es excusa. Spurstow me pateó las espinillas durante toda la cena, y por eso me controlé. De otro modo hubiese...

— No, no hubieses. Tendrían que haber hecho lo que ha hecho Hummil con respecto a Jevins: no juzgar a un hombre con estos calores. ¡Por Júpiter. El metal de las bridas me quema las manos. Galopemos un poco, y cuidado con las madrigueras de las ratas.

Diez minutos de galope extrajeron de Lowndes una observación sensata cuando se detuvo, sudando por todos los poros:

— Sí. Bueno hombre, Spurstow. Nuestros caminos se separan aquí. Nos veremos otra vez el domingo próximo, si el sol no me destruye.

— Me figuro que sí, a menos que el ministro de finanzas del viejo Timbersides se arregle para envenenarme alguna comida. Buenas noches y... ¡que Dios te bendiga!

— ¿Y qué pasa ahora?

— Oh, nada — Lowndes recogió la fusta y al tiempo que con ella rozaba el flanco de la yegua de Mottram, agregó—: tampoco tú eres mal muchacho, eso es todo y tras esas palabras, su yegua se lanzó al galope durante media milla y a través de la arena.

En el bungalow del ingeniero ayudante, Spurstow y Hummil fumaban juntos la pipa del silencio, observándose uno a otro con mucha atención. La capacidad de dar albergue de un soltero es tan elástica como simple su instalación. Un sirviente se llevó la mesa de la cena, trajo un par de rústicos camastros nativos, hechos de tiras entrelazadas dentro de un ligero marco de madera, puso sobre cada uno una estera de tela fresca de Calcuta, los colocó uno junto a otro, prendió con alfileres dos toallas al punkah, para que sus flecos no llegasen a tocar la nariz y la boca de los durmientes y anunció que las camas estaban preparadas.

Los hombres se acostaron, y pidieron a los culis que se ocupaban del punkah que, por todas las potencias del infierno, lo mantuviesen en movimiento. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas porque fuera el aire era un horno. Dentro, el ambiente estaba sólo a ciento cuatro grados, tal como lo probaba el termómetro, y pesado, a causa del olor de las lámparas de petróleo mal despabiladas; y ese hedor, sumado al del tabaco del país, los ladrillos de horno y la tierra reseca pone el corazón del hombre más vigoroso a la altura de sus pies, porque es el olor del Gran Imperio Indio cuando se convierte durante seis meses en una sola de tormento. Spurstow ahuecó las almohadas con habilidad, para estar reclinado y no tendido, con la cabeza a una altura mayor que la de sus pies. No es bueno dormir con una almohada baja en tiempo de calor, si tienes un cuello muy robusto, ya que se puede pasar de los ronquidos y gorgoteos vivos del sueño natural a la honda somnolencia del golpe de calor.

— Ahueca tus almohadas —dijo el médico, tajante, al ver que Hummil se preparaba para tenderse en posición horizontal.

La luz de la mariposa era tenue, la sombre del punkah ondulaba a través de la

habitación, y el roce de las toallas y el gemido leve de la cuerda que pasaba por un agujero de la pared la seguían. De pronto el punkah flaqueó, casi se detuvo. El sudor caía por la frente de Spurstow. ¿Debía salir a estimular al culi? El ventilador volvió a moverse con un salto brusco y un alfiler cayó de las toallas. Cuando estuvo otra vez en su lugar, un tam—tam comenzó a sonar en las líneas culis, con el latido firme de una arteria congestionada dentro de un cerebro febril. Spurstow se volvió y soltó un juramento suave. No hubo movimiento por parte de Hummil. El hombre se había acomodado con tanta rigidez como un cadáver, con los puños cerrados junto al cuerpo. Su respiración era demasiado rápida como para sospechar que dormía. Spurstow observó la cara rígida. Tenía las mandíbulas apretadas y una arruga en torno a los párpados temblorosos.

«Está lo más rígido que puede», pensó Spurstow. «¿Qué diablos le ocurre?».

— ¡Hummil!

— Sí —con la voz pastosa y forzada. ¿Puedes dormir?

— No.

— ¿Frente ardorosa? ¿La garganta hinchada o qué?

— Nada de eso, gracias. No duermo mucho, sabes.

— ¿Te encuentras mal?

Bastante mal, gracias. Se oye un tam—tam fuera ¿verdad? Al principio pensé que era mi cabeza... ¡Oh, Spurstow, por piedad, dame algo que me haga dormir... dormir profundamente, siquiera durante seis horas! —se enderezó de un salto, temblando de la cabeza a los pies . No logro dormir desde hace días y no lo puedo soportar... ¡no lo puedo soportar!

— ¡Pobre amigo !

— Eso no sirve. Dame algo que me haga dormir. Te aseguro que me estoy volviendo loco. No sé lo que digo durante la mayor parte del día. Hace tres semanas que tengo que pensar y deletrear cada palabra que me viene a los labios antes de atreverme a decirla. ¿No basta eso para enloquecer a un hombre? Ahora no veo con claridad y he perdido el sentido del tacto. Me duele la piel... ¡Me duele la piel! Haz que duerma. ¡Oh, Spurstow, por el amor de Dios, hazme dormir profundamente! No basta con adormilarme. ¡Haz que duerma!

— De acuerdo, muchacho, de acuerdo. Tranquilo, que no estás tan mal como piensas.

Rotos los diques de la reserva, Hummil se agarró a él como un niño aterrado.

— Me estás partiendo el brazo a pellizcos.

— Te partiré el cuello si no haces algo por mí. No, no he querido decir eso. No te enfades, amigo —se enjugó el sudor a la vez que luchaba por recobrar la compostura—. Estoy nervioso y desganado, tal vez tú puedas recetarme alguna mezcla soporífera..., bromuro de potasio.

— ¡Bromuro de bobadas! ¿Por qué no me lo has dicho antes? Suéltame el brazo y veré si tengo algo en la cigarrera para aliviar tus males —Spurstow buscó entre sus ropas de calle, subió la luz de la mariposa, abrió una pequeña cigarrera y se acercó al expectante Hummil con la más pequeña y frágil de las jeringas.

El último atractivo de la civilización —dijo— y algo que detesto usar. Extiende el brazo. Bien, tus insomnios no te han estropeado la musculatura. ¡Qué piel tan dura! Es como si le estuviera poniendo una inyección subcutánea a un búfalo. Ahora, en unos pocos minutos empezará a obrar la morfina. Échate y espera.

Una sonrisa de gusto puro y estúpido comenzó a invadir la cara de Hummil.

— Creo —susurró—, creo que me estoy yendo. ¡Dios! ¡Es realmente celestial! Spurstow, tienes que darme esa cigarrera para que te la guarde. Tú... —la voz calló mientras la cabeza caía hacia atrás.

— Ni por todo el oro del mundo —dijo Spurstow a la forma inconsciente—. Pues bien, amigo mío, los insomnios de esta clase son muy adecuados para debilitar la fibra moral en los pequeños asuntos de la vida y la muerte, de modo que me tomaré la libertad de inutilizar tus armas.

Descalzo, fue hasta el cuarto en que Hummil guardaba los arneses; sacó de su caja un rifle del calibre doce, un fusil automático y un revólver. A primero le quitó el disparador y lo escondió en el fondo de un baúl de arreos; al segundo le sacó el alza y de un puntapié la mandó bajo un gran armario. Abrió el tercero y le partió la mira de la empuñadura con el tacón de una bota de montar.

— Ya está —dijo mientras sacudía el sudor de las manos. Estas pequeñas precauciones al menos te darán tiempo para arrepentirte. Sientes demasiada simpatía por los accidentes con armas de fuego.

Cuando se levantaba del suelo, la voz pastosa y ronca de Hummil exclamó desde la puerta:

— ¡Idiota!

Era el tono de quienes hablan a sus amigos, en los intervalos de lucidez, poco antes de morir.

Spurstow se sobresaltó y dejó caer la pistola. Hummil estaba en el vano de la puerta, meciéndose entre carcajadas sin control.

Has estado muy bien, sin duda —dijo con lentitud, eligiendo cada palabra—. Por ahora, no me propongo darme la muerte con mis propias manos. Mira, Spurstow, eso no funciona. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer? —y un terror pánico le anegaba los ojos.

— Échate y aguarda un poco. Échate ahora mismo.

— No me atrevo. Sólo me dormiré a medias otra vez *y ya* no podré ir más allá. ¿Sabes? He tenido que hacer un esfuerzo para volver ahora. En general soy veloz como el rayo, pero tú me habías trabado los pies. Estuve a punto de quedarme.

— Oh, sí, comprendo. Ve y acuéstate.

— No, no es delirio, pero ha sido un truco despreciable para usarlo contra mí. ¿No sabes que podría haber muerto?

Tal como una esponja deja limpia una pizarra, así algún poder desconocido para Spurstow había borrado todo lo que definía como la cara de un hombre el rostro de Hummil, que, desde el vano, mostraba una expresión de inocencia perdida. Había vuelto en el sueño a una infancia amedrentada.

« ¿Irá a morirse ahora mismo? », pensó Spurstow, para agregar en voz alta:

— Bien, hijo. Vuelve a la camay cuéntamelo todo. No podías dormir. ¿Pero qué era todo el resto de disparates?

— Un lugar... un lugar allá abajo —dijo Hummil con simple sinceridad. La droga obraba sobre él en oleadas, llevándole del temor de un hombre fuerte al miedo de un niño, según recuperara el sentido o se embotase.

— ¡Dios mío! He temido eso durante meses, Spurstow. Me ha convertido las noches

en un infierno y sin embargo no soy consciente de haber hecho nada malo.

— Tranquilo; te daré otra dosis. Les pondremos fin a tus pesadillas, ¡tonto consumado!

— Sí, pero has de darme lo suficiente como para que no pueda alejarme. Hazme dormir profundamente, no dormitar. Porque entonces es difícil correr.

— Lo sé, lo sé. Yo mismo he pasado por eso. Los síntomas son tal como los describes.

— ¡Oh, no te burles de mí, maldito seas! Antes de tener este insomnio horrible, trataba de dormir sobre mi codo, y ponía una espuela en la cama para que pinchara si caía sobre ella. ¡Mira!

— ¡Por Júpiter! ¡El hombre está espoleado como un caballo! ¡El jinete ha sido la pesadilla con una venganza! Y todos le creíamos bastante sensato. ¡Que el cielo nos permita comprender! Quieres hablar, ¿verdad?

— Sí, a veces. No cuando tengo miedo. Entonces quiero correr. ¿A ti no te pasa eso?

— Siempre. Antes que te de la segunda dosis dime exactamente qué te sucede.

Hummil habló con susurros entrecortados casi diez minutos, durante los cuales Spurstow le miró las pupilas y pasó su mano ante ellas una o dos veces.

Al final del relato, reapareció la cigarrera de plata y las últimas palabras que dijo Hummil, mientras se echaba por segunda vez, fueron:

— ¡Hazme dormir profundamente, porque si me pillan, ¡me muero...! ¡Me muero!

Sí, sí, a todos nos pasa, tarde o temprano..., demos gracias al Cielo que ha establecido un límite para nuestras miserias —dijo Spurstow, a la vez que acomodaba las almohadas bajo la cabeza—. Se me ocurre que a menos que beba algo me iré yo antes de tiempo. He dejado de sudar, aunque el cuello de la camisa es un diecisiete.

Se preparó un te bien caliente, que es un buen remedio para los golpes de calor, si se toman tres o cuatro tazas en el momento oportuno. Después observó al dormido.

— Una cara ciega que llora y que no puede secarse los ojos, una cara ciega que le persigue por los corredores. ¡Hum! Está claro que Hummil tendría que obtener un permiso lo antes posible y, cuerdo o no, es evidente que se ha clavado esa espuela con crueldad. En fin, ¡que el cielo nos permita comprender!

— A mediodía Hummil se levantó; tenía mal sabor de boca pero los ojos límpidos y el corazón alegre.

— Anoche estaba bastante mal, ¿verdad?

— He visto hombres en mejores condiciones. Habrás cogido un principio de insolación. Oye: si te escribo un certificado médico estupendo, ¿pedirás un permiso de inmediato?

— No.

— ¿Por qué no? Si lo quieres.

— Sí, pero puedo aguantar hasta que el tiempo refresque.

— ¿Pero por qué, si te pueden reemplazar ahora mismo?

— Burkett es el único al que pueden enviar y es tonto de nacimiento.

— Oh, no te preocupes por el ferrocarril. Tú no eres imprescindible. Telegrafía para pedir un reemplazo, si es necesario.

Hummil se mostraba muy incómodo.

— Puedo esperar hasta, las lluvias — dijo Hummil, evasivo.

— No puedes. Telegrafía a la central para que envíen a Burkett.

— No lo haré. Si quieres saber de verdad por qué, Burkett está casado y su mujer acaba de tener un niño y está arriba, en Simia, por el fresco, y Burkett está en un buen puesto, que le permite ir a Simia de sábado a lunes. Esa pobrecita mujer no se encuentra del todo bien. Si Burkett fuese trasladado, ella procuraría seguirle. Si deja al niño, se morirá de preocupación. Si viene —y Burkett es uno de esos animalitos egoístas que siempre están hablando de que el lugar de la mujer está junto a su marido—, se morirá. Es cometer un asesinato traer a una mujer hasta aquí ahora. Burkett no tiene la resistencia de una rata. Si viniese aquí, le perderíamos, y sé que ella no tiene dinero; además, estoy seguro de que también ella moriría. En cierto sentido, yo estoy vacunado y no tengo mujer. Espera hasta que lleguen las lluvias y entonces Burkett podrá adelgazar aquí, le vendrá muy bien.

— ¿Quieres decir que te propones enfrentarte con... lo que te has enfrentado hasta que lleguen las lluvias?

— No será tan terrible, ahora que me has indicado el camino para salir de eso. Te puedo telegrafiar. Además, ahora que ya sé como meterme en el sueño, todo se arreglará. De todas formas, no puedo pedir un permiso. Eso es todo.

— ¡Mi excelente escocés! Pensaba que toda esa clase de cosas estaba muerta y enterrada.

¡Bobadas! Tú harías lo mismo. Me siento como nuevo, gracias a esa cigarrera. Te vas al campamento ahora, ¿verdad?

— Sí, pero trataré de venir cada dos días, si puedo.

— No estoy tan mal como para eso. No quiero que te molestes. Dales a los culis ginebra y ketchup.

— ¿O sea que te encuentras bien?

Preparado para luchar por mi vida, pero no para quedarme al sol hablando contigo. En marcha, amigo, ¡y que Dios te bendiga!

Hummil giró sobre sus talones para enfrentarse con la desolación y los ecos de su bungalow, y lo primero que vio, de pie en la galería, fue su propia figura. Una vez, antes, había visto una aparición similar, en momentos en que estaba agobiado por el trabajo y agotado por el calor.

— Esto está muy mal —dijo, frotándose los ojos—. Si eso se aleja de mí de pronto, como un fantasma, sabré que lo único que ocurre es que mis ojos y mi estómago no van bien. Si camina..., he perdido la cabeza.

Se acercó a la figura que, naturalmente, se mantenía a una distancia invariable de él, como ocurre con todos los espectros que nacen del exceso de trabajo. El fantasma se deslizó a través de la casa para disolverse en manchas que nadaban en sus ojos, tan pronto como llegó la luz llameante del jardín. Hummil se ocupó de su trabajo hasta la noche. Cuando entró a cenar se encontró consigo mismo sentado ante la mesa. La visión se puso de pie y salió a toda prisa. Excepto en que no proyectaba sombra, era real en todos los demás rasgos.

No hay persona viviente que sepa lo que esa semana reservó a Hummil. Un recrudecimiento de la epidemia mantuvo a Spurstow en el campamento, entre los culis, y todo lo que pudo hacer fue telegrafiar a Mottram, para pedirle que fuese al bungalow y durmiera allí. Pero Mottram estaba a cuarenta millas de distancia del telégrafo más

Librodot

cercano, y no supo nada de nada que no fuesen las necesidades de su tarea de topógrafo hasta que, a primera hora de la mañana del domingo, se encontró con Lowndes y Spurwtow, para dirigirse hacia el bungalow de Hummil y la reunión semanal.

— Espero que el pobre muchacho esté en mejores condiciones —dijo Mottram, desmontando en la puerta—. Supongo que no se ha levantado aún.

— Le echaré una mirada —dijo el médico—. Si está dormido no hay necesidad de despertarle.

Y un instante más tarde, por el tono de la voz de Spurstow al pedirles que entrasen, los hombres supieron lo que había sucedido. No había necesidad de despertarle.

El punkah todavía se agitaba sobre la cama, pero Hummil había dejado esta vida al menos tres horas antes.

El cuerpo yacía de espaldas, con los puños a los lados, tal como Spurstow lo había visto siete noches antes. En los ojos abiertos y fijos estaba escrito un terror que supera la capacidad de expresión de cualquier pluma.

Mottram, que había entrado por detrás de Lowndes, se inclinó sobre el muerto y le rozó la frente con los labios.

— ¡Oh, hombre de suerte, hombre de suerte! — susurró.

Pero Lowndes había observado los ojos, y se apartó temblando hasta el extremo opuesto del cuarto.

¡Pobre muchacho! ¡Pobre muchacho! Y la última vez que nos vimos me enfadé. Spurstow, tendríamos que haberle controlado. ¿Se ha...?

Con habilidad, Spurstow seguía investigando, para terminar con una búsqueda en toda la habitación.

— No, no lo ha hecho estalló—. No hay huellas de nada. Llamad a los sirvientes.

Llegaron, era ocho o diez, murmurando y mirando uno por encima del hombro del otro.

— ¿A qué hora se fue a la cama vuestro sahib? — dijo Spurstow.

— A las once o a las diez, creemos —dijo el sirviente personal de Hummil.

— ¿Se encontraba bien a esa hora? Pero tú no puedes saberlo.

— No se le veía enfermo, tal como se entiende la palabra. Pero había dormido muy poco durante tres noches. Lo sé porque le vi caminando largo rato, sobre todo en medio de la noche.

Mientras Spurstow extendía la sábana, una gran espuela de caza, recta, cayó al suelo. El doctor gimió. El sirviente de Hummil observó el cuerpo.

— ¿Qué piensas, Chuma? —dijo Spurstow al ver una expresión de la cara oscura.

— Hijo del cielo, en mi humilde opinión, el que era mi amo ha bajado a los Lugares Oscuros y allí quedó atrapado porque no pudo escapar tan rápido como es necesario. Tenemos la espuela como prueba de que luchaba contra el Terror. También he visto a hombres de mi raza hacer esto mismo con espinas, cuando les habían hechizado de modo que algo podía sorprenderles durante las horas de sueño, y no se atrevían a dormir.

— Chuma, eres tonto. Ve y prepara los sellos para ponerlos en las cosas del sahib.

— Dios ha hecho al hijo del cielo. Dios me ha hecho a mí. ¿Quiénes somos nosotros para preguntar por los designios de Dios?. Ordenaré a los otros sirvientes que se mantengan apartados mientras tú preparas la lista de los bienes del sahib. Son todos ladrones y querrán robar.

— Por lo que puedo deducir, ha muerto de..., oh, de cualquier cosa; paro cardíaco, golpe de calor o por alguna otra disposición divina —dijo Spurstow a sus compañeros—. Debemos hacer un inventario de sus efectos y demás cosas.

— Estaba muerto de terror —insistió Lowndes—

¡Mirad esos ojos! ¡Por piedad, no dejes que le entierren con los ojos abiertos!

— Fuera lo que fuese, ahora se ha librado de todos los problemas —dijo Mottram con suavidad.

Spurstow observaba los ojos abiertos.

— Venid —dijo—. ¿No véis algo allí?

— ¡No puedo mirar! —sollozó Lowndes—. ¡Tápale la cara! ¿Cual es el miedo que puede haber en el mundo capaz de convertir a un hombre en algo así? Es horrible. ¡Oh, Spurstow, tápalo!

— Ningún miedo... en la tierra —dijo Spurstow. Mottram se inclinó por encima del hombro de su amigo y miro con atencion.

— Lo único que veo es una mancha gris en las pupilas. Ya sabes que no puede haber nada allí.

— Así es. Bien, pensemos. Llevará medio día preparar cualquier clase de ataúd y debe de haber muerto hacia medianoche. Lowndes, amigo, ve fuera y diles a los culis que caven la tierra junto a la tumba de Jevins. Mottram, recorre la casa con Chuma y comprueba que se pongan los sellos en todas las cosas. Mándame un par de hombres aquí y yo me ocuparé del resto.

Cuando los sirvientes de brazos fornidos regresaron junto a los suyos, narraron una extraña historia acerca del sahib doctor que en vano había tratado de devolver la vida al amo mediante artes mágicas; por ejemplo, el sahib doctor, sosteniendo una cajita verde que hacía ruido delante de cada uno de los ojos del muerto, susurraba algo, desconcertado, antes de llevarse consigo la cajita verde.

El martillar resonante sobre la tapa de un ataúd no es algo agradable de oír, pero los que han pasado por la experiencia aseguran que es mucho más terrible el crujido suave de las sábanas, el roce repetido de las tiras de tela con que el que ha caído en el camino es preparado para su entierro, y se hunde poco a poco, mientras se deslizan las cuerdas, hasta que la forma amortajada toca el suelo, y no protestas por la indignidad de una ceremonia apresurada.

A último momento, Lowndes se vio asaltado por escrúpulos de conciencia.

— ¿Tienes que leer tú el servicio, del principio al fin? —dijo Spurstow.

Pensaba hacerlo. Tú eres mi superior como funcionario. Hazlo tú, si quieres.

— No se me había pasado por la cabeza. Sólo he pensado que tal vez podría venir un capellán de alguna parte... Me ofrezco a ir a buscarle ahora adonde sea, para ofrecerle algo mejor al pobre Hummil. Eso es todo.

— ¡Bobadas! —dijo Spurstow, mientras preparaba sus labios para decir las palabras tremendas que dan comienzo al oficio de difuntos.

Después del desayuno, fumaron una pipa en silencio, en memoria del muerto. Entonces Spurstow dijo, ausente:

No está en la ciencia médica.

— ¿Qué?

— Lo de cosas en los ojos de un muerto.

— ¡Por el amor de Dios, no hables de ese horror! —dijo Lowndes—. He visto morir de puro pánico a un nativo perseguido por un tigre. Yo sé qué es lo que ha matado a Hummil.

¡Qué sabes tú! Yo trataré de verlo —y el doctor se encerró en el cuarto de baño con una cámara Kodak. Después de unos minutos se oyó el ruido de algo que era destrozado a golpes y Spurstow reapareció, extremadamente pálido.

— ¿Tienes la foto? —dijo Mottram—. ¿Qué se ve?

— Era imposible, claro. No tienes por qué mirar, Mottram. He destruido los negativos. No había nada. Era imposible.

— Eso —dijo Lowndes, subrayando las palabras, mientras observaba la mano temblorosa que luchaba por encender la pipa —es una condenada mentira.

Mottram rió, incómodo.

— Spurstow lleva razón —dijo—. Los tres nos encontramos en tal estado que creíamos cualquier cosa. Por piedad, procuremos ser racionales.

No se habló durante largo rato. El viento caliente silbaba afuera y los árboles resecos sollozaban. Por fin, el tren diario, bronce reluciente, acero pulido y vapor a chorros, subió jadeante en medio del resplandor intenso.

— Será mejor que nos marchemos en el tren dijo Spurstow—. De vuelta al trabajo. He extendido el certificado. No podemos hacer nada más aquí, y el trabajo nos dará calma. Vamos.

Ninguno se movió. No es agradable viajar en tren en un mediodía de junio. Spurstow cogió su sombrero y su fusta y, desde la puerta, dijo:

Es posible que haya cielo,
y sin duda hay un infierno,
aunque aquí está nuestra vida,
por ventura, ¿no es así?

Ni Mottram ni Lowndes tenían respuesta para esa pregunta.

EN EL RUKH

El Hijo único dormía, soñando que sueña un sueño.
La postrer ceniza cae de la hoguera moribunda con el chasquido que arranca una chispa desprendida; el Hijo único despierta; grita en la noche profunda: "¿Nací de mujer acaso, descansé en pecho de madre?
Soñé en una piel hirsuta que me servía de abrigo.
¿Nací de mujer acaso y jugué de niño a solas?
Soñé en hermanos gemelos que jugando me mordían.
¿No comí pan de cebada, no lo humedecí en el cuenco?
Soñé en tiernos cabritillos que del establo traían,
antes que la luna salga pasarán horas oscuras...
¡Y yo como en pleno día veo aleros y tejados!
Distan leguas y más leguas las cataratas de Lena, donde acuden en rebaños los ciervos y

Librodot

los venados...
¿Cómo oigo yo los balidos del cervato tras la cierva?
Distan leguas y más leguas la cataratas de Lena, donde enlazan la montaña y el llano de tierra buena; ¡pero yo olfateo el viento húmedo y cálido, el viento que susurra en los trigales y aguija mi pensamiento."

(El Hijo único)

Entre las ruedas de la máquina del servicio público que gira a las órdenes del Gobierno de la India no hay ninguna más importante que la del Departamento de Bosques y Selvas. En sus manos está la repoblación forestal de toda la India, o lo estará cuando el Gobierno disponga de dinero para gastarlo. Los servidores de ese Departamento luchan a brazo partido con los torrentes de arena movediza y con las dunas que cambian de posición: las recubren de zarzas por los flancos, les ponen diques por delante y las sujetan en lo alto por medio de hierbas sufridas y de pinos espigados, de acuerdo con las normas de Nancy. Los hombres de ese Departamento son responsables de toda la madera que producen los bosques que el Estado posee en los Himalayas, los mismo que de las laderas peladas que los monzones barren hasta convertirlas en gargantas secas y en dolientes hondonadas; es decir, en otras tantas bocas que dicen a gritos el daño que puede producir el abandono. Realizan experimentos con batallones de árboles extranjeros y miman a los eucaliptos para que arraiguen y quizá para que acaben con la fiebre del Canal.

Lo más importante de las obligaciones que esos funcionarios tienen en las tierras llanas consiste en cuidar de que los espacios que sirven de cinturones para detener el fuego dentro de las reservas forestales se mantengan limpios, de manera que cuando llegue la sequía y el ganado se muere de hambre sea posible abrir de par en par la reserva a los rebaños de los aldeanos y permitir también que los habitantes mismos puedan recoger leña.

Podan y cortan para los depósitos de combustible del ferrocarril en las líneas que no emplean carbón; calculan el beneficio que producen sus plantaciones con una minuciosidad que llega a los cinco decimales; son los médicos y las parteras de los bosques de tecas colosales de la Alta Birmania, de los árboles gemelos de las junglas orientales y de las agallas del Sur. Pero siempre se encuentran embarazados por la falta de fondos.

Ahora bien: como los asuntos del funcionario de Bosques le obligan a permanecer lejos de los caminos trillados y de los puntos normales, aprende sabiduría en muchas cosas que no se refieren a la ciencia de los bosques: aprende a conocer a los habitantes de la jungla y sus fórmulas de cortesía; a cruzarse con el tigre, el oso, el leopardo, el perro salvaje y con toda la gama de animales cervales; pero no una o dos veces y tras mucho perseguirlos, sino constantemente y en el cumplimiento de sus obligaciones. Se pasa gran parte de su vida a caballo o en tiendas de campaña —como un amigo de los árboles recién plantados, como compañero de los rústicos guardabosques y de los velludos almadieros—, y llega un día en que los bosques, que muestran el sello de los cuidados que él les dedicó, lo sellan a su vez a él con su marca, y deja de cantar las pícaras canciones francesas que aprendió en Nancy y se torna silencioso, lo mismo que los seres silenciosos del bosque bajo.

Librodot

Gisborne, funcionario de Bosques y Selvas, llevaba ya cuatro años en este servicio. Al principio lo amaba sin llegar verdaderamente a comprenderlo, tan sólo porque le hacía vivir al aire libre *y* a caballo, *y* porque le revestía de autoridad. Luego se apoderó de él un aborrecimiento terrible a aquel servicio, y habría sido capaz de dar la paga de un año por vivir un mes la vida social que la India puede proporcionar. Vencida esta crisis, los bosques volvieron a adueñarse de Gisborne, y se sintió feliz por consagrarles sus servicios, de profundizar y ensanchar las trochas cortafuegos, de contemplar la neblina verde de sus plantaciones nuevas contrastando con el fondo del follaje más viejo, de limpiar el curso cegado de los arroyos *y* de sostener *y* reforzar el bosque en su lucha final allí donde retrocedía y sucumbía entre los altos cenizos. Eso cuando no se decidía a prender fuego a esas nieblas y veía cómo centenares de animales que tenían su cobijo entre ellas salían huyendo de las pálidas llamas en pleno día. Después el bosque volvía a reptar hacia adelante en líneas ordenadas de plantones sobre el suelo ennegrecido; y Gisborne, contemplándolo, experimentaba un sentimiento de satisfacción.

El bungalow de Gisborne, casita de muros enjalbegados y techo de bálago, dividida en dos habitaciones, alzábase en una extremidad del gran rukh y dominaba el panorama de éste desde su altura. No manifestaba Gisborne la pretensión de cultivar un jardín, porque el rukh avanzaba hasta su misma puerta, curvándose en forma de bosquecillo de bambúes por encima de la casa, hasta el punto de que cuando montaba a caballo se metía desde su terraza en el corazón del bosque sin necesidad de caminar por una carretera de coches.

Cuando Gisborne estaba en su casa, Abdul Gafur, su gordinflón mayordomo musulmán, se cuidaba de servirle las comidas, y el resto del tiempo se lo pasaba del mayordomo de charla con el pequeño grupo de servidores indígenas que tenían sus chozas en la parte posterior del bungalow. La servidumbre estaba compuesta de dos criados, un cocinero, un aguador y un barrendero, y nadie más. Gisborne limpiaba por sí mismo sus armas de fuego *y* no tenía perros. Los perros asustaban la casa, *y a* Gisborne le gustaba poder decir cuáles eran los lugares en que los súbditos de su reino se congregaban para abrevar a la salida de la luna, comer antes que despuntase el día y permanecer tumbados durante las horas de calor. Los batidores y guardabosques vivían muy lejos, dentro del rukh, en chozas, y sólo comparecían ante Gisborne cuando uno de ellos había sido lastimado por algún árbol que se había venido abajo o por algún animal selvático. En resumidas cuentas, Gisborne vivía solitario.

En la primavera, el rukh echaba muy pocas horas nuevas y permanecía seco y sin que el dedo del año le tocase, en espera de la lluvia. Lo único que entonces se advertía era un aumento en las llamadas de los animales y en sus rugidos en la oscuridad de las noches serenas; es decir, el estruendo alborotado de las luchas magníficas entre los tigres en celo, el bramar de los arrogantes ciervos machos o el ardoroso cortar maderas de algún viejo jabalí que aguzaba sus colmillos contra su tronco. Cuando tal cosa ocurría, Gisborne solía abandonar su pequeño y poco usado fusil, porque consideraba entonces pecado el matar. Durante el verano, mientras duraban los tremendos calores de mayo, el rukh se envolvía en neblina, y Gisborne permanecía al acecho para descubrir las primeras volutas de humo que delatarían un incendio en el bosque. Llegaban luego las lluvias con un bramido, y el rukh desaparecía entre las continuas invasiones de la bruma calurosa y las anchas hojas resonaban durante toda la noche bajo el tamborileo de las gruesas gotas de agua; llegaba

Librodot

de todas partes el ruido de las corrientes de agua, y de la jugosa vegetación verde, que crujía allí donde se veía sacudida por el viento, mientras que los relámpagos entretejían luminosidades por detrás del tupido follaje, hasta que el sol quedaba nuevamente libre y el rukh se alzaba con sus cálidos flancos humeantes hacia el firmamento recién lavado. Desde ese momento el calor y el frío seco daban a todas las cosas el color tigresco que antes tenían. Así es como Gisborne aprendió a conocer su rukh, y ese conocimiento le hizo sentirse muy feliz. Llegábale la paga todos los meses, pero era muy escasa la necesidad que él tenía de dinero. Los billetes de Banco se iban amontonando en el cajón donde guardaba las cartas que recibía de Inglaterra y la máquina de recargar cartuchos. Si algún dinero sacaba del cajón era para realizar una compra en el Jardín Botánico de Calcuta o para pagar a la viuda de algún guardabosques alguna cantidad que el Gobierno de la India no habría otorgado de ninguna manera para indemnizarla de la muerte de su marido.

Bueno era recompensar, pero también la venganza era necesaria, y Gisborne se vengaba cuando podía. Una noche —y como ésta había muchísimas— llegó jadeante y sin aliento un corredor a llevarle la noticia de que había aparecido el cadáver de un guarda forestal junto al arroyo de Kanve, con la sien destrozada, igual que si su cráneo hubiese sido la cáscara de un huevo. Gisborne se echó al bosque con el alba en busca del asesino. Los grandes cazadores que el mundo conoce son únicamente viajeros y de cuando en cuando soldados jóvenes. Los funcionarios de Bosques aceptan su shikar como parte de su diaria tarea y nadie se entera de ello. Gisborne marchó a pie al lugar del asesinato: la viuda lanzaba gemidos inclinada sobre el cadáver, que estaba tendido en un camastro, mientras dos o tres hombres se afanaban buscando huellas de pies en el suelo húmedo. Uno de los hombres dijo:

— Ha sido el Rojo. Yo tenía la seguridad de que llegaría un momento en que atacaría al hombre, a pesar de que dispone en la actualidad de caza suficiente, por mucha que sea la que necesite. Esto ha sido un acto de pura maldad.

Gisborne dijo:

— El Rojo tiene su cubil en las rocas, al otro lado de los árboles de sal.

Gisborne conocía al tigre del que ahora se sospechaba.

— En la actualidad, no sahib; en la actualidad no. El Rojo irá de un lado para otro, acometido de furia y batiendo el monte. Tenga presente que el primer asesinato se convierte siempre en triple asesinato. Nuestra sangre los enloquece. Quizá, en este mismo instante esté al acecho a espaldas nuestras.

— Es posible que se haya dirigido a la choza más próxima dijo otro de los hombres—. Está solamente a cuatro koss de aquí. 1Wallah! ¿Qué es esto?

Gisborne se volvió a mirar como todos los demás. Por el cauce seco de un arroyo avanzaba un hombre sin más ropa que el taparrabos ceñido a la cintura, pero venía coronado con una guirnalda de campanillas de la blanca enredadera llamada convólvulo. Caminaba con tal sigilo sobre los pequeños guijos, que hasta Gisborne se sobresaltó, a pesar de estar habituado al suave caminar de los rastreadores.

— El tigre que mató ha ido a beber, y en este momento se encuentra dormido al amparo de una roca más allá de esa colina —dijo el recién llegado, sin saludar siquiera.

Aquella voz era clara y tenía vibraciones de campanilla; es decir, era totalmente distinta del tonillo gimoteante de los indígenas, y también su rostro, cuando lo alzó al

Librodot

calor del sol, hubiera podido tomarse por el de un ángel extraviado entre los bosques. La viuda cesó en sus lamentos sobre el cadáver y miró con sus ojos redondos al desconocido, después de lo cual reanudó con redoblados ímpetus su obligación. El desconocido se limitó a preguntar.

— ¿Quiere el sahib que yo se lo muestre?

— Si está seguro... —empezó a decir Gisborne.

— Completamente seguro. Sólo hace una hora que lo vi... a ese perro. No le ha llegado todavía la hora de comer carne de hombre, porque le quedan aún doce dientes sanos en su malvada cabeza.

Los hombres que estaban arrodillados examinando las huellas de los pies se escabulleron silenciosamente por temor de que Gisborne les pidiese que le acompañasen, y el joven recién llegado dejó oír una risita entre dientes:

— Venid, sahib —exclamó, y giró sobre sus talones, echando a caminar delante de su compañero.

— No tan rápido. No puedo seguir ese paso — dijo el hombre blanco—. Detente ahí. Tu cara me es desconocida —agregó.

— Es muy posible, porque soy recién llegado a este bosque.

— ¿De qué aldea procedes?

— No tengo aldea. Llegué desde aquella dirección —al decirlo extendió su brazo en dirección al Norte. — ¿Eres entonces vagabundo?

— No, sahib. Soy un hombre que no pertenece a ninguna casta, y, a decir verdad, que carece de padre.

— ¿Cómo te llaman los hombres?

— Mowgli, sahib... ¿Y cual es el nombre del sahib?

— Soy el encargado de este rukh... y mi nombre es Gisborne.

— ¿Cómo es eso? ¿Acaso llevan aquí la cuenta de los árboles y de los tallos de hierba?

— Así es, en efecto; y lo hacemos para que vagabundos como tú no les prendan fuego.

— ¡Yo! Por nada del mundo causaría yo ninguna clase de daño a la jungla. Es mi hogar.

Se volvió a mirar a Gisborne con una sonrisa irresistible, y alzó una mano, advertidora.

Ahora, sahib, es preciso que avancemos con un poco de cautela. No hay necesidad de que despertemos a este perro, a pesar de que su sueño es bastante pesado. Quizá sería preferible que yo me adelantase solo y que lo trajese hacia el sahib siguiendo para ello la dirección favorable del viento.

— ¡Por vida de...! ¿Desde cuándo unos hombres desnudos llevan y traen a los tigres igual que si fuese ganado vacuno? —preguntó Gisborne, atónito ante la audacia de aquel hombre.

El joven volvió a sonreírse por lo bajo:

— En ese caso venid a la par mía y matadlo a vuestro modo con el grueso rifle inglés.

Gisborne avanzó en la huella de su guía, se retorció, anduvo a gatas, trepó y se agachó, pasando por todas las angustias de un rastreo en la jungla. Estaba colorado y goteando sudor cuando, por fin, Mowgli le invitó a alzar la cabeza *y* otear por encima de

una roca azulada *y* recocida que se alzaba en las proximidades de una minúscula charca de un montecito. El tigre estaba tumbado a sus anchas junto a la orilla del agua, limpiándose a lengüetazos su enorme garra y brazuelo delanteros. Era viejo, de dientes amarillos y bastante tiñoso; a pesar de lo cual, y en semejante encuadramiento, a pleno sol, resultaba muy respetable.

Tratándose del devorador de hombres, Gisborne no se dejaba llevar por falsas ideas de deportista. Aquel animal era una plaga y era preciso matarlo cuanto antes. Esperó hasta que se hubo sosegado su respiración, apoyó el rifle encima de la roca y silbó. La bestia giró despacio la cabeza a menos de veinte pies de la boca del rifle y Gisborne le metió dos balas, una en la paletilla y la otra un poco por debajo de un ojo, como quien cumple un menester corriente del oficio. A tan corta distancia los fuertes huesos no constituían defensa suficiente contra las balas desgarradoras.

— Bien; en todo caso, la piel no tiene valor alguno — dijo cuando se disipó el humo y la fiera pataleaba en los últimos estertores de la agonía.

— Una muerte de perro para el que era un perro —exclamó tranquilamente Mowgli––. La verdad es que no hay en esa carroña nada que merezca aprovecharse.

— Los bigotes. ¿No quieres llevarte los bigotes? —preguntó Gisborne, que sabía el valor que los batidores daba a tales cosas.

— ¿Yo? ¿Soy acaso un piojoso shikarri de la jungla para hacer juegos con el hocico de un tigre? Déjelo estar. Aquí llegan ya sus amigos.

Se oyó por encima de sus cabezas el silbido penetrante de un milano en el momento mismo en que Gisborne hacía saltar fuera del rifle los cartuchos vacíos y se enjugaba el sudor.

— Pues entonces, si tú no eres un shikarri, ¿dónde aprendiste a conocer a los tigres? ––preguntó el funcionario de Bosques—. Ningún rastreador lo habría hecho mejor que tú.

— Odio a todos los tigres —contestó secamente Mowgli—. Deme el sahib su rifle para que yo se lo lleve. ¡Arre, vaya si es magnífico! ¿Adónde se dirige ahora el sahib?

— A mi casa.

—¿Puedo ir yo también? No he visto nunca por dentro una casa de hombre blanco.

Gisborne regresó a su bungalow; Mowgli caminaba delante de él sin hacer el menor ruido, con su morena piel brillando bajo el calor del sol.

Mowgli se quedó mirando con curiosidad la terraza y las dos sillas que había en ella, palpó con recelo las cortinas de tiras de bambú y entró en la casa mirando siempre hacia atrás. Cayó con estrépito; pero casi antes que tocase en el suelo de la terraza, Mowgli había saltado fuera y permanecía en pie, con el pecho jadeante, al aire libre.

— Eso es una trampa —se apresuró a decir.

Gisborne se rió:

— Los blancos no ponemos trampas para cazar hombres. Por lo que veo, tú perteneces por completo a la jungla.

— Ahora caigo —dijo Mowgli—. No tiene ni retén ni caída. Yo..., yo no vi hasta hoy casas como ésta.

Entró de puntillas y miró con ojos atónitos los muebles de las dos habitaciones. Abdul Gafur, que estaba sirviendo el almuerzo, miró a Mowgli con profunda repugnancia.

— ¡Cuántas molestias para comer y cuántas molestias para tumbarse después de haber comido! —exclamó con una sonrisa Mowgli—. Nosotros lo hacemos mejor en la

selva. Esto es maravilloso. Hay aquí muchas cosas de gran valor... ¿No tiene miedo el sahib de que le roben? En mi vida he visto cosas tan asombrosas.

Al decir eso contemplaba un polvoriento plato de bronce de Benarés colocado sobre una destartalada consola.

— Sólo un ladrón de los que merodean en la jungla sería capaz de robar aquí —dijo Abdul Gafur, colocando con estrépito un plato encima de la mesa.

Mowgli abrió ojos de asombro y se quedó mirando fijamente al musulmán de blanca barba. Y le contestó alegremente:

— En mi país, cuando las cabras balan con demasiada fuerza, les cortamos el cuello. Pero no tengas miedo. Me marcho.

Se dio media vuelta y desapareció en el rukh. Gisborne le siguió con la mirada y rompió a reír con una risa que acabó en un leve suspiro. Pocas eran las cosas que podían despertar el interés del funcionario de Bosques fuera de las tareas normales de su cargo, y aquel hijo del bosque, que parecía conocer a los tigres tan bien como otras gentes conocen a los perros, habría podido ser para él una distracción. Por eso pensó:

"Es un tipo maravilloso; se parece a los grabados del Diccionario Clásico. Me habría gustado tomarlo de portaescopetas mío. No tiene gracia vagabundear solo, y este individuo habría resultado un perfecto shikarri. ¡Qué diablos será!"

Aquel anochecer se sentó Gisborne en la terraza contemplando las estrellas y fumando mientras dejaba vagar sus pensamientos. De la cazoleta de la pipa salió en volutas una vaharada de humo. Cuando éste se disipó, Gisborne vio a Mowgli sentado en el borde de la terraza con los brazos cruzados. Ni un fantasma se habría encaramado más silenciosamente. Gisborne sufrió un sobresalto y dejó caer la pipa.

— Por allá, en el rukh, no hay ningún hombre con el que uno pueda hablar, y por eso vine —dijo Mowgli; recogió la pipa del suelo y se la devolvió a Gisborne.

— ¡Oh! —exclamó el funcionario de Bosques, y después de una larga pausa agregó—: ¿Qué pasa por el rukh? ¿Encontraste algún otro tigre?

— Los nilghais, según tienen por costumbre, han cambiado de pastizales con la luna nueva. Los jabalíes pastan ahora cerca del río Kanye, porque no alternan con los nilghais, y una de las jabalinas ha sido muerta por un leopardo entre las hierbas altas del nacimiento del manantial. Eso es todo lo que sé.

— ¿Y cómo te enteraste de estas cosas? —le preguntó Gisborne, echándose hacia adelante y clavando la vista en aquellos ojos, que centelleaban a la luz de las estrellas.

— ¿Cómo me voy a enterar? El nilghai tiene sus uso y hábitos, y cualquier niño sabe que el jabalí no pasta donde pasta aquél.

— Pues yo no lo sabía —dijo Gisborne.

— ¡Vaya, vaya! ¿Y es usted quien está al cuidado de todo este rukh, según me han dicho los hombres que viven en las cabañas?

Mowgli se rió por lo bajo. Gisborne, al que aquella risita había escocido, le replicó:

— Puedes hablar y contar consejas de muchachos, diciendo que en el rukh ocurre esto o lo otro, porque nadie puede desmentirte.

— Por lo que se refiere al cadáver de la jabalina, mañana le mostraré los huesos —contestó Mowgli, imperturbable—. Por lo que hace a los nilghais, si el sahib quiere quedarse donde está, sin hacer el menor ruido, yo haré que venga hasta aquí un nilghai; de ese modo, si el sahib escucha con atención los ruidos, podrá decir desde dónde ha

venido el nilghai.

—Mowgli, la selva te ha enloquecido —dijo Gisborne—. ¿Quién es el hombre capaz de conducir un nilghai a donde él quiere?

— Quieto y en silencio... Quédese aquí quieto y en silencio. Voy a ello.

—¡Vive Dios que este hombre es un fantasma! —exclamó Gisborne, porque Mowgli se había esfumado en la oscuridad y no se oía ruido de pisadas.

El rukh se extendía en grandes pliegues aterciopelados bajo el indeciso brillo del polvo de estrellas; era tal el silencio, que las más leves vaharadas de la brisa, al circular entre las copas de los árboles, llegaban al oído igual que Wrespiración sosegada de un niño dormido. Abdul Gafur producía tintineos de vajilla en la casa de la cocina, y Gisborne le gritó:

— ¡Eh! ¡No hagas ruido!

Luego se dispuso a escuchar como lo hace quien está habituado al silencio del rukh. Gisborne había sabido mantener el respeto de sí mismo dentro de su aislamiento, y todas las noches se vestía de etiqueta para cenar; la blanca pechera almidonada producía un leve crujido rítmico al compás de la respiración, hasta que Gisborne se ladeó un poco. Luego se produjo un runruneo del tabaco de la pipa, que no tiraba del todo bien, y Gisborne la apartó de sí. Desde ese instante, fuera del aliento de la brisa, todo estaba mudo en el rukh.

Desde una lejanía inconcebible, y como arrastrándose por tinieblas sin límites, llegó el eco débil, apagado, del ulular de un lobo. Luego volvió a reinar un silencio que pareció durar horas interminables. Por fin, cuando ya sus piernas habían perdido, de las rodillas para abajo, la sensibilidad, Gisborne oyó lo que podía pasar por el crujido de algo que se abría paso por entre el monte bajo a grandísima distancia. Se quedó dudoso, hasta que volvió a oírlo una y otra vez. Entonces se dijo entre dientes:

— Viene del Oeste; por ese lado ocurre algo.

El ruido fue aumentando de volumen... Un crujido tras otro, un impulso tras otro hacia adelante..., acompañado del jadeo espeso de un nilghai que se ve perseguido muy de cerca, que huye, presa de pánico espantoso, sin preocuparse de la dirección que lleva.

Un bulto saltó desatinado de entre los troncos de los árboles, se dio media vuelta, volvió a girar en sentido inverso, gruñendo, y después de un pataleo en el suelo desnudo, se irguió casi al alcance de la mano de Gisborne. Era un nilghai macho, que goteaba relente, colgándole de la crucera un tallo de enredadera arrancado en su fuga, con los ojos brillantes reflejando la luz de la casa. El animal se detuvo al ver al hombre, huyó contorneando los bordes del rukh y se fundió en la oscuridad.

La primera idea que acudió a la mente desconcertada de Gisborne fue lo indecoroso de aquella acción de apartar al corpulento macho azul del rukh para someterlo a una inspección..., el hacerle correr en la noche, que le pertenecía por derecho.

Y de pronto, cuando miraba aún con ojos atónitos, una voz dijo con suavidad a su oído:

— Vino desde el manantial, donde estaba dirigiendo a su manada. Desde el Oeste vino. ¿Me cree el sahib ya, o será preciso que le traiga toda la manada para que la recuente?. El sahib es quien tiene a su cuidado el rukh.

Mowgli había vuelto a sentarse en la terraza y respiraba un poco agitadamente. Gisborne se le quedó mirando con la boca abierta y preguntó:

— ¿Cómo te las arreglaste?

— Ya lo vio el sahib. El macho se dejó guiar..., se dejó guiar lo mismo que un búfalo... ¡Ajajá!... Cuando se haya vuelto a reunir con su manada tendrá una bonita historia que contar.

— Ese truco tuyo es nuevo para mí. ¿Eres, pues, capaz de correr tan ligero como un nilghai?

— Ya lo ha visto, sahib. Si en cualquier momento desea el sahib noticias más concretas de las andanzas de la caza, cuente conmigo, con Mowgli. Este es un buen rukh y pienso quedarme en él.

— Quédate, pues, y si en cualquier momento te hace falta una comida, mis criados te la servirán.

Mowgli se apresuró a contestar:

Acepto el ofrecimiento, porque me gustan los alimentos cocinados. Nadie puede afirmar que yo no como la carne cocida y la asada tan a gusto como cualquier otro hombre. Vendré por esa comida. Yo, por mi parte, doy seguridad al sahib de que podrá dormir sin riesgo alguno en su casa por la noche y que ningún ladrón la violentará para llevarse sus ricos tesoros.

La conversación se cortó por sí misma con la brusca marcha de Mowgli. Gisborne permaneció largo rato sentado y fumando. El resultado de sus meditaciones fue llegar a la conclusión de que en Mowgli había encontrado, por fin, el batidor y guardabosques ideal que tanto él como el Departamento venían buscando desde siempre...

“Tendré que arreglármelas de un modo u otro para meterlo en la plantilla oficial. El hombre capaz de guiar a un nilghai tiene que saber acerca del rukh más que cincuenta hombres juntos. Ese hombre es un prodigio —un lusus naturae ^—, y no hay más remedio que hacer de él un guardabosques, si consigo que se asiente en un lugar.”

Eso se dijo Gisboner. La opinión de Abdul Gafur fue menos favorable para Mowgli. Aquella noche, cuando Gisborne se acostaba, Abdul Gafur le confió su creencia de que era más probable que los individuos que venían de Dios sabe dónde fuesen ladrones profesionales, y que a él, personalmente, no le agradaban los individuos descastados y desnudos que no hablaban con el debido respeto a los blancos. Gisborne se echó a reír y le ordenó que se retirase a sus habitaciones, cosa que Abdul Gafur hizo refunfuñando. Avanzada la noche se le ocurrió levantarse de la cama y azotar a su hija, de trece años. Nadie supo la causa de la disputa entre ambos. Pero Gisborne oyó los llantos.

Mowgli fue y vino como una sombra durante los días siguientes. Hablase establecido con sus selváticos elementos caseros cerca del bungalow, aunque en el borde del rukh, en un lugar donde Gisborne, cuando salía a la terraza para respirar un poco de aire fresco, lo veía algunas veces sentado bajo el claror de la luna, con la frente apoyada en las rodillas o tumbado a lo largo de una rama, apretujado contra el arranque de la misma, igual que hacen de noche algunos animales. Mowgli le enviaba desde allí un saludo, deseándole sueño tranquilo, cuando no se dejaba caer a tierra y se acercaba para contarle relatos prodigiosos de las costumbres de los animales del rukh. En cierta ocasión se metió en las cuadras y lo encontraron contemplando los caballos con profundo interés. Esto hizo que Abdul Gafur dijese con mala intencion:

— He ahí una señal segura de que un día u otro robará un caballo. ¿Por qué, viviendo como vive alrededor de esta casa, no se encarga de una ocupación honrada? En cambio,

siempre anda vagabundeando de aquí para allá lo mismo que un camello suelto, trastornando las cabezas de los necios y haciendo que las mandíbulas de los tontos se abran a la estupidez.

Por esa razón Abdul Gafur daba órdenes dura a Mowgli cuando ambos se encontraban, y le mandaba traer agua y quitar las plumas a las gallinas, cosas que Mowgli hacía riéndose despreocupadamente. Abdul Gafur decía:

— No tiene casta. Es capaz de hacer cualquier cosa Sahib, cuide usted de que no se pase de la raya. La culebra es siempre culebra y un vagabundo de la jungla es ladrón hasta la muerte.

Gisborne le contestó:

— Cállate entonces. Yo te permito imponer correcciones a los miembros de tu propia casa, siempre que no se arme demasiado barullo, porque conozco tus hábitos y costumbres. Tú no conocer las mías. Sin duda alguna que el hombre está un poco loco.

— Muy poco loco, desde luego —dijo Abdul Gafur —. Pero *ya* veremos qué sale de todo ello.

Pocos días después Gisborne tuvo que recorrer el rukh por espacio de tres días para ocuparse en cuestiones de su cargo. Abdul Gafur quedó en casa porque era anciano y gordinflón. No estaba conforme con dormir en las chozas de los batidores, y tenía propensión a exigir en nombre de su amo ciertas contribuciones de cereales, aceite y leche a personas para las que semejantes generosidades resultaban gravosas. Gisborne salió a caballo al alborear el día: iba un poco molesto porque el hombre de los bosques no estaba en la terraza para salir en su compañía. Le agradaba el muchacho...; le agradaban su fortaleza, su agilidad, su caminar silencioso y su ancha sonrisa, siempre a mano, y le agradaba su ignorancia de todos los formulismos ceremoniosos y de saludo, lo mismo que las historias infantiles que le contaba (y que Gisborne creía ahora) de lo que los animales selváticos hacían en el rukh. Después de cabalgar una hora por entre el verdor, oyó detrás un pequeño rozamiento, y descubrió a Mowgli, que trotaba junto a su estribo.

— Tenemos por delante tres días de tarea entre las nuevas plantaciones de árboles dijo Gisborne.

— Perfectamente —dijo Mowgli*. Siempre es bueno mimar a los árboles jóvenes, porque ofrecen refugio cuando las bestias no los atacan. Es preciso que volvamos a expulsar a los jabalíes.

— ¿Que volvamos? ¿Cómo se entiende eso? preguntó Gisborne sonriente.

— Es que la noche pasada andaban hozando y afilando los colmillos entre los sal jóvenes, y yo los arrojé de allí. Por esta razón no acudía esta mañana a la terraza. Habría que impedir que los jabalíes anden por este lado del rukh. Tenemos que obligarlos a que permanezcan debajo del manantial del río Kanye.

— El hombre capaz de pastorear las nubes podría hacer eso que dices; pero, Mowgli, si eres como dices pastor en el rukh sin buscar ganancia ni paga...

— Es que este rukh es del sahib —contestó rápidamente Mowgli, alzando la cabeza para mirarle.

Gisborne se lo agradeció con un movimiento de cabeza, y siguió diciendo:

— ¿No sería preferible trabajar por una paga del Gobierno? Cuando se sirven muchos años al Gobierno, éste paga una pensión.

— He pensado en ello —dijo Mowgli—; pero los guardabosques viven en chozas de

puertas cerradas, y todo eso me resulta algo así como una trampa. Sin embargo, yo creo...

— Piénsalo bien y comunícame más tarde lo que hayas resuelto. Nos detendremos aquí para almorzar.

Gisborne echó pie a tierra, sacó su almuerzo de las alforjas, de fabricación casera, y observó que el día se presentaba caluroso sobre el rukh. Mowgli estaba a su lado tumbado en la hierba y mirando fijamente hacia el firmamento.

De pronto exclamó, en un cuchicheo perezoso:

— Sahib, ¿habéis dado orden el bungalow de que saquen hoy la yegua blanca?

— No; está gorda y vieja, y, además, cojea un poco. ¿Por qué lo preguntas?

— Porque en este momento cabalgan en ella, y a buen paso, por la carretera que conduce a la línea del ferrocarril.

— ¡Vaya, vaya! Esa carretera dista de aquí un par de koss. El ruido que oyes será de algún pájaro carpintero.

Mowgli alzó el antebrazo derecho para resguardarse del sol y dijo:

— Esa carretera traza una curva hacia dentro desde su punto de arranque del bungalow. A vuelo de cuervo no está sino a un koss de distancia, a lo sumo, y el sonido vuela como los pájaros. ¿Quiere que lo comprobemos?

— ¡Qué disparate ! ¡ Correr un trayecto de un koss con este sol para comprobar un ruido que se oye en el bosque!

— Es que se trata de un caballo del sahib. Yo me proponía únicamente hacer que la yegua viniese hasta aquí. Si no se trata de la del sahib, nada se habrá perdido. Si, en efecto, es la yegua del sahib, que éste haga lo que quiera. Estoy seguro de que en este momento la hacen galopar de firme.

¿Y cómo te las arreglarás para hacerla venir hasta aquí, loco?

— ¿Es que se ha olvidado el sahib? Vendrá por el camino del nilghai y no por otro.

— ¡Arriba, pues, y corre, ya que te sientes tan lleno de celo!

— ¡Oh, yo no necesito correr!

Mowgli extendió la mano como pidiendo silencio, tumbado tal como estaba, de espaldas, lanzó un triple grito de llamada..., un grito profundo y gargarizante, que era nuevo para Gisborne. Después dijo:

— La yegua vendrá; esperemos a la sombra.

Las largas pestañas descendieron sobre los ojos selváticos y Mowgli empezó a dormitar en medio del silencio de la mañana. Gisborne esperó pacientemente, diciéndose que Mowgli estaba con seguridad loco, pero que como acompañante resultaba todo lo agradable que podía desear un solitario funcionario del Departamento de Bosques.

—¡Ajajá! —dijo perezosamente Mowgli sin abrir los ojos—. El ha desmontado. Bien; primero llegará la yegua y después el hombre.

Luego Mowgli bostezó cuando el caballo padre de Gisborne relinchó. Tres minutos después irrumpió en el espacio abierto donde ellos estaban sentados la yegua blanca de Gisborne, ensillada, embridada, pero sin jinete, y corrió hacia su compañero.

— No está muy sudorosa dijo Mowgli—, pero con este calor el sudor se evapora pronto. Dentro de muy poco aparecerá el jinete, porque el hombre camina con mayor lentitud que el caballo..., especialmente si el caminante es gordinflón y viejo.

— ¡Por vida de..., que esto es cosa del diablo! — exclamó Gisborne poniéndose en pie de un salto, porque oyó un grito desesperado dentro de la jungla.

Librodot

— No se preocupe, sahib. No resultará herido. El también dirá que esto es cosa del demonio. ¡Hola! ¡Escuche! ¿Qué es eso?

Era la voz de Abdul Gafur, que, presa de las angustias del terror más espantoso, hablaba a gritos pidiendo a unos seres conocidos que tuviesen compasión de él y de sus caballos blancos.

— Ya no puedo dar un paso más —vociferaba—. Soy viejo y he perdido mi turbante. ¡Arré! ¡Arré! Sin embargo, seguiré caminando. Desde luego me daré prisa. ¡Correré! ¡Oh Demonios del Pozo Profundo, yo soy musulmán !

Se abrieron los arbustos del monte bajo y apareció Abdul Gafur, sin turbante, descalzo, con la faja del pecho desatada, apresando puñados de barro y hierba en sus manos cerradas y con la cara encendida. Vio a Gisborne, lanzó un nuevo grito y cayó hacia delante, agotado y tembloroso, a los pies de su amo. Mowgli lo contemplaba con una dulce sonrisa.

Mowgli, esto no es cosa de juego —dijo Gisborne con severidad—. Este hombre se va a morir.

— No se morirá. Lo único que tiene es miedo. Ninguna necesidad tenía de salir a dar un paseo.

Abdul Gafur gimió y se levantó, con todos sus miembros temblando:

— ¡Fue brujería..., brujería y cosa de los demonios! —sollozó, buscando algo con su mano en el pecho—. Como castigo de mi pecado, los demonios han venido azotándome por los bosques. Todo se acabó. Me arrepiento. Tómelos usted, sahib.

Extendió la mano ofreciendo a su amo un paquete de papel sucio.

— ¿Qué significa esto, Abdul Gafur? —dijo Gisborne comprendiendo ya de qué se trataba.

Hágame encerrar en la cárcel... Aquí están todos los billetes...; pero enciérreme bien para que no puedan entrar los diablos. He pecado contra el sahib y contra la sal suya que yo he comido; si no hubiese sido por estos malditos demonios del bosque, habría podido comprar tierras lejos de aquí y vivir en paz el resto de mi vida.

Se dio de cabezadas contra el suelo entre las angustias de la desesperacion y del dolor. Gisborne miro una y otra vez el paquete de billetes del Banco. Aquello representaba el total de las pagas acumuladas en los últimos nueve meses; era el mismo paquete que guardaba dentro del cajón con las cartas de Inglaterra y la máquina de recargar cartuchos. Mowgli contemplaba a Abdul Gafur y se reía silenciosamente para sus adentros.

— No es preciso que vuelvan a ponerme otra vez a caballo. Regresaré a casa caminando despacio con el sahib, y una vez allí puede enviarme, bajo guardia, a la cárcel. El Gobierno castiga esta culpa con muchos años de cárcel.

Todo eso lo dijo el mayordomo con expresión de tristeza.

La vida solitaria en el rukh influye en infinidad de ideas que tenemos acerca de muchísimas cosas. Gisborne miraba fijamente a Abdul Gafur, y recordaba que era un servidor muy bueno y que el tomar un nuevo mayordomo le obligaría a habituarlo desde el principio a las costumbres de la casa y que, aún saliendo todo bien, siempre sería un rostro nuevo y una lengua nueva. Por eso le dijo:

Escucha, Abdul Gafur. Has cometido una acción muy mala *y has* perdido por completo tu izzat *y* tu reputación. Pero yo creo que esta idea se apoderó de ti

Librodot

repentinamente.

— ¡Por Alá que jamás había yo deseado poseer los billetes! El Maligno me agarró por la garganta cuando los estaba mirando.

— Eso también puede creerlo. Ea, vuelve a casa, y cuando yo regrese enviaré los billetes por un mensajero al Banco, y ya no se hablará más del asunto. Eres demasiado viejo para ir a la cárcel. Además, tu familia no tiene ninguna culpa.

Abdul Gafur, por toda respuesta, sollozó entre las botas de montar de Gisborne, que eran de cuero de becerro.

— ¿De modo que no me despide? —exclamó de pronto.

— Eso ya lo veremos. Dependerá de tu conducta cuando yo esté de regreso. Monta en la yegua y vuelve a casa cabalgando despacio.

— ¡Pero... los demonios! El rukh está lleno de demonios.

— No tengas cuidado, padre mío. Ningún otro daño te harán, a menos que..., a menos que desobedezcas las órdenes del sahib —le dijo Mowgli—. En ese caso quizá te lleven hasta casa... por el camino del nilghai.

La mandíbula inferior de Abdul Gafur cayó desencajada mientras se ceñía al pecho su faja, y se quedó mirando atónito a Mowgli:

— ¿Son acaso sus diablos? ¡Los diablos de este hombre! ¡Y yo que había pensado volver a casa y echarle la culpa a este brujo...!

— Eso estuvo bien pensado, Huzrut; pero antes de preparar una trampa comprobaremos la corpulencia del animal que puede caer dentro. Pues bien, yo no pensé sino que alguien se había llevado uno de los caballos del sahib. Ignoraba tu propósito de hacerme parecer como un ladrón ante el sahib; de haberlo sabido, mis demonios te habrían traído hasta aquí tirando de ti por una pierna. Todavía no es demasiado tarde.

Mowgli dirigió una mirada interrogadora a Gisborne; pero Abdul Gafur corrió, arrastrando los pies, hasta la yegua blanca, trepó dificultosamente hasta colocarse sobre la silla y salió disparado, levantando chasquidos en los senderos y ecos a espaldas suyas. Mowgli dijo:

— Eso estuvo bien hecho; pero volverá a caerse del caballo si no se agarra a las crines.

— Ha llegado el momento de que me expliques lo que significan estas cosas —dijo Gisborne con un poco de severidad—. ¿A qué viene toda esta conversacion acerca de demonios? ¿Cómo es posible llevar y traer a los hombres por el rukh como se lleva y trae el ganado? Contéstame.

— ¿Está enojado el sahib porque he salvado su dinero?

— No; pero hay en todo esto un truco misterioso que no me agrada.

— Perfectamente. Pues bien: si yo me levanto y avanzo tres pasos dentro del rukh..., nadie, ni siquiera el sahib, sería capaz de encontrarme mientras a mí no me diese la gana. Y de la misma manera que yo no haría tal cosa por mi gusto, tampoco hablaría por mi gusto. Sahib, tened un poco de paciencia, y día llegará en que yo se lo aclararé todo; porque, si gustáis, algún día llevaremos por donde nos parezca bien al nilghai macho entre los dos. En todo esto no hay obra alguna del demonio. Únicamente... se trata de que yo conozco el rukh lo mismo que un hombre la cocina de su casa.

Mowgli se expresaba como si estuviese hablando con un niño impaciente. Gisborne, intrigado, desconcertado y bastante molesto, no dijo nada, pero clavó su mirada en el

suelo y meditó. Cuando alzó la vista, el hombre de los bosques había desaparecido, y desde la espesura dijo una voz sin entonación:

— No es bueno entre amigos irritarse. Esperad hasta el atardecer, sahib, porque entonces el aire refresca.

Dejado de esta manera a sí mismo, abandonado como quien dice en el corazón del rukh, Gisborne empezó a lanzar tacos, y luego se echó a reír, montó a caballo y siguió cabalgando. Visitó la choza de un guardabosques, examinó un par de plantaciones nuevas, dio determinadas órdenes para que se quemase una mancha de hierba seca y se dirigió a un terreno de su agrado donde acampar; consistía éste en una construcción de piedras sueltas, con un techo primitivo de ramas y hojas, no muy lejos de las orillas del río Kenye. Era ya crepúsculo cuando llegó a la vista de su lugar de descanso, el rukh empezaba a despertar a su vida silenciosa y famélica de la noche.

En la loma brillaba la llama vacilante de un fuego de campamento y se olfateaba en el aire el husmillo de una cena muy buena. Gisborne dijo para sí:

— ¡Hum! Esto es en todo caso mejor que la carne fiambre. Ahora bien: sólo hay un hombre que podría encontrarse por estos lugares. Ese hombres e Muller; pero oficialmente debería estar examinando el rukh de Changamanga. Me imagino que por esa razón se encuentra ahora en mis tierras.

El gigantesco alemán que estaba al frente del Departamento de Bosques y Selvas de toda la India, el guardabosques máximo desde Birmania hasta Bombay, acostumbraba escurrirse lo mismo que un murciélago, sin previo aviso, desde un lugar a otro, presentándose precisamente donde menos lo esperaban. Guiábase por la teoría de que las visitas inesperadas, el descubrimiento de las negligencias y las censuras dirigidas de viva voz a un subordinado eran un método infinitamente mejor que el lento ir y venir de cartas, cuyo final podía ser una censura escrita y oficial, es decir, algo que andando el tiempo figuraría como una nota mala en la hoja de servicios de un funcionario de Bosques. Solía decir: “Cuando yo hablo a mis muchachos como si fuese un tío holandés, ellos dicen: “Fue simplemente cosa de ese condenado viejo Muller.” Y en adelante cumplen mejor. Pero si el cabezota de escribiente mío redacta un documento en el que dice que Muller, el inspector general, no se explica semejante cosa y está muy enojado, lo primero que ocurre es que no se remedia nada, porque yo no estoy allí, y lo segundo, que el majadero que habrá de sucederme en el puesto quizá dirá al hablar a mis mejores hombres: “Oiga usted, mi predecesor se vio obligado a vapulearlo.” Créame: el darse tono como alto jefe no hace crecer los árboles.”

En este momento alzábase el vozarrón de Muller desde la oscuridad que reinaba fuera del círculo de luz del fuego:

¡No le eches tanta salsa, hijo de Belia! —le decía a su cocinero preferido, inclinándose por encima de sus hombros—. La salsa de Worcester es un condimento y no un fluido. ¡Hola, Gisborne! ¡Va usted a cenar malísimamente! ¡Dónde tiene su campamento?

Esto se lo dijo avanzando a su encuentro para darle un apretón de manos.

— Aquí mismo, señor —dijo Gisborne—. Ignoraba que anduviese usted por estas tierras.

Muller examinó la figura bien acondicionada del joven y sentenció:

— ¡Bien! ¡Eso está muy bien! Un caballo y algunos fiambres para comer. Así es

Librodot

como yo solía acampar cuando era joven. Cenará usted conmigo. El mes pasado estuve en mi Jefatura para hacer mi informe. Escribí la mitad... ¡Ajajá!..., y dejé que mi escribiente redactase la otra mitad, y salí a dar un paseo. Es una idiotez que el Gobierno exija esos informes. Así se lo dije en Simia al virrey.

Gisborne glogloteó de risa acordándose de las muchas anécdotas que se contaban referentes a los choques de Muller con el Gobierno supremo. Era el hombre que tenía libertad para todo en las oficinas del Estado, porque no había otro que le igualase como funcionario de Bosques.

— Si yo me lo encuentro a usted, Gisborne, sentado en su bungalow y empollando informes dirigidos a mí acerca del estado de las plantaciones, en lugar de recorrerlas a caballo, lo trasladaré al centro del desierto de Bikaneer para que lo repueble de bosques. Estoy harto de informes y de masticar papel; ese tiempo hay que aprovecharlo haciendo obra práctica.

— No hay mucho peligro de que yo pierda tiempo aquí redactando mis informes anuales. Aborrezco esa tarea tanto como usted, señor.

Desde ese momento la conversación se desvió hacia temas profesionales. Muller hizo preguntas, y Gisborne recibió órdenes e indicaciones hasta que la cena estuvo dispuesta. Fue la de tipo más civilizado que Gisborne había hecho en muchos meses. Al cocinero de Muller no se le toleraba ninguna negligencia en su tarea, por lejana que estuviese la base de suministros; aunque la mesa estaba puesta en un lugar salvaje y deshabitado, la cena empezó con pescaditos de agua dulce en salsa picante y terminó con café y coñac.

— ¡Ah! —dijo Muller al final, dejando escapar un suspiro de satisfacción al mismo tiempo que encendía un cigarro y se dejaba caer en su muy gastada silla de campo—. Cuando yo redacto informes me siento librepensador y ateo; pero aquí, en el rukh, soy algo más que cristiano. Soy también pagano.

Hizo girar con delicia debajo de su lengua la extremidad del cigarro, apoyó sus manos en las rodillas y clavó la mirada en el corazón débilmente palpitante del rukh, lleno de ruidos furtivos: ramitas que crujían igual que la hoguera que tenía a sus espaldas; suspiros y susurros de una rama que se retorcía por efecto del calor y que recobraba su posición recta por efecto del frío de la noche; el murmullo incesante del arroyo Kanye, y la nota baja de las muy pobladas hierbas de las tierras altas, que crecían invisibles más allá de una ondulación del monte. Muller despidió una espesa bocanada de humo y empezó a recitar por lo bajo versos de Heine.

— Sí, eso está muy bien. Muy bien. “Sí, yo hago milagros, y por Dios que también saltan a la vista.” Recuerdo los tiempos en que no existía ningún rukh más alto que sus rodillas desde aquí hasta las tierras cultivadas y que en las épocas de sequía el ganado se alimentaba de los huesos de los animales muertos por todas partes. Ahora están ya los árboles otra vez cubriéndolo todo. Esos árboles los plantó un librepensador, porque sabía que la causa produce el efecto. Pero los árboles se llevan el culto de los antiguos dioses... “Y los dioses cristianos gimen en voz alta.” Ellos no podían vivir en el rukh, Gisborne.

Una sombra se movió en uno de los senderos de brida ... se movió avanzando y salió a la luz de las estrellas.

— Ya ve usted que lo que decía era verdad. Aquí tenemos a Fauno en persona, que ha venido a saludar al inspector general. ¡Sí, él es el dios! ¡Mírelo!

Era Mowgli, coronado con su guirnalda de flores blancas y llevando de bastón una

rama medio pelada... Mowgli, muy receloso de la hoguera y dispuesto a retroceder en su huida hasta la espesura a la menor señal de alarma. Gisborne dijo:

— Es un amigo mío. Me viene buscando. ¡Eh, Mowgli !

Muller tuvo apenas tiempo para respirar profundamente y ya aquel hombre estaba junto a Gisborne llorando y diciendo:

— Hice mal en marcharme. Hice mal; pero yo ignoraba entonces que la hembra de aquél que fue muerto cerca de este río estaba despierta y buscándolo a usted. De haberlo sabido no me habría marchado. Sahib, ella le vino siguiendo a usted desde lejos.

— Está un poco loco —dijo Gisborne—, y habla de todos los animales que viven por acá como si fuese amigo de ellos.

— Naturalmente, naturalmente. Si Fauno no los conoce, ¿quién ha de conocerlos? — dijo con acento serio—. ¿Y qué es lo que habla ahora de tigres este dios que los conoce tan a la perfección?

Gisborne volvió a encender su cigarro, y antes que acabase de contar la historia de Mowgli y de sus hazañas, aquél se había consumido hasta el borde de su bigote. Muller escuchaba sin interrupción. Por último, cuando Gisborne hubo hecho el relato de la manera como fue llevado Abdul Gafur hasta su presencia, dijo:

— No es locura. Esto no es, en modo alguno, locura.

— ¿De qué se trata entonces? Esta mañana se apartó de mí con enojo porque le pregunté cómo se las había arreglado para hacer lo que hizo. Tengo para mí que ese mozo es, en cierto modo, un poseso.

— No; es una cosa asombrosa, pero en la que no entran para nada los espíritus. De ordinario, esta clase de hombres mueren jóvenes. De modo que el criado que le robó a usted no le dijo nada sobre qué era lo que había arrastrado a la yegua... El nilghai, desde luego, no podía hablar.

— No; pero, por vida de..., que allí no había nada. Yo estuve a la escucha, y, desde luego, tengo el oído muy fino. Tanto el nilghai macho como el criado avanzaron como disparados..., locos de miedo.

Muller, por toda respuesta, examinó a Mowgli de pies a cabeza y de cabeza a pies, y luego le hizo seña de que se acercase. Avanzó de la misma manera que el macho de una manada de gamos avanza sobre una huella con husmillo de peligro. Pero Muller le dijo en idioma indígena:

— Nada temas. Extiende el brazo.

Muller fue palpando con la mano hasta el codo; oprimió éste e hizo un signo de asentimiento, diciendo:

— Lo que me imaginé. Ahora la rodilla.

Gisborne le vio palpar la rodilla y sonreírse. En ese instante le llamaron la atención dos o tres cicatrices blancas un poco por encima del tobillo, y preguntó:

— Estas son de cuando eras muy joven, ¿verdad?

Mowgli contestó sonriéndose:

— Sí; fueron cariños de los pequeños —acto continuo miró por encima del hombro a Gisborne y le dijo—: Este sahib lo sabe todo. ¿Quién es?

— Eso lo sabrás luego, amigo mío. Ahora dime dónde están ellos.

Mowgli trazó con la mano un círculo en el aire alrededor de su cabeza.

— ¡Claro! ¿De modo que tú eres capaz de llevar hacia donde quieras a los nilghais?

Librodot

¡Mira! Mi yegua está allí, sujeta al piquete. ¿Puedes hacer que venga hasta aquí sin asustarla?

— ¡Que si puedo traer la yegua del sahib sin asustarla! repitió Mowgli, alzando un poco el tono normal de su voz—. ¿Qué puede haber más fácil estando sueltos los amarres de las canillas?

— ¡Suelta las estacas de las patas y de la cabeza! —gritó Muller a su criado.

Apenas estuvieron arrancadas, cuando la yegua, ejemplar australiano, negro y voluminoso, alzó vivamente la cabeza y enhiestó las orejas.

— ¡Con cuidado! No quiero que la metas rukh adentro —dijo Muller.

Mowgli permanecía inmóvil recibiendo el resplandor de la hoguera..., tal y como las noveles describen con tal lujo de detalles al dios griego del que se acababa de hablar. La yegua tuvo un estremecimiento, alzó una de sus patas traseras, descubriendo que las cuerdas estaban sueltas, y marchó rápidamente hacia su amo, bajando la cabeza hasta el pecho de éste, ligeramente sudorosa. Gisborne exclamó:

— Vino espontáneamente, y lo mismo harían mis caballos.

— Pálpela para ver si está sudando —dijo Mowgli.

Gisborne apoyó la mano en un costado del animal, húmedo de sudor.

— Basta con eso —dijo Muller.

— Basta con eso —repitió Mowgli, y el eco repitió sus palabras desde una roca situada a espaldas suyas.

— Es una cosa muy misteriosa, ¿verdad? —dijo Gisborne.

— No... Admirable nada más, muy admirable. ¿Todavía no comprende, Gisborne?

— Confieso que no.

— En ese caso, me callo. Me dice que él le explicará algún día en qué consiste. Sería cruel que se lo dijese yo. Lo que no comprendo es que no haya muerto ya.

Muller se encaró con Mowgli y le habló en idioma vernáculo:

— Ahora escúchame tú. Yo soy el jefe de todos los ruks en la India y en otro países al otro lado del Agua Oscura. Ni yo mismo sé el número de hombres que tengo bajo mi mando... ¿Cinco mil, diez mil? La tarea tuya será ésta: de hoy en adelante dejarás de vagabundear por el rukh conduciendo de un lado a otro a los animales selváticos por pura diversión; servirás a mis órdenes, porque yo soy el Gobierno en cuestión de bosques *y* selvas, *y* vivirás en este rukh como guardia forestal; arrojarás del mismo a las cabras de los aldeanos cuando no se haya dado orden de que entren a pastar en el rukh; dejarás que entren cuando hayas recibido esa orden; te las arreglarás, como tú puedes hacerlo, para que los jabalíes y los nilghais no se multipliquen con exceso; advertirás al sahib las andanzas de los tigres y la clase de animales selváticos que andan por los bosques, y le enviaras aviso inmediato de cualquier incendio que se produzca en el rukh, porque es cosa que tú puedes hacer con mayor rapidez que nadie. A cambio de este trabajo recibirás todos los meses una cantidad de dinero de plata, y al cabo de los años, cuando tengas ya mujer, vacas tuyas, y quizás hijos, una pensión. ¿Qué me contestas?

— Eso es precisamente lo que yo... —empezó a decir Gisborne.

— Mi sahib me habló esta mañana de esa clase de empleo. Me he pasado el día caminando y meditando en el asunto, y tengo ya dispuesta la contestación. Serviré; pero ha de ser en este rukh y no en otro, con el sahib Gisborne y no con otro.

— Así se hará. Dentro de una semana llegará el documento escrito en que el

Gobierno se compromete a pagar la pensión. Cuando llegue establecerás tu casita donde el sahib Gisborne te lo indique.

— Precisamente quería hablarle a usted hoy de esta cuestión.

— No me hizo falta; me bastó con verlo. Será un guardabosques como no habrá otro igual. Es una maravilla. Le digo, Gisborne, que llegará día en que lo descubra. Tenga en cuenta que es hermano de sangre de todos los animales del rukh.

Me quedaría más tranquilo si encontrase modo de comprenderlo.

— A su hora lo comprenderá. Pues bien: yo le digo que en todos los años que llevo en el servicio, sólo una vez, y eso hace treinta años, me encontré con un muchacho que empezó igual que éste. Y murió. De cuando en cuando se cita algún caso de esta clase en el informe sobre el censo, pero todos ellos mueren. Este hombre salió con vida, y es un anacronismo, porque pertenece a la Edad del Hierro y a la Edad de la Piedra. Fíjese: pertenece a los primeros tiempos de la historia del hombre...; es Adán en el Paraíso, y ahora sólo nos falta una Eva. ¡No! Es más viejo aún que esa conseja de niños, de la misma manera que el rukh es más antiguo que sus dioses. Gisborne, desde este momento, y para siempre, me vuelvo pagano.

Durante todo el resto de la larga velada, Muller permaneció fumando un cigarro tras otro, y con las vista clavada en la oscuridad que los rodeaba, mientras salían, una tras otra, de su boca la citas, y se dibujaba el asombro en su cara. Se metió en su tienda de campaña; pero volvió a salir casi en seguida, ataviado con su mayestática ropa de dormir, de un color sonrosado; en medio del silencio profundo de la noche, Gisborne oyó las últimas palabras que dirigió al bosque, y que pronunció con inmenso énfasis:

Nosotros, vestidos con galas, pulcros;
tú, desnudo, sin atavíos, noble;
tú madre fue Libídine; tu padre,
Príapo, que era dios y, además, griego.

Y agregó:

— Una cosa se ahora, y es que, pagano o cristiano, jamás conoceré la intimidad del rukh.

Una semana después, a medianoche, en el bungalow de Gisborne, Abdul Gafur, lívido de ira, cuchicheaba al pie de la cama de aquél, pidiéndole que se despertase:

— Levántese, sahib; levántese y salga con su fusil —decía entre tartamudeos—. Estoy deshonrado. Levántese y mate antes que nadie lo vea.

Tanto había cambiado el rostro del anciano, que Gisborne se le quedó mirando como atontado.

— De modo que cuando ese piojoso de la selva me ayudaba a limpiar las cuadras del sahib, a sacar agua del pozo y a pelar las gallinas, lo hacía por esto. A pesar de todas mis palizas, se han escapado juntos, y ahora él está sentado entre sus demonios, arrastrando el alma de mi hija al infierno. ¡Levántese, sahib, y venga conmigo!

Metió casi a viva fuerza un rifle en la mano de Gisborne, medio despierto todavía, y lo sacó medio a rastras de la habitación a la terraza.

— Están allí, en el rukh, a menos de un tiro de fusil desde la casa. Venga conmigo sin

Librodot

hacer ruido.

— Pero ¿de qué se trata, Abdul? ¿Qué ocurre de malo?

— Se trata de Mowgli y de sus diablos. Y también de mi propia hija —contestó Abdul Gafur.

Gisborne silbó y fue siguiendo en su guía. Ahora comprendía que cuando Abdul Gafur había pegado a su hija no lo había hecho a humo de pajas, y tampoco Mowgli había ayudado sin su porqué a un hombre al que los poderes del muchacho, fuesen los que fuesen, habían dejado convicto y confeso del robo. Además, los enamorados obran expeditivamente en la selva.

Se oyeron en el interior del rukh los silbos de una flauta; se hubiera dicho que era la canción de algún dios vagabundo. Cuando llegaron más cerca escucharon un murmullo de voces. El sendero desemboca en un pequeño claro semicircular, cerrado en parte por altas hierbas y en parte por árboles. En el centro estaba Mowgli, sentado en un tronco de árbol caído, vuelto de espaldas a los que le contemplaban y con el brazo alrededor del cuello de la hija de Abdul Gafur; se había coronado de flores recientes y tocaba en una tosca flauta de bambú, y al son de su música bailaban solemnemente sobre sus patas traseras cuatro lobos corpulentos.

— Ahí están sus demonios —cuchicheó Abdul Gafur, que llevaba en la mano un paquete de cartuchos.

Las fieras se pusieron a cuatro patas al escuchar una nota larga y temblorosa y permanecieron quietas, mirando fijamente con sus ojos verdes a la muchacha. Mowgli dejó la flauta a un lado y dijo:

— ¡Fíjate! ¿Qué hay en todo esto como para tener miedo? Te dije, mi pequeña Corazón—valiente, que no había nada que temer, y tú me lo creíste. Tu padre dijo que se trataba de unos demonios, y, por Alá, que es tu dios, no me asombro de que lo creyese... ¡Si hubieras visto a tu padre cuando éstos lo llevaban por el camino del nilghai!

La muchacha dejó escapar una risita cantarina y Gisborne oyó cómo le rechinaban a Abdul los pocos dientes que aún tenía. Aquélla no era, en modo alguno, la niña que Gisborne había visto silenciosa y mirando de soslayo con un solo ojo por entre el doble velo, sino una mujer que había madurado en una sola noche, igual que la orquídea abre toda su flor en una sola hora de cálida humedad. Mowgli prosiguió:

— Son compañeros míos de juego y hermanos míos, hijos de la madre que me amamantó, como te conté detrás de la casa de la cocina. Hijos del padre que se tumbaba en la boca de la cueva para resguardarme del frío cuando yo era un niño pequeño y desnudo.

Uno de los lobos alzó su morro gris, babeando sobre la rodilla de Mowgli. Este dijo:

— Fíjate; mi hermano sabe que hablo de ellos. Sí, cuando yo era niño pequeño, él era el cachorrillo que rodaba sobre la arcilla conmigo.

— Pero tú me has dicho que eres hombre —dijo con voz de arrullo la muchacha, apretujándose aún más contra el hombro de Mowgli—. Eres ser humano, ¿verdad? ¿No me engañas?

— ¡Qué cosas! ¡Claro que soy un ser humano! ¡Y sé porque te he dado mi corazón, pequeña!

Ella dejó caer su cabeza bajo la barbilla de Mowgli. Gisborne levantó una mano en señal de advertencia, para contener a Abdul Gafur, al que la maravilla de aquel

espectáculo no producía ningún asombro.

¿Quién fue el que te lo ordenó? Esa manera de hablar no es verdaderamente de hombre.

— Los animales mismos. Tú no acabarás de creerlo, pequeña; pero así fue. Los animales de la jungla me ordenaron que me marchase, pero estos cuatro me siguieron porque son hermanos míos. Después viví entre los hombres como pastor de vacas y aprendí el lenguaje de aquéllos... ¡Ajajá!... Los rebaños pagaban un impuesto a mis hermanos; pero, corazón mío, cierta noche me vio una mujer, una vieja, jugando con mis hermanos entre los campos cultivados. Dijeron entonces que yo estaba en posesión de los demonios y me arrojaron con piedras y palos de la aldea, y estos cuatro me siguieron furtivamente y no a cara descubierta. Para entonces yo había aprendido a comer carne cocinada y a hablar valerosamente. Y así anduve de aldea en aldea, corazón de mi corazón, de pastor del ganado, guarda de búfalos, rastreador de la caza, sin que hubiese hombre que se animase a levantar dos veces un dedo contra mí —Mowgli se agachó y dio unos golpecitos cariñosos a una de las cabezas—. Hazle tú esto mismo. Estos animales no dañan ni encierran sortilegio alguno. Fíjate, ya te conocen.

— Los bosques están llenos de toda clase de diablos —exclamó la muchacha con un estremecimiento.

— Esto es mentira. Es una mentira de niños —le contestó Mowgli confidencialmente—. Yo he dormido en medio del rocío, bajo las estrellas *y* la noche negra, y puedo decirlo. La jungla es mi habitación... —Puede acaso un hombre sentir miedo de las vigas de su propio techo, o puede una mujer sentir miedo del hogar de su hombre? Inclínate y acarícialos.

— Son perros, y los perros son inmundos —murmuró ella, inclinándose hacia adelante, pero apartando la cara.

— ¡Después de comer el fruto nos acordamos de la ley! —dijo Abdul Gafur amargamente—. ¿A qué esperar tanto, sahib? ¡Mátalo!

— Silencio! Veamos lo que ha ocurrido —dijo Gisborne.

Mowgli, rodeando otra vez con su brazo la cintura de la muchacha, dijo:

— Esto está bien. Sean o no perros, lo cierto es que me han acompañado por un millar de aldeas.

— ¡Ay! ¿Y dónde estaba entonces tu corazón? Por un millar de aldeas. Tú has conocido a un millar de doncellas. Yo..., que he dejado..., que he dejado de serlo... ¿soy la dueña de tu corazón?

— Dime por quién he de jurártelo. ¿Quieres que te lo jure por Alá, ese del que tú me hablas?

— Júramelo por la vida que hay dentro de ti, y eso me bastará... ¿Dónde estaba tu corazón en aquel entonces?

Mowgli tuvo una risa breve:

— Mi corazón estaba en mi andorga, porque yo era joven y estaba siempre hambriento. Y por eso aprendí a rastrear y a cazar, llamando a mis hermanos y enviándolos de aquí para allá, igual que un rey a sus ejércitos. Por esa razón pude llevar a donde yo quise al nilghai, a fin de complacer al inocente sahib joven, y a la yegua gordinflona para complacer al sahib grueso, cuando pusieron en tela de juicio mi poder. Con la misma facilidad habría podido arrearlos a ellos de un lado para otro. Ahora mismo

—y al decirlo alzó un poco su voz —, ahora mismo se que tu padre y el sahib están a mis espaldas... No, no te escapes, porque ni diez hombres se atreverían a dar un paso hacia adelante. A propósito; tu padre te pegó en más de una ocasión. ¿Quieres que en recuerdo de sus palizas le haga correr y *vaya* trazando círculos por el rukh?

Uno de los lobos se puso en pie y enseñó los dientes. Gisborne sintió que Abdul Gafur temblaba a su lado. Un momento después ya no estaba allí el gordinflón mayordomo, y se escurría alejándose del claro de bosque. Mowgli, sin volverse, siguió diciendo:

— Ya sólo queda el sahib Gisborne; pero yo he comido el pan del sahib Gisborne y voy a entrar al servicio suyo, y mis hermanos serán servidores suyos para ahuyentar la caza y para llevar las noticias. Ocúltate entre las hierbas.

La muchacha corrió a ocultarse; las altas hierbas se cerraron a espaldas suyas, y Mowgli, dando media vuelta con los tres de su séquito, se enfrentó con Gisborne cuando el funcionario de Bosques fue a su encuentro. Y le dijo, señalando con el dedo a los tres animales:

— Estos son toda la magia. El sahib grueso sabía que nosotros, los que nos hemos criado entre lobos, corremos sobre nuestros codos y nuestras rodillas durante una estación. Al palparme los brazos y las piernas palpó la verdad que usted desconocía... ¿Tan asombroso es eso?

— En efecto, es más asombroso aún que la magia... ¿De modo que fueron éstos los que condujeron hasta el bungalow al nilghai macho?

— Sí, y perseguirían al mismísimo diablo Eblis si yo se lo ordenase. Ellos son para mí ojos y pies.

— Pues si es así, mira bien que Eblis no vaya armado de un rifle de dos cañones. Esos diablos tuyos tienen todavía algo que aprender, porque se sitúan el uno detrás del otro, en línea, y bastarían dos tiros para matarlos a los tres.

— Bien; pero ya saben que en cuanto entre de guardabosques, ellos serán vuestros servidores.

— Guardabosques o no, Mowgli, tú has cubierto de vergüenza a Abdul Gafur. Has deshonrado su casa y manchado su rostro.

— Si vamos a eso, *ya* estaba manchado desde que se llevó vuestro dinero, y más negro se puso todavía cuando, hace poco, os susurraba al oído que mataseis a un hombre desnudo. Yo mismo hablaré a Abdul Gafur, porque soy un funcionario al servicio del Gobierno y que tiene una pensión. Celebrará nuestro matrimonio por el rito que bien le parezca, y si no lo hace, tendrá que correr otra vez. Le hablaré apenas amanezca. Por lo demás, el sahib tiene su casa, y yo la mía, que es ésta.

Mowgli giró sobre sus talones y desapareció entre las hierbas, dejando solo a Gisborne. No había equivocación posible acerca de la sugerencia del dios del bosque; Gisborne regresó a su bungalow, donde Abdul Gafur, desgarrado entre el miedo y el furor, iba y venía por la terraza como loco. Gisborne le dijo, zamarreándolo, porque parecía que le iba a dar un ataque:

— Tranquilízate, tranquilízate. El sahib Muller lo ha nombrado guardabosques, *y ya* sabes que se ha convertido en funcionario del Gobierno y que al cabo de sus servicios tendrá una pensión.

— Es un descastado..., un mlech..., un perro entre los perros..., un devorador de

carroña... No hay pensión que pueda compensar de todo eso.

— Alá lo sabe, y ya has oído que el mal está hecho. ¿Quieres acaso que se entere el resto de la servidumbre? Celebra rápidamente el shadi y la muchacha se encargará de hacerlo musulmán. Es muy bien parecido. ¿Te sorprende que después de tus palizas se haya fugado con él?

— ¿Dijo acaso que me perseguiría con sus animales?

— Eso creí entender. Si es brujo, es por lo menos un brujo de mucho poder.

Abdul Gafur meditó un rato y, olvidándose de que era musulmán, se tiró al suelo y aulló:

— Vos sois un brahmín y yo soy vuestra vaca. ¡Explicádselo vos y salvad mi horno, si es que ser salvado!

Gisborne se metió por segunda vez en el rukh y llamó a Mowgli. La contestación le llegó desde muy arriba y en tono nada humilde. Gisborne echó atrás la cabeza y dijo:

— Habla en tono moderado. Todavía es tiempo de quitarte tu puesto *y* de darte caza a ti *y* a tus lobos. Es preciso que la muchacha vuelva esta noche a la casa de su padre. Mañana se celebrará el shadi, según la ley musulmana, y entonces podrás llevártela. Ahora devuélvela a Abdul Gafur.

— He oído —hubo un murmullo de dos voces que cambiaban impresiones entre el ramaje—. Bien... Obedeceremos por última vez.

Un año más tarde cabalgaban Muller y Gisborne juntos por el rukh hablando de sus asuntos. Salieron de entre las rocas cerca del arroyo Kanye; Muller iba un poco adelantado. A la sombra de un bosquecillo de espinos estaba tumbado, boca abajo y despatarrado, un niño desnudo, y entre la mata que quedaba detrás acechaba la cabeza de un lobo gris. Gisborne tuvo el tiempo justo de pegar un golpe hacia arriba en el cañón del rifle de Muller y la bala pasó arrancando salpicaduras verdes por entre las ramas de encima.

— ¿Está usted loco? —bramó Muller—. ¡Vea aquello !

Gisborne le contestó tranquilamente:

— Lo veo. La madre andará por allí cerca. ¡Por Júpiter, que va usted a despertar a la manada entera!

Se entreabrieron los arbustos del monte bajo y una mujer que no llevaba velo levantó de un tirón al niño y gritó a Gisborne:

— ¿Quién disparó, sahib?

— Fue este sahib, que ya no se acordaba del pueblo de tu hombre.

— ¿Que ya no se acordaba? Sí, puede que así sea, porque a nosotros, los que vivimos con ellos, no nos parecen extraños. Mowgli está aguas abajo pescando. ¿Quiere el sahib hablar con él? Salid de ahí, mal educados. Salid de entre los arbustos y haced lo que os manden los sahibs.

A Muller se le iban desorbitando los ojos. Frenó con toda su fuerza a su yegua, que se encabritaba, y echó pie a tierra, mientras salían de la jungla cuatro lobos, que rodeaban a Gisborne haciéndole fiestas. La madre, en pie, acariciaba a su niño y rechazaba a los lobos, que se refregaban en sus pies desnudos. Gisborne dijo:

— Estaba usted en lo cierto al hablar de Mowgli. Tenía el propósito de decírselo, pero en los últimos doce meses me he habituado tanto al trato de estos animales, que se me

Librodot

pasó.

— No se disculpe —le dijo Muller—. Esto no es nada. ¡Dios del cielo! "Y yo hago milagros... y a veces también se hacen públicos."

NAMGAY DOOLA

Ala playa llegó un pobre exilado irlandés.
El rocío empapaba su viejo abrigo helado.
Aún su vapor de regreso no había zarpado:
¡ya era Mike concejal y proponía una ley!

Canción americana

Había una vez un rey que vivía en la carretera del Tíbet, millas adentro del Himalaya. Su reino estaba a once mil pies del suelo y tenía exactamente cuatro millas cuadradas, pero la mayoría de estas millas eran verticales debido a la naturaleza del país. Sus rentas ascendían a algo menos de cuatrocientas libras al año y se gastaban en el mantenimiento de un elefante y de un ejército permanente de cinco hombres. Era tributario del Gobierno de la India, que le permitía ciertas sumas a cambio de preparar una sección de la carretera entre el Tíbet y el Himalaya. Incrementaba aún más sus rentas con la venta de madera a las compañías del ferrocarril, porque talaba los grandes árboles deodar en su única selva, y estos caían atronando al río Sutlej *y* eran arrastrados hasta las llanuras, trescientas millas más abajo, y se convertían en traviesas de ferrocarril y coches—cama. De vez en cuando, este Rey, cuyo nombre no tiene importancia, montaba un caballo de pelaje anillado y cabalgaba decenas de millas hasta la ciudad de Simia para conferenciar con el Vicegobernador sobre asuntos de Estado, o para asegurar al virrey que su espa da estaba al servicio de la Reina—Emperatriz. Entonces el Virrey hacía que tocaran un redoble de tambor y el caballo de pelaje anillado, junto con la caballería del Estado —dos hombres harapientos — y el heraldo que llevaba el bastón de plata que precedía al Rey, emprendían al trote el camino de vuelta a su Estado, que se encontraba entre el pie de un glaciar que subía hasta el cielo y un oscuro bosque de abedules.

Debo decir que de un rey así, capaz de recordar siempre que tenía un elefante verdadero y cuyos antepasados se remontaban a mil doscientos años atrás, yo esperaba, cuando el destino me llevó a vagar por sus dominios, nada más que la simple licencia de vivir.

Había caído la noche entre la lluvia y las nubes precipitadas borraban las luces de los pueblos del valle. A cuarenta millas, sin merma de nube o tormenta, el hombre blanco del Donga Pa —la montaña del Consejo de los Dioses sostenía la estrella vespertina. Los monos se arrullaban tristemente unos a otros mientras buscaban lugares secos donde dormir en los árboles enguirnaldados de helechos, y la última bocanada de viento del día traía de los pueblos invisibles el olor del humo húmedo de la leña quemada y de pasteles calientes, de la maleza que goteaba y de las piñas que se pudrían. Ése es el verdadero olor del Himalaya y, si se adentra una vez en la sangre del hombre, ese hombre, al final, se

Librodot

olvidará de todo lo demás y volverá a las montañas a morir. Las nubes se cerraron y el olor desapareció, y no quedó nada en el mundo salvo la fría neblina blanca y el estruendo del río Sutlej que corría abajo, por el valle. Un cordero de gruesa cola, que no quería morir, balaba patéticamente a la puerta de mi tienda. El cordero forcejeaba con el Primer Ministro *y* el Director General de Educación Pública *y* era un regalo real para mí y para mis sirvientes del campamento. Expresé mi reconocimiento como era debido y pregunté si podía tener una audiencia con el Rey. El Primer Ministro se reajustó el turbante, que se le había caído en la lucha, y me aseguró que el Rey estaría muy complacido en recibirme. Por lo tanto, envié dos botellas como aperitivo, y cuando el cordero hubo entrado en otra reencarnación me fui al palacio del Rey a través de la llovizna. Me había enviado su ejército de escolta, pero el ejército se quedó a hablar con mi cocinero. Los soldados son muy parecidos en todo el mundo.

El palacio era una casa de madera y adobe encalado de cuatro habitaciones, la mejor de las montañas en una jornada de viaje a la redonda. El Rey estaba vestido con una chaqueta de terciopelo morada, pantalones de muselina blanca y un rico turbante de color azafrán. Me concedió audiencia en una pequeña habitación alfombrada que se abría al patio del palacio, morada del Elefante del Estado. El gran animal estaba cubierto y sujeto de la cabeza a los pies, y la curva de su trasero surgía grandiosa contra la niebla.

El Primer Ministro y el Director General de Educación Pública estaban allí para presentarme, pero habían despachado al resto de la Corte, no fuera a ser que las dos botellas anteriormente mencionadas pudieran corromper su moral. El Rey me puso una guirnalda de flores muy olorosas en el cuello mientras me inclinaba a saludarle, y me preguntó cómo mi honrada presencia tenía la felicidad de encontrarse. Yo dije que al ver su auspicioso semblante las nieblas de la noche se habían transformado en rayos de sol, y que, debido a la benéfica influencia de su cordero, sus buenas obras serían recordadas por los dioses. Él dijo que ya que yo había puesto mi magnífico pie en su reino, la cosecha daría probablemente un setenta por ciento más de lo habitual. Le dije que la fama del Rey había alcanzado los cuatro puntos cardinales y que las naciones rechinaban sus dientes cuando oían a diario las glorias de su reino y la sabiduría de su Primer Ministro, semejante a la luna, y la del Director General de Educación Pública, semejante al loto.

Y entonces nos sentamos en limpios cojines blancos; yo, a la derecha del Rey. Tres minutos después me estaba contando que el estado de la cosecha del maíz era desastroso y que las compañías de ferrocarril no le pagaban bastante por su madera. La conversación pasaba de una cosa a otra con las botellas, y el Rey me hizo confidencias acerca del Gobierno en general. Sobre todo insistía en los defectos de uno de sus súbditos, quien, por lo que yo pude colegir, estaba paralizando al ejecutivo.

— En los viejos tiempos —dijo el Rey— podía haber ordenado que ese elefante le pisoteara hasta matarlo. Ahora tengo que enviarlo a setenta millas al otro lado de las montañas para que lo juzguen, y su mantenimiento correrá a cargo del Estado. El elefante se lo come todo.

— ¿Y cuáles son los crímenes de ese hombre, sahib Rajá? —dije.

— En primer lugar, es un extranjero y no uno de los míos. En segundo lugar, dado que, por gracia, le concedí tierras cuando llegó aquí por primera vez, ahora se niega a pagar las rentas. ¿No soy yo el señor de la tierra, de su superficie *y* de sus entradas, con derecho, por ley y costumbre, a un octavo de la cosecha? Y sin embargo, este demonio se

establece, se niega a pagar un solo impuesto y engendra una camada venenosa de niños.

— Mételo en la cárcel — dije yo.

— Sahib —contestó el Rey, cambiando de postura entre los cojines—, una vez, una sola vez en estos cuarenta años me visitó la enfermedad y me vi imposibilitado de viajar y salir. En aquella hora hice un voto ante mi dios: que nunca más separaría a hombre o mujer de la luz del sol o del aire del dios; porque me di cuenta de la naturaleza del castigo. ¿Cómo voy a romper mi juramento? Si fuera tan sólo cosa de cortar una mano o un pie no demoraría mi decisión. Pero incluso eso es imposible, ahora que mandan los ingleses. Uno u otro de los míos —y lanzó una mirada oblicua al Director General de Educación Pública— escribiría inmediatamente una carta al Virrey y quizá me vería privado de mi redoble de tambor.

Desatornilló la boquilla de plata de su pipa de agua y le puso una de ámbar, tras lo cual me pasó la pipa.

— No contento con negarse a pagar las rentas de su cosecha —continuó— ese extranjero se niega también al begar (esto es el trabajo forzado en las carreteras) e incita a mis hombres a que cometan traición semejante, y sin embargo, cuando quiere, es un experto leñador. No hay nadie mejor ni más osado entre mi gente a la hora de desbloquear el río cuando los maderos se han quedado agarrados y no hay forma de moverlos.

Pero adora a dioses extraños —dijo el Primer Ministro con deferencia.

— Eso no importa —dijo el Rey, que era tan tolerante como Akbar en materias de fe —. A cada hombre su dios, y el fuego de la Madre Tierra para todos nosotros, al fin. Es su rebeldía lo que me ofende.

— El Rey tiene un ejército —sugerí—. ¿No le ha quemado la casa el Rey y le ha dejado desnudo *y* expuesto a los rocíos de la noche?

— No, una cabaña es una cabaña, y sostiene la vida de un hombre. Pero en una ocasión le envié el ejército cuando sus excusas me estaban ya cansando: les rompió la cabeza a tres de ellos con un palo. Los otros dos hombres huyeron corriendo. Además las armas no funcionaron.

Yo había visto el equipo de la infantería. Un tercio del mismo consistía en un viejo cacharro para matar aves, que se cargaba por la boca, con un agujero oxidado donde debía haber estado la chimenea; otro tercio era un mosquete viejo unido con un alambre y provisto de una culata carcomida por los gusanos, y el último tercio, un rifle para cazar patos del calibre cuatro, sin pedernal.

Pero hay que recordar —dijo el Rey, extendiendo la mano para alcanzar la botella— que es un experto leñador y un hombre alegre. ¿Qué haremos con él, sahib?

Aquello era interesante. Para los tímidos paisanos de las montañas, negarse a pagar sus impuestos al Rey era como negarles las rentas a sus dioses.

— Si el Rey me concede el permiso —dije— no levantaré mis tiendas hasta dentro de tres días e iré a ver a ese hombre. La misericordia del Rey se asemeja a la misericordia divina, y la rebeldía es como el pecado de brujería. Además ambas botellas y otra más están vacías.

— Tienes mi permiso para ir —dijo el Rey.

A la mañana siguiente, un pregonero recorrió el Estado proclamando que había un embotellamiento de troncos en el río y que incumbía a todos los súbditos leales el

solucionarlo. La gente acudió desde sus pueblos hasta el cálido *y* húmedo valle de campos de amapolas, *y* el Rey y yo fuimos con ellos. Cientos de troncos de deodar talados se arremolinaban en torno a un saliente de una roca, y el río arrastraba más troncos a cada minuto, con lo que el bloqueo se completaba. El agua gruñía, se retorcía *y* sacudía alrededor de la madera, *y* la población del Estado comenzó a empujar los troncos más cercanos con la esperanza de iniciar un movimiento que arrastrara a todos los demás. Y entonces se oyó un grito: « ¡Namgay Doola! ¡Namgay Doola! », y un aldeano grande, de pelo rojo, se acercó a toda prisa, quitándose la ropa mientras corría.

— Ése es. Ése es el rebelde —dijo el Rey—. Ahora despejará el embalse.

— Pero ¿por qué tiene el pelo rojo? —pregunté, ya que el pelo rojo es tan raro entre los montañeses como el azul o el verde.

— Es un extranjero —dijo el Rey—. ¡Bien hecho! ¡Oh, bien hecho!

Namgay Doola había trepado al centro del amontonamiento y con una especie de bichero muy rudimentario pinchó el extremo de un tronco. Se deslizó despacio hacia delante, con la lentitud de movimientos de un caimán, *y* le siguieron tres o cuatro troncos *y* el agua verde empezó a salir a chorro por los vacíos que habían dejado. Y entonces los del pueblo aullaron *y* gritaron *y* treparon a los troncos, empujando y tirando de la obstinada madera, y la cabeza roja de Namgay Doola era la más visible de todas. Los troncos se movían y se golpeaban unos contra otros y crujían a medida que nuevos envíos de río arriba golpeaban el remanso que iba desapareciendo. Por fin todos cedieron en un vértigo de espuma, troncos que corrían, cabezas negras que subían y bajaban y una confusión indescriptible. El río se llevaba todo consigo. Vi la cabeza roja hundirse con los últimos restos del boqueo y desaparecer entre los enormes, trituradores de troncos de árbol. Apareció de nuevo junto a la orilla, soplando como una orca. Namgay Doola se quitó el agua de los ojos e hizo una reverencia al Rey. Tuve tiempo de observarle de cerca. El rojo virulento de su cabeza y de su barba eran de lo más sorprendente, y en el bosquecillo de pelo rizado sobre unos pómulos salientes brillaba un par de ojos azule bien alegres. Desde luego que era extranjero, y, con todo, un tibetano en lenguaje, vestido y aspecto. Hablaba el dialecto lepcha con una indescriptible suavización de las guturales. No era tanto un deje como un acento.

— ¿De dónde procedes? —le pregunté.

— Del Tíbet —y señaló al otro lado de las montañas, sonriendo.

Esa sonrisa me llegó al corazón. Mecánicamente, le di la mano y Namgay Doola me la estrechó. Ningún tibetano puro hubiera entendido el significado de aquel gesto. Fue a buscar su ropa, y cuando subía hasta su pueblo oí un grito de alegría que me pareció inexplicablemente familiar. Era el grito de Namgay Doola.

— Ya ves ahora —dijo el Rey— por qué no lo mato. Es un hombre intrépido con mis troncos, pero —y sacudió la cabeza como un maestro de escuela— sé que dentro de nada habrá quejas contra él en la Corte. Volvamos a palacio a hacer justicia.

El Rey tenía la costumbre de juzgar a sus súbditos diariamente entre las once y las tres. Le vi decidir con ecuanimidad en asuntos importantes de apropiación indebida, difamación, y un adulterio de poca monta. Después frunció el ceño y me llamó.

— De nuevo se trata de Namgay Doola —dijo con desesperación—. No contento con negarse a pagar los impuestos que le corresponden, ha conseguido que medio pueblo se juramente para hacer la misma traición. ¡Nunca me había ocurrido una cosa así! Tampoco

es que mis impuestos sean demasiado elevados.

Un campesino de cara de conejo, con un golpe gris rojizo detrás de la oreja, se adelantó temblando. Había tomado parte en la conspiración, pero lo había confesado todo y esperaba el favor real.

— Oh, Rey dije yo—. Que la voluntad del Rey permita que este asunto quede así hasta mañana. Sólo los dioses pueden actuar correctamente con celeridad, y quizá el campesino haya mentido.

— No, porque yo conozco la naturaleza de Namgay Doola; pero, ya que un invitado lo pide, dejemos el asunto. Hablarás con dureza a este extranjero pelirrojo. Quizá te escuche a ti.

Hice un intento aquella misma noche, pero por mi vida que no pude mantenerme serio. Namgay Doola sonreía de forma muy persuasiva y empezó a contarme una historia de un gran oso pardo en un campo de amapolas junto al río. ¿Me gustaría ir a cazarlo? Hablé con austeridad del pecado de conspiración y de la certidumbre del castigo. El rostro de Namgay Doola se ensombreció por un momento. Poco después se retiró de mi tienda y le oí cantar para sí mismo bajo los pinos. Las palabras me resultaban ininteligibles, pero la melodía, como su insinuante acento límpido, me parecieron el fantasma de algo extrañamente familiar:

Dir hané mard—y—yemen dir
To weeree ala gee.

Así cantaba Namgay Doola una y otra vez, y yo me devanaba los sesos en torno a la melodía olvidada. Sólo después de cenar descubrí que alguien había recortado un pie cuadrado de terciopelo del centro de mi mejor paño para tapar la cámara fotográfica. Esto me irritó tanto que deambulé por el valle a la espera de encontrarme con el gran oso pardo. Le oía gruñir como un cerdo insatisfecho en el campo de amapolas, y le esperé hundido hasta el hombro en el maíz indio chorreante de rocío para cogerle justo después que hubiera comido. La luna llena sacaba el máximo aroma del grano. Y entonces oí el mugido angustiado de una vaca del Himalaya, una de esas pequeñas vaquillas negras de cuernos rugosos, no más grande que un perro terranova. Dos sombras que parecían un oso y su cría pasaron corriendo por delante de mí. Estaba a punto de hacer fuego cuando vi que cada una de ellas tenía una cabeza rojo brillante. El animal más pequeño arrastraba un trozo de cuerda que dejaba una huella oscura en la senda. Pasaron a diez pies de mí y la sombra de la luna arrojaba terciopelo negro sobre sus rostros. Terciopelo negro era la palabra exacta porque, ¡por todos los poderes de la luna, iban enmascarados con el terciopelo del paño de mi cámara fotográfica!. Me sentí maravillado y me fui a la cama.

A la mañana siguiente, el reino estaba alborotado. Namgay Doola, decían los hombres, había ido por la noche y con un cuchillo afilado le había cortado el rabo a una vaca que pertenecía al campesino de cara de conejo que le había traicionado. Era un sacrilegio incalificable contra la Vaca Sagrada. El Estado deseaba su sangré, pero él se había retirado a su cabaña, había levantado una barricada de grandes piedras ante puertas y ventanas y desafiaba al mundo.

El Rey, yo y el populacho nos acercamos a la cabaña con cautela. No había esperanza alguna de capturar al hombre sin pérdida de vida humanas, porque de un agujero de la

pared sobresalía el cañón de una escopeta extremadamente bien cuidada, la única arma en todo el Estado que estaba en condiciones de disparar. Nomgay Doola había errado por muy poco un tiro contra un campesino justo antes que llegáramos nosotros. El ejército permanente permanecía allí. No podía hacer más porque, en cuanto avanzaba, agudos trozos de esquisto volaban desde las ventanas. A ellos se añadían de cuando en cuando duchas de agua hirviente. Vimos unas cabezas rojas saltando dentro de la cabaña. Vimos unas cabezas rojas saltando dentro de la cabaña. La familia de Namgay Doola estaba ayudando a su señor, y unos gritos de desafío que nos cuajaban la sangre eran la única respuesta a nuestras oraciones.

— Nunca —dijo el Rey entre bufidos— había sucedido una cosas así en mi Estado. El año que viene voy a comprar, con toda seguridad, un cañón pequeño —me miraba implorante.

¿Hay algún sacerdote en el reino a quién esté dispuesto a escuchar? —dije yo, porque en mí comenzaba a hacerse una luz.

Adora a su propio dios —dijo el Primer Ministro—. Podemos hacerle morir de hambre.

— Dejad que el hombre blanco se acerque —dijo Namgay Doola desde dentro—. A todos los demás los mataré. Enviadme al hombre blanco.

Se abrió la puerta y entré en el interior ahumado de una cabaña tibetana repleta de niños. Y cada uno de los niños tenía un pelo rojo llameante. El rabo crudo de una vaca estaba en el suelo y, a su lado, dos trozos de terciopelo negro —mi terciopelo negro ^— toscamente cortados en forma de máscara.

— ¿Qué es esta vergüenza, Namgay Doola? — dije.

Sonrió más convincente que nunca.

— No hay ninguna vergüenza —dijo—. No hice más que cortarle la cola a la vaca de aquel hombre. Él me traicionó. Tenía la intención de pegarle un tiro, sahib, pero no a matar. Sólo a las piernas.

— ¿Y por qué, si es la costumbre pagar diezmos al Rey? ¿Por qué?

— Por el dios de mi padre que no sabría decirlo —dijo Namgay Doola.

— ¿Y quién era tu padre?

— El dueño de este rifle —y me enseñó su arma, un mosquetón Torre que llevaba fecha de 1832, y el sello de la honorable Compañía de las Indias Orientales.

— ¿Y cómo se llamaba tu padre? —dije yo.

— Timlay Doola —dijo—. Al principio, yo era sólo un niño pequeño, pero creo recordar que llevaba una casaca roja.

— De eso no tengo la más mínima duda. Pero reptie el nombre de tu padre tres o cuatro veces.

Obedeció, y entendía de dónde procedía el extraño acento con el que hablaba.

— Thimla Dhula —decía excitado—; hasta este momento he adorado a su dios.

— ¿Puedo ver a ese dios?

— Dentro de un rato, al anochecer.

— ¿Recuerdas algo de la lengua de tu padre?

— Hace mucho tiempo. Pero hay una palabra que repetía con frecuencia: Shun. Y entonces mis hermanos y yo nos poníamos de pie con los brazos pegados al cuerpo, así.

— Ya. ¿Y quién era tu madre?

Librodot

— Una mujer de las montañas. Nosotros somos lepchas de Darjeeling, pero a mí me llaman extranjero por este pelo que tú ves.

La mujer tibetana, su esposa, le tocó dulcemente en el brazo. El largo parlamento en el exterior del fuerte se había prolongado mucho. Era ya cerca del anochecer..., la hora del Ángelus. Con gran solemnidad, los chiquillos pelirrojos se levantaron del suelo y formaron un semicírculo. Namgay Doola apoyó su rifle contra la pared, encendió una lamparilla de aceite y la colocó delante de un hueco de la pared. Corriendo una cortina de paño sucio dejó al descubierto un gastado crucifijo de cobre apoyado sobre la insignia de un casco de un regimiento de la India Oriental, hace tiempo olvidado.

— Así hacía mi padre —dijo, haciendo torpemente la señal de la cruz.

La mujer y los hijos le imitaron. Y luego, todos a la vez, entonaron el cántico quejumbroso que yo había oído junto a la montaña:

Dir hané mard y yerren dir
To weeree ala gee.

Mi perplejidad desapareció. Una y otra vez canturrearon, como si ello les fuera la vida, su versión del coro de «Wearing of the Green»:

Cuelgan a hombres y también a mujeres
por ir vestidos de verde.

Tuve una inspiración diabólica. Uno de los chavales, un niño de unos ocho años, no dejaba de mirarme mientras cantaba. Saqué una rupia y la sostuve entre el pulgar y el índice, mirando, sólo mirando, el arma apoyada en la pared. Una sonrisa de entendimiento perfecto y brillante se apoderó del rostro del chiquillo. Sin dejar por un momento de cantar, extendió la mano para que le diera el dinero y a continuación me deslizó el arma en la mano. Hubiera podido matar a Namgay Doola mientras cantaba. Pero me consideré satisfecho. El instinto sangriento de la raza había respondido. Namgay Doola corrió la cortina delante del hueco. El Ángelus había acabado.

— Así cantaba mi padre. Era mucho más largo, pero lo he olvidado, y no conozco el significado de esas palabras, pero quizá Dios las entienda. Yo no pertenezco a ese pueblo y no voy a pagar impuestos.

— ¿Y porqué?

Y de nuevo aquella sonrisa que te llegaba al alma.

— ¿En qué me iba a ocupar entre cosecha y cosecha? Es mejor que asustar a los osos. Pero esa gente no lo entiende.

Cogió las máscaras del suelo y me miró a la cara con la sencillez de un niño.

— ¿Por qué medios adquiriste el conocimiento para hacer estas diabluras? —dije, señalándole las máscaras.

— No sabría decirlo. No soy sino un lepcha de Darjeeling y sin embargo, esa tela...

— Que has robado.

— Sí, cierto. ¿La robé? Me apetecía tanto. La tela..., la tela..., ¿qué otra cosa podía hacer con esa tela? —y retorcía el terciopelo entre las manos.

Pero el pecado de mutilar la vaca, ¿has pensado en eso?

— Eso es verdad, pero, sahib, ese hombre me traicionó y yo no había pensado..., pero la cola de la vaca se movía a la luz de la luna y yo llevaba el cuchillo. ¿Qué otra cosa podía hacer? La cola se desprendió antes que me diese cuenta, sahib, tú sabes más que yo.

— En eso tienes razón —dije yo—. No salgas. *Voy* a hablar con el Rey.

Toda la población del Estado estaba desplegada por la ladera de la montaña. Yo fui directamente a hablar con el Rey.

— Oh, Rey —dije—, por lo que concierne a ese hombre hay dos caminos abiertos a tu sabiduría. Puedes colgarle de un árbol, a él y a su descendencia hasta que no quede ni un pelo rojo en esta tierra.

— No —dijo el Rey—. ¿Por qué iba a hacer daño a los niños?

Habían salido de la cabaña y hacían reverencias a todo el mundo. Namgay Doola esperaba, con su rifle cruzado en el pecho.

— O puedes, sin prestar atención a la impiedad cometida contra la vaca, concederla una posición de honor dentro de tu ejército. Proviene de una raza que no paga sus diezmos. Hay una llama roja en su sangre que surge en su cabeza en ese pelo brillante. Hazle jefe del ejército. Dale todos los honores que consideres oportunos, y autorización para que desempeñe todo tipo de trabajos, pero ten buen cuidado, oh Rey, de que ni él ni su prole se adueñen de un pie de tierra tuya de aquí en adelante. Aliméntale con palabras *y* favores, *y* también con alcohol de ciertas botellas que tú conoces, y será un bastión defensivo. Pero niégale hasta la mínima brizna de tu hierba. Ésa es la naturaleza que Dios le ha dado. Además tiene hermanos...

El Estado gruñó al unísono.

— Pero si sus hermanos vienen, con toda seguridad lucharán entre sí hasta morir; o si no, siempre habrá uno que informe acerca de los otros. ¿Lo incorporarás a tu ejército, Rey? Elige.

El Rey asintió con la cabeza y yo dije:

Adelántate, Namgay Doola, y toma el mando del ejército del Rey. Tu nombre ya no será Namgay en boca de los hombres sino Patsay Doola, porque, como tú bien dices, yo sé lo que hago.

Namgay Doola, ahora rebautizado Patsay Doola, hijo de Timlay Doola, que es Tim Doolan muy mal pronunciado, por cierto, abrazó los pies del Rey, abofeteó al ejército permanente y corrió de templo en templo en una agonía de contrición, haciendo ofrendas por su falta de mutilar ganado.

Y el Rey estaba tan contento con mi perspicacia que me ofreció venderme uno de sus pueblos por veinte libras esterlinas. Pero yo no compro pueblos en el Himalaya mientras *haya* una cabeza roja brillando entre las estribaciones del glaciar que sube al cielo y un oscuro bosque de abedules.

Conozco a esa raza.

UN TRATO DE ALGODÓN

Hace mucho, muchísimo tiempo, siendo Devadatta rey de Benarés, escribí algunos

Librodot

relatos acerca de Strikland, de la Policía del Punjab (el que se casó con la señorita Youghal) y acerca de Adán, hijo suyo. Strickland terminó ya su servicio en la India, y vive actualmente en un lugar de Inglaterra que se llama Weston—super—Mare, donde su esposa toca el órgano en una de las iglesias. Muy de tarde en tarde se traslada Strickland a la ciudad de Londres, y su esposa le obliga, de cuando en cuando, a que *vaya* a visitar a sus amigos. Fuera de esto, juega al golf y va en pos de los lebreles sólo por bien parecer.

Si el lector recuerda al niño aquel que contó una historieta al novelista Eustace Cleever, recordará también que llegó con el tiempo a ser baronet propietario de una enorme finca. Ha perdido un poco de prestigio, debido a su cocina, pero no ha perdido nunca a sus amigos. Me he enterado de que una de las salas de su palacio está convertida en hospital para enfermos; en ella pasé yo una semana acompañado de dos melancólicas enfermeras y de un especialista en psilosis. En otra ocasión la encontré rebosante de muchachos, hijos todos de angloindios, a los que el Niño había congregado para pasar las vacaciones, y que casi hicieron morir de dolor al encargado de cuidar la finca.

Mi última visita resultó mejor. El Niño me llamó por telégrafo, yyo caí en brazos de un amigo mío, el coronel A. L. Corkran, lo que me quitó muchísimos años de encima; ambos ensalzamos a Alá, que no había dado fin todavía a los deleites ni separado a los compañeros.

Corkran, una vez que me hubo explicado el sentimiento que se experimenta mandando un regimiento de infantería indígena en la frontera, me dijo:

— Los Strikcs llegan esta noche con su muchacho.

— Me acuerdo de él. Es el muchachuelo que me dio base para escribir un relato —le contesté—. ¿Está acaso en el servicio?

— No. Strick le colocó en el Protectorado Centro—euro—africano. Desempeña el cargo de comisario segundo en Dupé, que yo ignoro dónde cae. ¿En Somalia quizá, Largo? —preguntó el Niño.

El Largo ensanchó burlonamente las ventanas de su nariz:

— Sólo te has desviado tres millas. Fíjate en el atlas.

— Esté donde esté, ese muchacho se encuentra hoy tan podrido de fiebre como todos vosotros —dijo el Niño, que se había sentado ya en el diván grande —. Trae además en su compañía a un criado indígena. Largo, pórtate como un atleta y dile a Ipps que le aloje en los establos.

— ¿Por qué? ¿Es acaso un yao, como el individuo aquel que Wade trajo cuando tu mayordomo estaba con ataques?

El Largo visita con frecuencia al Niño, y ha visto unas cuantas cosas raras.

— No. Es un individuo que perteneció al viejo cuerpo de policías del Punjab cuando los mandaba Strickland, y, según tengo entendido, un perfecto europeo.

¡Magnífico! Desde hace tres meses no he hallado un punjabí, y un punjabí del África central tiene que resultar divertidísimo.

Llegó a nuestro oídos el ruido del automóvil al detenerse delante del pórtico. La primera en entrar fue Agnes Strickland, a la que el Niño adora sin disimular sus sentimientos.

La verdad es que el Niño adora, con la adoración plácida de un hombre gordo, a ocho astutas mujeres por lo menos; pero Agnes lo cuidó en cierta ocasión en que el Niño tuvo un mal acceso de fiebre de Peshaxur, y cuando ella está en la casa del Niño, la casa le

pertenece a ella más que a nadie. Ahora Agnes empezó a decir:

— No enviaste suficientes alfombras, y quién sabe si Adán se ha resfriado.

— En el interior del coche hace calor. ¿Por qué le consentiste que viajase en la parte delantera?

— Porque lo quiso él —contestó Agnes con una sonrisa maternal.

Y procedió a presentarnos a la sombra de un hombre joven que caminaba apoyándose fuertemente sobre el hombro de un barbudo mahometano punjabí.

— Ahí tienes todo lo que de mi hijo ha vuelto a Inglaterra —me dijo el padre.

En efecto, no había en el joven nada del muchacho con el que yo había hecho un viaje a Dalhousie, larguísimo tiempo atrás.

— ¿Y qué uniforme es ése? —preguntó el Largo al criado Iman Din, que se situó en posición de firmes sobre el suelo de mármol.

— Es el uniforme de las tropas del Protectorado, sahib. Aunque yo soy el servidor personal del pequeño sahib, no parece bien que nosotros, los blancos, nos hagamos servir por el personal vestido completamente al estilo de los criados.

— Comprendo. Con seguridad también que nosotros, los blancos, servimos la mesa a caballo, ¿verdad?

El Largo apuntó con el dedo a las espuelas del criado.

— Estas me las puse cuando vinimos a Inglaterra por mejor parecer.

Adán se sonrió con un asomo de sonrisita, que empecé a recordar, y le colocamos sobre la meridiana grande, en espera de que nos sirviesen algún refrigerio. El Largo le preguntó qué tiempo de licencia tenía, y él contestó que seis meses.

— Pero se tomará otros seis mediante un certificado médico —dijo Agnes con expresión de ansiedad. Adán arrugó el ceño:

— ¡Usted no querría eso, claro! Lo comprendo. Yo también me pregunto qué estará haciendo el que me sustituye en el mando.

El Largo se atusó el bigote y se puso a meditar en sus sikhs.

¡Bueno! — exclamó el Niño—. Yo sólo tengo que cuidarme de algunos millares de faisanes. Vamos a vestirnos para la mes, Largo. Estamos nosotros solos. ¿Qué flores ordena mi señora que se pongan en la mesa?

— ¿Para nosotros solos? —contestó ella, mirando a las flores de ricino que adornaban el gran vestíbulo—. Pues entonces, que pongan clavelones..., los del pequeño cementerio.

Se transmitió esa orden.

Pues bien: para nosotros los clavelones equivalen a tiempo caluroso, incomodidad, separación y muerte. Con ese aroma en nuestra nariz, y teniendo de servidor al criado de Adán, fuimos con toda naturalidad a caer cada vez más en el viejo argot, acordándonos, a cada vaso que bebíamos, de los compañeros nuestros que se nos habían adelantado en el último viaje. No comimos en la mesa grande, sino junto a la gran ventana corrediza que daba sobre el parque, en el que estaban recogiendo y cargando los últimos restos de heno. Cuando se echó encima el ocaso, no quisimos que encendiesen luces, sino que esperamos la salida de la luna, y seguimos nuestra conversación en la semioscuridad, que trae a nuestra memoria los viejos recuerdos.

Al joven Adán no le interesaba nuestro pasado sino en aquello que éste había afectado a su propio futuro. Yo creo que su madre lo tenía agarrado de la mano por debajo de la mesa. Imam Din, descalzo por respeto a los suelos, le trajo el medicamento, se lo fue

Librodot

sirviendo gota a gota, y pidió órdenes.

— Espera para llevárselo a la cama cuando se sienta fatigado —dijo la madre.

E Iman Din se retiró a la parte sombreada del salón, junto a los retratos de los antepasados.

Y dígame: ¿qué espera sacar de ese Protectorado suyo?

Esta pregunta la hizo el Niño cuando, agotado el tema de nuestra India, pasamos a hablar del África de Adán.

El joven se reanimó al oír aquellas palabras, y dijo:

— Caucho, nueces, goma y otros productos por ese estilo, aunque nuestro verdadero porvenir está en el algodón. El año pasado cultivé en mi distrito cincuenta acres de esa planta.

— ¡En mi distrito! —exclamó el padre—. ¿Lo oyes, mamaíta!

— ¡Lo que digo es cierto! Me alegraría tener a mano una muestra para enseñársela. Algunos enterados de Manchester afirmaron que era de tan buena calidad como cualquier otro algodón que llega al mercado desde cualquiera de las islas.

— ¿Y cómo se te ocurrió meterte a plantador de algodón, hijo mío? —preguntó la madre.

Mi jefe nos dijo que todo hombre debería tener una distracción, un shouk, de cualquier clase que fuese, y cierta vez se tomó la molestia de viajar todo un día a caballo, apartándose de su ruta, para señalarme una franja de tierra negra que estaba indicadísima para el cultivo del algodón.

— ¡Vaya! ¿Y de qué clase era ese jefe suyo? —preguntó el Largo con su voz meliflua.

— El hombre mejor que hay sobre la tierra..., sin excepción alguna. Es un hombre de los que dejan que uno mismo se suene la nariz. La gente le ha puesto de apodo... Adán largó una frase endemoniada—, que significa el Hombre de los Ojos de Piedra".

— Me alegra lo que me dice, porque, según lo que otros me han referido...

La frase del Largo ardió como una cerilla lenta, pero la explosión no se hizo esperar.

— ¡Otros! —dijo Adán, y alzó una mano delgada—. Cada perro tiene sus pulgas. ¡Si usted les hace caso a esos otros, naturalmente que sí!

La manera que tuvo el joven de sacudir su cabeza resultó tal y como yo le recordaba, entre los policías de su padre, veinte años atrás, y la mirada brillante de la madre fue como una llamada en la penumbra para que yo le rindiese adoración. Pegué un puntapié en la espinilla al Largo... No debe uno burlarse del primer amor o del primer sentimiento de lealtad de un joven.

Apareció encima de la mesa un montoncito de algodón en bruto, y la voz de Iman Din nos dijo:

— Pensé que quizá lo necesitase, y por esa razón lo coloqué entre nuestras camisas.

— ¡Qué bien habla este hombre el inglés! exclamó el Niño, que se había olvidado ya de su Oriente.

Todos nosotros admiramos la muestra de algodón por complacer a Adán, y, a decir verdad, era de fibra muy larga y brillante. El joven exclamó:

— Bueno..., se trata sólo de un experimento. Somos tan terriblemente pobres en mi distrito, que ni siquiera disponemos de dinero para pagar un cochechito correo. Empleamos una caja de galletas montada sobre dos ruedas de bicicleta. El dinero para

este cultivo —añadió Adán, dando unas palmaditas cariñosas a la muestra— lo conseguí por pura casualidad.

— ¿Cuanto costó? —preguntó Strickland.

— Con la semilla y la maquinaria, alrededor de doscientas libras. Las labores fueron realizadas por caníbales.

— Eso resulta animador.

El Largo alcanzó otro cigarrillo.

No, gracias —le contestó Agnes—. Llevo demasiado tiempo en Weston—super—Mare para que me atraigan los caníbales. Voy al cuarto de música a ensayar los himnos del próximo domingo.

Se llevó a los labios ligeramente la mano del muchacho y cruzó los acres de suelo brillante hasta el salón de música, que había servido de salón de banquetes a los ascendientes del Niño. El vestido gris y de plata de Agnes desapareció bajo la galería de los músicos; encendiéronse dos luces eléctricas, y su figura se dibujó sobre el fondo de las hileras de tubos dorados.

— ¡Hay aquí un apego abominable a tocar la música mecánicamente! —dijo en voz alta.

— ¡Dios me valga! —exclamó el Niño, echándose la servilleta al hombro—. Estuve interpretando Parsifal en rollo de pianola.

— Prefiero la interpretación personal. Quita esto, Ipps. Oímos cómo el viejo Ipps patinaba obediente, cruzando la sala. El Largo dijo:

— Veamos esa interpretación personal.

Y acercó el borgoña, que la facultad médica recomienda para enriquecer la sangre debilitada por la fiebre.

— Poco es lo que hay que decir. Ahora bien: la franja de tierra que me mostró mi jefe se mete en plena región de los sheshaheli. No nos ha sido posible demostrar ante los tribunales que esa tribu practica el canibalismo; pero yo creo que si un sheshaheli viene a ofrecernos cuatro libras de pecho de mujer, con el tatuaje y todo, espetadas sobre una hoja de llantén...

— Es preciso no desayunarse sin haber pegado antes fuego a las aldeas — dijo el Largo acabando la frase.

Adán movió la cabeza y suspiró:

¡Nada de hacer intervenir a las tropas! Se lo conté todo a mi jefe, y éste me dijo que era preciso esperar a que hiciesen chuletas de un blanco. Me aconsejó que si alguna vez sentía esa tentación, no cometiese un..., un improductivo felo de se, y que dejase la tarea a un sheshaheli. Entonces podría presentar él un informe, y podríamos barrerlos de allí.

— ¡Qué inmoralidad! Así es como nosotros ganamos...

Y el Largo citó el nombre de una provincia conquistada mediante un sacrificio tan justo.

Sí, pero aquellas fieras de hombres ejercían el dominio de uno de los extremos de mi franja de terreno algodonero como si tal cosa. Y cuando me adelanté a fin de coger muestras del suelo para analizarlas, nos persiguieron como a una alimaña, a mí y a Imam Din.

— ¡Sahib!, ¿me necesita?

La voz surgió de la oscuridad, y antes de acabar la frase brillaban los ojos por encima

del hombro de Adán.

— No. Salió ese nombre en la conversación —y bastó un movimiento del dedo de Adán para hacer desaparecer a Imam Din—. No pude convertir el hecho en un casus belli inmediatamente, porque mi jefe se había llevado todas las tropas a fin de aplastar en el Norte a una cuadrilla de reyes esclavos. ¿No han oído hablar nunca de nuestra guerra contra Ibn Makarrah? Casi estuvimos en una ocasión a punto de perder por su culpa nuestro Protectorado, aunque ahora es aliado nuestro.

— ¿Verdad que era una fiera dañina, aun dentro de la manera de ser de aquella gente? —dijo el Largo—. Wade me habló de tal individuo el año pasado.

Lo cierto es que el apodo con que todos le conocían en aquel país era el de Misericordioso, y es preciso que se haya hecho algo para conseguir un apodo como ése. Nadie de entre nosotros pronunciaba su nombre propio al referirse al hombre en cuestión. Decían él o el Tal, y no lo decían levantando la voz. Combatió durante ocho meses contra nosotros.

— Lo recuerdo. Y también que apareció en no sé qué periódico un suelto hablando de esa lucha —contesté yo.

Pero le derrotamos. La verdad es..., la verdad es que los traficantes de esclavos no vienen por nuestra región porque es fama que nuestros hombres se mueren casi todos al mes de haber sido capturados. Eso disminuye los beneficios.

— ¿Y qué hay de tus encantadores amigos los sheshahelis? —preguntó el Niño.

— No hay mercado para ellos. Mejor que sheshahelis, la gente compraría cocodrilos. Tengo entendido que antes que nos anexionásemos la región, Ibn Makarrah hizo una incursión contra ellos, para adiestrar a sus guerreros jóvenes, y se limitó a hacerlos picadillo. La mayor parte de mi gente son campesinos, precisamente lo que necesitan los plantadores de algodón... ¿Qué está tocando mamá?... ¡Ah, sí! Once in Royal..., ¿verdad?

El órgano, que hasta entonces había estado canturriando tan feliz como una madre contemplando a su hijo restablecido, atacó de firme una melodía. El Niño exclamó con toda sinceridad:

— ¡Estupendo! ¡Lo toca estupendamente!

Yo sólo había oído cantar al Niño una vez, y aunque cantó de mañana, cuando todo el mundo se siente inclinado a la tolerancia, sus compañeros de rancho le tiraron a un estanque de nenúfares.

— ¿Y cómo te las arreglaste para que tus caníbales trabajasen en tu campo? —preguntó Strickland.

— Convirtiéronse a la civilización una vez que mi jefe hubo aplastado a Ibn Makarrah, precisamente en el momento en que yo los necesitaba. Mi jefe me había prometido por escrito que si yo conseguía rebañar un sobrante, él no se lo embolsaría esta vez con destino a sus caminos, sino que me permitiría que lo emplease en mi empresa algodonera. Yo sólo necesitaba doscientas libras. Nuestras rentas daban para poca cosa.

— ¿Qué fuentes de ingresos tenía el Protectorado? —preguntó el Largo en idioma indígena.

— El impuesto a las chozas, la patente de comerciantes, las licencias de caza y de minas; en total, menos de catorce mil rupias; y hasta el último penique estaba marcado para una finalidad concreta desde muchos meses antes.

Adán suspiró. Imam Din dijo con voz suave:

— Hay también la multa a los perros que se meten en el campo del sahib, y que el año pasado fue de más de tres rupias.

— Yo creo que era justo multarlo, porque ladraban como condenados. Eramos bastante rigurosos en cuestión de multas. Yo logré que mi escribiente indígena, Bulaki Ram, se entusiasmara hasta la ferocidad. Llegaba a calcular los beneficios de nuestro proyecto algodonero hasta tres decimales, después de las horas de oficina. Les aseguro a ustedes que envidio a los magistrados de este país, que todas las semanas arrancan el dinero a montones a los automovilistas. Yo me las había ingeniado para que ingresos *y* gastos se equilibrasen, *y* estaba loco por conseguir las doscientas libras necesarias para mi algodón. Cuando uno está solo le entran esas chaladuras..., y acaba hablando en voz alta.

— ¡Hola! ¿Llegaste a ese punto ya? —preguntó el padre.

Adán asintió con un movimiento de cabeza.

— Sí. Llegué a recitarle a un árbol la parte que recordaba del Marmion, señor. Pero, de pronto, cambió mi suerte. Cierto atardecer se me presentó un negro que hablaba inglés y que traía arrastrando de los pies un cadáver (uno se acostumbra a esta clase de aventurillas). Me dijo que se lo había encontrado y que hiciese el favor de identificarlo, porque quizá consiguiese un premio si se trataba de uno de los hombres de Ibn Makarrah. Era el muerto un musulmán viejo, con una buena cantidad de raza árabe; un hombrecito de huesos pequeños y calvo. Yo me estaba preguntando cómo se había conservado el cadáver en tan buen estado en un clima como el nuestro, y, de pronto, el muerto estornudó. ¡Hubieran ustedes visto al negro! ¡Lanzó un alarido y pegó un bote como..., como aquel perro en el Tom Sawyer, cuando se sienta encima de un escarabajo de nombre raro! El negro lanzaba ladridos sin dejar de correr, y mientras tanto el cadáver seguía estornudando. Me di cuenta de que había sido envenenado con sarky, que es una secreción de cierta planta que ataca los centros nerviosos (nuestro oficial médico mayor está escribiendo una monografia sobre este tema). En vista de ello, Imam Din y yo procedimos a vaciar el cadáver, dándole jabón de afeitar, pólvora corriente de escopeta y agua caliente.

Ya había sido testigo anteriormente de un caso de sarkizamiento; por esta razón, cuando se le empezaron a despellejar los pies y dejó de estornudar, comprendí que viviría. Sin embargo, estuvo grave. Permaneció lo mismo que un tronco durante una semana, y a fuerza de masajes, Imam Din y yo echamos fuera de él la parálisis. Entonces nos dijo que él era un hajji; había estado tres veces en la Meca y procedía del África francesa; que había tropezado con el negro a la vera de un camino..., por el estilo de lo que ocurre en la India con los thugs..., y que el negro le había envenenado. La explicación me pareció bastante razonable, sabiendo como yo sabía los procedimientos de los negros de la costa.

— ¿Le creíste? —preguntó con vivo interés el padre.

— No había razón para no hacerlo. El negro no regresó nunca, y el viejo se quedó conmigo por espacio de dos meses —contestó Adán—. Usted conoce ya a qué extremos de caballerosidad puede llegar un caballero mahometano, padre. Pues aquel hombre era eso.

— A extremos insuperables, sí, señor; a extremos insuperables —fue la contestación del padre.

— Siempre que no le compare con un sikh —refunfuñó el Largo.

— Había estado en Bombay; conocía todos los recovecos del Africa francesa; sabía recitar poesías y textos del Corán un día entero. Jugaba al ajedrez como un maestro, y no saben ustedes lo que eso significaba para mí. Entre jugada y jugada hablábamos de la regeneración de Turquía y del Sheikh—Ul—Islam. Hablábamos de todo lo imaginable. Era un comprensión admirable. Como es de suponer, creía en la justicia de la esclavitud, pero comprendía perfectamente que aquello tenía que acabar. Por esa razón, opinaba, lo mismo que yo, que era preciso desarrollar los recursos del distrito gracias al cultivo del algodón, naturalmente.

— ¿También de eso hablaron? —preguntó Strickland.

— Bastante. Hablamos de ese problema durante horas y horas. Usted no sabe lo que ello suponía para mí. Un hombre admirable... Dime, Imam Din, ¿no era nuestro hajji un hombre maravilloso?

— ¡Completamente maravilloso! Gracias al hajji logramos reunir el dinero que necesitábamos para nuestro algodón.

Yo me imaginé que Imam Din se había movido detrás de la silla de Strickland.

— Sí. Aunque aquello tenía que ir de una manera muy dura contra sus convicciones. Encontrándome yo atacado de fiebres en Dupé, vino el árabe a traerme la noticia de que uno de los hombres de Ibn Makarrah se paseaba descaradamente por mi distrito con un grupo de esclavos... ¡sujetos con la horca!

— ¿Y qué te pasaba con la horca, que no podías tolerarla? —preguntó el Largo, porque Adán había subrayado la palabra horca apoyando en ella la voz.

— Cuestión de etiqueta local, señor mío —contestó Adán, demasiado absorto en el relato para reparar en el chiste atroz del Largo—. Cuando un comerciante de esclavos los lleva atravesando territorio británico debe simular que se trata de criados suyos. El pregonarlos de pueblo en pueblo con la horca al cuello, es decir, con el palo ahorquillado en que se les mete el cuello, constituye una insolencia parecida a la que se cometía antaño en el mar no poniendo en facha las gavias. Además, eso produce desasosiego en el distrito.

Pensé que había dicho usted que los comerciantes de esclavos no cruzaba su jurisdicción —intervine yo.

— Así es; pero mi jefe andaba en aquella época ahuyentándolos del Norte, y ellos saltaban a territorio francés por todos los caminos que se les ponían delante.

Yo tenía orden de hacer la vista gorda mientras ellos circulasen; pero aquello de ofrecer esclavos en venta metidos en la horca era pasarse de la raya. Yo estaba imposibilitado de marchar en persona, y por esa razón ordené a una pareja de nuestros policías Makalali y a Imam Din que hiciesen por una sola vez una advertencia verbal a aquellos caballeros. Era bastante arriesgado, y hubiera podido resultar costoso, pero salieron vencedores. Regresaron a los pocos días con el comerciante de esclavos (que no ofreció resistencia) y una multitud de testigos; le formamos juicio en mi dormitorio y le impusimos una hermosa multa. Para que ustedes comprendan hasta qué punto de perversidad había llegado aquel bestia de hombres (es cosa frecuente que los árabes se vuelvan idiotas después de una derrota), les diré que había raptado a cuatro o cinco sheshaheli y andaba ofreciéndolos en venta a todo el mundo por el camino... ¿No llegó incluso a ofrecértelos a ti Imam Din?

— Yo fui testigo de que ofrecía en venta comedores de carne humana —dijo Imam

Din.

— Por suerte para mi proyecto algodonero, eso que había hecho era faltar de dos maneras a la ley: había esclavizado a otros hombres y había puesto a la venta sus esclavos dentro del territorio británico. Eso significaba que yo podía imponerle una doble multa.

— ¿Y cómo se defendió? —preguntó Strickland, que había sido de la Policía del Punjab.

— Por lo que recuerdo, aunque en aquel momento tenía yo una fiebre de cuarenta grados, se había equivocado de meridiano de longitud. Creía estar dentro de territorio francés. Aseguró que no lo haría nunca más si le castigábamos únicamente con una multa. Cuando le oí decir eso sentí impulsos de darle un apretón de manos. Pagó en dinero contante, lo mismo que un automovilista, y se largó en el acto.

— ¿Usted lo vio?

Sí... ¿No es cierto, Imam Din?

— Doy la seguridad de que el sahib lo vio y habló con el comerciante de esclavos. Además, el sahib echó un discurso a los comedores de carne humana después que los hubo libertado, y ellos juraron proporcionarle toda la mano de obra que necesitaba para su plantación de algodón. Mientras ocurría todo eso, el sahib se apoyaba en el hombro de su propio servidor.

— Recuerdo algo de eso; recuerdo que Bulaki Ram me dio los documentos para firmarlos, y recuerdo con toda claridad que guardó el dinero en la caja fuerte: doscientos diez magníficos soberanos ingleses. ¡No saben ustedes todo lo que eso significaba para mí! Creo que se me pasó la fiebre; en cuanto pude me largué, tambaleante aún, acompañado del hajji, para entrevistarme con los sheshaheli y tratar con ellos la cuestión de la mano de obra. Y entonces fue cuando descubrí por qué tenían tanto interés en trabajar. ¡No se trataba de agradecimiento! Su gran aldea había sido herida por el rayo y reducida a cenizas un par de semanas antes; se tumbaron boca abajo en el suelo, a mi alrededor, en varias hileras, y me pidieron que les diese tarea. Se la di.

— Lo cual te hizo seguramente muy feliz, ¿no es cierto? —dijo su madre, que se había acercado sin que la sintiésemos y estaba detrás de nosotros—. Y le tomaste cariño a tu plantación de algodón, ¿verdad?

Y al decir esto quitó de allí el montoncito de muestra.

— ¡Vive Dios que fui feliz! —dijo Adán bostezando—, y si alguno de ustedes tiene interés —añadió, mirando al Niño— en invertir un poco de dinero en ese negocio, dará con ello vida a mi distrito. Estoy en condiciones de proporcionarle cifras, señor; pero le aseguro...

— Lo que tú vas a hacer ahora es tomar tu arsénico; luego, Imam Din te llevará a la cama, y yo subiré para abrigarte bien.

Agnes se inclinó hacia adelante, puso sus redondeados codos sobre los hombros de su hijo, cruzó sus manos por entre sus negros cabellos y nos dijo:

— ¿Verdad que es un encanto este hijo mío?

Lo dijo con un alzamiento de la ceja izquierda y con una modulación de voz tan conmovedora como los que había empleado para que Strickland se arrojase como loco entre los caballos el año 84. Permanecimos callados cuando los tres se retiraron. Esperamos así hasta que Imam Din regresó del piso alto y carraspeó junto a la puerta de una manera que solamente en el Asia de negro corazón saben hacerlo. Entonces

Strickland le dijo:

— Y ahora, dijo de mi servidor, dinos lo que verdaderamente ocurrió.

— Todo ocurrió tal y como el sahib lo ha contado. Unicamente..., únicamente hubo un pequeño arreglillo..., un arreglillo debido al negocio algodonero del sahib.

— ¡Cuéntalo!... ¡Toma asiento! Le pido perdón, Niño —dijo Strickland.

Pero ya el Niño había hecho la señal, y oímos el ruido que hizo Imam Din al sentarse en el suelo. Porque adoptar la posición de firmes habría sido salirse un poco del Este. Imam Din habló así:

— Cuando el sahib le acometió un acceso de fiebre en nuestra casa techada de Dupé, el hajji se puso a escuchar atentamente lo que hablaba. Su creencia era que pronunciaría nombres de mujer, aunque yo le había dicho *ya* que nuestra virtud era superior a toda creencia o comparación, y que nuestro único anhelo era aquel negocio del cultivo del algodón. Convencido, por fin, el hajji sopló en la frente de nuestro sahib a fin de meter en su cerebro la noticia de que un comerciante de esclavos andaba por su distrito mofándose de la ley —continuó

Imam Din, volviéndose hacia Strickland—. Nuestro sahib contestó a aquellas falsas palabras igual que un caballo de sangre contesta a la espuela. Se sentó en la cama. Dio orden de que apresase a aquel esclavista. Luego volvió a caer de espaldas. Y nosotros lo dejamos.

— ¿Lo dejasteis solo..., servidor de mi hijo e hijo de mi servidor? —preguntó el padre.

Había allí una mujer entrada en años que pertenecía al hajji. Había venido trayendo el cinturón en que el hajji guardaba el dinero. Este le dijo que si nuestro sahib moría, moriría ella también. Y, en verdad, mi sahib me había dado la orden de que marchásemos.

— Cuando desatinaba por la fiebre, ¿no es eso?

— ¿Qué podíamos hacer, sahib? El gran anhelo de su corazón era el negocio del algodón. Hablaba de él en medio de la fiebre. En su consecuencia, el hajji se dispuso a conseguir que se cumpliese ese gran anhelo suyo. Sin duda que el hajji podía haberle entregado dinero suficiente allí mismo para diez plantaciones de algodón; pero también a este respecto la virtud de nuestro sahib era superior a toda creencia o comparación. Entre los grandes no se intercambia dinero. Por eso el hajji dijo, yyo le ayudé con mi consejo, que era preciso que lo dispusiésemos todo de manera que consiguiese el dinero sin salirse en modo alguno de la ley inglesa. Ello suponía para nosotros grandes molestias, pero... la ley es la ley. El hajji enseñó a la mujer anciana un cuchillo con que la mataría si nuestro sahib moría. Por eso acompañé yo al hajji.

Sabiendo quién era, ¿verdad? —preguntó Strickland.

— ¡No! Temiéndole por ser quien era. Salía de aquel hambre de poder que dominaba la voluntad de las personas inferiores. El hajji dijo a Bulaki Ram, el escribiente, que ocupase la silla del gobierno de Dupé hasta nuestro regreso. Bulaki Ram temía al hajji porque éste había valorado maliciosamente su habilidad en el cálculo en cinco mil rupias por cualquier lote de esclavos. Entonces dijo el hajji: “Vengay haremos que los comedores de carne humana realicen ese asunto del algodón, para delicia del que es mi delicia.” El hajji amaba a nuestro sahib con el amor que siente un padre por su hijo, un salvado por un salvador, un grande por otro grande. Pero yo le dije: “No podemos ir a la aldea de los

sheshaheli sin un centenar de rifles, y aquí sólo tenemos cinco." El hajji me contestó: "Yo he soltado un nudo del pañuelo de mi cabeza que valdrá para nosotros por más de un millar." En efecto, vi que lo había aflojado de modo que el pañuelo colgaba como una bandera sobre su hombro. Entonces fue cuando comprendí que era un grande con poder en su interior. Llegamos a las tierras altas de los sheshaheli al rayar el alba del segundo día, en el momento que se levanta el viento frío. El hajji avanzó con mucho tiento por el calvero donde amontonaban la basura y arañó en la puerta de entrada del poblado, que estaba cerrada. Cuando ésta se abrió pude ver a los comedores de carne humana tumbados en sus lechos bajo los aleros de las chozas. Rodaron fuera de sus yacijas, y se levantaron, uno tras otro, a todo lo largo de la calle; el miedo producía en sus rostros el mismo efecto que la brisa que blanquea las horas. El hajji permanecía en la puerta de entrada al poblado para guardar sus propias ropas de toda contaminación. El hajji dijo: "Aquí estoy otra vez. Entregadme seis y ponedles el yugo." Ellos se apresuraron a empujar hacia nosotros con palos a seis hombres, y les pusieron por yugo un pesado tronco. El hajji dijo entonces: "Coged todos fuego del hogar de la mañana y venid a barlovento." Sopla un viento tan fuerte en aquellas tierras altas a la hora de la salida del sol, que cuando cada uno de aquellos hombres hubo vertido su vasija de fuego delante de la que tenía el hajji, toda la anchura de la aldea era un mar de llamas, que lo arrasó todo. Entonces dijo el hajji: "De aquí a poco tiempo vendrá aquel hombre blanco que vosotros perseguisteis en una ocasión para ver si apresabais caza. Os pedirá mano de obra para plantar esto y lo otro. Vosotros sois quienes habréis de trabajar, y después de vosotros trabajará vuestra prole." Y ellos contestaron, alzando un poquitín la cabeza del borde de las cenizas: "Nosotros somos quienes habremos de trabajar, y después de nosotros trabajará nuestra prole." El hajji les preguntó: "¿Cual es, pues, mi nombre?" Ellos contestaron: "Tu nombre es también el Misericordioso." El hajji dijo: "Elogiad, pues, mi misericordia"; y mientras aquella gente se deshacía en elogios, el hajji se alejó y yo detrás de él.

El Niño pareció como que carraspeaba, y se sirvió más borgoña.

— A eso del mediodía, uno de aquellos seis hombres cayó muerto. De miedo..., nada más que de miedo, sahib; nadie le había tocado..., nadie podía haberle tocado; como iban atados por parejas y el compañero de coyunda estaba loco y cantaba desatinadamente, esperamos a que llegase algún pagano que realizase la tarea necesaria. Llegaron, por fin, hombres de la tribu Angari con cabras. El hajji les preguntó: % Qué es lo que veis?" Ellos contestaron: "Oh señor nuestro, nosotros ni vemos ni oímos." El hajji les dijo: "Yo os mando que veáis, que oigáis y que digáis." Ellos contestaron: "Oh señor nuestro, nuestros ojos obedientes parece que vieran esclavos en una horca." El hajji dijo: "Eso es lo que habéis de testificar ante el funcionario que os espera en el pueblo de Dupé." Ellos contestaron: "¿Qué nos ocurrirá después?" El hajji dijo: "Recibiréis la recompensa debida al que informa. Pero si no testificáis, caerá sobre vosotros un castigo tal que los pájaros se vendrán abajo desde los árboles, aterrorizados, y los monos pedirán a gritos compasión." Oído esto, los hombres de Angari se dieron prisa para trasladarse a Dupé. Entonces el hajji me dijo: "¿Bastarán estas pruebas para que nos condenen, o será preciso que yo envíe a toda una aldea?." Le contesté que tres testigos eran ampliamente suficientes como prueba de una acusación, pero que hasta ahora el hajji no había puesto sus esclavos en venta. Es cierto que, según dijo hace un momento nuestro sahib, el raptar esclavos está

condenado con una multa, pero también el tratar de venderlos se castiga con multa. Nosotros precisábamos la doble multa, sahib, para llevar a cabo la explotación algodonera con que soñaba nuestro sahib. Todo esto lo había arreglado previamente con Bulaki Ram, que conoce la ley inglesa, y yo pensé que el hajji lo recordaría. Pero se irritó y exclamó: "¡ Oh Dios, refugio de los afligidos!, ¿tendré, siendo quien soy, que meterme a buhonero de esta carne de perro, a lo largo del camino a fin de cumplir el anhelo del hombre que es la delicia de mi corazón?" Sin embargo, reconoció que ésa era la ley inglesa, y en vista de ello agria, como suelen oler los paganos. Huelen igual que los leopardos, sahib. Eso ocurre porque comen a otros hombres.

Es posible que sí —dijo Strickland—. ¿Pero dónde tenías tú el seso? No basta un testigo como prueba de que se ha intentado una venta.

— ¿Qué hubiéramos podido hacer, sahib? Era preciso mirar por el buen nombre del hajji. No podíamos meter como testigo de un hecho de esa clase a un pagano. Además, olvida el sahib que el acusado mismo estaba preparando su condena. El no habría negado su propia prueba. Aparte de eso, yo estoy bastante enterado de las pruebas que exige la ley. Marchamos, pues, a Dupé, donde Bulaki Ram esperaba rodeado de los hombres de Angari; yo corrí a ver al sahib a su cama. Tenía los ojos muy brillantes y salían de su boca órdenes enrevesadas, pero la anciana no se había soltado el pelo para morir. El hajji dijo: "Júzgame de prisa, porque no soy Job." El hajji era hombre docto. Juzgamos el caso rápidamente y entre cuchicheos tranquilizadores en torno a la cama. Sin embargo..., sin embargo, como tratándose de un sahib de semejante sangre no sabe uno si ve o no ve, cumplimos exactamente con todos los requisitos de la ley inglesa. Lo único que hicimos al margen de ella fue mantener a los testigos, a los esclavos y al preso fuera, para no ofender su olfato.

— ¿De modo que él no vio al preso? —dijo Strickland.

Yo estaba preparado para esposar a un Angari en cuanto él lo hubiese pedido; pero, por merced divina, hallabase el sahib tan febril, que no lo pidió. Es completamente cierto que él vio meter el dinero dentro de la caja fuerte..., doscientas diez libras inglesas, y es completamente cierto que aquel oro obró sobre él lo mismo que un medicamento muy eficaz. Pero en cuanto a que había visto al preso y a que había hablado con los comedores de carne humana, todo eso se lo sopló el hajji en su frente, a fin de que se le grabase en su cerebro enfermo. Como han visto ustedes, algo ha quedado allí. ¿Ah, pero cuando se le pasó la fiebre y nuestro sahib pidió el libro de multas y los pequeños libros de pinturas que habían llegado de Europa, que representaban arados, escardillos y molinos de algodón, entonces sí que volvió a reírse tal como acostumbraba hacerlo en otro tiempo!. El hajji sentía amor por él... ¿Y quién no? Fue un pequeño acomodo, muy pequeño, sahib. ¿Es preciso contárselo a todo el mundo?

— ¿Y cuándo supiste tú quiera era el hajji? —dijo Strickland.

— Fijamente no lo supe hasta que él y nuestro sahib regresaron de su visita al país de los sheshaheli. Es cierto que los comedores de carne humana se tiraron al suelo alrededor de sus pies, y que pidieron azadones para cultivar el algodón. Aquella misma noche, cuando yo estaba cocinando la cena, me dijo el hajji: "Yo regreso a mi tierra, aunque no sé si el Hombre de los Ojos de Piedra me ha dejado un buey, un esclavo o una mujer." Yo le contesté: "¿Tú eres aquél?" El hajji me dijo: "Yo equivalgo a una recompensa de diez mil rupias, que puedes ganarte tú. ¿Presentaremos otra acusación para que el muchacho

pueda comprar más máquinas de cultivar el algodón? Le contesté: "¿Me tomas por un perro al suponer que yo pueda hacer tal cosa? ¡Que Dios prolongue tu vida un millar de años!" El hajji me dijo: "¿Quién conoce el mañana? Dios me ha dado en mi ancianidad una especie de hijo, y yo bendigo al Señor. Cuida tú de que esa raza no se pierda." Entonces se marchó desde la cocina hasta la mesa de despacho de nuestro sahib, que estaba debajo del árbol; nuestro sahib tenía en la mano un sobre azul oficial, que acababa de llegar por un mensajero corredor desde el Norte. Al ver aquello, temiendo que se tratase de alguna noticia mala para el hajji, traté de retener a éste, pero me dijo: "Los dos somos grandes, y ni él ni yo fallaremos." Nuestro sahib alzó la vista, invitando al hajji a que se acercase antes de abrir la carta. Entonces le dijo el hajji: "¿Se me permite decir adiós?" Nuestro sahib metió la carta en el archivo, respirando profunda y alegremente, y le dijo una frase amable. El hajji prosiguió: "Me marcho a mi propia tierra." Luego se quitó del cuello un corazón de ámbar gris que llevaba colgado de una cadena y alargó vivamente, cerró el puño con la palma hacia abajo y exclamó: "Si está escrito en él tu nombre, resultaría inútil, porque en mi corazón está grabado ya un nombre; pero en el amuleto no hay nada." El hajji se inclinó hasta los pies del sahib; nuestro sahib le levantó y le besó; pero el hajji se cubrió la boca con la tela de su hombro, porque tenía una virtud especial, y se marchó.

¿Y qué orden venía en la carta oficial? —murmuró el Largo.

— Se le ordenaba únicamente al sahib que escribiese un informe sobre yo no sé qué enfermedad nueva que atacaba al ganado. Todas las órdenes vienen dentro del mismo tipo de sobres. No podíamos estar seguros de la clase de orden que vendría dentro de aquél.

— Y cuando abrió la carta, ¿mi hijo no hizo un gesto o señal? ¿Carraspeó, por ejemplo? ¿Dejó escapar un taco? —preguntó Strickland.

— Nada de eso, sahib. Yo me fijé en sus manos. No temblaban. Luego se enjuagó la cara, pero antes sudaba ya por efecto del calor.

— ¿Lo sabía? ¿Sabía quién era el hajji? —preguntó en inglés el Niño.

— Yo soy un pobre hombre. ¿Quién puede adivinar lo que un sahig de semejante progenie sabe o no sabe? Pero el hajji estaba en lo cierto. La raza no se debe perder. No hace demasiado calor en Dupé, y, en cuanto a nodrizas, la prima de mi hermana de Jull...

— ¡Hum! Esa es cosa del muchacho mismo. ¿Lo habrá sabido su jefe? —dijo Strickland.

Con seguridad que sí —dijo Imam Din—. La noche anterior al día en que el sahib marchó hacia el mar, el gran sahib..., el Hombre de los Ojos de Piedra..., comió con él en su campamento, y yo servía la mesa. Hablaron un buen rato, y el gran sahib dijo: "¿Qué piensa usted de aquél?" (Por allí no decimos nunca Ibn Makarrah). Nuestro sahib contestó: "¿De quien?" El gran sahib le contestó: "De aquel que enseñó a los caníbales a cultivar el algodón de su plantación. Tengo informes seguros de que permaneció en su distrito lo menos tres meses, y yo esperaba que todos los mensajeros corredores que llegaban me traerían su cabeza, enviada por usted." Nuestro sahib dijo: "Si se hubiese necesitado su cabeza, se habría nombrado a otra persona para que gobernase mi distrito, porque él era amigo mío." El gran sahib se echó a reír y dijo: "Si me hubiese hecho falta en su puesto un hombre de menos categoría, puede estar usted seguro de que lo habría enviado, y si hubiese necesitado la cabeza de aquél, puede estar seguro de que habría

Librodot

enviado hombres que me la trajesen. Pero cuénteme ahora de qué medios se valió para manejarlo, en provecho nuestro, en ese negocio de la plantación algodonera." Nuestro sahib dijo: "¡Vive Dios, que no manejé a ese hombre en ningún sentido! Era mi amigo." El gran sahib le ordenó: "Toh Vau! ¡Cuéntelo!" Nuestro sahib movió la cabeza negativamente, según tiene por costumbre, tal como lo hacía de niño, y los dos se miraron a los ojos, igual que dos esgrimidores de espada en el ring de una feria. El primer en bajar los ojos fue el gran sahib, que dijo: "Sea. Es posible que yo mismo hubiese contestado de ese modo cuando era joven. No tiene importancia. He firmado ya un tratado con aquél y es ya un aliado nuestro. Algún día me lo contará él mismo." Yo me acerqué entonces con café recién hecho, y ellos se callaron. Pero yo no creo que aquél le cuente al gran sahib más de lo que le dijo nuestro sahib.

— ¿Porqué razón? —pregunté yo.

— Porque lo mismo el uno que el otro son grandes, y yo vengo observando durante mi vida que los grandes son muy parcos de palabras en los tratos que tienen entre ellos; y menos aún cuando hablan de un tercero acerca de tales tratos. Ellos se benefician del silencio... Creo que la madre ha bajado ya del cuarto de arriba, y voy yo ahora a frotarle los pies hasta que se duerma.

Sus oídos habían percibido los pasos de Agnes en la escalera, y casi en seguida cruzó ella por nuestro lado, camino del salón de música, tarareando el Magnificat.

EL CABEZA DE DISTRITO

Hay un condenado más
dentro, en la cárcel central,
detrás del muro de adobe;
y en la zona de frontera
el ladrón es uno menos:
y así la paz de la Reina,
mis muy queridos amigos,
sobre las cosas impera,
y así la paz de la Reina
sobre las cosas impera.

Sobrellevamos la culpa
y la vergüenza del jefe,
pues quitamos nuestra mano
de la tierra sometida
y así la paz de la Reina
mis muy queridos amigos,
sobre las cosas impera.

El mandato de Shindand

I

E1 Indo había crecido sin previo aviso. La noche anterior era un bajo que se podía vadear; a la siguiente, cinco millas de agua turbia y airada separaban una orilla firme de otra que se deshacía, y el río seguía creciendo bajo la luna. Una litera llevada por seis hombres barbudos, todos poco habituados a esa faena, se detuvo sobre la arena blanca que dibujaba una planicie más blanca aún.

— Es la voluntad de Dios —dijeron—. No nos atreveríamos a cruzar esta noche ni siquiera en una barca. Encendamos el fuego y preparemos la comida. Somos hombres cansados.

Miraron hacia la litera, inquisitivos. Dentro, yacía el delegado del gobierno del distrito de Kot—Kumhar—sen, moribundo de fiebre. Le habían llevado a campo traviesa seis guerreros de un clan fronterizo, que él se había ganado por el camino de una rectitud moderada, cuando se desmoronó al pie de aquellas montañas poco hospitalarias. Y Tallantire, su asistente, cabalgaba con ellos, con el corazón tan pesado como pesados estaban sus ojos por la pena y la falta de sueño. Había servido al enfermo durante tres años y había aprendido a amarle como aprenden a amar —o a odiar— los hombres unidos en la maraña de las tareas duras. Desmontó para separar las cortinas de la litera y echar una mirada dentro.

— Orde... Orde, amigo, ¿me oyes? Tenemos que esperar hasta que baje el río, mala suerte.

— Te oigo —respondió un murmullo seco—. Esperar hasta que baje el río. Pensaba que podríamos llegar al campamento antes del amanecer. Polly lo sabe, vendrá a buscarme.

Uno de los portadores miraba hacia el otro lado del río y advirtió el débil titilar de una luz muy lejana. Susurró a Tallantire:

— Allí están las luces de su campamento, y su mujer. Cruzarán por la mañana, tienen buenas barcas. ¿Vivirá hasta entonces?

Tallantire negó con la cabeza. Yardley—Orde estaba a las puertas de la muerte. ¿Para qué atormentar su alma con esperanzas de un encuentro que no se podría producir? El río se tragaba las orillas, demolía las crestas de arena y gruñía, hambriento aún. Los porteadores buscaron algún combustible en las tierras baldías: espinos secos y restos de los campamentos que se habían establecido junto al cauce. Sus espadas sonaban mientras ellos se movían con suavidad en medio de la bruma de la luz lunar y el caballo de Tallantire tosió para explicar que le hubiese apetecido tener una manta.

También yo tengo frío —dijo la voz desde la litera—. Creo que esto es el fin. ¡Pobre Polly!

Tallantire le acomodó las mantas; Khoda Dad Khan, al ver eso, se quitó su pesado abrigo de piel de borrego y lo echó sobre la pila.

— Me calentaré junto al fuego —dijo.

Entonces Tallantire tomó entre sus brazos el cuerpo enflaquecido de su jefe y lo estrechó contra su pecho. Tal vez, si pudiera mantenerlo bien abrigado, Orde viviría para volver a ver a su mujer. ¡Si la ciega Providencia hiciera que el río bajase tres pies!

— Así me encuentro mejor —dijo Orde con voz débil—. Siento ser una molestia, pero hay... ¿hay algo para beber?

Librodot

Le dieron leche con whisky y Tallantire sintió cierta tibieza contra su pecho. Orde comenzó a susurrar algo.

— No me importa morir —dijo—. Me apena dejar a Polly y el distrito. Gracias a Dios no tenemos niños. Dick, tú sabes que estoy hundido, terriblemente hundido, por las deudas de mis primeros cinco años de servicio. La pensión no es alta, pero bastará para ella. Tiene a su madre en Inglaterra. Lo difícil será llegar hasta allá. Y.., y..., *ya* sabes, al no ser la mujer de un soldado...

— Le conseguiremos el pasaje, por supuesto dijo Tallantire con calma.

— No es bonito pensar en pasar el sombrero pero, ¡Dios mío!, cuántos hombres yacen aquí y, me acuerdo, tuvieron que hacer lo mismo. Morten está muerto y era de mi edad. Shaughnessy ha muerto y tenía hijos. Recuerdo que solía leernos las cartas que le enviaban desde el colegio: ¡qué pesado nos parecía! Evans ha muerto: ¡Kot—Kumharsen lo mató! Ricketts de Myndonie ha muerto yyo también voy a morir. «El hombre nacido de mujer es pequeñas y pocas patatas en las montañas.» Eso me recuerda, Dick, que los cuatro pueblos Khusru Kheyl de nuestra frontera quieren un tercio de la remesa esta primavera. Es justo, las cosechas son malas. Asegúrate de que lo reciban y habla con Ferris acerca del canal. Me gustaría haber vivido para verlo terminado, significa mucho para los pueblos del norte del Indo; pero Ferris es un hombre apático, despiértale. Tú te encargarás del distrito hasta que llegue mi sucesor. Quisiera que te hiciesen un nombramiento permanente. Tú conoces el paño. Sin embargo, me figuro que será Bullows. Es un buen hombre, pero demasiado débil para la labor de la frontera, y no entiende a los sacerdotes. El sacerdote ciego de Jagai tendrá que ser vigilado. Lo verás todo en mis papeles, en la caja del uniforme, creo. Llama a los hombres de Khusru Kheyl, será mi última audiencia pública. ¡Khoda Dad Khan!

El jefe de los hombres de un salto se puso junto a la litera, seguido de sus compañeros.

— Hombres, estoy muriendo —dijo Orde con rapidez, en lengua indígena— y pronto dejará de haber un sahib Orde que tire de vuestras colas para que no robéis ganado.

— ¡Dios no permita semejante cosa! —exclamó el coro de bajos—. El sahib no morirá.

— Sí que lo hará, y así ha de saber si quien decía la verdad era Mahoma o Moisés. Pero vosotros debéis ser hombres buenos cuando yo ya no esté aquí. Aquellos que viváis en nuestras fronteras tendréis que seguir pagando los impuestos con toda calma, como hasta ahora. Ya he dicho qué pueblos deben ser bien tratados este año. Aquellos que viváis en las montañas no debéis robar ganado, ni quemar pajares, ni prestar oído a la voz de los sacerdotes que, al no conocer la fuerza del Gobierno, podrían llevaros a guerras insensatas, por las que vosotros seguramente moriríais y vuestras cosechas serían comidas por extraños. Tampoco debéis asaltar ninguna caravana y tenéis que dejar vuestras armas en el puesto de policía cuando vengáis, tal como ha sido vuestra costumbre y mi orden. El sahib Tallantire estará con vosotros, pero no sé quién ocupará mi lugar. Os hablo ahora con la verdad, pues ya casi estoy muerto, hijos míos..., porque aunque seáis hombres fuertes sois unos niños.

— Y tú eres nuestro padre y nuestra madre —J interrumpió Khoda Dad Khan, tras soltar un juramento—, ¿Qué haremos ahora que ya no habrá nadie que hable por nosotros o que nos enseñe a obrar con sabiduría?

— Está el sahib Tallantire; acudid a él, que conoce vuestra lengua y vuestro corazón. Mantened tranquilos a los jóvenes, escuchad a los ancianos y obedeced. Khoda Dad Khan, toma mi anillo. El reloj y la cadena son para tu hermano. Guarda estas cosas como recuerdo mío y yo hablaré con el Dios que *haya* de encontrar *y* le diré que los Khusru Kheyl son buena gente. Tenéis mi venia para marcharos.

Khoda Dad Dhan, con el anillo en el dedo, se ahogó en un sollozo audible al escuchar la muy conocida fórmula que ponía fin a una entrevista. Su hermano volvió para mirar hacia la otra margen del río. Rompía el alba y una mancha blanquecina se mostraba en la plata opaca de la corriente.

— Allí viene ella —dijo el hombre en un susurro—. ¿Podrá vivir dos horas más? —y sacó de su cinturón el recién adquirido reloj y miró el cuadrante sin entender, tal como había visto que hacían los ingleses.

A lo largo de dos horas la vela hinchada viró, subió y bajó por el río, mientras Tallantire seguí estrechando en sus brazos a Orde y Khoda Dad Khan le frotaba los pies. Volvió a hablar, de cuando en cuando, del distrito y de su mujer pero, a medida que se aproximaba el fin, con mayor frecuencia de ella. Todos esperaban que no supiese que, en esos precisos instantes, ella estaba arriesgando su vida en una barca nativa absurda para llegar a su lado. Pero la terrible presciencia de los moribundos les engañó. Orde echándose hacia adelante con esfuerzo, miró a través de las cortinas y vio cuán cerca se hallaba la vela.

— Es Polly —dijo simplemente, aunque su boca se retorcía de dolor. — Polly y..., la broma pesada más siniestra que jamás e le haya gastado a un hombre. Dick..., tú tendrás... que... explicarle.

Una hora más tarde, Tallantire recibió sobre la orilla a una mujer vestida con un traje de montar de zaraza y una pamela que le preguntó a gritos por su marido —su niño y su amado—, mientras Khoda Dad Khan se arrojaba boca abajo en la arena y se cubría los ojos.

II

La simplicidad misma de la idea constituía su encanto. ¿Qué podría ser más fácil que ganar una reputación de estadista de gran previsión, de originalidad y, sobre todo, de deferencia ante los deseos de la gente, nombrando a un hijo del país para gobernar ese país? Doscientos millones de amantes y agradecidos súbditos bajo el dominio de Su Majestad alabarían el acontecimiento y su alabanza perduraría por siempre. Sin embargo, él se sentía indiferente a la alabanza o a la crítica, como correspondía al Más Grande de Todos los Virreyes. Su administración se basaba en los principios y los principios han de ser respetados en tiempo y a destiempo. Su pluma y su lengua habían creado la Nueva India, rebosante de posibilidades —estentórea, insistente, una nación entre las naciones –– todo por su propia obra. Por tanto, el Más Grande de Todos los Virreyes avanzó un paso más y con él pidió consejo a quienes le ayudarían a nombrar el sucesor de Yardley––Orde. Había un caballero y miembro de la administración bengalí que había obtenido su plaza y un título universitario, por añadidura, en competición abierta con los hijos de los ingleses. Era hombre culto y de mundo y, si el informe decía verdad, había dirigido con sensatez y, sobre todo, con buena disposición un distrito densamente poblado de Bengala

Librodot

suroiental. Había sido a Inglaterra y encantado a muchas tertulias. Su nombre, si el Virrey recordaba bien, era Mr. Grish Chunder Dé, M.A. En resumen, ¿tenía alguien alguna objeción al nombramiento, siempre por principio, de un hombre del país para gobernar ese país? El distrito de Bengala suroriental podía pasar, con ventaja según había averiguado, a un funcionario civil más joven de la misma nacionalidad que Mr. G. C. Dé (quien había escrito un artículo de notable grado de inteligencia sobre el valor político de la simpatía en la administración); y Mr. G.C. Dé podía ser transferido al norte, a Kot-Kumharsen. El Virrey, por principio, era contrario a interferir en los nombramientos que dependían de los gobiernos provinciales. Deseaba que se comprendiese que él tan sólo recomendaba y aconsejaba en esta instancia. En lo concerniente al mero tema de la raza, Mr. Gris Chunder Dé era más inglés que un inglés y, no obstante, poseía esa simpatía peculiar y esa perspicacia que los mejores de la mejor administración del mundo sólo pueden obtener al final de su carrera.

Los reyes adustos y de negras barbas sentados en el Consejo de India se dividieron en la ocasión, con el resultado inevitable de llevar al Más Grande de Todos los Virreyes al borde un ataque de histeria y a una obstinación confusa, tan patética como la de un niño.

— El principio es bastante acertado —dijo, con una mirada de sus ojos cansados, el cabeza de las Provincias Rojas, donde se hallaba Kot—Kumharsen, porque también él tenía sus teorías—. La única dificultad es...

— Ajústele los tornillos a los oficiales del distrito. Sume a Dé un par de delegados del Gobierno vigorosos a cada lado; otórguele el mejor ayudante de la provincia; llene a la gente de temor de Dios con anticipación y si algo funciona mal, diga que los colegas no han colaborado con Dé. Las consecuencias de estos maravillosos experimentos, por último, acaban recayendo sobre el delegado del distrito —dijo el Caballero de la Espada Desenvainada, con una brutalidad tan manifiesta que hizo que el Cabeza de las Provincias Rojas se estremeciese. Y sobre un acuerdo tácito de esta naturaleza se cumplió el traslado, tan discretamente como fue posible, por diversas razones.

Es triste pensar que lo que en India pasa por ser la opinión pública no advirtió, en general, la sabiduría del nombramiento hecho por el Virrey. Tampoco hubo ausencia de órganos mercenarios, con toda evidencia al servicio de una burocracia tiránica, que hicieron más que sugerir que Su Excelencia era un tonto, un soñador de imposible, un doctrinario y, lo peor de todo, un hombre que jugaba con las vidas de los hombres. The Viceroy’s Excellence Gazette, publicado en Calcuta, se vio en figurillas para agradecer a «Nuestro amado Virrey, una vez más, su gloriosa vindicación de las potencialidades de las naciones bengalíes para cumplir con amplias tareas ejecutivas y administrativas en regiones que estén fuera de nuestro ámbito. No abrigamos duda alguna acerca de que nuestro excelente conciudadano, Mr. Grish Chunder Dé, Esq., M.A., mantendrá muy alto el prestigio de los bengalíes, por encima de las intrigas sombrías y de las estrategias que se puedan organizar para dañar su fama y destruir sus perspectivas entre los orgullosos civiles, algunos de los cuales ahora tendrán que servir a un nativo despreciado y estar, además, a sus órdenes. ¿Qué tal les resultará, señores? Rogamos a nuestro amado Virrey que continúe manteniéndose por encima de los prejuicios raciales *y* los del color, *y* que permita que la flor de esta que ahora es nuestra administración reciba todas las pagas y ayudas otorgadas a sus hermanos de mayor fortuna».

III

— ¿Cuándo se va a incorporar a su cargo este hombre? Ahora mismo estoy solo y me figuro que bajo sus órdenes seguiré igual.

— ¿Te hubiese gustado que te trasladaran? —dijo Bullows con vivacidad; después, poniendo una mano sobre el hombro de Tallantire—: estamos en el mismo barco, no nos abandones. Aunque, ¿por qué demonios has de quedarte si puedes obtener otro cargo?

— Era el de Orde —dijo Tallantire con sencillez.

— Pues ahora es de Dé. Es el más bengalí de los bengalíes, atiborrado de códigos y jurisprudencia, un hombre magnífico en materia de rutina y trabajo burocrático, además de tener una conversación agradable. Como es natural, siempre lo han mantenido en su distrito natal, donde vivían todas sus hermanas, primas y tías, por no sé dónde al sur de Dacca. No hizo más que convertir el lugar en una pequeña y agradable reserva familiar, permitió a sus subordinados que hiciesen lo que querían y dejó que todos tuviesen alguna oportunidad con las rupias. Por consiguiente, allá abajo es inmensamente popular.

— No tengo nada que ver con eso. ¿Cómo diablos explicaré en el distrito que van a ser gobernados por un bengalí? ¿Supones —supone el Gobierno, quiero decir — que los Khusru Kheyl se quedarán tranquilos y sentados cuando lo sepan? ¿Qué dirán los jefes musulmanes de las aldeas? ¿Cómo trabajará a sus órdenes la policía, compuesta por sijs muzbíes y patanes? Nosotros no podríamos decir nada aunque el Gobierno nombrase a un barrendero, pero mi gente tendrá mucho que decir, ya lo sabes. ¡Es una muestra de locura cruel!

— Mi querido muchacho, sé todo eso y más. Lo he explicado y me han dicho que estaba mostrando «un prejuicio culpable y pueril» . ¡Por Júpiter, si los Khusru Kheyl no muestran algo más que eso, yo no conozco la frontera! Hay grandes probabilidades de que se te incendie el distrito entre las manos, y yo tendré que dejar mi trabajo para ayudarte a sortear el peligro. No tengo que pedirte que apoyes al benglí de todas las formas posibles. Lo harás por tu propio bien.

— Por el de Orde. No puedo decir que a mí me interese un comino, personalmente.

— No seas tonto. Sabe Dios que es bastante lastimoso, y el Gobierno lo sabrá más adelante, pero eso no es motivo para que te enfurruñes. Tú debes tratar de gobernar el distrito; tú debes pacificar a los Khusru Kheyl y convendrá que adviertas a Curbar, el policía, que tal vez surjan problemas. Yo estoy al otro extremo del telégrafo y siempre preparado para jugarme mi reputación con tal de mantener el distrito en calma. Tú, desde luego, perderás la tuya. Si tú mantienes todo en orden y a él no le pegan de verdad con un palo cuando salga a hacer sus inspecciones, los méritos serán para él. Si algo funciona mal, te dirán que tú no le has brindado un apoyo leal.

— Sé lo que tengo que hacer —dijo Tallantire, preocupado — y lo haré. Pero es duro.

— El trabajo está en nuestras manos; los hechos, en las de Alá, como solía decir Orde cuando se veía más presionado que de costumbre —y Bullows se marchó en su caballo.

Que dos caballeros de la Administración bengalí de Su Majestad tuviesen que discutir a un tercero, también integrante de esa administración, que por otra parte era hombre culto *y* afable, parece extraño *y* afligente. No obstante, escuchen ustedes la charla inculta del mullah ciego de Jagai, el sacerdote de los Khusru Kheyl, sentado en una roca que domina la frontera. Cinco años antes, un proyectil disparado al azar por una batería había

Librodot

arrojado tierra a la cara del mullah, lo que originó un ataque de los ghazis contra media docena de bayonetas británicas. Así fue como quedó ciego, y no odió menos a los ingleses por el pequeño accidente. Yardley—Orde conocía su punto débil y muchas veces se había reído de él por eso.

— Perros sois vosotros —decía el mullah ciego a los hombres de la tribu que le escuchaban en torno a la hoguera—. ¡Perros apaleados ! Porque escuchasteis al sahib Orde, le llamasteis padre y os comportasteis como sus hijos, el Gobierno británico ha dado muestras de cuánto os considera. El sahib Orde ha muerto, ya lo sabéis.

— ¡Ay, ay, ay! —dijo media docena de voces.

— El era un hombre. Ahora, en lugar de él, ¿quién creéis que viene? Un bengalí de Bengala, un sureño que como pescado.

— ¡Eso es mentira! —dijo Khoda Dad Khan—. Si no fuese por la pequeñez de que seas sacerdote, te haría tragar la culata de mi fusil.

— ¡Ajá! ¿Eres tú, adulón de los ingleses? Ve mañana al otro lado de la frontera para saludar al sucesor del sahib Orde y te descalzarás ante la tienda de un bengalí y tu amo entregará tu presente a la mano negra de un bengalí. Lo sé, y en mis tiempos juveniles, si un hombre joven hablaba de mal modo a un mullah que conoce las puertas del cielo y del infierno, no se le hacía tragarla culata de un fusil. ¡No!

El mullah ciego odiaba a Khoda Dad Khan con un odio afgano: ambos se disputaban el mando de la tribu, pero el segundo era temido por sus atributos físicos, así como el otro lo era por los espirituales. Khoda Dad Khan miró el anillo de Orde y gruñó:

— Iré mañana porque no soy un viejo tonto que predica la guerra contra los ingleses. Si el Gobierno, tocado de locura, ha hecho eso, entonces...

— Entonces —graznó el mullah—, ¿reumras a los jóvenes y atacarás en los cuatro pueblos de la frontera?

— O te retuerzo el pescuezo, cuervo negro de Jehannum, por ser portador de malas nuevas.

Khoda Dad Khan aceitó sus largos rizos con mucho cuidado, se ciñó su mejor cinturón de Bokhara, un turbante nuevo y unas bonitas babuchas verdes y, acompañado por unos pocos amigos, bajó de las montañas para visitar al nuevo delegado del Gobierno en KotKumharsen. También llevó un tributo: cuatro o cinco mohures de oro, inestimables, de los tiempos de Akbar, dentro de un pañuelo blanco. El delegado del Gobierno los tocaría y devolvería. La breve ceremonia solía ser un símbolo de que, en el campo de la influencia personal de Khoda Dad Khan, los Khusru Kheyl serían buenos chicos... hasta la próxima vez: en especial si ocurría que a Khoda Dad Khan le cayese bien el nuevo delegado del Gobierno. Durante el consulado de Yardley—Orde, la visita concluía con una cena fastuosa, quizá con licores prohibidos, y sin duda con magníficos relatos y mucha camaradería. Entonces Khoda Dad Khan volvía a su tierra entre aires de jactancia, afirmando solemne que el sahib Orde era un príncipe *y* el sahib Tallantire otro, *y* que todo el que hiciese una incursión por el territorio británico sería desollado vivo. En esta ocasión se encontró con que las tiendas del delegado del Gobierno tenían el mismo aspecto de siempre. Como se consideraba un privilegiado, franqueó la puerta abierta para encontrarse con un bengalí afable, corpulento, vestido a la inglesa, ocupado ante una escribanía. Poco versado en la influencia enaltecedora de la educación, y sin que le importasen nada los títulos universitarios, Khoda Dad Khan no tardó en clasificar al

Librodot

hombre como un badu —el amanuense nativo del delegado del Gobierno—, un animal detestado y despreciado.

— ¡Eh! —dijo con jovialidad—. ¿Dónde está tu amo, babujee?

— Soy el delegado del Gobierno —dijo el caballero en inglés.

Como él sobrevaloraba los efectos de los títulos universitarios, miró fijamente a Khoda Dad Khan a la cara. Pero si desde la más tierna infancia te han habituado a mirar de frente batallas, asesinatos y muertes repentinas, si la sangre derramada te afecta tanto como si fuese pintura roja y, por encima de todo, si has creído con firmeza que el bengalí es el siervo de todos los indostanos y que todos los indostanos son muy inferiores a tu propio yo, vasto y vigoroso, puedes tolerar, por muy poco educado que estés, una buena cantidad de miradas. Incluso puedes llegar a mirar desde arriba a un graduado de alguna facultad de Oxford, si sabes que ha nacido en un burdel, de una estirpe criada en un burdel, y que es tan temeroso del dolor físico como algunos lo son del pecado; en especial si la madre de tu oponente le ha aterrado de niño, a la hora de dormir, con cuentos horribles de demonios que viven en Afganistán y leyendas lúgubres del Norte negro. Detrás de las gafas de oro, los ojos buscaron el suelo. Khoda Dad Khan se rió entre dientes y salió para encontrarse a poca distancia con Tallantire.

— Aquí están —dijo con grosería, arrojando ante él las monedas—, tócalas y devuélvelas. Esto responde por mi buen comportamiento. Pero dime, sahib, ¿se ha vuelto loco el Gobierno para enviarnos a este perro negro bengalí? ¿Qué quiere decir esto?

— Es una orden —dijo Tallantire: él se había esperado algo así—. Es un s—sahib muy inteligente.

— ¡Ese un sahib! Ése es un Kala admi, un hombre negro, indigno de correr junto a la grupa del burro de un alfarero. Todos los pueblos del mundo han saqueado Bengala. Así está escrito. ¿Sabes dónde vamos nosotros, los del Norte, cuando queremos mujeres o rapiña? A Bengala: ¿a qué otro lugar? ¿Qué chiquillada es ésa de llamarle sahib? ¡Y además, después del sahib Orde! De verdad que el mullah ciego llevaba razón.

— ¿Qué pasa con él? —preguntó Tallantire, inquieto. Desconfiaba de ese viejo de ojos muertos y lengua mortífera.

— Vaya, por el juramento que hice al sahib Orde cuando le vi morir junto al río, ahora te lo diré. En primer lugar ¿es verdad que los ingleses han puesto el talón de un bengalí encima de su propio cuello y que ya no hay más poderío inglés en la tierra?

— Yo estoy aquí —dijo Tallantire—, y sirvo a la Maharaní de Inglaterra.

— El mullah dijo lo contrario y agregó que porque nosotros amábamos al sahib Orde el Gobierno nos mandaba un cerdo para demostrarnos que somos perros, que hasta ahora hemos estado bajo una mano fuerte. También ha dicho que se estaban llevando los soldados blancos, que vendrían más indostanos y que todo estaba cambiando.

Esto es lo peor de un manejo irreflexivo de un país muy grande. Lo que parece tan aceptable en Calcuta, tan justo en Bombay, tan inexpugnable en Madrás, es mal entendido por el Norte y cambia por completo sus características en las riberas del Indo. Khoda Dad Khan explicó tan claramente como le fue posible que, aunque él mismo se proponía ser bueno, en realidad no podía responder por los miembros más temerarios de su tribu bajo el mando del mullah ciego. Podrían crear problemas o no, pero sin duda no tenían intención alguna de obedecer al nuevo delegado del Gobierno. ¿Estaba bien seguro Tallantire de que, en caso de producirse una serie de ataques fronterizos, las fuerzas del

Librodot

distrito podrían responder con rapidez?

— Dile al mullah que si sigue hablando tonterías —dijo Tallantire con sequedad—, llevará a sus hombres a una muerte segura y a su tribu a sufrir asedio, multas por infracción de la ley y a obtener dinero a costa de sus vidas. ¿Pero por qué hablo con quien ya no tiene peso en los consejos de la tribu?

Khoda Dad Khan se tragó ese insulto. Se había enterado de lo que tanto había querido saber, y regresó a sus montañas para recibir la enhorabuena sarcástica del mullah, cuya lengua, encarnizándose alrededor de las hogueras, resultaba ser la llama más mortal que alimentara estiércol alguno.

IV

Tengan ustedes la gentileza de examinar ahora, por un momento, el desconocido distrito de KotKumharsen. Cortado longitudinalmente por el Indo, se extiende al pie de la cadena montañosa de Khusru, una muralla de tierra inútil y de rocas desmoronadas. Tenía setenta millas de largo por cincuenta de ancho, sustentaba una población de algo menos de doscientas mil personas y pagaba impuestos por cuarenta mil libras al año sobre una superficie que era, en algo más de la mitad, un yermo total. Los labriegos no eran gente cortés, los mineros que explotaban la sal eran menos corteses aún y los criadores de ganado menos corteses que todos los demás. Un puesto de policía en el extremo derecho y un pequeño fuerte de adobe en el izquierdo evitaban todo el contrabando de sal y el abigeato que la influencia de los civiles no podía reprimir; en el extremo inferior derecho se alzaba Jumala, el centro de operaciones del distrito, un nudo lamentable de cobertizos que, por mero chiste, eran alquilados como casas, a pesar de su hedor a fiebre de frontera, de sus goteras cuando llovía y de ser unos hornos en el verano.

Hacia ese lugar viajaba Grish Chunder Dé, para hacerse cargo allí, formalmente, del distrito. Pero las nuevas acerca de su arribo habían llegado antes. Los bengalíes eran tan escasos como los perros de lanas entre los sencillos fronterizos que se partían la cabeza, uno a otro, con sus largas espadas y rezaban, imparciales, tanto en los santuarios hindúes como en los musulmanes. Se apiñaron para verle, señalándole y comparándole o bien con una búfalo lechera preñada o bien con un caballo decrépito, según lo que les sugiriese su capacidad metafórica limitada. Rieron ante su guardia de policía y quisieron saber durante cuánto tiempo los corpulentos sijs iban a mandar a los monos bengalíes. Preguntaron si él había traído consigo a sus mujeres y le hicieron una advertencia explícita de que no tocara a las de ellos. Sucedió además que una vieja llena de arrugas, junto a la carretera, a su paso, se golpeó los pechos descarnados mientras gritaba:

— He amamantado a seis que podrían haberse comido a seis mil como él. ¡El Gobierno les mandó matar y convirtió a Esto en rey!

A lo que un viejo robusto, que arreglaba arados, tocado con un turbante azul, gritó:

— ¡Ten esperanzas, madre! Puede que él todavía siga el camino de tus vagabundos.

Y los niños, esos pequeños hongos marrones, le miraron con curiosidad. A menudo atraía a los niños a vagar por la tienda del sahib Orde, donde se podían ganar monedas de cobre con un simple deseo, y relatos tan auténticos de los que ni siquiera sus madres conocían más de la primera parte. ¡No! Ese hombre gordo y negro no podía decirles cómo había hecho Pir Prith para arrancarles los colmillos a diez diablos; ni cómo había

Librodot

sido posible que las grandes rocas se alinearan todas en la cima de las montañas de Khusru, y qué ocurría si al atardecer, por la puerta del pueblo, gritabas al lobo gris «Badl Khas ha muerto». Entre tanto, Grish Chunder Dé hablaba atolondradamente y mucho con Tallantire, tal como lo hacen aquellos que son «más ingleses que los ingleses», acerca de Oxford *y* de «la tierra», con abundante *y* curioso conocimiento literario de las cenas en que se celebraban los incidentes de las regatas, de los partidos de criquet, de las cacerías y de otros deportes impíos de los extraños.

— Debemos mantener sujetos a estos hombres — dijo una o dos veces, intranquilo—, mantenerles bien sujetos y llevarles con la rienda corta. De nada vale, sabe usted, ser flojo en el distrito.

Y un momento después, Tallantire oyó que Debendra Nath Dé, quien llevado por su sentimiento fraterno había seguido la suerte de su pariente y esperaba la sombra de su protección como mediador, susurraba en bengalí:

— Mejor es el pescado seco en Dacca que las espadas desnudas en Delhi. Hermano mío, estos hombres son demonios, como dijo nuestra madre. ¡Y tú siempre tendrás que viajar a caballo!

Aquella noche se celebró una audiencia pública en un pueblo decadente y pequeño a treinta millas de Jumala, en la que el nuevo delegado del Gobierno, en respuesta a los saludos de sus subordinados nativos, pronunció un discurso. Era un discurso cuidadosamente pensado, que hubiese resultado de gran valor a no ser porque su tercera frase comenzó con tres inocentes palabras: «Hamara hookum hai», «por orden mía». Entonces resonó una risa, límpida y sonora, en el fondo de la tienda, donde estaban sentados unos pocos propietarios de tierras de la frontera, y la risa creció, mezclándose con el desprecio, y la cara cenceña *y* punzante de Debendra Nath Dé se puso pálida y Grish Chunder, volviéndose hacia Tallantire, habló:

— Usted... usted ha preparado esto.

En aquel momento se oyó el ruido de un galope y de inmediato entró Curbar, el superintendente de policía del distrito, sudoroso y cubierto de polvo. El Estado le había arrojado a un rincón de la provincia durante diecisiete años tediosos, para que evitara el contrabando de sal y esperase un ascenso que nunca había llegado. Había olvidado cómo tenía que mantener limpio su uniforme blanco, calzaba unas espuelas herrumbradas sobre unos zapatos de charol y cubría su cabeza con un casco o con un turbante. Agriado, viejo, corroído por los calores y los fríos, esperaba a tener el derecho de una pensión suficiente como para no morir de hambre.

— Tallantire —dijo, sin tomar en cuenta a Grish Chunder Dé—, vamos fuera. Quiero hablar contigo —y salieron—. Se trata de lo siguiente —prosiguió Curbar —: los Khusru Kheyl han atacado y herido a media docena de culis en el terraplén del nuevo canal de Ferris, mataron a un par de hombres y se llevaron a una mujer. Yo no te molestaría por esto, porque Ferris y Hugonin, mi asistente, van tras ellos con diez policías montados. Pero me figuro que esto sólo es el principio. Se ven sus hogueras en el alto de Hassan Ardeb y a menos que nos demos mucha prisa, muy pronto arderá toda nuestra frontera. Sin duda atacarán las cuatro aldeas Khusru de nuestro lado del confín: hace años que hay animosidad entre ellos y tú sabes que el mullah ciego ha estado predicando una guerra santa desde que Orde nos dejó. ¿Qué piensas?

— ¡Maldición! —dijo Tallantire, pensativo—. Han empezado pronto. Bien, creo que

será mejor que yo vaya a Fort Ziar y traiga todos los hombres que pueda para distribuirlos por las aldeas de la zona baja, si no es demasiado tarde. Tommy Dodd está al mando en Fort Ziar, creo. Ferris y Hugonin tendrán que dar una lección a los ladrones del canal y... No, no podemos poner al jefe de policía a vigilar ostentosamente la Tesorería. Tú vuelve al canal. Telegrafiaré a Bullows para que vaya a Jumala con una fuerte guardia de policía y se quede dentro de la Tesorería. No tocarán el lugar, pero hay que guardar las apariencias.

— Yo... yo... yo insisto en que me expliquen qué significa todo esto —dijo la voz del delegado del Gobierno, que había seguido a ambos interlocutores.

— ¡Oh! —dijo Curbar que, por ser policía, era incapaz de comprender que quince años de estudios pudiesen, por dogma, convertir al bengalí en británico—. Ha habido luchas en la frontera y muchos hombres han muerto. Habrá otra lucha y montones de hombres que moraran.

— ¿Por qué?

— Porque los muchos millones de habitantes de este distrito no le aprueban, exactamente, y piensan que bajo su benigno mandato lo pasarán en grande. Se me ocurre que lo mejor sería que usted tomase decisiones. Como usted sabe, yo debo cumplir sus órdenes. ¿Qué recomienda?

— Yo... yo pongo a todos ustedes por testigos de que todavía no me he hecho cargo del distrito tartamudeó el delegado del Gobierno y no en un tono de lo «más inglés».

— Ah, ya me parecía. Bien, como iba diciendo, Tallantire, tu plan es sensato. Llévalo adelante. ¿Quieres una escolta?

— No, sólo un buen caballo. ¿Qué tal si telegrafiamos al cuartel general?

— Me figuro, por el color de sus mejillas, que tu superior enviará algunos telegramas estupendos antes que termine la noche. Deja que lo haga y tendremos la mitad de las tropas de la provincia subiendo a ver qué pasa por aquí. Bien, echa a correr y cuídate: los Khusru Kheyl te acuchillan desde abajo hacia arriba, recuérdalo. ¡Eh!, Mir Khan, dale al sahib Tallantire el mejor de los caballos y ordena que cinco hombres vayan a Jumala con el sahib Bahadur, delegado del Gobierno. Corre mucha prisa.

Mucha era la que corría, y no mejoró las cosas en nada el que Debendra Nhat Dé se colgara de la brida de un policía y le exigiera que le dijese cuál era el camino más corto, el más corto de todos, a Jumala. Pues bien, la originalidad es fatal para el bengalí. Debendra Nath tendría que haberse quedado junto a su hermano, que con decisión viajó hacia Jumala por ferrocarril, dando gracias, a dioses por completo desconocidos para la más católica de las universidades, de no haberse hecho cargo del distrito y de tener todavía la posibilidad — ¡feliz recurso de una raza fértil! — de enfermar.

Y lamento decir que cuando llegó a destino, dos policías, no faltos de un ingenio rudo, que se habían consultado mientras subían y bajaban sobre sus sillas, prepararon un entretenimiento para su provecho. Consistía en que, primero uno y después el otro, entraban en la habitación del delegado con detalles prodigiosos de la guerra, de la reunión de tribus sedientas de sangre y endemoniadas y de los incendios de pueblos. Era casi tan bueno, dijeron esos pícaros, como cabalgar con Curbar detrás de afganos evasivos. Cada mentira mantenía al oyente atareado durante media hora con unos telegramas que ni el saqueo de Delhi hubiese podido justificar. A cualquier autoridad que pudiese mover una bayoneta o transferir a un hombre aterrado, apelaba Grish Chunder Dé por telégrafo. Se

Librodot

hallaba solo, sus asistentes había huido y, en verdad, él no se había hecho cargo del distrito. De haber sido despachados los telegramas muchas cosas hubieran ocurrido, pero dado que el único telegrafista de Jumala se había ido a dormir y el jefe de estación, después de echar una mirada a la terrible pila de papel, descubrió que las ordenanzas del ferrocarril prohibían despachar mensajes imperiales, los policías Ram Singh y Nihal Singh se vieron obligados a convertir la pila en una almohada y con ella durmieron muy confortablemente.

Tallantire clavó sus espuelas en un brioso semental picazo con ojos de porcelana azul, y se aprestó para el viaje de cuarenta millas hasta Fort Ziar. Conocía el distrito a ciegas, de modo que no perdió tiempo buscando atajos, sino que a través de los más ricos pasturajes se dirigió hacia el vado en que Orde había muerto y había sido enterrado. El terreno polvoriento apagaba el ruido de los cascos de su caballo, la luna arrojaba su sombra, un duende incansable, ante él y el rocío denso le calaba hasta la piel. Altozanos, matas que rozaban la panza del caballo, caminos de tierra donde las hojas ásperas de los tarayes le azotaban la frente, ilimitadas planicies llenas de espinos y salpicadas de ganado soñoliento, un yermo y otro altozano quedaban atrás a su carrera, y el caballo picazo avanzaba con esfuerzo a través de las arenas profundas del vado del Indo. Tallantire no tuvo conciencia de ningún pensamiento definido hasta que la proa del ferry tocó tierra en la orilla opuesta y su caballo se encabritó. Entonces descubrió y gritó como para que el muerto pudiese oírle:

— ¡Ya han atacado, amigo! Deséame buena suerte.

En medio del frío del alba estaba martillando con el estribo a las puertas de Fort Ziar, donde se suponía que cincuenta sables de ese regimiento desmoronado, los Belooch Beshaklis, guardaban los intereses de Su Majestad a lo largo de unos cientos de millas de frontera. Ese fuerte específico estaba al mando de un subalterno que, nacido en la rancia familia de los Deroulett, respondía, como es natural, al nombre de Tommy Dod. Tallantire le encontró cubierto con un abrigo de piel de borrego, temblando de fiebre como un álamo, y tratando de leer la lista de inválidos del boticario nativo.

— De modo que has venido tú también —dijo el hombre—. Mira, aquí todos estamos enfermos y no creo que *haya* caballos para treinta hombres, pero estamos muy, muy ansiosos e interesados por hacerlo. Espera, ¿te parece que esto es una trampa o una mentira? —arrojó un trozo de papel hacia Tallantire, sobre el que con esfuerzo se vía escrito, en un gurmukhi casi incomprensible: «No podemos sujetar a los potros. Se alimentarán después que se ponga la luna en las cuatro aldeas de la frontera y han de salir del paso de Jagai mañana por la noche». Y en inglés: «Tu amigo sincero».

— ¡Qué buen hombre! —dijo Tallantire—. Esto es obra de Khoda Dad Khan, lo sé. Es la única frase en inglés que ha podido aprender de memoria y está muy orgulloso por eso. ¡Juega contra el mullah ciego en su propio beneficio, es un rufián y un traidor!

— No sé nada de la política de los Khusru Kheyl, pero si te satisface a ti, también a mí. Esto lo echaron dentro por encima de la puerta principal, y pensé que teníamos que recobrar las fuerzas e ir a ver qué está pasando. ¡Oh, pero tenemos fiebre, de verdad! ¿Crees que va a ser algo grave? —dijo Tommy Dodd.

Tallantire hizo en pocas palabras un resumen del caso *y* Tommy Dodd alternó silbidos *y* temblores de fiebre. Ese día se dedicó a la estrategia, el arte de la guerra, y a vivificar a los inválidos, hasta que al atardecer estuvieron aprestados cuarenta y dos

Librodot

hombres flacos, agotados, desaliñados a los que Tommy Dodd inspeccionó con orgullo y arengó así:

— ¡Hombres! Si morís, iréis al infierno. Por lo tanto, esforzaos por manteneros con vida. Pero si vais al infierno, aquello no será más caluroso que esto, y no está dicho que allí vayamos a sufrir fiebres. Por consiguiente, no temáis a la muerte. ¡De uno en fondo! —los hombres sonrieron y se pusieron en marcha.

Mucho tiempo ha de pasar antes que los Khusru Kheyl olviden su ataque nocturno contra las aldeas de las tierras bajas. El mullah les había prometido una victoria fácil y pillaje ilimitado; pero, atención, que de la misma tierra surgieron soldados de la Reina, armados y capaces de apuñalar, acuchillar y cabalgar bajo las estrellas, de modo que nadie sabía hacia dónde volverse, y todos temían tener que vérselas con un ejército entero y huyeron hacia las montañas. Entre el pánico de esa huida, se vio caer a muchos hombres bajo un cuchillo afgano que se hundía de abajo hacia arriba, y a muchos más bajo el fuego de las carabinas de largo alcance. Después se elevó un lamento de traición y cuando llegaron arriba, a sus tierras bien protegidas, junto con unos cuarenta muertos y sesenta heridos, habían dejado en las llanuras bajas toda su confianza en el mullah ciego. Clamaron, juraron y argumentaron en torno a las hogueras; las mujeres gimieron por las pérdidas y el mullah chilló maldiciones contra los que habían vuelto.

Entonces, Khoda Dad Khan, elocuente y sin mostrar fatiga, porque él no había tomado parte en la lucha, se puso en pie para sacar partido de la ocasión. Señaló que la tribu debía cada minucia de su actual desdicha al mullah ciego, quien había mentido en cada uno de los detalles posibles y les había instado a caer en una trampa. Sin duda era un insulto que un bengalí, hijo de un bengalí, tuviese la pretensión de administrar la frontera, pero ese hecho —como había dado a entender el mullah— no auguraba un tiempo total de desenfreno y robo, y la inexplicable locura de los ingleses no les había quitado ni un ápice de su autoridad para defender sus linderos. Por el contrario, la tribu, confundida, superada en sus tácticas, en el momento justo en que sus reservas de comida eran menores, tendría que verse impedida de cualquier trato con los indostanos hasta que hubiesen enviado rehenes como garantía de buen comportamiento, además de pagar la multa por los disturbios y la expiación de la sangre, treintay seis libras inglesas por la cabeza de cada aldeano que hubiesen acuchillado.

— Y vosotros sabéis que esos perros de las tierras bajas jurarán que hemos matado docenas. ¿Será el mullah quien pague las multas o tendremos que vender nuestras armas? —un gruñido sordo recorrió las hogueras—. Pues bien, ya que todo esto es obra del mullah, y en vista de que no hemos ganado nada más que promesas de un paraíso, mi corazón me dice que nosotros, los de Khusru Kheyl, no tenemos un santuario donde orar. Estamos débiles, así qué, ¿cómo podremos atrevernos a pasar la frontera de Madar Kheyl, según la costumbre, para arrodillarnos ante la tumba de Pir Sajji? Los hombres de Madar caerán sobre nosotros, y con derecho. Pero nuestro mullah es un hombre santo. Ha ayudado a dos docenas de los nuestros a entrar esta noche en el paraíso. Dejad que acompañe a su rebaño, y sobre su cuerpo edificaremos una bóveda de losas azules de Mooltan y encenderemos lámparas a sus pies todos los viernes por la noche. Será un santo, tendremos un santuario y allí nuestras mujeres alzarán su plegaria para tener semilla fresca que rellene las grietas de nuestras cuentas de guerra. ¿Qué pensáis?

Risas ahogadas y siniestras siguieron a la sugerencia, y a las risas siguió el siseo

Librodot

suave de los cuchillos al ser desenvainados. Era una excelente idea y satisfacía un anhelo antiguo de la tribu. El mullah se puso en pie de un salto, fulminante la mirada de sus ojos marchitos, impetrando las maldiciones de Dios y Mahoma para la tribu. Entonces comenzó la cacería del hombre ciego en torno a las hogueras y entre ellas, cacería que el poeta tribal, Khuruk Shah, ha cantado en versos que no morirán.

Los hombres le hacían cosquillas en las axilas con la punta de sus cuchillos. Él saltaba hacia un lado, para sentir que una hoja fría le rozaba la nuca o que el cañón de un fusil le acariciaba las barbas. Llamó a gritos a sus partidarios para que le ayudasen, pero la mayoría había muerto en los llanos, porque Khoda Dad Khan se había tomado algunas molestias para que sus muertes se concretasen. Los hombres le describieron las glorias del santuario que construirían y los niños, entre palmas, gritaban: « ¡Corre, mullah, corre! ¿No hay nadie a tus espaldas! ». Por fin, cuando el juego los tuvo aburridos, el hermano de Khoda Dad Khan le hundió un cuchillo entre las costillas.

— Por lo tanto —dijo Khoda Dad Khan con una simplicidad encantadora—, ¡ahora yo soy el jefe de los Khusru Kheyl!

Ningún hombre objetó y todos se fueron a dormir, fatigados y doloridos.

En la llanura, Tommy Dodd disertaba sobre las bellezas de una carga nocturna de caballería y Tallantire, inclinado sobre su silla, jadeaba, histérico, porque de su muñeca pendía una espada de la que chorreaba la sangre de los Khusru Khyel, la tribu que Orde había dominado tan bien. Cuando un soldado de la casta rajput le hizo ver que la oreja derecha del picazo había sido cortada al ras por algún golpe ciego de su inhábil jinete, Tallantire se desmoronó, entre risas y sollozos, hasta que Tommy Dodd hizo que desmontara para descansar.

Hemos de esperar hasta el amanecer —dijo él—. He telegrafiado al coronel justo antes de partir, pidiéndole que enviara una brigada de los Beshakli a nuestro encuentro. Pero se pondrá furioso conmigo por monopolizar la diversión. Esa gente de las montañas no nos volverá a traer problemas.

— Entonces diles a los Beshakli que vayan a ver qué ha pasado con Curbar en el canal. Debemos patrullar toda la línea de la frontera. Tommy, ¿estás completamente seguro de que... de que eso... de que eso sólo era la oreja del picazo?

— Oh, completamente —dijo Tommy—. Estuviste a punto de cortarle la cabeza. Yo te vi cuando entramos en la pelea. Duerme, amigo.

— El mediodía trajo dos escuadrones de Beshakli y un corro de furiosos oficiales camaradas, que exigían consejo de guerra para Tommy Dodd por haberles «estropeado la fiesta», y un galope a campo traviesa hacia las obras del canal, donde Ferris, Curbar y Hugonin arengaban a los aterrorizados culis acerca de la atrocidad que representaba el abandonar un buen trabajo y una paga alta, sólo porque media docena de sus compañeros hubiesen sido acuchillados. El hecho de ver una tropa de Beshakli restauró la confianza tambaleante y la parte de los Khusru Kheyl capturados por la policía tuvo el gusto de ver que el terraplén del canal hervía de vida como siempre, mientras que tantos de sus hombres como habían buscado refugio en cursos de agua y barrancos eran obligados a salir por las tropas. Hacia el atardecer comenzó la patrulla despiadada de la frontera, a cargo de policía y ejército, muy semejante al continuo cabalgar de los vaqueros alrededor del ganado inquieto.

— Bien —dijo Khoda Dad Khan a sus pares, señalando la línea de hogueras que

Librodot

centelleaban abajo, ya podéis ver hasta dónde cambia el viejo orden. Tras su caballería vendrán los pequeños cañones desmontables, esos que pueden llevar hasta la cima de las montañas y, por lo que sé, hasta las nubes cuando nosotros lleguemos a la cima. Si el consejo de la tribu lo ve bien, iré en busca del sahib Tallantire, que me aprecia, y veré si puedo impedir al menos el bloqueo. ¿Hablo en nombre de la tribu?

— Sí, habla por la tribu, en nombre de Dios. ¡Cómo brillan esos fuegos malditos! ¿El inglés ha llamado a la caballería por telégrafo..., o es obra del bengalí?

Cuando Khoda Dad Khan bajaba la montaña sufrió una demora a causa de una entrevista con un apurado hombre de su tribu, lo que le hizo volver deprisa en busca de algo que olvidara tras de sí. Después de entregó a los dos soldados que habían perseguido a su amigo y pidió que le sirvieran de escolta hasta la presencia del sahib Tallantire, por entonces en Jumala junto a Bullows. La frontera estaba en calma y el tiempo de las razones por escrito había llegado.

— ¡Gracias al Cielo! —dijo Bullows—. al menos los problemas llegaron todas a una. Por supuesto que no es posible poner por escrito las razones, pero toda India comprenderá. Y es mejor tener una insurrección abrupta y breve que cinco años de administración impotente entronizada en la frontera. Es menos caro. Grish Chunder Dé ha dicho que estaba enfermo y ha sido transferido a su propia provincia sin ninguna clase de reprimenda. Se ha mantenido firme en que no se había hecho cargo del distrito.

— Desde luego —dijo Tallantire con amargura—. Bien, ¿qué se supone que he hecho mal?

— Oh, te dirán que te has excedido en todas tus atribuciones y que tendrías que haber enviado informes, escritos y notificaciones durante tres semanas, hasta que los Khusru Kheyl hubiesen podido bajar en un alud. Pero no creo que las autoridades se atrevan a quejarse demasiado. Han recibido su lección. ¿Conoces la versión de Curbar sobre este asunto? No puede escribir un informe, pero puede decir la verdad.

— ¿De qué vale la verdad? Lo mejor sería que rompiese el informe. Estoy harto y acongojado por todo esto. Era tan absolutamente innecesario, excepto por lo de habernos librado de ese babu.

Con toda desenvoltura se presentó Khoda Dad Khan, con un saco de forraje, lleno, en la mano y los soldados a sus espaldas.

— ¡Que nunca os abrume la fatiga! —dijo con ufanía—. Bien, sahibs, ha sido una buena pelea y la madre de Naim Shah está en deuda conmigo, sahib Tallantire. Un golpe limpio, me han dicho, que le atravesó la mandíbula y el abrigo hasta la clavícula. ¡Buen golpe! Pero hablaré en nombre de la tribu. Ha habido una falta..., una falta grande. Tú sabes que *yo y* los míos, sahib Tallantire, mantuvimos el juramento que hicimos al sahib Orde sobre la ribera del Indo.

— Como un afgano guarda su cuchillo: con buen filo por un lado y romo por el otro –dijo Tallantire.

— Lo mejor para dar una cuchillada, pues. Pero estoy diciendo la verdad de Dios. Sólo el mullah ciego empujó a los jóvenes con la punta de su lengua, y dijo que ya no había más ley en la frontera porque habían enviado un bengalí y que no era necesario que tuviésemos ya temor de los ingleses. Así fue como bajaron para vengar ese insulto y entregarse al pillaje. Tú ya sabes lo que sucedió y cuánto he ayudado yo. Ahora cinco docenas de los nuestros están muertos o heridos, todos nos sentimos avergonzados y

dolidos y no queremos que haya más guerra. Por otra parte, para que nos atendáis mejor, le hemos cortado la cabeza al mullah ciego, cuyos consejos perversos nos llevaron a la locura. He traído esto como prueba —y dejó caer la cabeza al suelo—. Ya no creará más problemas, porque yo soy el jefe ahora, y por lo tanto me siento en el lugar más elevado en todas las reuniones. No obstante, esta cabeza tiene una contrapartida. Eso fue otra falta. Uno de los hombres se topó con esa bestia negra bengalí, que fue quien originó el problema, vagando a caballo y sollozando. Al pensar en que ese hombre había ocasionado la pérdida de mucha vida valiosa, Alla Dad Khan, al que si vosotros lo pedís mañana fusilaré, le cortó la cabeza, y yo la traigo para disculpar vuestra vergüenza, de modo que la podáis enterrar. Mirad, nadie se ha quedado con las gafas, aunque son de oro.

Lentamente rodó hasta los pies de Tallantire la cabeza de un caballero bengalí, de pelo corto, ojos y boca abiertos: la cabeza del Terror encarnado. Bullows se inclinó.

Otro rescate de sangre y muy caro, Khoda Dad Khan, porque ésta es la cabeza de Debendra Nath, el hermano de ese hombre. El babu está a salvo hace tiempo. Todos los tontos, excepto los Khusru Kheyl, lo saben.

— Vaya, no me gusta la carroña. Para mí, carne fresca. Esa cosa iba al pie de nuestras montañas preguntando por el camino a Jumala, y Alla Dad Khan le indicó la carretera hacia Jehannum porque, como has dicho, no es más que un tonto. Ahora hay que ver lo que nos hará el Gobierno. Con respecto al bloqueo...

— ¿Quién eres tú, vendedor de carne de perro —tronó Tallantire—, para hablar de términos y tratados? ¡Vuelve allá, a las montañas, ve y espera allí, aunque te mueras de hambre, hasta que el Gobierno se complazca en convocar a tu pueblo para el castigo..., que sois unos niños *y* unos tontos! Contad vuestros muertos *y* manteneos tranquilos. ¡Tened la certeza de que el Gobierno os enviará un hombre!

— Sí —respondió Khoda Dad Khan—, porque también nosotros somos hombres — mirando a Tallantire a los ojos, agregó—: ¡y por Dios, sahib, que tú seas ese hombre !

UN PUNTO DE VISTA DEL PROBLEMA

De Shafiz Ullah Khan, hijo de Hyat Ullah Khan, al noble servicio de su alteza real el Rao Sahib de Jagesur, que está en la frontera norte del Indostán, y por orden de su alteza, escrito a Kazi Jamal—ud—Din, hijo de Kazi Ferisht—und—Din Kahan, al servicio del Rao Sahib, y ministro suyo muy honrado. Desde este lugar, al que llaman el northbrook Club, en la ciudad de Londres, bajo la sombra de la emperatriz, escribo:

"Entre hermanos queridos no debe haber largas protestas de amor y de sinceridad. El corazón habla desnudo al corazón, *y* la cabeza responde por todo. Honor *y* gloria a los de tu raza hasta el fin de los años y una tienda de campaña en los límites del paraíso."

Hermano mío: He aquí un relato de mis gestiones en los asuntos para los que fui enviado. He comprado para el Rao Sahib, y pagado sesenta libras de cada ciento, las

Librodot

cosas en que él tenía mayor interés. Estas son: dos perrazos para la caza del tigre, de pelazo rojizo, macho y hembra, *cuya* descendencia consta por escrito en documentos que se acompañan, y los collares de plata que lucen en sus cuellos. Para complacer aún más al Rao Sahib los envió inmediatamente por vapor, yendo a cargo de un hombre, que rendirá cuentas de ellos en Bombay a los banqueros de esta ciudad. Son los perros mejores que aquí había. He comprado cinco escopetas..., dos de ellas con espiga de plata en la culata e incrustaciones de oro alrededor de los gatillos, ambas de dos cañones, de golpe fuerte, y guardadas en fundas de terciopelo y de cuero encarnado; otras tres de una perfección de mano de obra inigualada; pero sin adornos; un fusil de repetición que descarga catorce balas... para cuando Rao Sahib cace jabalíes; un fusil de dos cañones y de bala para la caza del tigre, que es un milagro de exactitud, y una escopeta, para la caza de la volatería, que es tan ligera de peso como una pluma, y que va acompañada de cartuchos verdes y azules por millares. También he comprado un rifle muy pequeño para la caza de antílopes negros, pero que es capaz de matar a un hombre a cuatrocientos pasos. Los atelajes de crestones dorados para el carruaje de Rao Sahib no se hallan todavía listos, debido a la dificultad de incrustar el forro de terciopelo rojo en el cuero; pero los atelajes del coche de los caballos y la gran silla de montar con las pistoleras doradas que se destina a las ceremonias de gran gala han sido ya empaquetados con alcanfor dentro de un cajón de chapa, y yo he lacrado éste con mi sello. No tengo conocimiento del estuche de cuero granulado que contiene instrumentos de señora y pinzas para el cabello y la barba, ni sé tampoco nada de los perfumes y de las sederías, y todo lo demás que necesitaban las mujeres ocultas detrás de las cortinas. Son cosas que tardan mucho en prepararse; igual retraso sufren las campanillitas y caperuzas de halcones, lo mismo que las perneras de sujeción con letras de oro. Leed todo esto de manera que lo oiga Rao Sahib, y habladle de mi diligencia y de mi celo, para que yo no pierda su favor durante la ausencia, y cuidad con mirada de vigilante superioridad a ese perro bromista sin dientes..., Bahadur Shah... Porque con la ayuda y la palabra vuestra, y cuanto yo he hecho en la cuestión de las escopetas, espero, como ya lo sabéis, que se me conceda la jefatura del ejército de Jagesur. También desea esta jefatura ese hombre sin conciencia, y he oído decir que el Rao Sahib se inclina de su lado. ¿Es que ya no se bebe vino en vuestra casa, hermano mío, o es que Bahadur Shah se ha convertido en un perjuro del aguardiente? Yo no digo que la bebida acabe con él; pero las hay que bien mezcladas llevan a la locura. Meditadlo.

Y ahora viene la contestación a lo que me habéis preguntado con referencia a este país de los sahibs. Dios me es testigo de que yo he realizado un esfuerzo por llegar a comprender todo cuanto he visto y un poco de lo que he escuchado. Mis palabras y mi intención son las de la verdad, pero es posible que sólo esté escribiendo mentiras.

Una vez que se me pasó el primer asombro y desconcierto que me produjo la vista de Londres —de ordinario vemos primero las joyas que relampaguean en el cielo raso de la cúpula y después nos fijamos en la suciedad del suelo—, he comprendido claramente que esta ciudad, tan grande como todo el país de Jagesur, está maldita; es oscura y sucia, carece de sol y está llena de gente baja que vive en una constante borrachera y que recorre las calles aullando a estilo de chacales; hombres y mujeres juntos. Hay miles de mujeres que acostumbran a salir a la calle cuando anochece y que van y vienen alborotando, bromeando y pidiendo de beber. Al producirse ese ataque los amos de las casas llevan a sus esposas y a sus hijos a los teatros y a los locales de diversión; de esa forma

Librodot

los buenos y malos regresan juntos a sus casas igual que regresan las vacas desde las charcas a la hora del ocaso. Jamás contemplé en todo el mundo espectáculo igual, y dudo mucho de que se encuentre otro que se le parezca del lado de acá de las puertas del Infierno.

El oficio de aquellas mujeres me resulta un misterio; es muy antiguo, pero los amos de las casas se reúnen en manadas, hombres *y* mujeres, *y* rezan en voz alta al dios suyo, que no está allí; mientras tanto, aquellas mujeres llaman a golpes a las puertas, del lado de afuera. Además, el día en que las familias marchan a hacer sus oraciones, sólo se permite a las casas de bebidas abrir sus puertas cuando las mezquitas cierran las suyas; es como si alguien pusiera una presa al río Jumna únicamente los viernes. Por esta razón, al disponer los hombres y las mujeres de muy poco tiempo para dar satisfacción a sus deseos, se emborrachan de una forma mucho más furiosa y ruedan juntos por el arroyo. Los que marchan camino de sus oraciones los ven es ese estado. Más aún, y como señal visible de que Londres es un lugar olvidado de Dios, caen sobre ella ciertos días, sin previa advertencia, unas nieblas frías, que privan por completo a la ciudad de la luz del sol; la gente, hombres *y* mujeres, *y* los conductores de vehículos, caminan a tientas y lanzando bramidos dentro de esta sima a las doce del día, sin verse unos a otros. Pero como el aire está lleno del humo del infierno —de azufre y de pez, según está escrito—, la gente muere muy pronto entre jadeos de asfixia, y los muertos son enterrados en la oscuridad. No hay palabras para describir todo este espanto; pero, lo juro por mi cabeza, yo sólo describo lo que he visto.

No es cierto que los sahibs adoren a un solo dios, como nosotros los creyentes, ni que las diferencias existentes entre sus credos se parezcan a las que en la actualidad observamos entre los shiahs y los sumnis. Yo no soy más que un guerrero; no soy un derviche, y ya vos sabéis que se me da lo mismo de los shiahs que de los sumnis. Yo he hablado con muchas personas acerca de la naturaleza de sus dioses. Uno de esos dioses es el cabeza del Mukht—i—Fauj, al que adoran hombres que visten de rojo y que gritan como locos. Otro es una imagen ante la cual queman velas e incienso, tal y como lo hacen en un lugar en que estuve cuando visité Rangún para comprar caballitos birmanos para el Rao. Hay otro tercero, cuyos altares desnudos se alzan frente a una gran reunión de muertos. A ése le dedican principalmente cantos; y otros adoran a la mujer que fue madre del gran profeta que vivió antes que Mahoma. La gente baja no tiene dios, pero venera a quienes les hablan subidos a las columnas de los faroles de la calle. Las personas más sabias se adoran a sí mismas y adoran las cosas que han fabricado con sus bocas y con sus manos, y eso ocurre principalmente entre las mujeres estériles, que existen en gran número. Hombres y mujeres acostumbran fabricarse para sí mismos los dioses a su gusto y deseo; a fuerza de pellizcos y de sobos en la arcilla blanda de sus pensamientos, acaban mareándola de conformidad con sus apetencias. De ahí que cada cual se *haya* creado un dios de acuerdo con sus propios anhelos; y ese diosecito sufre pequeñas alteraciones, según los cambios que sufre el estómago o las alteraciones que experimenta la salud. Vos, hermano mío, no creeréis esto que digo. Tampoco yo lo creí la primera vez que me lo dijeron, pero ahora lo veo con toda naturalidad; hasta tal punto el pie, a fuerza de viajar, ha ido aflojando los agujeros del estribo de la fe.

Pero vos me contestaréis: “¿Qué nos importa a nosotros qué barba es la más larga, si la de Ahmed o la de Mahmud? Habladnos lo que sepáis de la satisfacción del anhelo.”

Ojalá estuviéseis aquí para hablar cara a cara, pasear juntos y aprender.

Para estas gentes es cuestión de cielo o de infierno que la barba de Ahmed y la de Mahmud sean o difieran en sólo un cabello. ¿Sabéis vos el sistema de que se valen para el gobierno del Estado? Helo aquí. Hay hombres que, por iniciativa propia, *van y* vienen por el país hablando con la plebe, con los campesinos, con los que trabajan el cuero, con los que venden paños y con las mujeres, diciéndoles: "Dadnos licencia para que hablemos en vuestro interés de los consejos." Conseguida esa licencia a fuerza de promesas, vuelven al lugar en que se reúne el Consejo; se sientan unos seiscientos de ellos, desarmados y todos juntos, y cada cual se despacha a gusto suyo, hablando en nombre propio y en nombre del propio grupo de gentes bajas. Los visires y los derviches de la emperatriz se ven obligados a pedirles constantemente dinero, porque a menos que la mitad más uno de los seiscientos no coincidan en la manera como han de gastarse los ingresos, no se podrá herrar un caballo, cargar un rifle, ni vestir a un hombre en todo el país. No perdáis esto de vista ni un solo instante. Los seiscientos están por encima de la emperatriz, por encima del virrey de la India, por encima del jefe del Ejército y de toda autoridad de cuantas habéis oído hablar.

Todo eso porque esos seiscientos disponen de las rentas del Estado.

Los seiscientos están divididos en dos bandas: la una se pasa la vida insultando a gritos a la otra y pidiendo a la plebe que ponga obstáculos y se rebele contra todo lo que la otra pueda idear en cuestión de gobierno del país. Sin contar con que ni unos ni otros llevan armas —y por eso pueden calificarse mutuamente sin miedo de embusteros, perros y mal nacidos—, viven eternamente en la guerra más enconada. Amontonan mentiras sobre mentiras, pero llega un momento en que la plebe y la gente común se emborracha de mentiras, y empiezan a su vez a mentir y a negarse a pagar los impuestos. No se detienen ahí, sino que dividen también a sus mujeres en bandas y las lanzan a esa pelea con flores amarillas en las manos; pero como las creencias de una mujer son las de su enamorado, aunque desprovistas de buen juicio, las flores amarillas van acompañadas de muchas palabras agresivas. Como dijo muy bien la joven esclava a Mamún, en las deleitosas páginas del Hijo de Abdullah: La opresión y la espada matan pronto...; tu hálito mata lento, pero mata.

Cuando anhelan una cosa, afirman que es la verdad. Cuando no la quieren, aunque sea tan verdad como el morir, gritan a voz en cuello: "Siempre fue una falsedad." Hablan, pues, como niños, y como niños agarran de un montón lo que ansían, sin ponerse a pensar si es suyo o es de otro.

Durante sus asambleas, cuando el ejército de los despropósitos se ha metido en el desfiladero de la disputa y ya no queda nada por decir de una parte y otra, se hacen unos a un lado y otros a otro, se cuentan las cabezas, y lo que quiere el lado que cuenta con mayor número de cabezas pasa a ser la ley. Pero los que han quedado en minoría van y vienen a toda prisa por entre la gente baja y la invitan a que pisotee aquella ley y mate a los funcionarios encargados de hacerla cumplir. Entonces ocurren de noche asesinatos de personas desarmadas, se mata el ganado y se ofende con insultos a las mujeres. No les cortan la nariz a las mujeres, pero las pelan al rape y les causan rasguños con alfileres. Acto continuo esos mismos desvergonzados miembros de la asamblea comparecen ante los jueces limpiándose la saliva de la boca y prestan juramento diciendo: "Juramos ante Dios que estamos libres de culpa." ¿Les dijimos acaso: "Agarrad esa piedra de la

carretera *y* matad con ella a éste *y* no a aquél"? En vista de lo cual no se los descabeza, porque ellos se limitaron a decir: "Aquí tenéis piedras y allí tenéis a Fulano, que está cumpliendo la ley, que no es ley porque nosotros no queremos que lo sea."

Leed esto al oído de Rao Sahib y preguntadle si recuerda aquel tiempo en que los jefes de Manglot se negaron a pagar los impuestos, no porque no estuviesen en condiciones de pagarlos, sino porque juzgaban excesivo el amillaramiento. Vos y yo salimos un mismo día con toda la caballería, y las lanzas negras cobraron el cupo sin que hubiese apenas necesidad de hacer fuego y sin que nadie fuese muerto. Pero en este país se hace una guerra secreta y se mata con disimulo. En cinco años de paz han matado dentro de sus propias fronteras y entre gentes de su mismo linaje más personas que las que habrían caído si se hubiese dejado al martillo del Ejército el problema de las disensiones. A pesar de ello, no existen esperanzas de paz, porque los bandos vuelven a dividirse muy pronto, y con ello son causa de que sean muertos en los campos otra cantidad de hombres desarmados. Y basta de este tema, en el que nosotros resultamos aventajados. Queda decir otra cosa mejor, que, ésa sí, tiende hacia el Cumplimiento del Deseo. Leed esto cuando despertéis con la mente fresca después de un buen sueño. Escribo tal como yo veo las cosas.

Por encima de toda esta guerra sin honor hay una cosa que a mí me resulta difícil poner por escrito, porque ya sabéis cuán torpe soy en el manejo de la pluma. Guiaré de soslayo el corcel del Desmaño hacia el muro de la Expresión. La tierra está enferma y agria bajo los pies de tanto como el hombre la trae y la lleva, que es lo mismo que ocurre en los pastizales, que se agrian a fuerza de mantenerse en ellos el ganado, y también el aire se corrompe. En esta ciudad han asentado, como si dijéramos, las tablas malolientes del piso de una cuadra, y a través de estas tablas entre miles y miles de casas, rezuman los enranciados humores de la tierra, descargándose en el aire, ya demasiado espeso, que los devuelve a su punto de origen, porque el humo de los hogares de sus casas lo condensa todo abajo la capa de forma, de la misma manera que la tapa de un recipiente de cocina mantiene concentrados dentro los jugos de la carne de oveja. De esa manera, pues, una parte de esta gente, y de manera muy especial una gran parte de los seiscientos que hablan, tienen la enfermedad verde, es decir, el color pálido y la sangre empobrecida. Esa enfermedad del alma no cede ni en verano ni en invierno. Yo la he visto antes de ahora dentro de nuestro propio país, pero únicamente entre las mujeres y entre las muchachas que aún no han olfateado la espada; pero nunca la había visto en tanta abundancia como aquí. Debido a esa influencia característica de que he hablado, el pueblo, haciendo abandono del honor y de la hombría, pone en tela de discusión toda autoridad; pero no como lo harían los hombres, sino al estilo de las muchachas, gimoteando, dando pellizcos al que está vuelto de espaldas y haciendo muecas cuando no las ven. Si alguien se pone a gritar en la calle: "¡Se ha cometido una injusticia! ", no lo llevan a que presente su queja ante quien corresponda, sino que todos los transeúntes se detienen a beber sus palabras, y luego marchan con gran griterío a la casa del acusado y escriben cosas feas de él, de sus mujeres y de sus hojas; todo ello sin detenerse a sopesar las pruebas, y obrando como lo hacen las mujeres. Golpean con una mano a los guardias que mantienen el orden en las calles y con la otra los golpean también porque se vuelven contra los que les pegan y les ponen multas. Cuando se han hartado de tratar con menosprecio en todas las cosas del Estado, se ponen a pedir en voz en grito la ayuda de ese Estado, y éste se la otorga, de

Librodot

modo que en la siguiente ocasión la exigen más imperiosamente. Los que se sienten oprimidos alborotan por las calles, enarbolando banderas en las que se reclaman cuatro días de trabajo *y* pan para toda la semana en salario *y* tarea; y se muestran muy satisfechos cuando ni caballos ni peatones pueden circular. Hay otros que, cuando están ganando jornales, se niegan a trabajar hasta que se les pagan otros más elevados, y en eso están con ellos los sacerdotes y también algunos de los seiscientos de las asambleas... porque siempre hay alguno de ellos que acude al lugar en que se ha producido la rebelión, tal y como acude el milano a la carroña de un buey..., y los sacerdotes, oradores y hombres congregados declaran a una que es justo que, puesto que ellos no quieren trabajar, tampoco deben otros ocupar su puesto. Así es como han armado tal confusión en la carga y descarga de los barcos que llegan a esta ciudad, que me ha parecido conveniente, al expedir las escopetas y los arneses del Rao Sahib, enviar los cajones por tren a otro barco que zarpaba en otra ciudad. No existe en la actualidad certidumbre en ningún envío, ahora bien: quien causa perjuicios a los mercaderes, cierra con ellos las puertas del bienestar a una ciudad y al Ejército. Y ya sabéis lo que dijo Sa'adi: ¿Cómo irá el mercader hacia Occidente sabiendo que allí todo anda revuelto?

Nadie puede garantizar una cosa, porque nadie sabe cómo responderán los subordinados suyos. Han dado al criado preeminencia sobre el amo, precisamente porque es criado; sin tener en cuenta que todos somos iguales ante Dios, cada cual para la tarea que tiene señalada. He aquí algo que es preciso guardar en el aparador de la mente.

No se quedan ahí las cosas, porque la miseria y el griterío de la gente del pueblo, de la que el corazón de la tierra está cansado, han ejercido tal influencia en las mentes de ciertas personas que jamás durmieron bajo el miedo, ni han visto descargar sablazos sobre laa cabeza del populacho alterado, el cual se ha puesto ahora a gritar: "¡Deshagamos todo cuanto existe y dediquémonos a trabajar con sólo nuestras manos limpias!" Lo dicen unas gentes cuyas manos en ese caso se llagarían al segundo golpe, y que, a pesar de toda la desazón que les producen las angustias de los demás, no renuncian a un ápice de su vida muelle. Ignorantes de la manera de ser de la gente del pueblo —más aún, de la manera de ser de los hombres— brindan la fuerte bebida de las palabras, la misma que ellos beben, a unos vientres vacíos; y ese vino les produce la borrachera del alma.

Las gentes afligidas por las dificultades se amontonan de la mañana a la noche por millares y millares en las puertas de las casas de bebidas. Personas de buena intención y poco discernimiento les sirven palabras o tratan desmañadamente en ciertas escuelas de enseñarles algunos oficios, como el de tejedor o el de albañil, siendo así que sobran tejedores y albañiles. A ninguna de esas personas se le ocurre examinar las manos de esas gentes, aunque Dios y la necesidad han escrito en ellas no sólo su oficio, sino también el de su padre. Creen posible que el hijo de un borracho maneje con buen pulso un cincel y que un carretero revoque paredes. No tienen en cuenta al distribuir su generosidad que es preciso apretar los dedos para que no se escape el agua de la cuenca de la mano. Y por esa razón circula sin labrar y a la deriva por entre el fango de sus calles la madera bruta de un gran ejército. Yo no escribiría esto que escribo si el Gobierno, que hoy es uno y mañana ha cambiado, gastase algún dinero en estos desamparados, a fin de vestirlos y de equiparlos. Pero esta gente desdeña el oficio de las armas, dándose por satisfecha con el recuerdo de las batallas de antaño; en lo cual se ayudan las mujeres y los oradores.

Librodot

Usted me preguntará: "¿Por qué hablar únicamente de mujeres y de idiotas?" Yo contesto, por Dios, que es quien modela los corazones, que los idiotas ocupan asientos entre los seis centenares de sus asambleas de gobierno, y que las mujeres dominan en sus consejos. ¿No recordáis ya la ocasión aquella en que vino desde el otro lado de los mares una orden que llevó la podredumbre a los ejércitos ingleses que estaban con nosotros, hasta el punto de que enfermaban los soldados por centenares allí donde sólo había diez enfermos antes? Pues eso fue obra de menos de veinte hombres y de unas cincuenta mujeres yermas. Yo he tenido ocasión de tratar con tres o cuatro de esas gentes, hombres *y* mujeres, y se muestran abiertamente jubilosas, invocando a Dios, porque han dejado de existir tres regimientos de tropas blancas. Esto redunda en ventaja para nosotros, porque la espada que está mordida de la herrumbre se quiebra sobre el turbante del enemigo. Pero si ellos mismos desgarran su propia carne y sangre antes que la locura haya llegado a la cumbre del frenesí, ¿que harán cuando llegue la luna llena?

En vista de que el poder está en manos de los seiscientos y no en las del virrey ni en las de nadie más, he procurado durante mi estancia colocarme a la sombra de los hombres que hablan más y de manera más extravagante. Estos son quienes guían al pueblo y los que están pendientes de su buen querer. Algunos de estos hombres —a decir verdad, de tantos casi como los causantes de la corrupción del Ejército inglés— anhelan que nuestros países y nuestros pueblos se parezcan minuciosamente a lo que son el día de hoy los países y los pueblos ingleses. ¡No lo quiera Dios; El, que condena toda locura! A mí mismo me exponen entre ellos como una maravilla, aunque nada en absoluto saben de nosotros y de los maestros, porque unos me califican de hindú y otros de rajput, y, llevados de su ignorancia, se sirven al hablar conmigo de frases propias de esclavos y de fórmulas que son para mí una ofensa. Algunos de ellos son gente de buena casta, pero la mayoría son de casta baja, de piel áspera, gesticulantes, vocingleros, faltos de dignidad, de boca fláccida, mirada soslayante y, según ya he dicho, fáciles de cambiar por el vuelo de un manto de mujer.

Y aquí os doy una anécdota que data sólo de un par de días. Estábamos congregados en un banquete, y hete aquí que una mujer, de voz chillona, se puso a hablarme en presencia de todos aquellos hombres de los problemas de las mujeres. La ignorancia, que era la que ponía las palabras en su boca, quitaba también a sus palabras el filo de la ofensa. Permanecía, en vista de ello, tranquilo hasta que acabó de trazar una ley para el control de nuestros harenes y de todas las que viven detrás de las cortinas.

Entonces yo le hablé así:

— ¿Has sentido alguna vez latir la vida por debajo de tu corazón, o pusiste a un niño entre tus pechos, oh mujer por demás desdichada?

Y entonces ella me contestó, irritada y con ojos de extravío:

— No, porque yo soy una mujer libre y no soy una criada de bebés.

Yo le dije bondadosamente:

Dios se apiade de ti, hermana mía, porque vives en una esclavitud más dura que la de las esclavas y más de la mitad del mundo está oculto a tus miradas. Los primeros diez años de la vida de un hombre pertenecen, sin duda, a su madre, y no se puede negar que la esposa manda en el marido desde el ocaso hasta que amanece el día. ¿Tanto sacrificio supone permanecer retirada durante las horas del día mientras los hombres manejan las riendas sin que tus manos les estorben?

Librodot

Ella se mostró asombrada de que un pagano hablase de este modo y, sin embargo, es mujer muy respetada entre estos hombres, y que declara abiertamente que su boca no recita ningún credo. Leed esto al oído del Rao Sahib y preguntadle qué me ocurriría si le llevase a semejante mujer para que él se sirviese de ella. Sería peor que lo que se cuenta de aquella mujer rubia criada en el desierto, la de Cutch, que organizó a otras jóvenes para que luchasen entre sí con objeto de divertirla, y que le cruzó al príncipe la boca de un zapatillazo. ¿Recordáis vos la historia?

A decir verdad, el manantial del poder está putrefacto de tanto permanecer estancado. Estos hombres y estas mujeres convertirían toda la India en un gran pastel excrementicio e incluso querrían dejar en el mismo la huella de sus dedos. Y como disponen del poder y manejan las rentas del Estado, insisto yo tanto en describirlos. Ellos tienen poder sobre toda la India. No entienden absolutamente nada de las cosas sobre las cuales hablan, porque la inteligencia de las gentes de baja casta está limitada a su campo y es incapaz de captar las relaciones de los asuntos desde el Polo Norte al Polo Sur. Se jactan abiertamente de que el virrey y los demás no son sino servidores suyos. ¿Qué han de hacer los siervos cuando sus amos están locos?

Hay algunos aquí que sostienen que toda guerra es un pecado y que la muerte es lo que más hay que temer bajo el cielo. Otros proclaman con el Profeta que el beber es pecado, y de la influencia de esas predicaciones suyas hay testimonios evidentes en sus calles; otros, principalmente los de baja extracción, sostienen que toda autoridad es mala y la soberanía de la espada una maldición. Estos hicieron ante mí protestas de sus teorías, como excusándose de que la gente de su raza dominase en el Indostán, y manifestando la esperanza de que llegue pronto el día en que lo abandone. Conociendo, como conozco, la clase de linaje a que pertenecen los hombres blancos que tenemos junto a nuestras fronteras, me entraron ganas de reír; pero me contuve pensando que tales individuos influían cuando se trataba de hacer el recuento de cabezas en su asamblea. Hay, sin embargo, otros que se declaran en voz alta contra los impuestos que se cobran en el Indostán bajo el dominio del sahib. A éstos les manifiesto mi conformidad, recordándoles lo magnánimo que todos los años se muestra el Rao Sahib cuando los turbantes de las fuerzas de caballería cruzan por lo campos de maíz agostados y cuando hasta las pulseras de los tobillos de las mujeres van a parar a la fundición. Pero yo no soy un buen orador, y esa obligación les incumbe a los muchachos de Bengala —borriquillos selváticos que rebuznan al estilo oriental—, a los maharatas de Poona *y* a otros por el estilo. Estos, que van *y* vienen entre aquellos estúpidos, se presentan como hijos de personajes de categoría, cuando son unas mentalidades de mendigos, hijos de grandes comerciantes, curtidores, vendedores de botellas y prestamistas, como bien sabéis. Ahora bien: nosotros, los de Jagesur, sólo sentimos hacia los ingleses amistad, porque nos dominaron por la espada y, después de dominarnos, nos devolvieron la libertad, afirmando para siempre la sucesión de Rao Sahib. Pero estos de que hablo, gente baja, que ha adquirido sus conocimientos gracias a la generosidad del Gobierno, que visten al estilo inglés y renuncian, por conseguir ventajas, a la fe de sus padres, se dedican a esparcir rumores y promover discusiones contra el mismo Gobierno, y por todo ello les son muy simpáticos a determinados individuos de entre los seiscientos. Yo he oído a este ganado hablar como si fuesen príncipes *y* rectores de hombres, *y* me he reído; aunque no del todo.

En cierta ocasión, un hijo de un costal de grano tomó asiento en la misma mesa que

Librodot

yo para comer; vestía y hablaba al estilo de los ingleses. A cada bocado que comía caía en perjurio contra la sal que había injerido, hombres y mujeres le aplaudían. Cuando, falsificando habilidosamente, exageró la opresión e inventó atropellos indecibles, al mismo tiempo que manifestaba aborrecimiento a sus dioses barrigones, pidió en nombre de su pueblo el gobierno de todo nuestro país, y, volviéndose, puso la palma de su mano sobre mi hombro, diciendo: "He aquí a uno que, aunque profesa distinta fe, está con nosotros; él dará testimonio de la verdad de mis palabras."Esto último lo dijo en inglés, y, como si dijéramos, me exhibió ante los allí presentes. Yo le contesté en nuestro propio idioma, sin borrar la sonrisa de mi rostro: "Aparta de ahí esa mano, hombre sin padre, o de lo contrario no te salvará ni la estupidez de esta gente, ni mi silencio dejará a salvo tu reputación. Siéntate, chusma. "Luego, expresándome en inglés, dije: "Dice verdad. Cuando la magnanimidad y la sabiduría de los ingleses nos otorguen una parte algo mayor en la carga y en el premio, el musulmán se las entenderá con el hindú." Sólo él comprendió el verdadero alcance de mis palabras. Me mostré generoso con ese hombre porque estaba cumpliendo con nuestros deseos; pero tened presente que su padre es un tal Durga, Charan Laha, de Calcuta. Si se os presenta la oportunidad, asentadle la mano en el hombro. No está bien que los comerciantes de botellas y los subastadores pongan su zarpa sobre los hijos de príncipes. En ciertas ocasiones salgo con el hombre en cuestión, a fin de que todo este mundo de por acá sepa que hindúes y musulmanes deseamos lo mismo; pero cuando llegamos a calles poco concurridas le indico que camine detrás de mí, y con ello le hago bastante honor.

— ¿Por qué razón he llegado yo a comer de lo inmundo?

Esa es, hermano mío, la sensación que experimenta mi alma; el corazón mío ha estado a punto de estallar pensando en todos estos asuntos. Los bengalíes y esos muchachos de alma de mendigos saben muy bien que el poder del gobierno de los sahibs no está en el virrey ni en el jefe del Ejército, sino que procede de las manos de los seiscientos que hay en esta ciudad, y muy especialmente de los que más hablan. Por esa razón se acogen más y más cada año a esa protección, y aprovechándose de la debilidad y pobreza de sangre del país, según lo hicieron siempre conseguirán con el tiempo y por intermedio del constante entremetimiento, instigado por ellos, de los tales seiscientos, que la mano del Gobierno de la India pierda toda fuerza y que no pueda adoptarse medida alguna ni darse ninguna orden sin que por parte de los seiscientos se produzcan protestas y argumentos estrepitosos; porque en la hora actual es eso lo que constituye la delicia de los ingleses.

¿He sobrepasado quizá con ello los límites de la posibilidad? No. Vos mismos habréis oído, sin duda, que uno de esos seiscientos, hombre falto de juicio, de respeto y de reverencia, ha presentado por diversión un escrito en el que se propone un nuevo dispositivo de gobierno para Bengala y que lo exhibe descaradamente fuera del país, de la misma manera que podría leer un rey su discurso de la Corona. Este hombre, que es un entremetido en los negocios del Estado, habla en el Consejo en favor de una asamblea de curtidores, zapateros, talabarderos, jactándose además de que no cree en ningún dios. Pues bien: ¿acaso ha levantado su voz contra ese curtidor algún ministro de la emperatriz, la emperatriz misma, el virrey o alguna otra persona? ¿No viene eso a demostrarnos que es preciso acogerse al poder de ese hombre y al de los demás que piensan como él? Ya lo veis.

El telégrafo es un servidor de los seiscientos, y todos los sahibs que hay en la India, sin exceptuar a uno solo, son los esclavos del telégrafo. También una vez al año celebran esos hombres serviles una cosa que ellos llaman su Congreso. Unas veces en un lugar y otras en otro, haciendo que el Indostán fermente de rumores, haciéndose eco de lo que se habla entre los individuos de baja extracción de este país, y pidiendo ser ellos también, al igual que los seiscientos, quienes tengan el manejo de las rentas del Estado. Y esas gentes del Congreso, pasando por encima de los gobernadores y de los subgobernadores, y de cuantos tienen autoridad, envían todos los puntos *y* artículos en él acordados *y* los colocan estrepitosamente a los pies de esos seiscientos que hay aquí; y lo hacen seguros de que estos confundidores de vocablos y estas mujeres solteronas darán su asenso a sus peticiones y de que los demás se mostrarán reacios a expresar su desacuerdo. De ese modo se introduce una mayor confusión en los consejos de la emperatriz, en el mismo momento en que la isla que queda aquí cerca se ve ayudada y animada a la guerra sorda de que os he hablado. Además, siguiendo como empezaron y nosotros hemos visto, estos hombres de baja extracción de entre los seiscientos, que sienten tantas ansias de ganar honores, embarcan todos los años para nuestro país, y, permaneciendo en el mismo escaso tiempo, reúnen a su alrededor a los individuos de alma servil, y se pavonean delante de ellos; a su vez, esos individuos, en cuanto se apartan del lado de aquéllos, marchan a informar a los campesinos y a los guerreros que se encuentran sin ocupación de que se va a producir un cambio y de que les llega ayuda desde el otro lado del mar. Este rumor se agranda a medida que va extendiéndose. Y, sobre todo, el Congreso, cuando no se encuentra bajo la vista de los seiscientos —quienes, a pesar de fomentar las disensiones y la muerte, simulan gran respeto a la ley, que no es ley; el Congreso, digo, apartándose a un lado, hace correr palabras de desasosiego entre los campesinos, y habla, como ya lo ha hecho, de la condonación de los impuestos y promete un nuevo Gobierno. Todo esto va en beneficio nuestro, pero en su semilla lleva encerrada la flor del peligro. Vos conocéis todo el daño que puede causar el rumor; tal ocurrió el Año Negro, cuando vos y yo éramos jóvenes, a pesar de que nuestra lealtad a los ingleses produjo beneficios a Jagesur y agrandó nuestras fronteras, porque el Gobierno nos entregó tierras en uno y otro lado. Del Congreso mismo nada hay que temer que no se pueda aventar con diez hombres a caballo; pero si sus palabras perturban antes de tiempo las almas de los que esperan o las de los príncipes que permanecen en la ociosidad, puede estallar antes de tiempo un incendio, y habiendo como hay en la actualidad, muchas manos de blancos dispuestas a apagarlo, todo volvería a quedar lo mismo que antes. Si ese incendio se mantiene en rescoldo, nada tenemos que temer, porque los blancos de aquí sudan y jadean y se atropellan los unos a los otros para ver quién abre antes su propia tumba. Se atarán las manos al virrey, se apoderará el desaliento de los corazones de los sahibs y todos los ojos se volverán hacia Inglaterra, sin hacer caso a las órdenes que aquí se den. Mientras tanto, llevando la cuenta en la vaina de la espada para cuando llegue la hora de ajustarla con el fino acero de la misma, haremos bien en ayudar y mostrarnos benévolos con los bengalíes, ayudándolos a que consigan el dominio de las rentas del Estado y de los cargos públicos. Debemos incluso escribir a Inglaterra que somos de la misma sangre que los hombres salidos de las escuelas. No habrá que esperar mucho; por vida mía que no habrá que esperar mucho. Estas gentes se parecen al gran rey Ferist, que, comido de las pústulas de su larga ociosidad, se arrancó la corona y se puso a bailar desnudo entre

los montones de estiércol... Pero yo no me he olvidado del beneficioso final de aquella historia. El visir lo montó en un caballo y lo encaminó al campo de batalla. Recobró de ese modo la salud e hizo que se grabasen en la corona estas palabras: Aunque el rey me arrancó de su cabeza, volví a ella, gracias a Dios, y el rey me agregó dos hermosos rubíes (Balkl y el Irán).

Si este pueblo sufre la purga y es sangrado por la batalla, quizá su enfermedad desaparezca y sus ojos vean claramente las exigencias de la realidad. Actualmente su podredumbre ha llegado demasiado lejos. Hasta el corcel de guerra, cuando se le tiene demasiado tiempo maneado, pierde su ímpetu batallador; y estos hombres son mulos.

No falto a la verdad cuando digo que a menos que esta gente sea sangrada y reciba la lección del látigo darán oídos y obedecerán a todo cuanto digan el Congreso y los hombres negros que hay aquí, que tienen la esperanza de transformar a nuestro país en una copia de su desordenada Jehannum. Estos seiscientos hombres, que son en su mayoría de baja extracción y que no están acostumbrados a ejercer la autoridad, anhelan esto último, levantan sus brazos hacia el sol y la luna y vociferan para poder escuchar el eco de sus propias voces; cada cual dice alguna nueva cosa sorprendente, *y* distribuye los bienes *y* los honores de los demás entre los rapaces, a fin de ganarse el favor de la plebe. Y todo esto redunda en beneficio nuestro.

Escribid, pues, para que ellos puedan leerlo, hablando de gratitud, de amor y de justicia. Yo mismo os enseñaré a mi regreso de qué manera es necesario sazonar el plato para adobarlo al gusto de acá; porque es acá adonde hemos de venir a parar. Haced de manera que se funde en Jagesur un periódico, y llenadlo con cosas traducidas de sus propios periódicos. Se puede hacer venir desde Calcuta a uno de esos mendigos, doctos, pagándole treinta rupias al mes, y nuestro pueblo no podrá leerlo si escribe en gurmukhi. Cread, además, unos consejos distintos de los panchayats de) efes, aldea por aldea y distrito por distrito, aleccionándolos de antemano en lo que tienen que decir, según las órdenes que reciban del Rao. Imprimid todas esas cosas en un libro escrito en inglés y enviad un ejemplar a todos y cada uno de los seiscientos. Ordenad al mendigo docto que escriba al frente de todo ello que Jagesur sigue leal al plan inglés. Si exprimís el santuario hindú de Theegkot y lo encontráis abundante, condonad la tasa de capitación, y quizá también la de casamientos, dándole gran publicidad. Pero, sobre todo, mantened las tropas preparadas y pagadles bien, aunque tengamos que espigar los rastrojos y escatimar a las mujeres del Rao Sahib. Es preciso que todo se haga con suavidad. Hacer en todo momento protestas de vuestro amor a las voces de la plebe en todas las cosas y simulad desprecio hacia las fuerzas armadas. En este país tomarán esa actitud como un testimonio. Es preciso que se ponga en mis manos el mando del ejército. Cuidad de que Bahadur Shah se entontezca con el vino, pero no lo enviéis al Señor. Soy hombre de años, pero quizá viva lo suficiente para mandar.

Si esta gente no se desangra y recupera sus fuerzas, nosotros hemos de permanecer a la expectativa viendo de qué lado se mueve la marea; si la sombra de su mano no se aparta en modo alguno del Indostán, indicaremos a los bengalíes que exijan que desaparezca del todo, o crearemos el desasosiego con esa finalidad. Debemos cuidar de no herir la vida de los ingleses ni el honor de sus mujeres, porque, si esto ocurriese, ni seis veces los seiscientos de aquí podrían impedir que los que aún quedaban metiesen en cintura el país. Es preciso cuidar de que los bengalíes no se amotinen contra ellos, sino

que les den escolta honrosa, manteniendo el país bajo la amenaza de la espada si cae un solo cabello de la cabeza de esos ingleses. De ese modo ganaremos buena reputación, porque cuando la rebelión no va acompañada de derramamiento de sangre, como ha ocurrido últimamente en un país lejano, los ingleses dejan de lado el honor y le aplican un nombre nuevo. Hasta una personalidad que fue ministro de la emperatriz, pero que actualmente está en guerra contra la ley, elogia abiertamente ante la plebe ese género de rebeldía. ¡Tanto ha cambiado el país desde los tiempos de Nicholson 1 Luego, si todo marcha bien y los sahibs, que habrán llegado a hastiarse de tanto tirarles de la rienda y ponerles cara ceñuda, se ven abandonado por los suyos —porque este pueblo ha consentido que sus más grandes hombres mueran en el desierto a fuerza de demoras y de miedo a gastar—, podemos seguir adelante. Esta gente se paga de los hombres. Será, pues, preciso encontrar un nombre nuevo *para* el régimen del Indostán (cosa que los bengalíes pueden decidir entre ellos mismo), y se redactarán muchos escritos y juramentos de amor, como lo hace la pequeña isla del otro lado del mar cuando se prepara a pelear con mayor furia; y cuando el residuo haya disminuido, llegará la hora, y nosotros atacaremos con tal fuerza, que nunca más sea puesta en tela de juicio la espada.

Gracias al favor de Dios y porque los sahibs han ido atesorando durante tantos años, el Indostán encierra hoy muchísimo botín, y no hay manera de que podamos comérnoslo en poco tiempo. Nosotros conservaremos en nuestras manos el andamiaje del edificio del Estado, porque los bengalíes continuarán trabajando para nosotros y tendrán que rendirnos cuentas de las rentas del Estado, además de que les enseñaremos cuál es el lugar que ellos ocupan en el orden de las cosas. Vos sabéis mejor que yo si existe la posibilidad de que los reyes hindúes del Oeste se lancen a tomar parte en el botín antes que nosotros lo hayamos barrido todo; pero lo seguro es que, si eso ocurre, habrá manos fuertes que irán a arrebatarles sus propios tronos, y quizá vuelvan los tiempos del rey de Delhi si nosotros, refrenando nuestros deseos, rendimos la obediencia debida a las apariencia exteriores y a los nombres. Ya recordaréis la canción antigua:

Si no lo hubieses llamado Amor, yo habría dicho que era una espada desnuda; pero puesto que tú has hablado, yo lo creo... y muero.

Creo en los más hondo de mi corazón que habrá en nuestro país unos pocos slhibs que no desearán regresar a Inglaterra. Es preciso que los mimemos y que les demos protección, porque gracias a su habilidad y a su astucia, es posible que nos mantengamos unidos y conservemos la ligazón en tiempo de guerra. Jamás tendrán confianza en un sahib los reyes hindúes en lo íntimo de su pensamiento. Repito que si nosotros, los creyentes confiamos en ellos, pisotearemos a nuestros enemigos.

¿Te resulta todo esto un sueño a ti, zorro gris nacido de mi misma madre? He escrito lo que he visto y oído; pero si entregas la misma clase de arcilla a dos hombres distintos, nunca fabricarán dos platos iguales, ni extraerán de los mismos hechos idénticas conclusiones. Una vez más, toda la gente de este país está enferma de empobrecimiento de sangre. Hoy mismo comen inmundicia para aplacar sus anhelos. El sentimiento del honor y la firmeza se han ausentado de sus consejos, y el veneno de la discordia ha ido dejando en su cabeza las inquietas moscas de la confusión. La emperatriz es anciana. En la calle hablan irrespetuosamente de ella y de los suyos. Se desprecia la espada y se cree que la lengua y la pluma lo dominan todo. La medida de su ignorancia y de sus opiniones impresionables supera a la medida de la sabiduría de Salomón, el hijo de David. Todas

Librodot

estas cosas las he visto yo, al que ellos miran como a una fiera salvaje y como a una diversión. Por Dios, que es quien ilumina las inteligencias, que si los sahibs de la India criasen hijos capaces de vivir de manera que sus casas fueran estables, casi estaría por arrojar mi espada a los del pies del virrey para decirle: "Luchemos aquí juntos para crear un reino, tuyo y mío, haciendo caso omiso de todo el parloteo del otro lado del mar. Escribe una carta a Inglaterra diciéndoles que nosotros sentimos amor por ellos, pero que nos separamos de sus campamentos y establecemos de nueva planta un Estado bajo una nueva Corona." Pero el caso es que los sahibs se extinguen en nuestro país a la tercera generación, y quizá todo esto no son sino ensueños.

Aunque no por completo. Nuestro camino está despejado en tanto que una benéfica calamidad de acero y de derramamiento de sangre, la imposición de grandes cargas, el temor por la vida y la rabia furiosa provocada por la ofensa, no caigan sobre este pueblo... porque semejante calamidad los deshumanizaría, si es que ven claro los ojos habituados al hombre. Este pueblo está enfermo. La Fuente del Poder es un arroyo de calle en el que todos pueden verter sus inmundicias; los berridos de las mujeres y los relinchos de las yeguas estériles ahogan las voces de los hombres. Si la adversidad los hiciese prudentes, entonces, hermano mío, lucharíamos a su lado y en favor suyo; más adelante, cuando tú y yo estemos muertos y esa enfermedad vuelva a surgir (los jóvenes criados en la escuela del miedo, del escalofrío y de las palabras perturbadoras tienen que cumplir todavía la carrera de sus vidas), aquellos que hayan luchado al lado de los ingleses podrán pedir y obtendrán lo que ellos quieran. De momento, tratad calladamente de producir la confusión, la demora, la esquivez y el quitar eficacia a las cosas. Para esta tarea podemos considerar como verdaderos colaboradores a unos ochenta de entre los seiscientos.

La pluma, la tinta y la mano se han cansado al mismo tiempo, y los ojos tuyos se habrán cansado de leer todo lo escrito. Que sepan en mi casa que regresaré pronto, pero no les habléis del día y la hora. Han llegado hasta mí cartas que afectan a mi honor. El honor de mi casa es también el tuyo. Si proceden, como me lo imagino, de un lacayo despedido que se llama Futteh Lal, que corrió a la cola de mi corcel color de vino Katthiawar, sabrás que su aldea está más allá de Manglot; toma las medidas necesarias para que su lengua no siga alargándose sobre los nombres de aquellas personas que son mías. Si no es lo que yo supongo, coloca una guardia que vigile mi casa hasta que yo llegue, y cuida especialmente de que no tengan acceso a las habitaciones de las mujeres los vendedores de joyas, los astrólogos y las comadronas. Nos elevamos por nuestros esclavos y por nuestros esclavos caemos, como suele decirse. Para todos aquellos a quienes recuerdo llevo regalos en proporción a sus merecimientos. He escrito dos veces acerca del regalo que yo haría entregar a Bahadur Shah.

Que la bendición de Dios y de su Profeta caiga sobre ti y los tuyos hasta el final que tenemos señalado. Hazme feliz informándome del estado de tu salud. Mi cabeza está a los pies de Rao Sahib; mi espada, a su lado izquierdo, un poco por encima de mi corazón. Pongo a continuación mi sello.

LA CIUDAD DE LA NOCHE PAVOROSA

Librodot

E1 denso calor húmedo que se cernía, como una manta, sobre la faz de la tierra frustraba toda esperanza de sueño desde un primer momento. Las cigarras contribuían al calor, y los chacales, aullando, ayudaban a las cigarras. Era imposible sentarse tranquilo en la casa oscura, vacía, poblada de ecos, a contemplar el punkah mientras batía el aire. De modo que a las diez de la noche planté mi bastón en el centro del jardín y esperé a ver hacia dónde caía. Señaló directamente a la carretera, iluminada por la luna, que conduce a la Ciudad de la Noche Pavorosa. El animal saltó de su madriguera y corrió a través de un cementerio musulmán abandonado, donde calaveras sin mandíbulas y tibias rotas expuestas sin piedad por las lluvias de julio brillaban como madreperla sobre el suelo, donde la lluvia había hendido sus canales. El aire recalentado y la tierra agobiada habían hecho subir a los muertos a la superficie en busca de un poco de frescor. La liebre seguía saltando: husmeó con curiosidad un fragmento de un tubo de lámpara ahumado y desapareció en la sombre de un grupo de tarayes.

La cabaña del tejedor de alfombras, al cobijo del templo hindú, estaba repleta de hombres dormidos, que yacían allí como cadáveres en sus sudarios. Por encima de ellos resplandecía el ojo fijo de la luna. La oscuridad da, al menos, una falsa impresión de frescor. Era difícil no creer que la corriente de luz que venía de arriba fuera cálida. No tan caliente como el sol, pero sí de una calidez enfermiza que calentaba el aire pesado más de lo conveniente. El camino hasta la Ciudad de la Noche Pavorosa se extendía recto como una barra de acero pulido; a cada lado del camino, yacían unos cadáveres: ciento setenta cuerpos de hombres. Algunos, todos de blanco, con las bocas atadas; otros, desnudos y negros, como el ébano bajo la potente luz; y uno —que yacía cara arriba con la boca abierta, lejos de los otros — blanco plateado y gris ceniciento.

«Un leproso dormido; y el resto, culis cansados, sirvientes, tenderos y chóferes de la parada cercana; la escena, una de las entradas principales de la ciudad de Lahore, y la noche era una de las calurosas de agosto.» Eso era todo lo que había que ver, pero en ningún caso era todo lo que no podía ver. El embrujo de la luz de la luna se volcaba por todas partes, y el mundo estaba horriblemente cambiado. La larga hilera de muertos desnudos, flanqueaba por la rígida estatua de plata, no era un espectáculo agradable. Estaba constituida sólo de hombres. ¿Acaso las mujeres se veían forzadas a dormir al abrigo de sus sofocantes cabañas de adobe, como mejor pudieran? El lamento quejumbroso de un niño desde un bajo techo de adobe respondió a mi pregunta. Donde están los niños, ahí están las madres, que deben cuidarlos. Necesitaban cuidados en aquellas noches sofocantes. Una cabecita negra del tamaño de una bala espió por la albardilla, *y* una pierna delgada *y* morena, dolorosamente delgada, se deslizó hasta el canalón. Se oyó el tintineo agudo de unas pulseras de cristal, el brazo de una mujer asomó por un instante sobre el parapeto, se enroscó en el delgado cuello infantil y el niño fue arrastrado, protestando, al abrigo de su camastro. Su grito agudo y delgado murió en el aire denso casi en el momento de nacer, porque incluso los niños de esta tierra la encuentran demasiado caliente para llorar.

Más cadáveres, más trechos de carretera blanca, iluminada por la luna; una hilera de camellos dormidos a un lado del camino; una visión de chacales que corren, ponis que tiran de carros, dormidos, con el arnés todavía en el lomo, y carretas con incrustaciones de latón, haciendo guiños a la luz de la luna..., y de nuevo más cadáveres. Dondequiera que hubiera un carro para cereales entoldado, un tronco de árbol, un par de bambúes y

Librodot

unos cuantos manojos de paja que proyectaran cierta sombra, el suelo estaba cubierto con ellos. Yacen..., algunos boca abajo, con los brazos plegados, en el polvo; otros, con las manos cruzadas sobre la cabeza; otros, acurrucados como perros; los hay que se han arrojado como sacos de yute junto a los carros y hay quienes están inclinados, la cabeza contra las rodillas, bajo el resplandor directo de la luna. Sería un alivio si al menos fuesen propensos a roncar; pero no lo hacen, y no hay nada que rompa su semejanza con los cadáveres excepto un detalle: los perros macilentos los olfatean y se marchan. Aquí y allá un niño chiquitín duerme en el camastro de su padre, y en esos casos siempre hay un brazo protector que lo cubre. Pero, en su mayor parte, los niños duermen con sus madres en las azoteas. No hay que fiarse de los parias de piel amarilla y dientes blancos cuando tienen al alcance cuerpos oscuros.

Una sofocante ráfaga de aire caliente, que salía de la boca de la Puerta de Delhi, casi acaba con mi decisión de penetrar en la Ciudad de la Noche Pavorosa a estas horas. Es una combinación de todos los sabores malsanos, animales y vegetales, que una ciudad amurallada puede elaborar en un día con su correspondiente noche. La temperatura que hay entre las arboledas inmóviles de naranjos y plátanos, en el exterior de las murallas de la ciudad, parece fresca en comparación con ésta. ¡Que el cielo ayude a todas las personas enfermas y a los niños que se encuentren dentro de la ciudad esta noche! Los altos muros de las casas siguen irradiando calor salvajemente, y desde oscuros callejones salen olores fétidos que bien podrían envenenar a un búfalo. Pero los búfalos no les prestan atencion: una manada desfila por la desierta calle mayor; de vez en cuando se detienen y acercan sus hocicos poderosos a las persianas cerradas de la tienda de un vendedor de grano, para resoplar como orcas a continuación.

Y luego llega el silencio..., un silencio que está lleno de los ruidos nocturnos de una gran ciudad. Un instrumento de cuerda de alguna clase es apenas, sólo apenas, audible. Muy por encima de mi cabeza alguien abre una ventana, y el chasquido de la madera reverbera como un eco en la calle vacía. En uno de los tejados hay una hookah funcionando a toda máquina y los hombres hablan suavemente mientras fluye el agua en la pipa. Un poco más allá, los sonidos de la conversación son más nítidos. Una rendija de luz aparece entre las persianas corredizas de una tienda. Dentro, un comerciante de barba incipiente y ojos cansados hace el balance de sus libros de cuentas, entre balas de telas de algodón que lo rodean por completo. Le acompañan tres figuras cubiertas de blanco que hacen algún comentario de cuando en cuando. Primero, el hombre hace una anotación, y luego un comentario; a continuación se pasa el dorso de la mano por la frente sudorosa. El calor en la calle encajonada es digno de temerse. Dentro de las tiendas tiene que ser casi insoportable. Pero el trabajo continúa regularmente: anotación, gruñido gutural y gesto de la mano que se alza, sucediéndose uno a otro con la precisión de un mecanismo de relojería.

Un policía —sin turbante y completamente dormido — está tumbado de través en el acceso a la mezquita de Wazir Khan. Un rayo de luz de luna cae vertical sobre la frente y los ojos del dormido, pero él no se mueve. Es cerca de medianoche, y parece que el calor aumenta. La plaza que se abre delante de la mezquita está abarrotada de cadáveres y hay que andar con mucho cuidado para no pisarlos. La luz lunar pinta sus rayas sobre la alta fachada de la mezquita, decorada con esmaltes coloridos en anchas fajas diagonales; y cada uno de los palomos solitarios que sueña en los nichos y esquinas de la mampostería

Librodot

proyecta la sombra de un polluelo. Fantasmas con sudario se levantan cansados de sus camastros, revolotean y se mudan a las oscuras profundidades del edifico. ¿Se puede subir a lo más alto de los grandes minaretes para contemplar desde allí la ciudad? El intento merece la pena en todos los sentidos, y con toda probabilidad la puerta de la escalera no estará cerrada. No lo está, pero un portero profundamente dormido está cruzado en el umbral, con la cara vuelta hacia la luna. Una rata sale corriendo del turbante al oír los pasos que se acercan. El hombre gruñe, abre los ojos durante un minuto, se da la vuelta y vuelve a dormir. Todo el calor de un decenio de feroces veranos indios está almacenado en las pulidas paredes, negras como la pez, de la escalera de caracol. A mitad de camino, hay algo vivo, caliente y cubierto de plumas; y ronca. Al verse obligado a alejarse, escalón a escalón, conforme capta el sonido de mi avance, vuela hasta arriba, donde revela ser un milano airado de ojos amarillos. Hay docenas de milanos dormidos en éste *y* otros minaretes, *y* también en las cúpulas, abajo. A esta altura, se percibe la sombra de una brisa fresca o, siquiera, menos bochornosa y, refrescando con ella, me vuelvo a mirar la Ciudad de la Noche Pavorosa.

¡Hubiera podido dibujarla Doré! Zola hubiera podido describirla..., este espectáculo de miles de durmientes bajo la luz lunar y la sombra de la luna. Las azoteas están atestadas de hombres, mujeres y niños, y el aire está lleno de ruidos indiferenciables. Están inquietos en la Ciudad de la Noche Pavorosa, y no me extraña. Lo milagroso es que puedan siquiera respirar. Si miras con atención a la multitud, verás que están casi tan inquietos como una muchedumbre diurna, pero es un tumulto contenido. Por todas partes verás, a la luz, a los durmientes que no paran de moverse, que remueven sus camastros y los vuelven a arreglar. En los patios como pozos de las casas se observa el mismo movimiento.

Las despiadada luna lo muestra todo. Muestra también las llanuras de fuera de la ciudad, y aquí y allá una extensión mínima del Ravee sin sus murallas. Muestra, por último, una salpicadura de plata rutilante en la azotea de una casa, casi inmediatamente debajo del minarete de la mezquita. Una pobre alma se ha levantado a echarse un poco de agua sobre el cuerpo enfebrecido; el tintineo del agua que cae llega, débil, al oído. Dos o tres hombres, en rincones lejanos de la Ciudad de la Noche Pavorosa, siguen su ejemplo, y el agua relampaguea como señales heliográficas. Una pequeña nube pasa por delante de la cara de la luna, y la ciudad con sus habitantes —claramente delineados en blanco y negro un momento antes— se desvanecen en masas de negro, y negro más profundo. Y sin embargo, el ruido inquieto continúa, el suspiro de una gran ciudad abrumada por el calor y de una gente que busca en vano su descanso. Sólo las mujeres de las clases bajas duermen en las azoteas. ¿Cuál no será el tormento en los harenes guardados por celosías, en los que todavía hacen guiños unas cuantas lámparas? Se oyen pisadas en el patio de abajo. Es el muecín, fiel ministro, que debía haber estado aquí hace una hora, para decir a los fieles que la oración es mejor que el sueño..., el sueño que no quiere llegar a la ciudad.

El muecín hurga por un momento en la puerta de uno de los minaretes, desaparece, y un rugido como de bueyes —un trueno magnífico — dice que ha alcanzado la parte más alta del minarete. ¡Ha de oírse la llamada hasta en las márgenes retiradas del mismo Ravee! Incluso al otro lado del patio es casi estremecedor. La nube se mueve y lo muestra, perfilado en negro contra el cielo, con las manos sobre los oídos y el amplio

Librodot

tórax dilatado por el trabajo de sus pulmones: « Allah ho Akbar»; y a continuación una pausa, mientras otro muecín, desde algún lugar en dirección al Templo Dorado, contesta a la llamada «Allah ho Akbar». *Una y* otra vez; cuatro veces en total; y ya hay una docena de hombres que se han levantado de sus camastros. «Soy testigo de que no hay más Dios que Alá.» Qué grito más espléndido: ¡la proclamación del credo que saca a los hombres de sus camas a centenares en plena medianoche! Una vez más, atruena la misma frase, temblando con la vehemencia de su propia voz; *y* entonces, lejos *y* cerca, el aire de la noche resuena con «Mahoma es el Profeta de Dios». Es como si estuviera lanzando su desafío al horizonte lejano, donde el relámpago del verano juega y salta semejante a una espada desenvainada. Todos y cada uno de los muecines de la ciudad están gritando a pleno pulmón, y algunos hombres, en las azoteas, comienzan a arrodillarse. Una larga pausa precede al último grito: «La ilaha Illallah» y el silencio se cierra sobre él, como el martinete cae sobre una bala de algodón.

El muecín baja a tumbos la escalera gruñendo para sí. Atraviesa el arco de la entrada y desaparece. Entonces el silencio sofocante se asienta sobre la Ciudad de la Noche Pavorosa. Los milanos del minarete se vuelven a dormir, roncando con más fuerza, el aire caliente llega en oleadas y en remolinos perezosos y la luna se desliza hacia el horizonte. Sentado, con ambos codos sobre el parapeto de la torre, uno puede asombrarse observando aquella colmena torturada de calor, hasta el amanecer.

¿Cómo viven ahí abajo? ¿Qué piensan? ¿Cuándo se despertarán?» Más tintineo de regaderas que se vacían; débil entrechocar de camastros de madera que entran y salen de las sombras; música extraña de instrumentos de cuerda, dulcificada por la distancia en lamento quejumbroso, y el gruñido sordo de un trueno lejano. En el patio de la mezquita, el portero, que estaba tumbado a través en el umbral del minarete cuando llegué, se sobresalta de repente, se lleva las manos a la cabeza, murmura algo y vuelve a dormir. Acunado por los ronquidos de los milanos —roncan como humanos de gargantas desproporcionadas —, yo también caigo en una especie de somnolencia inquieta, consciente de que ya han dado las tres y de que hay un ligero —pero muy ligero— frescor en el ambiente. La ciudad está absolutamente tranquila ahora, excepto por el canto de amor de algún perro vagabundo. Nada, salvo un hondo sueño de muerte.

Después de esto, se suceden varias semanas de oscuridad. Porque la luna ha desaparecido. Los perros están quietos, y yo espero la primera luz de la aurora para iniciar mi camino de vuelta a casa. De nuevo el ruido de pisadas sordas. La oración de la mañana está a punto de empezar, y mi guardia nocturna ha terminado. « jAllah ho Akbar1 jAllah ho Akbar1 ». El este se vuelve gris, y ahora azafrán; el viento del alba llega como si el muecín mismo lo hubiera llamado y, como un solo hombre, la Ciudad de la Noche Pavorosa se levanta de la cama y vuelve su rostro hacia el día que amanece. Con la vuelta a la vida, vuelve el ruido. Primero, en un susurro sordo; luego, en un murmullo grave; porque es preciso recordar que la ciudad entera está en las azoteas. Mis párpados se caen bajo el peso de un sueño largamente pospuesto, y yo me escapo del minarete a través del patio, hacia la plaza, donde los durmientes se han levantado, apartan sus jergones y discuten con la hookah de la mañana. El frescor momentáneo del aire ha desaparecido y hace tanto calor como al comienzo.

— ¿Tendría el sahib la amabilidad de abrirnos el paso? ¿Qué ocurre? Aparece una cosa que los hombres llevan a hombros a media luz y me aparto. El cadáver de una mujer

Librodot

en su camino a la pira funeraria, y un mirón dice:

— Murió a medianoche a causa del calor.

Después de todo, así como de la Noche, la ciudad era la de la Muerte.

A TRAVÉS DEL FUEGO

E1 Policía cabalgaba por la selva del Himalaya, bajo los robles cubiertos de musgo, y su ordenanza trotaba tras él.

— Un feo asunto, Bhere Singh —dijo el Policía— ¿Dónde están?

— Muy feo —dijo Bhere Singh— y, en cuanto a ellos, seguro que se están asando en un fuego más vivo que el que nunca hayan producido las ramas de abeto.

— Esperemos que no —dijo el Policía—, porque, teniendo en cuenta la diferencia entre las dos razas, es la misma historia que la de Francesca da Rimini, Bhere Singh.

Bhere Singh no sabía nada de Francesca da Rimini, así que siguió su marcha al mismo ritmo, hasta que llegaron al claro del bosque donde los carboneros quemaban su carbón vegetal y donde las llamas moribundas decían crisp, crisp, crisp mientras revoloteaban y susurraban sobre las cenizas blancas. Tuvo que ser un buen fuego, en su momento de mayor esplendor. Uno hombres lo habían visto en Donga Pa desde el otro lado del valle, vacilando y resplandeciendo a través de la noche, y se dijeron que los carboneros de Kodru se estaban emborrachando. Pero se trataba tan sólo de Suket Singh, cipayo del 102.° Regimiento de Infantería Indígena del Punjab, y de Athira, una mujer, ardiendo... ardiendo... ardiendo.

Así es como sucedieron las cosas; y el diario del Policía confirmará mis palabras.

Athira era la mujer de Madu, un carbonero tuerto y de mal carácter. Una semana después del matrimonio, él pegó a Athira con un palo muy pesado. Un mes más tarde, Suket Singh, cipayo, llegó a aquel lugar, buscando la frescura de las montañas, de permiso de su regimiento, y electrizó a los campesinos de Kodru con sus relatos de gloria *y* de servicio al Gobierno, y del honor en que le tenía a él, Suket Singh, el sahib coronel Bahadur Y Desdémona escuchaba a Otelo como lo han hecho todas las Desdémonas del mundo. Y, al escuchar, amaba

— Yo ya tengo una esposa —dijo Suket Singh—. aunque eso no es problema si lo piensas bien. Tambien tengo que volver a mi regimiento dentro de poco, y no puedo ser desertor, yo que pretendo llegar a ser havildar.

No hay versión himalaya del poema «No podría amarte tanto, mi amor, si al honor no amara más», pero Suket Singh casi consiguió inventar una con sus palabras.

— No importa —le decía Athira—: quédate conmigo y, si Madu trata de pegarme, le pegas a él.

— Muy bien —dijo Suket Singh; y pegó a Mad severamente, para regocijo de todos los carboneros c Kodru.

— Ya es suficiente —dijo Suket Singh, haciendo rodar a Madu por la pendiente—. Ahora tendremos paz.

Pero Madu reptaba de nuevo por la montaña cubierta de hierba y rondaba en torno a su cabaña con ojos airados.

— No parará hasta matarme —le decía Athira a Suket Singh—. Tienes que sacarme de aquí.

— Habrá problemas en el campamento. Mi mujer me arrancará las barbas, pero no importa —dijo Suket Singh—: te llevaré.

Hubo un problema considerable en el campamento, y a Suket Singh le arrancaron la barba, y la mujer de Suket Singh se fue a vivir con su madre y se llevó a lo niños con ella.

— No importa —dijo Athira.

Y Suket Singh dijo:

— Sí; no importa.

Y así Madu se quedó solo en la cabaña que domina el valle frente al Donga Pa; y desde el comienzo de 1os tiempos nadie ha tenido simpatía por los maridos tan poco afortunados como Madu.

Así que fue a ver a Juseen Dazé, el brujo qi guarda la Cabeza del Mono Hablador.

— Devuélveme a mi mujer —dijo Madu.

— No puedo —dijo Juseen Dazé— hasta que consigas que el río Sutlej deje el valle y suba hasta el Donga Pa.

— Déjate de enigmas —dijo Madu, y sacudió el hacha por encima de la cabeza de Juseen Dazé.

— Dales todo tu dinero a los ancianos del pueblo —dijo Juseen Dazé— y ellos convocarán un Concejo comunal y el Concejo enviará un mensaje a tu mujer cominándola a volver.

Y Madu, consiguientemente, entregó todos sus bienes terrenales, que ascendían a veintisiete rupias, ocho annas, tres paisás y una cadena de plata, al Concejo de Kodru. Y ocurrió tal y como Jussen Dazé había dicho

Enviaron al hermano de Athira al regimiento de Suket Singh para que hiciera volver a Athira. Suket Singh, para empezar, le pegó y arrastró a lo largo de todo el cuartel, y luego lo entregó al havildar, que le pegó con un cinturón.

— Vuelve —gritaba el hermano de Athira.

— ¿Adónde? —dijo Athira.

— Con Madu —decía él.

— Nunca —decía ella.

— Entonces Jussen Dazé te enviará una maldición y te marchitarás como un árbol descortezado en la primavera —dijo el hermano de Athira.

Athira lo consultó con la almohada.

A la mañana siguiente tenía reumatismo.

— Empiezo a marchitarme como un árbol descortezado en la primavera —dijo—. Es la maldición de Juseen Dazé.

Y realmente empezó a marchitarse, porque el miedo le secó el corazón, y los que creen en las maldiciones mueren de maldiciones. También Suket Singh tenía miedo, porque amaba a Athira más que a su propia vida. Pasaron dos meses, y el hermano de Athira volvió al cuartel y se desgañitaba gritando:

— ¡Ajá! Te estás marchitando. Vuelve. — Volveré —dijo Athira.

— Di más bien que volveremos —dijo Suket Singh.

— Sí, pero ¿cuándo? —dijo el hermano de Athira.

— Un día cualquiera muy temprano por la mañana —dijo Suket Singh; y a paso lento

Librodot

fue en busca del sahib coronel Bahadur para solicitar una semana de permiso.

— Me estoy marchitando como un árbol descortezado en la primavera ——se quejaba Athira.

— Pronto estarás mejor —decía Suket Singh; y le contó lo que guardaba en su corazón y los dos rieron dulcemente, porque se amaban.

Pero Athira empezó a encontrarse mejor desde aquel momento.

Se fueron juntos, en tren y en tercera clase, como mandaban las normas, y luego en un carro hasta las colinas, y a pie hasta las grandes montañas. Athira olía el aroma de los pinos de sus montañas, las montañas húmedas del Himalaya.

— Qué bueno es estar vivo —decía Athira.

¡Ja! —dijo Suket Singh—, ¿dónde está la carretera de Kodru y dónde está la casa del guardabosques...?

— Me costo cuarenta rupias hace dos años ——le dijo el guardabosques, enseñándole la escopeta.

— Aquí tienes veinte dijo Suket Singh—, y me tienes que dar las mejores balas.

— Es muy bueno estar vivo —dijo Athira melancólica, husmeando el aroma de la tierra húmeda bajo los pinos; y esperaron hasta que hubo caído la noche en la carretera de Kodru y en el Donga Pa.

Madu había apilado la leña seca para la hoguera de carbón del día siguiente, en un claro junto a su cabaña.

— Que cortés por parte de Madu el ahorrarnos este cuidado —dijo Suket Singh al tropezar con la pila de leña, que tenía doce pies cuadrados y una altura de cuatro —. Debemos esperar hasta que salga la luna.

Cuando salió la luna, Athira se arrodilló en la pira.

— Si fuera un Snider de los que utiliza el Gobierno... —dijo Suket Singh, pesaroso, mirando de reojo el cañón amarrado con alambre del rifle del guardabosques.

— Sé rápido —dijo Athira; y Suket Singh fue rápido, pero Athira ya no lo fue más. Entonces él encendió la pira en las cuatro esquinas y subió a ella, a la vez que volvía a cargar el arma.

Las pequeñas llamas empezaron a asomarse entre los grandes leños, por encima de las hojas secas.

— El Gobierno debería enseñarnos a darle al gatillo con los dedos de los pies —dijo Suket Singh, lúgubre, a la luna.

Aquella fue la última observación pública del cipayo Suket Singh.

Un día, por la mañana temprano, Madu llegó a la pira, gritó amargamente y corrió a buscar al policía que estaba de servicio en el distrito.

— Ese hombre de baja casta ha destruido cuatro rupias de leña de quemar carbón — jadeaba Madu—. También ha matado a mi mujer, y ha dejado una carta que no sé leer, atada a la rama de un pino.

Con la grafía rígida y formal que enseñaban en la escuela del regimiento, el cipayo Suket Singh había escrito:

«Que nos quemen juntos, si es que algo queda de nosotros, porque hemos realizado las plegarias necesarias. También hemos maldecido a Madu y Malak, el hermano de Athira, ambos hombres malvados. Comunicad mi devoción al sahib coronel Bahadur».

El Policía se quedó mirando largo rato y con curiosidad la cama nupcial de cenizas

blancas y rojas en la que reposaba, negro opaco, el cañón de la escopeta del guardabosques. Hincó su talón calzado con espuela distraídamente en un leño medio chamuscado, y unas chispas castañetearon volando hacia arriba.

— Una gente muy extraordinaria —dijo el Policía.

— Jim, jinn, uyu —decían las llamas.

El Policía consignó los hechos escuetos de aquel caso, porque el Gobierno del Punjab no aprueba el romanticismo, en su diario.

— Pero ¿quién me va a pagar a mí esas cuatro rupias? —dijo Madu.

LAS FINANZAS DE LOS DIOSES

En el Chubára de Dhunni Bhagat la comida vespertina había finalizado y los viejos sacerdotes fumaban o pasaban las cuentas de sus rosarios. Un niño pequeño desnudo entró correteando, con la boca abierta de par en par, un ramo de caléndulas en una mano y un trozo de tabaco en la otra. Trató de arrodillarse y hacer una reverencia de respeto a Gobinda, pero estaba tan gordo que se cayó hacia delante, sobre su cabeza afeitada, pataleando y jadeando, mientras las caléndulas se le caían por un lado y el tabaco por el otro. Gobinda se rió, lo puso de pie y bendijo las caléndulas mientras recibía el tabaco.

— De parte de mi padre —dijo el niño—. Tiene la fiebre y no puede venir. ¿Rezarás por él, padre?

— Seguro, pequeño; pero hay niebla en la tierra y el rocío de la noche está en el aire: no es bueno salir desnudo en otoño.

— No tengo ropa —dijo el niño— y he estado llevando todo el día tortas de estiércol de vaca al bazar. Hacía mucho calor, y estoy muy cansado —temblaba un poco porque el crepúsculo era fresco.

Gobinda levantó un brazo desde abajo de su amplia y gastada colcha de muchos colores e hizo un nido tentador a su lado. El niño se acurrucó en él y Gobinda llenó de tabaco fresco su propia pipa de agua, hecha de piel con incrustaciones de bronce. Cuando llegué al Chubára, su cabeza afeitada, con un único mechón central, y sus brillantes ojos negros surgían de los pliegues de la colcha como una ardilla que escruta el exterior desde su nido, y Gobinda sonreía mientras el niño jugaba con su barba.

Hubiera dicho algo amable, pero me acordé a tiempo de que si el niño enfermaba más tarde me atribuirían el mal de ojo, y eso es una maldición horrible.

— Quédate sentado, sin moverte, Thumbling —le dijo al ver que se disponía a levantarse y echarse a correr—. ¿Dónde está tu pizarra?, ¿cómo es que el maestro ha dejado en libertad a un personaje tan travieso, hoy que no *hay* policía en la calle para protegernos a nosotros los apocados?, ¿en qué pabellón tratas de romperte el pescuezo remontando cometas desde los techos de las casas?

— No, sahib, no —dijo el niño, escondiendo la cara en la barba de Gobinda, y moviéndose incómodo. Hoy había vacación en la escuela, y no me paso el día remontando cometas. Yo juego al crí—i—iquet como todos los demás.

El críquet es el deporte nacional entre los escolares del Punjab, desde los niños

desnudos de las escuelas más pobres que utilizan una vieja lata de petróleo como portería, hasta los estudiantes universitarios que compiten por la Copa de la Liga.

— ¡Tú jugando al críquet! Si no llegas ni a la mitad del bate —le dije.

El niño asintió con la cabeza, decidido.

— Sí, yo sí que juego. ¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!. Lo se todo.

— Pero esto no debe hacerte olvidar rezar a los dioses según la costumbre —dijo Gobinda, que no acababa de aprobar el críquet y las innovaciones occidentales.

— Yo no olvido —dijo el niño con voz apagada.

— Y también respetar a tu maestro, y... —la voz de Gobinda se suavizó— abstenerse de tirarles de la barba a los hombres santos, ¿eh, pillín?

La cara del niño estaba ya completamente oculta bajo la gran barba blanca y empezó a lloriquear hasta que Gobinda le calmó como se calma a los niños en todas las partes del mundo, con la promesa de un cuento.

— No quería asustarte, pequeño tonto. ¡Mírame! ¿Estoy enfadado? ¡Vamos, vamos, vamos! ¿Tendré que llorar yo también y hacer con nuestras lágrimas un gran estanque en el que ambos nos ahoguemos, y entonces tu padre nunca se ponga bien, ya que no te tendrá a ti para que le tires de la barba? Paz, paz, y te hablaré de los dioses. ¿Conoces muchos cuentos?

— Muchos, padre.

— Pues éste es uno nuevo que no has oído nunca. Hace mucho, mucho tiempo, cuando los dioses caminaban con los hombres, como lo hacen hoy, aunque nosotros no tenemos la fe necesaria para verlo, Shiva, el más grande de los dioses, y Parvati, su mujer, paseaban por el jardín de un templo.

— ¿Qué templo? ¿El del pabellón de Nangdaon?

—dijo el niño.

— No, muy, muy lejos. Quizá en Trimbak o en Hurdwar, adonde tendrás que peregrinar cuando seas un hombre. Ocurrió que en ese jardín, sentado bajo los azufaifos, había un mendigo, el cual había adorado a Shiva durante cuarenta años y vivía de las ofrendas de las personas piadosas, y meditaba acerca de la santidad, día y noche.

— Oh, Padre, ¿eras tú? —dijo el niño, mirándole con ojos llenos de admiración.

— No, te he dicho que ocurrió hace tiempo, y además, este mendicante estaba casado.

— ¿Le pusieron en un caballo con flores en la cabeza y le prohibieron dormir en toda la noche? Eso me hicieron a mí cuando celebraron mi boda —dijo el niño, que se había casado hacía unos meses.

— ¿Y qué hiciste? —dije yo.

— Lloré, y me insultaron, y entonces la pegué, y lloramos juntos.

El mendicante no se comportó así —dijo Gobinda—, porque era un hombre santo, y muy pobre. Parvati lo vio sentado desnudo junto a las escalinatas del templo por donde todos subían y bajaban y le dijo a Shiva: « ¿Qué pensarán los hombres de los dioses, cuando los dioses desprecian de esta manera a los creyentes? Durante cuarenta años ese hombre de allá ha rezado ante nosotros, y sin embargo sólo tiene ante sí unos cuantos granos de arroz y unas cuantas cauris rotas. Los corazones de los hombres se endurecían ante eso». Y Shiva dijo: «Me ocuparé de ello», y así llamó al templo, que era el templo de su hijo, Ganesh, el de la cabeza de elefante, y dijo: —Hijo, hay un mendicante que es muy pobre. ¿Qué vas a hacer por él? ». Entonces el gran Ser de cabeza de elefante

despertó en la oscuridad y contestó: «En tres días, si está conforme a tu voluntad, tendrá cien mil rupias». Y Shiva y Parvati marcharon.

«Pero había un prestamista en el jardín, escondido entre las caléndulas —el niño miró la bola de flores aplastadas que tenía en sus manos—, sí, entre las caléndulas amarillas, y oyó hablar a los dioses. Era un hombre avaricioso y de corazón negro, y deseaba las cien mil rupias para sí. Así que fue hasta el mendicante y le dijo: «Oh, hermano, ¿cuánto te dan las personas piadosas diariamente?». Y el mendicante dijo: «No lo sabría decir. A veces un poco de arroz, a veces unas pocas legumbres y unas cuantas cauris, mangos en conserva y pescado seco».

— Eso es bueno —dijo el niño, chupándose los labios.

Entonces dijo el prestamista: «Porque te he estado observando durante mucho tiempo he aprendido a amar tu paciencia; te daré cinco rupias por todo lo que ganes en los tres próximos días. Sólo hay que firmar una fianza sobre el asunto». Pero el mendicante le dijo: «Tú estás loco. Ni en dos meses recibo el equivalente a cinco rupias», y se lo contó a su mujer aquella noche. Ella, siento una mujer, dijo: « ¿Cuándo se ha sabido que un prestamista haga un mal negocio? El lobo corre a través del grano para cazar al venado gordo. Nuestro destino está en las manos de los dioses. No lo comprometas ni siquiera por tres días».

«Y el mendicante volvió al prestamista y le dijo que no estaba dispuesto a vender. Y entonces aquel hombre malvado se sentó durante todo el día frente a él, ofreciéndole más y más por sus ganancias de aquellos tres días. Primero, diez, cincuenta y cien libras; y después, como no sabía cuándo iban a conceder los dioses sus dávidas, miles de rupias, hasta llegar a la mitad de cien mil. Al llegar a esta suma, la mujer del mendicante cambió de opinión, él firmó el documento y le pagaron el dinero en plata, con grandes bueyes blancos que la llevaron a carradas. Pero aparte de aquel dinero el mendicante no recibió nada más de los dioses, y el corazón del prestamista sufría debido a su expectación. Por lo tanto, al mediodía de la tercera jornada, el prestamista se fue al templo a espiar los consejos de los dioses y a aprender de qué forma iba a llegar el dinero. Al tiempo que él decía sus plegarias, una grieta entre las piedras bostezó y al cerrarse le pilló el talón. Entonces oyó a los dioses paseando por el templo en la oscuridad de las columnas, y Shiva llamó a su hijo Ganesh, diciendo: «Hijo, ¿qué has hecho respecto a las cien mil rupias del mendicante? », y Ganesh se despertó, porque el prestamista oyó el roce seco de su trompa mientras se estiraba, y contestó: «Padre, la mitad del dinero ya ha sido pagada, y al deudor de la otra mitad lo tengo yo aquí bien cogido por el talón».

El niño se partía de risa.

— ¿Y le pagó el prestamista al mendicante? — dijo.

— Ciertamente, porque aquel a quien los dioses retienen por el talón, debe pagar hasta el máximo. El dinero se pagó al llegar la noche, todo en plata, en grandes carros, y así Ganesh cumplió su cometido.

— ¡Niño! ¡Niño! ¡Niño!

Una mujer llamaba en la oscuridad del atardecer junto a la puerta del patio.

El niño empezó a agitarse.

— Es mi madre —dijo.

— Vete entonces, pequeño —dijo Gobinda—, pero aguarda un momento.

Desgarró una generosa yarda de su colcha de remiendos, se la puso al niño sobre los

hombros y el chiquillo se fue corriendo.

EL SUEÑO DE DUNCAN PARRENNESS

Como Mr. Bunyan en los viejos tiempos, yo, Duncan Parrenness, escribiente de la muy honorable Compañía de las Indias Orientales, en esta ciudad de Calcuta, abandonada de los dioses, he tenido un sueño, y nunca, desde que mi yegua Kitty se quedara coja, me he sentido tan preocupado. Por lo tanto, no fuera a darse el caso de que olvidara mi sueño, me he apresurado a hacer un esfuerzo para consignarlo aquí. Aunque bien sabe el Cielo con cuánta dificultad tomo la pluma yo, que siempre estuve más presto con la espada que con el tintero cuando abandoné Londres hace ya dos largos años.

Cuando el gran baile del Gobernador General (que él ofrece cada año a fin de noviembre) hubo terminado, yo me había retirado a mi habitación, que da a ese río taciturno y nada inglés que conocemos como el Hoogly, tan poco sobrio como pudiese estarlo, hay que decir que lo que en Occidente constituye una borrachera en toda regla, en Oriente no es más que estar achispado, y yo estaba nornoroientalmente borracho, como hubiera podido decir el señor Shakespeare. Con todo, a pesar del alcohol, los frescos vientos de la noche (no obstante haber oído yo decir que alimentan catarros y flujos innumerables) me serenaron un tanto, y recordé que yo tan sólo había sufrido ligeras indisposiciones y una suerte de agotamiento físico debido a las diversas enfermedades de los últimos cuatro meses, mientras que aquellos jóvenes presumidos que habían venido al este en el mismo barco que yo llevaban *ya* un mes plantados en la eternidad *y* en el horrible suelo que se extiende al norte del Edificio de los Escribientes. Así que di vagas gracias a Dios (aunque debo decir para mi vergüenza que no me arrodillé para hacerlo) por haberme concedido licencia para vivir, al menos hasta que marzo volviera a estar de nuevo sobre nosotros. En verdad, nosotros, los vivos (y constituíamos un número mucho menor que aquellos que habían ido a rendir cuentas finales con los últimos calores) habíamos festejado la noche con gran alboroto,) unto a las murallas del fuerte, celebrando la magnanimidad de la Providencia; aunque nuestras chanzas no habían sido ingeniosas ni tampoco de naturaleza tal que hubiese agradado a mi madre oírlas.

Cuando me hube acostado (o más bien arrojado sobre la cama) y los vapores del alcohol se hubieron disipado un tanto, descubrí que no podía dormir, pensando en un millar de cosas de las que debieran dejarse en el olvido. En primer lugar, y hacía ya tiempo que no pensaba en ella, apareció a los pies de mi cama el dulce rostro de Kitty Somerset, como dibujado en un cuadro, con tanta nitidez que casi llego a pensar que estaba presente en carne y hueso. Entonces recordé que era ella quien me había enviado a este maldito país, con la pretensión de que me hiciera rico para poder casarme con ella muy pronto, a lo cual consentían nuestros padres respectivos; y luego recordé cómo ella se lo había pensado mejor (o peor, tal vez) y había contraído matrimonio con Tom Sanderson apenas tres meses después que yo me hubiera embarcado. De Kitty pasé a divagar acerca de Mrs. Vansuythen, una mujer pálida y alta, de ojos violeta, que había venido a Calcuta desde la Fábrica Holandesa de Chinsura y había sembrado la enemistad entre todos nuestros jóvenes y no pocos comisionados. Algunas de nuestras damas, es

Librodot

verdad, decían que nunca tuvo marido, ni tampoco hubo matrimonio alguno en su haber; pero las mujeres, en especial aquellas que se han limitado a vivir vidas honestas e insulsas, son crueles y duras unas con otras. Además, Mrs. Vansuythen era mucho más guapa que todas ellas. Había sido de lo más amable conmigo en la recepción del Gobernador General, y en verdad se puede decir que yo era considerado por todos como su preux chevalier, que es la expresión francesa que encubre otro mucho peor. Pues bien, si la dicha Mrs. Vansuythen me importaba lo que un pinchazo de alfiler (a pesar de que le había jurado amor eterno tres días después de conocernos), no lo supe entonces ni después; pero mi orgullo y mi habilidad con la espada, que ningún hombre en Calcuta podía igualar, me mantenían dentro del campo de sus afectos. Así que yo creía que la adoraba.

Cuando logré apartar sus ojos violeta de mi pensamiento, la razón me reprochó el haberla seguido siquiera; y vi que el único año que había vivido en esta tierra había quemado y agostado mi mente hasta tal punto, con las llamas de miles de pasiones y deseos malsanos, que había envejecido diez meses por cada mes pasado en esa escuela de Satán. Con lo que me puse a pensar en mi madre durante un rato, y me sentí muy arrepentido: en mi talante de pecador borracho hice mil votos de enmienda, rotos todos ellos desde entonces, me temo, una y otra vez. Mañana, me decía a mí mismo, viviré limpiamente para siempre. Y sonreía media alelado (el alcohol todavía me dominaba) al pensar en los peligros de los que había escapado; y construí todo tipo de castillos en el aire, en los que una fantasmagórica Kitty Somerset, de ojos violeta y con el dulce hablar lento de Mrs. Vansuythen, era siempre Reina.

Por fin, se apoderó de mí un valor magnífico y espléndido (del que sin duda era responsable el madeira de Mr. Hastings), que iba creciendo hasta tal punto que parecía posible que yo me convirtiera en Gobernador General, Nabab, Príncipe, ay, el Gran Mogol mismo, simplemente con la fuerza del deseo. Por lo que di los primeros pasos, bastantes azarosos e inestables, en pos de mi nuevo reino, y golpeé a mis sirvientes, que dormían en el exterior, hasta que se pusieron a aullar y me abandonaron corriendo, y conjuré al Cielo y a la Tierra para que diesen testimonio de que yo, Duncan Parrenness, era un escribiente al servicio de la Compañía y que no temía a hombre alguno. A continuación, viendo que ni la luna ni la Osa Mayor se dignaban aceptar mi reto, me volví a acostar y me debí de quedar dormido.

Me desperté en seguida al oír mis últimas palabras repetidas dos o tres veces y vi que había entrado en el cuarto un hombre borracho, pensé yo, de la recepción de Mr. Hastings. Se sentó a los pies de lo que a los ojos del mundo entero era mi cama como si fuese la suya, y yo tomé nota, lo mejor que pude, de que su cara era más o menos como la mía aunque más vieja, excepto en los momentos en que se transformaba en la cara del Gobernador General o de mi padre, muerto hacía seis meses. Pero todo esto me parecía natural, y el resultado obvio del mucho vino; y yo estaba tan irritado ante su aparición que le dije, sin demasiada educación, que se fuera. Pero no contestó a mis palabras, limitándose a repetir despacio, como si fuera un dulce bocado: «Escritor al servicio de la Compañía, sin miedo ante ningún hombre. Y entonces se detiene de repente y, volviéndose abruptamente hacia mí, me dice que alguien con mi brío no tiene por qué temer a hombre o demonio alguno; que yo era joven gallardo y apto, si vivía lo suficiente, para llegar a ser Gobernador General. Pero que por todo ello *(y* supongo que se refería a las

Librodot

variaciones *y* venturas de nuestra accidentada vida en estas tierras) tenía que pagar mi precio. A esa altura, ya me había serenado en parte y, hallándome bien despierto en mi primer sueño, estaba dispuesto a considerar el asunto como la chanza de un hombre algo borracho. Así que digo alegremente: « ¿Y qué precio deberé pagar por este mi palacio, que no tiene sino doce pies cuadrados, y por mi pobre sueldo de cinco pagodas mensuales? Al diablo contigo y con tus chanzas: he pagado el precio por duplicado con mis enfermedades. Y en ese momento, mi hombre se vuelve hasta darme la cara por completo: de forma que la luz de la luna veía cada una de las arrugas y surcos de su rostro. Y entonces mi gozo alcohólico se evaporó de la misma forma en que yo he visto agostadas las aguas de nuestros grandes ríos en una sola noche; y yo, Duncan Parrenness, que no temía a hombre alguno, me vi presa de un terror más devastador que el que nunca haya conocido mortal alguno. Porque vi que su rostro era mi propio rostro, pero marcado y arrugado y lleno de cicatrices de los surcos de la enfermedad y de una larga vida disoluta, de la misma forma que yo, en una ocasión, cuando estaba en verdad muy borracho (¡y Dios me ampare!), vi mi propio rostro, completamente blanco, macilento y envejecido, en un espejo. Tengo para mí que cualquier hombre hubiera sido más temido incluso que yo, porque yo no carezco en absoluto de valor.

Cuando ya llevaba un rato acostado, sudando en agonía y esperando despertar de este sueño terrible — porque yo sabía que no era más que un sueño—, me vuelve a decir que tengo que pagar mi precio; y un poco después, como si éste se pagara en rupias y pagodas: « ¿Cuánto vas a pagar? ». Y yo digo, muy bajo: «Por el amor de Dios, déjame en paz, quienquiera que seas, y de ahora en adelante me corregiré». Y él sigue, riéndose un tanto de mis palabras, pero sin dar indicios, por otra parte, de haberlas oído: «No. Sólo quiero liberar a un joven fanfarrón como tú de muchas cosas que serían un lastre para ti, en tu camino por la vida en la India, porque, créeme —y al llegar aquí me vuelve a mirar fijamente a la cara una vez más—: no hay retorno». Ante este galimatías, que entonces no conseguí entender, me quedé bastante desconcertado y esperé a ver qué sucedía a continuación. Y él dice con toda calma: «Entrégame tu confianza en los hombres». Al oír esto comprendí la magnitud del precio que se me exigía, porque no dudé ni por un momento que conseguiría de mí todo lo que quisiera, *y* tenía la mente —por el terror *y* el insomnio — toda despejada del vino que había bebido. Así que le interrumpí, llorando y exclamando que no era tan malo como él pensaba y que yo confiaba en mis compañeros al máximo, en la medida en que ellos se lo merecían. «No tuve yo la culpa — dije — si la mitad eran mentirosos y la otra mitad merecía que les quemara la mano», y de nuevo le pedí que acabara con sus preguntas. Y entonces me callé, un poco asustado, es verdad, por haberme dejado ir de la lengua, pero él no prestó atención a ese detalle, y se limitó a posar su mano con suavidad sobre el lado izquierdo de mi pecho, y lo sentí frío, por un tiempo. A continuación dice, riéndose más y más: «Dame tu fe en las mujeres». Al oír eso, di un salto en la cama, como si me hubieran dado un punzazo, porque pensé en mi dulce madre en Inglaterra, y por un momento imaginé que mi fe en las mejores criaturas de Dios no me podía ser robada ni conturbada. Pero más tarde, los ojos duros de mi Yo cayeron sobre mí, y caí en pensar, por segunda vez aquella noche, en Kitty (la que me había dejado y se había casado con Tom Sanderson) y en Mrs. Vansuythen, a la que sólo mi orgullo infernal me había inducido a seguir, y en cómo era incluso peor que Kitty, yyo el peor de todos, viendo que con la obra de mi vida por realizar, debía necesariamente

bailar a lo largo del camino pulido y hermoseado del Demonio, porque, en verdad, al extremo de él me esperaba la sonrisa ligera de una mujer. Y pensé que todas las mujeres del mundo eran como Kitty, o bien como Mrs. Vansuythen (como en realidad lo han sido desde entonces para mí), y esto me llevó a tales extremos de rabia y dolor que me alegré más allá de lo que las palabras pueden expresar cuando de nuevo la mano de mi Yo volvió a posarse sobre el lado izquierdo de mi pecho y ya no me perturbaron semejantes locuras.

Después de esto se quedó en silencio un rato, y yo tuve la certeza de que él debía marcharse o de que yo despertaría antes de mucho tiempo, pero de inmediato habla otra vez (y muy suavemente) y dice que yo soy tonto al preocuparme de naderías como las que ha obtenido de mí, y que antes de marcharse sólo me quiere pedir unas cuanta fruslerías que ningún hombre —y, llegado el caso, ningún joven— conservaría en este país. Y así sucedió que cogió de mi propio corazón, por así decir, sin dejar de mirarme a la cara con mis propios ojos mientras lo hacía, todo lo que quedaba de mi alma y conciencia de joven. Esto fue para mí una pérdida más terrible que las dos que había sufrido antes. Porque, Dios me ayude, a pesar de que yo me había alejado mucho de todos los caminos de la vida buena o decente, todavía quedaba en mí, aunque sea yo mismo quien lo escriba, cierta bondad de corazón que, cuando estaba sobrio (o enfermo) me llevaba a lamentarme de todo lo que había hecho antes que este ataque me sobreviniera. Y esto lo perdí por completo: en su lugar experimenté una frialdad mortal en el corazón. No tengo, como he dicho antes, facilidad con la pluma, por lo que temo que lo que acabo de escribir pueda no ser entendido con presteza. Sin embargo, hay épocas en la vida de un hombre joven en que, a través de un gran dolor o del pecado, todo cuanto hay de niño en él se quema y se agosta, de forma que pasa de un plumazo al más penoso estado de madurez, tal como nuestro llameante día indio se transforma en noche sin que exista apenas el gris del crepúsculo que atempere los dos extremos. Quizá esto clarifique mi estado, si se recuerda que mi tormento fue diez veces mayor que el que sufre cualquier hombre en el curso natural de la naturaleza. En aquel momento ni me atrevía a pensar en el cambio que se había producido en mí, y en una sola noche, aunque a menudo he vuelto a pensar en é. «He pagado el precio», digo, y mis dientes castañeteaban, porque estaba muerto de frío. « ¿Y qué he sacado a cambio? ». Ya era casi de día, *y* mi Yo había comenzado a palidecer *y* a hacerse más delgado contra la luz blanca del este, como me decía mi madre que les ocurría a los fantasmas, los demonios y otros seres aparecidos. Hizo ademán de marcharse, pero mis palabras le detuvieron, y se rió como yo recuerdo haber reído cuando atravesé con la espada a Angus Macalister el último agosto porque insultó a Mrs. Vansuythen. « ¿Qué te doy a cambio? —dice, repitiendo mis últimas palabras—. ¡Vaya! Fortaleza para vivir tanto como Dios o el Demonio quieran, y mientras vivas, mi joven amo, mi prenda». Y con estas palabras depositó algo en mi mano, aunque estaba demasiado oscuro para ver lo que era: cuando volví a alzar el rostro para mirarle, se había ido.

Cuando se hizo de día me apresuré a contemplar su prenda y vi que era un pequeño trozo de pan seco.

EL PEQUEÑO TOBRAH

La cabeza del prisionero no alcanzaba a verse en el banquillo de los acusados», como suelen decir los diarios ingleses. Sin embargo, este caso no lo recogieron los periódicos, porque a nadie le importaba lo más mínimo la vida o la muerte del Pequeño Tobrah. Los asesores lo estuvieron examinando, durante toda la larga *y* cálida tarde, en el juzgado rojo, *y* cada vez que le preguntaban algo él lloriqueaba y hacía zalemas. La sentencia dictaminó que no había pruebas concluyentes, y el juez no puso objeciones. Bien es verdad que el cuerpo sin vida de la hermana del Pequeño Tobrah había sido encontrado en el fondo del pozo, y que el Pequeño Tobrah era el único ser humano que se encontraba entonces en los alrededores, en media milla a la redonda, pero la niña podía haber caído por accidente. Por consiguiente, el Pequeño Tobrah fue absuelto y le dijeron que se podía ir libremente. Este permiso no era tan generoso como parece, porque no tenía adonde ir, ni tampoco nada que comer, y nada en absoluto con lo que vestirse.

Entró corriendo en el patio y se sentó en el brocal del pozo, preguntándose si una zambullida desgraciada en las negras aguas del fondo terminaría en un viaje forzado a través de la otra Agua Negra. Un mozo de mulas dejó un morral vacío encima del brocal, y el Pequeño Tobrah, hambriento, se dispuso a escarbar los pocos granos húmedos que el caballo había despreciado.

— ¡Ladrón! ¡Y ahora mismo te has librado del peso de la Ley! ¡Ven conmigo! —dijo el mozo, y agarrándole de la oreja llevó al Pequeño Tobrah hasta un inglés enorme y gordo, que escuchó la historia del robo.

— ¡Ajá! —dijo el inglés por tres veces (la verdad es que dijo otra palabra bastante más altisonante) Ponedlo en la red y llevadlo a casa.

Y arrojaron al Pequeño Tobrah a la red del carro, y, sin que dudara ni por un momento de que le iban a matar como si fuera un cerdo, fue conducido a la casa del inglés.

— ¡Ajá! —repitió el inglés—. Grano mojado, ¡por Júpiter! ¡Que alguien se ocupe de alimentar al pordiosero y haremos de él un jinete! ¿Lo veis? ¡Grano mojado, Dios santo!

— Cuéntanos tu historia —dijo el jefe de los establos cuando hubo acabado la comida y los criados descansaban en sus alojamientos, detrás de la casa—. Tú no eres de la casta de los palafreneros, excepto por lo que respecta a tu estómago. ¿Cómo llegaste a los juzgados, y porqué? ¡Contesta, hijo del diablo!

— No tenía qué comer —dijo el Pequeño Tobrah con calma—. Éste es un buen lugar.

— Habla claro —dijo el jefe o haré que limpies el establo de aquel semental alazán que muerde como un camello.

Somos telis, fabricantes de aceite —dijo el Pequeño Tobrah, rascando el polvo con los dedos de los pies—. Éramos telis..., mi padre, mi madre, mi hermano, que me llevaba cuatro años, yo y mi hermana.

— ¿La que encontraron muerta en el pozo? — dijo alguien que había oído hablar del juicio.

— Eso mismo —dijo el Pequeño Tobrah muy serio—. La que encontraron muerta en el pozo. Hace mucho tiempo, tanto que no me acuerdo, una enfermedad devastó el pueblo donde estaba nuestro molino, y primero fue mi hermana la que se vio atacada en los ojos y se quedó ciega, porque era la mata, la viruela. A continuación, mi padre y mi madre

murieron de la misma enfermedad, así que nos quedamos solos..., mi hermano, que tenía doce años, yo, que tenía ocho y la hermana que no veía. Con todo, nos quedaban el molino y el buey, y empezamos a trabajar como antes. Pero Surjun Dass, el vendedor de granos, nos estafó en sus tratos, y además, el buey era muy obstinado y muy difícil de arrear. Pusimos sobre el cuello del buey flores de caléndula como ofrenda a los dioses, y también sobre la gran viga de moler que atraviesa el techo, pero no ganamos nada con eso, y Surjun Dass era un hombre muy duro.

— Babri-pap —murmuraron las mujeres de los mozos—, ¡engañar así a unos chiquillos! Pero ya sabemos nosotras lo que son los mercaderes, hermanas.

— El molino era viejo y no éramos hombres fuertes..., mi hermano y yo, tampoco podíamos fijar bien la viga en sus grilletes.

— Claro que no —dijo la mujer del jefe de las caballerizas, ataviada magníficamente, uniéndose al grupo—. Eso es trabajo para hombres fuertes. Cuando yo era soltera, en casa de mi padre...

— Calla, mujer dijo el jefe de las caballerizas —. Sigue hablando, chico.

— No es nada —dijo el Pequeño Tobrah—. La gran viga se desprendió del techo un día del que ya no me acuerdo, y con el techo se cayó gran parte de la pared de atrás y ambos cayeron a su vez sobre el buey, rompiéndole el espinazo. Así que nos quedamos sin casa, sin molino y sin buey..., mi hermano, yo y mi hermana la que estaba ciega. Nos marchamos llorando de aquel lugar, de la mano, a través de los campos, y sólo teníamos siete annas y seis pais. Había hambre en el país. No me acuerdo del nombre de aquel país. Y una noche, mientras dormíamos, mi hermano cogió las cinco annas que nos quedaban y se largó. No sé adónde fue. Que la maldición de mi padre caiga sobre él. Pero yo y mi hermana fuimos mendigando comida por los pueblos, y no tenían nada para darnos. Todos los hombres nos decían lo mismo: «Id con los ingleses y ellos os darán». Yo no sabía quiénes eran los ingleses, pero ellos nos dijeron que eran blancos y que vivían en tiendas. Yo seguí caminando, pero no puedo decir adónde fui, y no había comida para mí ni para mi hermana. Y una noche de mucho calor, ella lloraba y pedía comida, llegamos a un pozo, y yo le pedí que se sentara en el brocal, y la empujé, porque, en verdad, no veía, y es mejor morir de una vez que morirse de hambre.

¡Ay! ¡Ay! —se lamentaban a coro las esposas de los mozos de cuadra—, la empujó, ¡porque es mejor morir de una vez que morirse de hambre!

— Yo me hubiera arrojado también al pozo, pero ella no murió *y* me llamaba desde el fondo, *y yo* tuve miedo y eché a correr. Y vino un hombre desde los sembrados y me dijo que yo la había matado y que había envenenado el pozo, y me llevaron ante el inglés, blanco *y* terrible, que vivía en una tienda, *y* él me envió aquí. Pero no había testigos, y es mejor morir de una vez que morir de hambre. Además, ella no veía con sus ojos, y no era más que una niña muy pequeña.

— No era más que una niña muy pequeña — repetía como un eco la esposa del jefe de cuadras—. ¿Pero quién eres tú, débil como un pájaro y pequeño como un potro de un día, quién eres tú?

— Yo estaba vacío y ahora estoy lleno dijo el Pequeño Tobrah, estirándose sobre el polvo—. Y voy a dormir.

La esposa del mozo extendió un lienzo sobre él, mientras el Pequeño Tobrah dormía el sueño de los justos.

LA LITERA FANTÁSTICA

Una de las pocas ventajas que tiene la India, comparada con Inglaterra es la gran facilidad para conocer a las gentes. Después de cinco años de servicio, el hombre menos sociable tiene relaciones directas o indirectas con doscientos o trescientos empleados civiles de su provincia, con la oficialidad de diez o doce regimientos y baterías y con mil quinientos individuos ajenos a la casta de los que cobran sueldo del Estado. A los diez años sus conocimientos duplicarán las cifras anteriores y, si continúa durante veinte años en el servicio público, estará más o menos ligado con todos los ingleses del Imperio, de tal manera que podrá ir a cualquier parte sin tomar alojamiento en los hoteles.

Los enamorados de la vida errante, que consideran como un derecho vivir en las casas ajenas, han contribuido últimamente a desanimar en cierto grado la disposición hospitalaria del inglés; pero, hoy como ayer, si pertenecéis al Círculo íntimo y no sois un Oso ni una Oveja negra, se os abrirán de par en par todas las puertas y encontraréis que este mundo, a pesar de su pequeñez, encierra muchos tesoros de cordialidad y de amistosa ayuda.

Hará quince años Rickett, de Kamartha, era huésped de Polder, de Kumaon. Su propósito era pasar solamente dos noches en la casa de éste; pero, obligado a guardar cama por haber sufrido un ataque de fiebre reumática durante mes y medio, desorganizó la casa, paralizó el trabajo del dueño de ella y estuvo a punto de morir en la alcoba de mi buen amigo. Polder es tan hospitalario que todavía hoy se cree ligado por una eterna deuda de gratitud con el que le honró alojándose en su casa, y anualmente envía una caja de juguetes y otros obsequios a los hijos de Rickett. El caso no es excepcional y el hecho se repite en todas partes. Caballeros que no se muerden la lengua para deciros que sois unos animales y gentiles damas que hacen trizas vuestra reputación y que no interpretan caritativamente las expansiones de vuestras esposas, son capaces de afanarse noche y día para serviros si tenéis la desdicha de caer postrados por una dolencia o si la suerte os es contraria.

Además de su clientela, el doctor Heatherlegh atendía un hospital explotado por su propia cuenta. Un amigo suyo decía que el establecimiento era un establo para incurables; pero, en realidad, era un tinglado para reparar las máquinas humanas descompuestas por los rigores del clima. La temperatura de la India es, a veces, sofocante, *y* como hay poca tela que cortar *y* la que hay debe servir para todo, o, en otros términos, como hay que trabajar más de lo debido y sin que nadie lo agradezca, muchas veces la salud humana se ve más comprometida que el éxito de las metáforas de este párrafo.

No ha habido médico que pueda compararse con Heatherlegh, y su receta invariable a cuantos enfermos le consultan es: «Acostarse, no fatigarse, ponerse al fresco.» En su opinión, es tan grande el número de individuos muertos por exceso de trabajo, que la cifra no está justificada por la importancia de este mundo. Sostiene que Pansay, muerto hace tres años en sus brazos, fue víctima de lo mucho que trabajó. En verdad, Heatherlegh tiene derecho para que consideremos sus palabras revestidas de autoridad. El se ríe de mi explicación, y no cree, como yo, que Pansay tenía una hendidura en la

cabeza, y que, por esa hendidura, se le metió una ráfaga del Mundo de las sombras.

—A Pansay—dice Heatherlegh— se le soltó la manija y el aparato dio más vueltas de las debidas, estimulado por el descanso de una prolongada licencia en Inglaterra. Se portaría o no se portaría como un canalla con la señora Keith—Wessington. Para mí la tarea del establecimiento de Katabundi le sacó de quicio, y creo que por su trastorno mental hizo algo más que un galanteo de los permitidos por la ley. La señorita Mannering fue su prometida, y un día ella renunció a aquella alianza. Le vino a Pansay un resfrío con mucha fiebre, y de allí nació la insensata historieta de los aparecidos. El origen de todo el mal fue el exceso de trabajo. Por el exceso de trabajo anterior prosperó la enfermedad y mató al pobre muchacho. Cuénteselo usted así, tal como yo lo digo, a ese maldito sistema de emplear a un hombre para que desempeñe el trabajo correspondiente a dos y medio.

Yo no creo en esta explicación de Heatherlegh. Muchas veces me quedé a solas con Pansay cuando el médico tenía que atender a otros enfermos, si por azar estaba cerca de la casa. Con voz grave y sin cadencia, el infeliz me atormentaba describiendo la procesión que pasaba constantemente por los pies de su cama. Impresionaba esa palabra doliente. Cuando se restableció, le dije que debía escribir todo lo acontecido, desde el principio hasta el fin, y se lo dije por creer que su espíritu descansaría haciendo correr la tinta.

Pero, al escribir, estaba muy agitado, y la forma terrorífica que adoptó era poco propicia para la calma que necesitaba ante todo. Dos meses después, fue dado de alta, pero en vez de consagrarse en cuerpo y alma a auxiliar en sus tareas a una comisión sin personal suficiente que impetraba su cooperación, Pansay optó por morir, jurando que era víctima de terrores misteriosos. Antes que él muriera, recogí su manuscrito, en el que consta la versión que dejó de los hechos. Lleva fecha de 1885, y dice así:

I

Mi médico asegura que yo necesito únicamente descanso y cambio de aires. No es poco probable que muy pronto disfrute de ambas cosas. Tendré el descanso que no perturban mensajeros de casaca roja ni la salva de los cañones del mediodía. Y tendré también un cambio de aires para el que no será necesario que tome billete en un vapor destinado a Inglaterra. Entre tanto, aquí me quedaré y, contrariando las prescripciones facultativas, haré al mundo entero confidente de mi secreto. Sabréis por vosotros mismos la naturaleza precisa de mi enfermedad, y juzgaréis, de acuerdo con vuestro propio criterio, si es posible concebir tormentos iguales a los que yo he sufrido en este triste mundo.

Hablando como podría hacerlo un criminal sentenciado, antes que se corran los cerrojos de su prisión, pido que, cuando menos, concedáis atención a mi historia, por extravagante y horriblemente improbable que os parezca. No creo en absoluto que se le conceda fe alguna. Yo mismo, hace dos meses, habría declarado loco o perturbado por el alcohol a quien me hubiera contado cosas semejantes. Yo era hace dos meses el hombre más feliz de la India. Hoy no podrá encontrarse uno más infortunado, desde Peshawar hasta la costa. Esto lo sabemos únicamente el médico y yo. Su explicación es que tengo afectadas las funciones cerebrales, las digestivas y hasta las de la visión, aunque muy ligeramente: tales son las causas de mis ilusiones. ¡Ilusiones, en verdad! Yo le digo que

es un necio, lo que no impide que siga prestándome sus atenciones médicas con la misma sonrisa indulgente, con la misma suavidad profesional y con las mismas patillas azafranadas que peina tan cuidadosamente. En vista de su conducta y de la mía, he comenzado a sospechar que soy un ingrato y un enfermo malhumorado. Pero dejo más bien el juicio a vuestro criterio.

II

Hace tres años tuve la fortuna —y la gran desgracia, sin duda—de embarcarme en Gravesend para Bombay, después de una licencia muy larga que se me había concedido. Y digo que fue una gran desdicha mi fortuna, porque en el buque venía Inés Keith-Wessington, esposa de un caballero que prestaba sus servicios en Bombay. No tiene el menor interés para vosotros inquirir qué clase de mujer era aquella, y debéis contentaros con saber hoy que, antes que llegáramos al lugar de nuestro destino, ya nos habíamos enamorado locamente el uno del otro. El cielo sabe bien que lo digo sin sombra de vanidad. En esta clase de relaciones, siempre hay uno que se sacrifica y otro que es el sacrificador. Desde el primer momento de nuestra malaventurada unión, yo tuve la conciencia de que Inés sentía una pasión más fuerte, más dominadora y —si se me permite la expresión— más pura que la mía. Yo no sé si ella se daba cuenta del hecho, pero más tarde fue evidente para ambos.

Llegamos a Bombay en la primavera, y cada cual tomó su camino, sin que volviéramos a vernos hasta que, al cabo de tres o cuatro meses, nos reunieron en Simia una licencia que yo obtuve y el amor de ella para mí. En Sim1a pasamos la estación, y el humo de pajas que ardía en mi pecho, acabó, sin dejar rescoldos, al fin del año. No intento excusarme, ni presento un alegato en mi favor. La señora Wessington había hecho por mí todos los sacrificios imaginables, y estaba dispuesta a seguir adelante. Supo, en agosto de 1882, porque yo se lo dije, que su presencia me hacía daño, que su compañía me fatigaba y que ya no podía tolerar ni el sonido de su voz. El noventa y nueve por ciento de las mujeres hubiera demostrado el mismo desvío, y el setenta y cinco se habría vengado al instante, iniciando relaciones galantes con otro. Pero aquella mujer no pertenecía a las setenta y cinco ni a las noventa y nueve; era la única del centenar. No producían el menor efecto en ella mi franca aversión ni la brutalidad con que yo engalanaba nuestras entrevistas.

— Jack, encanto mío.

Tal era el eterno reclamo de cuclillo con que me asesinaba.

— Hay entre nosotros un error, un horrible desconcierto que es necesario disipar para que vuelva a reinar la armonía. Perdóname, querido Jack, perdóname.

Yo era el culpable de todo, y lo sabía, por lo que mi piedad se transformaba a veces en una resignación pasiva; pero, en otras ocasiones, despertaba en mí un odio ciego; el mismo instinto, a lo que creo, del que pone salvajemente la bota sobre la araña después de medio matarla de un papirotazo. La estación de 1882 acabó llevando yo este odio en mi pecho.

A año siguiente volvimos a encontrarnos en Simla: ella, con su expresión monótona y sus tímidas tentativas de reconciliación, y yo, con una maldición en cada fibra de mi ser. Muchas veces no tenía valor para quedarme a solas con ella, pero cuando esto acontecía,

sus palabras eran una repetición idéntica de las anteriores. Volvía a sus labios el eterno lamento del error; volvía la esperanza de que renaciera la armonía; tornaba a impetrar mi perdón. Si yo hubiera tenido ojos para verla, habría notado que ella sólo vivía alimentada por aquella esperanza. Cada vez aumentaban su palidez y su demarcación. Convendréis conmigo en que la situación hubiera exasperado a cualquiera. Lo que ella hacía era antinatural, pueril, indigno de una mujer. Creo que su conducta merecía censura. A veces, en mis negras vigilias de febricitante, ha venido a mi mente la idea de que pude haber sido más afectuoso. Pero esto sí que es ilusión. ¿Cómo era posible en lo humano que yo fingiese un amor no sentido? Esto habría sido una deslealtad para ella y aún para mí mismo.

III

Hace un año volvimos a vernos. Todo era exactamente lo mismo que antes. Se repitieron sus imploraciones, cortadas siempre por las frases bruscas que salían de mis labios. Pude, al cabo, persuadirla de que eran insensatas sus tentativas de renovación de nuestras antiguas relaciones. Nos separamos antes que terminara la estación, es decir, hubo dificultades para que nos viéramos, pues yo tenía atenciones de un gran interés, que me embargaban por completo.

Cuando en mi alcoba de enfermo evoco los recuerdos de la estación de 1884, viene a mi espíritu una confusa pesadilla, en la que se mezclan fantásticamente la luz y la sombra. Pienso en mis pretensiones a la mano de la dulce Kitty Mannering; pienso en mis esperanzas, dudas y temores; pienso en nuestros paseos por el campo, en mi declaración de amor y en su respuesta...

De cuando en cuando, me visita la imagen del pálido rostro que pasaba fugitiva en la litera cuyas libreas negras y blancas aguardaba yo con angustia. Y estos recuerdos vienen acompañados del de las despedidas de la señora Wessington, cuando su mano, calzada de guante, hacía el signo de adiós. Tengo presentes nuestras entrevistas, que ya eran muy raras, y su eterno lamento. Yo amaba a Kitty Mannering; la amaba honradamente, con todo mi corazón, y a medida que aumentaba este amor, aumentaba mi odio a Inés.

Llegó el mes de agosto, Kitty era mi prometida. Al día siguiente, movido por un sentimiento pasajero de piedad, me detuve en el sitio más apartado de Jakko para decírselo todo a la señora Wessington. Ya ella lo sabía.

— Me cuentan que vas a casarte, querido Jack.

Y, sin transición, añadió estas palabras:

— Creo que todo es un error, un error lamentable. Algún día reinará la concordia entre nosotros, como antaño.

Mi respuesta fue tal, que un hombre difícilmente la habría recibido sin parpadear. Fue un latigazo para la moribunda.

— Perdóname, Jack. No me proponía encolerizarte. ¡Pero es verdad, es verdad!

Se dejó dominar por el abatimiento. Yo volví grupas y la dejé para que terminara tranquilamente el paseo, sintiendo en el fondo de mi corazón, aunque sólo por un instante, que mi conducta era la de un miserable. Volví la cara y vi que su litera había cambiado de dirección, sin duda para alcanzarme.

La escena quedó fotografiada en mi memoria con todos sus pormenores y los del sitio

en que se desarrolló. Estábamos al final de la estación de lluvias, y el cielo, cuyo azul parecía más limpio después de la tempestad, los tostados y oscuros pinos, el camino fangoso, los negros y agrietados candiles, formaban un fondo siniestro, en el que destacaban las libreas negras y blancas de los) ampanies y la amarilla litera, sobre la cual veía yo distintamente la rubia cabeza de la señora Wessington, que se inclinaba tristemente. Llevaba el pañuelo en la mano izquierda y recostaba su cabeza fatigada en los cojines de la litera. Yo lancé mi caballo al galope por un sendero que está cerca del estanque de Sanjowlie, y emprendí literalmente la fuga. Creí oír una débil voz que me llamaba:

— ¡Jack!

Debió de haber sido efecto de la imaginación, y no me detuve para inquirir. Diez minutos después encontré a Kitty, que también montaba a caballo, y la delicia de nuestra larga cabalgata borró de mi memoria todo vestigio de la entrevista con Inés.

A la semana siguiente, moría la señora Wessington, y mi vida quedó libre de la inexpresable carga que su existencia significaba para mí. Cuando volví a la llanura me sentí completamente feliz, y antes que transcurrieran tres meses ya no me quedaba un solo recuerdo de la que había desaparecido, salvo tal o cual carta suya que, inesperadamente, hallaba en algún mueble, y que me traía una evocación pasajera y penosa de nuestras pasadas relaciones. En el mes de enero procedí a un escrutinio de toda nuestra correspondencia, dispersa en mis gavetas, y quemé cuanto papel quedaba de ella. En abril de este año, que es el de 1885, me hallaba una vez más en Shimla, en la semidesierta Shimla, completamente entregado a mis pláticas amorosas y a mis paseos con Kitty. Habíamos resuelto casarnos en los últimos días de junio. Os haréis cargo de que, amando a Kitty como yo la amaba, no es mucho decir que me consideraba entonces el hombre más feliz de la India.

Transcurrieron quince días, y estos quince días pasaron con tanta rapidez, que no me di cuenta de que el tiempo volaba sino cuando *ya* había quedado atrás. Despertando entonces el sentido de las conveniencias entre mortales colocados en nuestras circunstancias, le indiqué a Kitty que un anillo era el signo exterior y visible de la dignidad que le correspondía en su carácter de prometida, y que debía ir a la joyería de Hamilton para que tomasen medidas y comprásemos una sortija de alianza. Juro por mi honor que hasta aquel momento había olvidado en absoluto un asunto tan trivial como el que trataba con Kitty. Fuimos ella *y yo* a la joyería de Hamilton el 15 de abril de 1885. Recordad y tened en cuenta —diga lo que diga en sentido contrario mi médico que mi salud era perfecta, que nada perturbaba el equilibrio de mis facultades mentales y que mi espíritu estaba absolutamente tranquilo.

Entré con Kitty en la joyería de Hamilton, y sin el menor miramiento a la seriedad de los negocios, yo mismo tomé las medidas de la sortija, lo que fue una gran diversión para el dependiente. La joya era un zafiro con dos diamantes. Después que Kitty se puso el anillo, bajamos los dos a caballo por la cuesta que lleva al puente de Combermere y a la pastelería de Peliti.

Mi caballo buscaba cuidadosamente paso seguro por las guijas del arroyo, *y* Kitty reía *y* charlaba a mi lado, en tanto que toda Shimla, es decir, todos los que habían llegado de las llanuras, se congregaban en la sala de lectura y en la terraza de Peliti; pero en medio de la soledad de la calle oía yo que alguien me llamaba por mi nombre de pila, desde una

distancia muy larga. Yo había oído aquella voz, aunque no podía determinar dónde ni cuándo. El corto espacio de tiempo necesario para recorrer el camino que *hay* entre la joyería de Hamilton y el primer tramo del puente de Combermere, había sido suficiente para que yo atribuyese a más de media docena de personas la ocurrencia de llamarme de ese modo, y hasta pensé por un momento que alguien venía cantando a mi oído. Inmediatamente después que hubimos pasado frente a la casa de Peliti, mis ojos fueron atraídos por la vista de cuatro jampanies con su librea de urracas, que conducían una litera amarilla de las más ordinarias.

Mi espíritu voló en el instante hacia la señora Wessington, y tuve un sentimiento de irritación y disgusto. Si ya aquella mujer había muerto, y su presencia en este mundo no tenía objeto, ¿qué hacían allí aquellos cuatro jampanies, con su librea blanca y negra, sino perturbar uno de los días más felices de mi vida? Yo no sabía quién podía emplear a aquellos jampanies, pero me informaría y le pediría al amo, como un favor especialísimo, que cambiara la odiosa librea. Yo mismo tomaría para mi servicio a los cuatro portaliteras, y, si era necesario, compraría su ropa, a fin de que se vistieran de otro color. Es imposible describir el torrente de recuerdos ingratos que su presencia evocaba.

—Kitty—exclamé—, mira los cuatro jampanies de la señora Wessington. ¿Quién los tendrá a su servicio?

Kitty había conocido muy superficialmente a la señora Wessington en la pasada estación, y se interesó por la pobre Inés, viéndola enferma.

—¿Cómo? ¿En dónde?—preguntó—. Yo no los veo.

Y mientras ella decía estas palabras, su caballo, que se apartaba de una mula con carga, avanzó directamente hacia la litera, que venía en sentido contrario. Apenas tuve tiempo de decir una palabra de aviso, cuando, para horror mío, que no hallo palabras con qué expresar, caballo y amazona pasaron a través de los hombres y del carricoche, como si aquéllos y éste hubieran sido de aire vano.

—¿Qué es eso?—exclamó Kitty—; ¿por qué has dado ese grito de espanto? No quiero que la gente sepa de este modo nuestra próxima boda. Había un espacio ilimitado entre la mula y la terraza del café, y si crees que tengo nociones de equitación... ¡Vamos!

Y la voluntariosa Kitty echó a galopar furiosamente, a toda rienda, hacia el quiosco de la música, creyendo que yo la seguía, como después me lo dijo. ¿Qué había pasado? Nada, en realidad. O yo no estaba en mis cabales, o había en Simla una legión infernal. Refrené mi jaco, que estaba impaciente por correr, y volví grupas. La litera había cambiado de dirección, y se hallaba frente a mí cerca del barandal de la izquierda del puente de Combermere.

— ¡Jack! ¡Jack! ¡Querido Jack!

Era imposible confundir las palabras. Demasiado las conocía, por ser las mismas de siempre. Repercutían dentro de mi cráneo, como si una voz las hubiese pronunciado a mi oído.

— Creo que todo es un error. Un error lamentable. Algún día reinará la concordia entre nosotros, como antaño. Perdóname, Jack.

La caperuza de la litera había caído, y en el asiento estaba Inés Keith—Wessington, con el pañuelo en la mano. La rubia cabeza, de un tono dorado, se inclinaba sobre el pecho. ¡Lo juro por la muerte que invoco, que espero durante el día y que es mi terror en las horas de insomnio

IV

No sé cuánto tiempo permanecí contemplando aquella imagen. Cuando me di cuenta de mis actos, mi asistente tomaba por la brida el jaco galés, y me preguntaba si estaba enfermo y qué sentía. Pero la distancia entre lo horrible y lo vulgar es muy pequeña. Descendí del caballo y me dirigí al café de Peliti, en donde pedí un cordial con una buena cantidad de aguardiente. Había dos o tres parejas en torno a las mesas del café, y se comentaba la crónica local. Las trivialidades que se decían aquellas gentes fueron para mi más consoladoras en aquel momento que la más piadosa de las meditaciones. Me entregué a la conversación, riendo y diciendo despropósitos, con una cara de difunto *cuya* lividez noté al vérmela casualmente en un espejo. Tres o cuatro personas advirtieron que yo me hallaba en una condición extraña, y atribuyéndola sin duda a una alcoholización inmoderada, procuraron caritativamente apartarme del centro de la tertulia. Pero yo me resistía a partir. Necesitaba a toda costa la presencia de mis semejantes, como el niño que interrumpe una comida ceremoniosa de sus mayores cuanto le acomete el terror en un cuarto oscuro. Creo que estaría hablando diez minutos aproximadamente, minutos que me parecieron una eternidad, cuando de pronto oí la voz clara de Kitty, que preguntaba por mí desde fuera. Al saber que yo estaba allí, entró con la manifiesta intención de devolverme la sortija, por la indisculpable falta que acababa de cometer; pero mi aspecto la impresionó profundamente:

— Por Dios, Jack, ¿qué has hecho? ¿Qué ha ocurrido? ¿Estás enfermo?

Obligado a mentir, dije que el sol me había causado un efecto desastroso. Eran las cinco de la tarde de un día nublado de abril, y el sol no había aparecido un solo instante. No bien acabé de pronunciar aquellas torpes palabras, comprendí la falta, y quise recogerlas, pero caí de error en error, hasta que Kitty salió, llena de cólera, y yo tras ella, en medio de las sonrisas de todos los conocidos. Inventé una excusa, que ya no recuerdo, y al trote largo de mi galés me dirigí, sin pérdida de momento, hacia el hotel, en tanto que Kitty acababa sola su paseo.

Cuando llegué a mi cuarto, me di a considerar el caso con la mayor calma de que fui capaz. Y he aquí el resultado de mis meditaciones más razonadas. Yo, Teobaldo Juan Pansay, funcionario, de buenos antecedentes académicos, perteneciente al Servicio Civil de Bengala, encontrándome en el año de gracia de 1885, aparentemente en el uso de mi razón, y en verdad con salud perfecta, era víctima de terrores, que me apartaban del lado de mi prometida, como consecuencia de la aparición de una mujer muerta y sepultada ocho meses antes. Los hechos referidos eran indiscutibles. Nada estaba más lejos de mi pensamiento que el recuerdo de la señora KeithWessington cuando Kitty y yo salimos de la joyería de Hamilton, y nada más vulgar que el paredón de la terraza de Peliti. Brillaba la luz del día, el camino estaba animado por la presencia de los transeúntes, y, de pronto, he aquí que, contra toda la ley de probabilidad, y con directa violación de las disposiciones legales de la Naturaleza, salía de la tumba el rostro de una difunta y se me ponía delante.

El caballo árabe de Kitty pasó a través del carricoche, y de este modo desapareció mi primera esperanza de que una mujer maravillosamente parecida a la señora Keith—Wessington hubiese alquilado la litera con los mismos cuatro coolies. Una y otra vez di

vuelta a esta rueda de mis pensamientos, y una y otra vez, viendo burlada mi esperanza de hallar alguna explicación, me sentí agobiado por la impotencia. La voz era tan inexplicable como la aparición. Al principio había tenido la idea de confiar mis zozobras a Kitty, y de rogarle que nos casáramos al instante para desafiar en sus brazos a la mujer fantástica de la litera.

—Después de todo— decía yo en mi argumentación interna— la presencia de la litera es por sí misma suficiente para demostrar la existencia de una ilusión espectral. Habrá fantasmas de hombres y de mujeres, pero no de calesines y coolies. ¡Imaginad el espectro de un nativo de las colinas! Todo esto es absurdo.

A la mañana siguiente envié una carta penitencial a Kitty, implorando de ella que olvidase la extraña conducta observada por mí en la tarde del día anterior. La deidad estaba todavía llena de indignación, y fue necesario ir personalmente a pedir perdón ante el ara. Con la abundante verba de una noche dedicada a inventar la más satisfactoria de las falsedades, dije que me había atacado súbitamente una palpitación cardíaca, a causa de una indigestión. Este recurso, eminentemente práctico, produjo el efecto esperado, *y* por la tarde Kitty *y yo* volvimos a nuestra cabalgata, con la sombra de mi primera mentira entre su caballo árabe y mi jaco galés.

V

Nada le gustaba a Kitty tanto como dar una vuelta en el Jakko. El insomnio había debilitado mis nervios hasta el punto de que apenas me fue dable oponer una resistencia muy débil a su insinuación, y sin gran insistencia propuse que nos dirigiéramos a la colina del Observatorio, a Jutogh, al camino de Boileau, a cualquier parte, en suma, que no fuera la ronda de Jakko. Kitty no sólo estaba indignada, sino ofendida; así, cedí, temiendo provocar otra mala inteligencia, y nos encaminamos hacia la Chota Simla. Avanzamos al paso corto de nuestros caballos durante la primera parte del paseo, y siguiendo nuestra costumbre, a una milla o dos abajo del convento, los hicimos andar a un trote largo, dirigiéndonos hacia el tramo a nivel que está cerca del estanque de Sanjowlie. Los malditos caballos parecían volar, y mi corazón latía precipitadamente cuando coronamos la cuesta. Durante toda la tarde no había dejado de pensar en la señora Wessington, y en cada metro de terreno veía levantarse un recuerdo de nuestros paseos y de nuestras confidencias. Cada piedra tenía grabada alguna de las viejas memorias; las cantaban los pinos sobre nuestras cabezas; los torrentes, henchidos por las lluvias, parecían repetir burlescamente la historia bochornosa; el viento que silbaba en mis oídos iba publicando con voz robusta el secreto de la iniquidad.

Como un final arreglado artísticamente, a la mitad del camino a nivel, en el tramo que se llama La milla de las damas, el horror me aguardaba. No se veía otra litera sino la de los cuatro jampanies blanco y negro —la litera amarilla—, y en su interior la rubia cabeza, la cabeza color de oro, exactamente en la actitud que tenía cuando la dejé allí ocho meses y medio antes. Durante un segundo creí que Kitty veía lo que yo estaba viendo, pues la simpatía que nos unió era maravillosa. Pero justamente en aquel momento pronunció algunas palabras que me sacaron de mi ilusión:

—No se ve alma viviente. Ven, Jack, te desafío a una carrera hasta los edificios del estanque.

Su finísimo árabe partió como un pájaro, seguido de mi galés, y pasamos a la carrera bajo los acantilados. En medio minuto llegamos a cincuenta metros de la litera. Yo tiré de la rienda a mi galés y me retrasé un poco. La litera estaba justamente en medio del camino, y una vez más el árabe pasó a través, seguido de mi propio caballo.

—Jack, querido Jack. ¡Perdóname, Jack!

Esto decía la voz que me hablaba a mí oído. Y siguió su lamento:

—Todo es un error; un error deplorable...

Como un loco clavé los acicates a mi caballo, y cuando llegué a los edificios del estanque volví la cara: el grupo de los cuatro jampanies, que parecían cuatro picazas de blanco y negro, aguardaban pacientemente abajo de la cuesta gris de la colina... El viento me trajo un eco burlesco de las palabras que acababan de sonar en mis oídos. Kitty no cesó de extrañar el silencio en que caí desde aquel momento, pues hasta entonces había estado muy locuaz y comunicativo. Ni aún para salvar la vida habría podido entonces decir dos palabras en su lugar, y desde Sanjowlie hasta la iglesia me abstuve prudentemente de pronunciar una sílaba.

VI

Estaba invitado a cenar esa noche en la casa de los Mannering y apenas tuve tiempo de ir al hotel para vestirme. En el camino de la colina del Elíseo sorprendí la conversación de dos hombres que hablaban en la oscuridad.

—Es curioso—dijo uno de ellos—cómo desapareció completamente toda la huella. Usted sabe que mi mujer era una amiga apasionada de aquella señora—en la que, por otra parte, no vi nada excepcional—, y así fue que mi esposa se empeñó en que yo me quedara con la litera y los coolies, ya fuera por dinero, ya por halagos. A mi me pareció un capricho de espíritu enfermo, pero mi lema es hacer todo lo que manda la mensahib. ¿Creerá que los cuatro jampanies—eran cuatro hermanos— murieron de cólera yendo a Hardwar—¡pobres diablos!—, y que el dueño hizo pedazos la litera con sus propias manos; pues dice que por nada del mundo usaría la litera de una mensahib que haya pasado a mejor vida? Eso es de mal agüero, dice. ¡De mal agüero! ¡Vaya una idea! ¿Concibe usted que la pobre señora de Wessington pudiera ser ave de mal agüero para alguien, excepto para sí misma?

Yo lancé una carcajada al oír esto, y mi manifestación de extemporáneo regocijo vibró en mis propios oídos como una impertinencia. Pero, en todo caso, ¿era verdad que había literas fantásticas y empleos para los espíritus del otro mundo? ¿Cuánto pagaría la señora Wessington a sus jampanies para que vinieran a aparecérseme? ¿Qué arreglo de horas de servicio habrían hecho esas sombras del más allá? ¿Y qué sitio habrían escogido para comenzar y dejar la faena diaria?

No tardé en recibir una respuesta a la última pregunta de mi monólogo. Entre la sombra crepuscular vi que la litera me cerraba el paso. Los muertos caminan muy de prisa y tienen senderos que conocen los coolies ordinarios. Volví a lanzar otra carcajada, que contuve súbitamente, impresionado por el temor de haber perdido el juicio. Y de haber estado loco por lo menos hasta cierto punto; pues refrené el caballo al encontrarme cerca de la litera, y con toda atención di las buenas noches a la señora Wessington. Ella pronunció entonces las palabras que tan conocidas me son. Escuché su lamento hasta el

final, y cuando hubo terminado le dije que ya había oído aquello muchas veces y que me encantaría saber de ella algo más, si tenía que decírmelo. Yo creo que algún espíritu maligno, dominándome tiránicamente, se había apoderado de las potencias de mi alma, pues tengo un vago recuerdo de haber hecho una crónica minuciosa de los vulgares acontecimientos del día durante mi entrevista con la dama de la litera, que no duró menos de cinco minutos.

—Está más loco que una cabra, o se bebió todo el aguardiente que había en Shimla. ¿Oyes? A ver si lo llevamos a su casa.

La voz que pronunciaba estas palabras no era la de la señora Wessington. Dos transeúntes me habían oído hablar con las musarañas, y se detuvieron para prestarme auxilio. Eran dos personas afables y solícitas, y, por lo que decían, vine en conocimiento de que yo estaba perdidamente borracho. Les di las gracias en términos incoherentes, y seguí mi camino hacia el hotel. Me vestí sin pérdida de momento, pero llegué con diez minutos de retardo a la casa de los Mannering. Me excusé, alegando la oscuridad nocturna; recibí una amorosa reprensión de Kitty por mi falta de formalidad con la que me estaba destinada para esposa, y tomé asiento.

La conversación era ya general, y, a favor del barullo, decía yo algunas palabras de ternura a mi novia, cuando advertí que, en el extremo de la mesa, un sujeto de estatura pequeña y de patillas azafranadas describía minuciosamente el encuentro que acababa de tener con un loco. Algunas de sus palabras, muy pocas por cierto, bastaron para persuadirme de que aquel individuo refería lo que me había pasado media hora antes. Bien se veía que el caballero de las patillas era uno de esos especialistas en anécdotas de sobremesa o de café y que cuanto decía llevaba el fin de despertar el interés de sus oyentes y provocar el aplauso; miraba, pues, en torno suyo para recibir el tributo de la admiración a que se juzgaba acreedor, cuando sus ojos se encontraron de pronto con los míos. Verme y callar, con un extraño azoramiento, fue todo uno. Los comensales se sorprendieron del súbito silencio en que cayó el narrador, y éste, sacrificando una reputación de hombre ingenioso, laboriosamente formada durante seis estaciones consecutivas, dijo que había olvidado el fin del lance, sin que fuese posible sacar una palabra más. Yo le bendecía desde el fondo de mi corazón, y di fin al salmonete que se me había servido.

La comida terminó, y yo me separé de Kitty con la más profunda pena, pues sabía que el ser fantástico me esperaba en la puerta de los Mannering. Estaba tan seguro de ello como de mi propia existencia. El sujeto de las patillas, que había sido presentado a mí como el doctor Heatherlegh, de Simla, me ofreció su compañía durante el trecho en que nuestros dos caminos coincidían. Yo acepté con sincera gratitud.

El instinto no me había engañado. La litera estaba en el Mallo, con farol encendido, y en la diabólica disposición de tomar cualquier camino que yo emprendiera con mi acompañante. El caballero de las patillas inició la conversación en tales términos que se veía claramente cuánto le había preocupado el asunto durante la cena.

—Diga usted, Pansay: ¿qué demonios le aconteció a usted hoy en el camino del Elíseo?

Lo inesperado de la pregunta me sacó una respuesta en la que no hubo deliberación por mi parte.

—¡Eso! —dije, y señalaba con el dedo hacía el punto en que estaba la litera.

—Eso puede ser delirium tremens o alucinación. Vamos al asunto. Usted no ha bebido. No se trata, pues, de un acceso alcohólico. Usted señala hacia un punto en donde no se ve cosa alguna, y, sin embargo, veo que suda y tiembla como un potro asustado. Hay algo de lo otro, y yo necesito enterarme. Véngase usted a mi casa. Está en el camino de Blessington.

Para consuelo mío, en vez de aguardarnos, la litera avanzó a veinte metros, y no la alcanzábamos ni al paso, ni al trote, ni al galope. En el curso de aquella larguísima cabalgata, yo referí al doctor casi todo lo que os tengo dicho.

—Por usted se me ha echado a perder una de mis mejores anécdotas —dijo él—; pero yo se lo perdono, en vista de cuanto usted ha sufrido. Vayamos a casa y sométase usted a mis indicaciones. Y cuando vuelva a la salud perfecta de antes, acuérdese, joven amigo mío, de lo que hoy le digo; hay que evitar siempre mujeres y alimentos de difícil digestión. Observe usted esta regla hasta el día de su muerte.

La litera estaba enfrente a nosotros, y las dos patillas azafranadas se reían, celebrando la exacta descripción que yo hacía del sitio en donde se había detenido el calesín fantástico.

—Pansay, Pansay, recuérdelo usted: todo es ojos, cerebro y estómago. Pero el gran regulador es el estómago. Usted tiene un cerebro muy lleno de pretensiones a la dominación, un estómago diminuto y dos ojos que no funcionan bien. Pongamos en orden el estómago, y lo demás vendrá por añadidura. Hay unas píldoras que obran maravillas. Desde este momento, yo voy a encargarme de usted, con exclusión de cualquier otro colega. Usted es un caso clínico demasiado interesante para que yo pase de largo sin someterlo a un estudio minucioso.

Nos cubrían las sombras del camino de Blessington, en su parte más baja, y la litera llegó a un recodo estrecho, dominado por un peñasco cubierto de pinos. Yo, instintivamente, me detuve, y di la razón que tenía para ello. Heatherlegh me interrumpió lanzando un juramento:

—¡Con mil legiones del infierno! ¿Cree usted que voy a quedarme aquí, durante toda la noche, y a enfriarme los huesos, sólo porque un caballero que me acompaña es víctima de una alucinación, en que colaboran el estómago, el cerebro y los ojos? No; mil gracias. Pero ¿qué es eso?

Eso era un sonido sordo, una nube de polvo que nos cegaba, un chasquido, después; la crepitación de las ramas al desgajarse y una masa de pinos desarraigados que caían del peñasco sobre el camino y nos cerraban el paso. Otros árboles fueron también arrancados de raíz, y los vimos tambalearse entre las sombras, como gigantes ebrios, hasta caer en el sitio donde yacían las anteriores, con un estrépito semejante al del trueno. Los caballos estaban sudorosos y paralizados por el miedo. Cuando cesó el derrumbamiento de la enhiesta colina, mi compañero dijo:

—Si no nos hubiéramos detenido, en este instante nos cubriría una capa de tierra y piedras de tres metros de espesor. Habríamos sido muertos y sepultados a la vez. Hay en los cielos y en la tierra otros prodigios, como dice Hamlet. ¡A casa, *Pansay!*, *y* demos gracias a Dios.. Yo necesito un cordial.

Volvimos grupas, y tomando por el puente de la iglesia, me encontré en la casa del doctor Heatherlegh, poco después de las doce de la noche.

Sin pérdida de momento, el doctor comenzó a prodigarme sus cuidados, y no se

apartó de mi durante una semana. Mientras estuve en su casa, tuve ocasión de bendecir mil veces la buena fortuna que me había puesto en contacto con el más sabio y amable de los médicos de Simla. Día por día iban en aumento la lucidez y la ponderación de mi espíritu. Día por día también me sentía yo más inclinado a aceptar la teoría de la ilusión espectral, producida por obra de los ojos, del cerebro y del estómago. Escribí a Kitty diciéndole que una ligera torcedura, producida por haber caído del caballo, me obligaba a no salir de casa durante algunos días, pero que mi salud estaría completamente restaurada antes que ella tuviese tiempo de extrañar mi ausencia.

El tratamiento de Heatherlegh era sencillo hasta cierto punto. Consistía en píldoras para el hígado, baños fríos y mucho ejercicio de noche o en la madrugada, porque, como él decía muy sabiamente, un hombre que tiene luxado un tobillo, no puede caminar doce millas diarias, y menos aún exponerse a que la novia lo vea o crea verlo en el paseo, juzgándolo postrado en cama.

Al terminar la semana, después de un examen atento de la pupila y del pulso, y de indicaciones muy severas sobre la alimentación y el ejercicio a pie, Heatherlegh me despidió tan bruscamente como me había tomado a su cargo. He aquí la bendición que me dio cuando partí:

—Garantizo la curación del espíritu, lo que quiere decir que he curado los males del cuerpo. Recoja usted sus bártulos al instante, y dedique todos sus afanes a la señorita Kitty.

Yo quería darle las gracias por su bondad, pero él me interrumpió:

—No tiene usted nada que agradecer. No hice esto por afecto a su persona. Creo que su conducta ha sido infame, pero esto no quita que sea usted un fenómeno, y un fenómeno curioso en el mismo grado que es indigna su conducta de hombre.

Y, deteniendo un movimiento mío, agregó:

—No; ni una rupia. Salga usted, y vea si puede encontrar su fantasma, obra de los ojos, del cerebro y del estómago. Le daré a usted un lakh si esa litera vuelve a presentársele.

Media hora después me hallaba yo en el salón de los Mannering al lado de Kitty, ebrio con el licor de la dicha presente, y por la seguridad de que la sombra fatal, no volvería a turbar la calma de mi vida. La fuerza de mi nueva situación me dio ánimo para proponer una cabalgata, y para ir de preferencia a la ronda de Jakko.

Nunca me había sentido tan bien dispuesto, tan rebosante de vitalidad, tan pletórico de fuerzas, como en aquella tarde del 30 de abril. Kitty estaba encantada de ver mi aspecto, y me expresó su satisfacción con aquella deliciosa franqueza y aquella espontaneidad de palabra que le da tanta seducción. Salimos juntos de la casa de los Mannering, hablando y riendo, y nos dirigimos, como antes, por el camino de Chota.

Yo estaba ansioso de llegar al estanque de Sanjowlie, para que mi seguridad se confirmase en una prueba decisiva. Los caballos trotaban admirablemente, pero yo sentía tal impaciencia, que el camino me pareció interminable. Kitty se mostraba sorprendida de mis ímpetus.

—Jack—dijo al cabo—, pareces un niño. ¿Qué es eso?

Pasábamos por el convento, y yo hacía dar corvetas a mi galés, pasándole por encima la presilla del látigo, para excitarlo con el cosquilleo.

—¿Preguntas qué hago? Nada. Esto y nada más. Si supieras lo que es pasar una

semana inmóvil, me comprenderías y me imitarías.

Recité una estrofa que celebra la dicha del vivir, que canta el júbilo de nuestra comunión con la Naturaleza y que invoca a Dios, Señor de cuanto existe y de los cinco sentidos del hombre.

Apenas había yo terminado la cita poética, después de transponer con Kitty el recodo que hay en el ángulo superior del convento, y ya no nos faltaban sino algunos metros para ver el espacio que se abre hasta Sanjowlie, cuando en el centro del camino, a nivel, aparecieron las cuatro libreas blanco y negro, el calesín amarillo y la señora Keith—Wessington. Yo me erguí, miré, me froté los ojos y creo que dije algo. Lo único que recuerdo es que, al volver en mí, estaba caído abajo en el centro de la carretera, y que Kitty, de rodillas, se hallaba hecha un mar de lágrimas.

—¿Se ha ido ya?— pregunté anhelosamente.

Kitty se puso a llorar con más amargura.

—¿Se ha ido? No sé lo que dices. Debe de ser un error, un error lamentable.

Al oír estas palabras me puse en pie, loco, rabioso.

—Si, hay un error, un error lamentable—repetía yo—. ¡Mira, mira hacia allá!

Tengo el recuerdo indistinto de que cogí a Kitty por la muñeca, y de que me la llevé al lugar en donde estaba aquello. Y allí imploré a Kitty para que hablase con la sombra, para que le dijese que era ella mi prometida, y que ni la muerte ni las potencias infernales podrían romper el lazo que nos unía. Sólo Kitty sabe cuántas cosas más dije entonces. Una, *y* otra, *y* mil veces dirigí apasionadas imprecaciones a la sombra, que se mantenía inmóvil en la litera, rogándole que me dejase libre de aquellas torturas mortales. Supongo que en mi exaltación revelé a Kitty los amores que había tenido con la señora Wessington, pues me escuchaba con los ojos dilatados y la faz intensamente pálida.

—Gracias, señor Pansay; ya es bastante.

Y agregó, dirigiéndose a su palafrenero.

—Syce, ghora lào.

Los dos syces, impávidos, como buenos orientales, se habían aproximado con los dos caballos que se escaparon en el momento de mi caída. Kitty montó y yo, asiendo por la brida el caballo árabe, imploraba indulgencia y perdón. La única respuesta fue un latigazo que me cruzó la cara desde la boca hasta la frente, y una o dos palabras de adiós que no me atrevo a escribir. Juzgué por lo mismo, y estaba en lo justo, que Kitty se había enterado de todo. Volví, vacilando, hacia la litera. Tenía el rostro ensangrentado y lívido, desfigurado por el latigazo. Moralmente, era yo un despojo humano.

VII

Heatherlegh, que probablemente nos seguía, se dirigió hacia donde yo estaba.

—Doctor— lije, mostrándole mi rostro—, he aquí la firma con que la señorita Mannering ha autorizado mi destitución. Puede usted pagarme el lakh de la apuesta cuando lo crea conveniente, pues la ha perdido.

A pesar de la tristísima condición en que yo me encontraba, el gesto que hizo Heatherlegh podía mover a risa.

—Comprometo mi reputación profesional...— fueron sus primeras palabras.

Y las interrumpí, diciendo a mi vez:

—Esas son necedades. Ha desaparecido la felicidad de mi vida. Lo mejor que usted puede hacer es llevarme consigo.

El calesín había huido. Pero antes de eso, yo perdí el conocimiento de la vida exterior. El crestón de Jakko se movía como una nube tempestuosa que avanzaba hacia mí.

Una semana más tarde, esto es, el 7 de mayo, supe que me hallaba en la casa de Heatherlegh, tan débil como un niño de tierna edad. Heatherlegh me miraba fijamente desde su escritorio. Las primeras palabras que pronunció no me llevaron un gran consuelo, pero mi agotamiento era tal, que apenas si me sentí conmovido por ellas.

—La señorita Kitty ha enviado las cartas de usted. La correspondencia, a lo que veo, fue muy activa. Hay también un paquete que parece contener una sortija. También venía una cartita muy afectuosa de papá Mannering, que me tomé la libertad de leer y de quemar. Ese caballero no se muestra muy satisfecho de la conducta de usted.

—¿Y Kitty?— pregunté neciamente.

—Juzgo que está todavía más indignada que su padre, según los términos en que se expresa. Ellos me hacer saber igualmente que, antes de mi llegada al sitio de los acontecimientos, usted reveló un buen número de reminiscencias muy curiosas. La señorita Kitty manifiesta que un hombre capaz de hacer lo que usted hizo con la señora Wessington, debería levantarse la tapa de los sesos para librar a la especie humana de tener un semejante que la deshonra. Me parece que la damisela es persona más para pantalones que para faldas. Dice también que usted ha de haber llevado almacenada en la caja del cuerpo una cantidad muy considerable de alcohol, cuando el pavimento de la carretera de Jakko se elevó hasta tocar la cara de usted. Por último, jura que antes morirá que volver a cruzar con usted una sola palabra.

Yo di un suspiro y volví la cara al rincón.

—Ahora elija usted, querido amigo. Las relaciones con la señorita Kitty quedan rotas, y la familia Mannering no quiere causarle a usted un daño de trascendencia. ¿Se declara terminado el noviazgo a causa de un ataque de delirium tremens, o por ataques de epilepsia? Siento no poder darle a usted otra causa menos desagradable, a no ser que echemos mano al recurso de una locura hereditaria. Diga usted lo que le parezca, y yo me encargo de lo demás. Todo Simia está ya enterado de la escena ocurrida en La milla de las damas. Tiene usted cinco minutos para pensarlo.

Creo que durante esos cinco minutos exploré lo más profundo de los círculos infernales, por lo menos lo que es dado al hombre conocer de ellos, mientras le cubre una vestidura carnal. Y me era dado, a la vez contemplar mi azarosa peregrinación por los tenebrosos laberintos de la duda, del desaliento y de la desesperación. Heatherlegh, desde su silla, ha de haberme acompañado en aquella vacilación. Sin darme cuenta exacta de ello, me sorprendí a mí mismo diciendo en voz que con ser mía reconocí difícilmente:

—Me parece que esas personas se muestran muy exigentes en materia de moralidad. Deles usted a todas ellas expresiones afectuosas de mi parte. Y ahora quiero dormir un poco más.

Los dos sujetos que hay en mí se pusieron de acuerdo para reunirse, y conferenciaron; pero el que es medio loco y medio endemoniado siguió agitándose en el lecho, y trazando, paso a paso, el vía crucis del último mes.

—Estoy en Simia—me repetía a mí mismo—; yo, Jack Pansay, estoy en Simia, y aquí no hay duendes. Es una insensatez de esa mujer decir que los hay. ¿Por qué Inés no me

dejó en paz? Yo no le hice daño alguno. Pude haber sido yo la víctima, como lo fue ella. Yo no la maté de propósito. ¿Por qué no se me deja solo..., solo y feliz?

Serían las doce del día cuando desperté, y el sol estaba ya muy cerca del horizonte cuando me dormí. Mi sueño era el del criminal que se duerme en el potro del tormento, más por fatiga que por alivio.

Al día siguiente no pude levantarme. El doctor Heatherlegh me dijo por la mañana que había recibido una respuesta del señor Mannering, y que, gracias a la oficiosa mediación del médico y del amigo, toda la ciudad de Simla me compadecía por el estado de mi salud.

—Como ve usted—agregó con tono jovial—, esto es más de lo que usted merece, aunque en verdad ha pasado una tormenta muy dura. No se desaliente; sanará usted, monstruo de perversidad.

Pero yo sabía que nada de lo que hiciera Heatherlegh aliviaría la carga de mis males.

A la vez que este sentimiento de una fatalidad inexorable, se apoderó de mí un impulso de rebelión desesperada e impotente contra una sentencia injusta. Había muchos hombres no menos culpables que yo, cuyas faltas, sin embargo, no eran castigadas, o que habían obtenido el aplazamiento de la pena hasta la otra vida. Me parecía, por lo mismo, una iniquidad muy cruel y muy amarga, que sólo a mí se me hubiese reservado una suerte tan terrible. Esta preocupación estaba destinada a desaparecer, para dar lugar a otra en la que el calesín fantástico y yo éramos las únicas realidades positivas de un mundo poblado de sombras. Según esta nueva concepción, Kitty era un duende; Mannering, Heatherlegh y todas las personas que me rodeaban eran duendes también; las grandes colinas grises de Simla eran sombras vanas formadas para torturarme. Durante siete días mortales fui retrogradando y avanzando en mi salud, con recrudecimientos y mejorías muy notables; pero el cuerpo se robustecía más y más, hasta que el espejo, no ya sólo Heatherlegh, me dijo que compartía la vida animal de los otros hombres. ¡Cosa extraordinaria! En mi rostro no había signo exterior de mis luchas morales. Estaba algo pálido, pero era tan vulgar y tan inexpresivo como siempre. Yo creí que me quedaría alguna alteración permanente, alguna prueba visible de la dolencia que minaba mi ser. Pero nada encontré.

VIII

El día 15 de mayo, a las once de la mañana, salí de la casa de Heatherlegh y el instinto de la soltería me llevó al círculo. Todo el mundo conocía el percance de Jakko, según la versión de Heatherlegh. Se me recibió con atenciones y pruebas de afecto que, en su misma falta de refinamiento, acusaban más aún el exceso de la cordialidad. Sin embargo, pronto advertí que estaba entre la gente, sin formar parte de la sociedad, y que durante el resto de mis días habría de ser un extraño para todos mis semejantes. Envidiaba con la mayor amargura a los coolies que reían en el Mall. Comí en el mismo círculo, y a las cuatro de la tarde bajé al paseo con la vaga esperanza de encontrar a Kitty. Cerca del quiosco de la música se me reunieron las libreas blanco y negro de los cuatro jampanies y oí el conocido lamento de la señora Wessington. Yo lo esperaba por cierto desde que salí y sólo me extrañaba la tardanza. Seguí por el camino de Chota, llevando la litera fantástica a mi lado. Cerca del bazar, Kitty y un caballero que la acompañaba nos alcanzaron y pasaron delante de la señora Wessington y de mí. Kitty me trató como si yo

fuera un perro vagabundo. No acortó siquiera el paso, aunque la tarde lluviosa hubiera justificado una marcha menos rápida. Seguimos, pues, por parejas; Kitty, con su caballero, y yo, con el espectro de mi antiguo amor. Así dimos vueltas por la ronda de Jakko. El camino estaba lleno de baches; los pinos goteaban como canales sobre las rocas; el ambiente se había saturado de humedad. Dos o tres veces oí mi propia voz que decía:

—Yo soy Jack Pansay, con licencia en Simla, ¡en Shimla! Es la Shimla de siempre, una Shimla concreta. No debo olvidar esto; no debo olvidarlo.

Después procuraba recordar las conversaciones del círculo: los precios que fulano o zutano habían pagado por sus caballos; todo, en fin, lo que forma la trama de la existencia cotidiana en el mundo angloindio, para mí tan conocido. Repetía la tabla de multiplicar, para persuadirme de que estaba en mis cabales. La tabla de multiplicar fue para mi un gran consuelo, e impidió tal vez que oyera durante algún tiempo las imprecaciones de la señora Wessington.

Una vez más subí fatigosamente la cuesta del convento, y entré por el camino a nivel. Kitty y el caballero que la acompañaba partieron al trote largo, y yo quedé sólo con la señora Wessington.

—Inés —dije—, ¿quieres ordenar que se baje esa capota y explicarme la significación de lo que pasa?

La capota bajó sin ruido, yyo quedé frente a frente de la muerta y sepultada amante. Vestía el mismo traje que le vi la última vez que hablamos, en vida de ella; llevaba en la diestra el mismo pañuelo, y en la otra mano el mismo tarjetero. ¡Una mujer enterrada hacía ocho meses, y con tarjetero! Volví a la tabla de multiplicar, y apoyé ambas manos en la balaustrada del camino, para cerciorarme de que, al menos, los objetos inanimados eran reales.

—Inés —repetí—, dime, por piedad, lo que significa esto.

La señora Wessington inclinó la cabeza, con aquel movimiento tan peculiar y tan rápido que yo bien conocía, y habló.

Si mi narración no hubiera pasado ya todos los límites que el espíritu del hombre asigna a lo que se puede creer, sería el caso de que os presentara una disculpa por esta insensata descripción de la escena. Sé que nadie me creerá —ni Kitty, para quien en cierto modo escribo, con el deseo de justificarme—; así, pues, sigo adelante. La señora Wessington hablaba, según lo tengo dicho, y yo seguía a su lado desde el camino de Sanjowlie hasta el recodo inferior de la casa del comandante general, como hubiera podido ir cualquier jinete, conversando animadamente con una mujer de carne y hueso que pasea en litera. Acababa de apoderarse de mí la segunda de las preocupaciones de mi enfermedad —la que más me torturaba—, y como el príncipe en el poema de Tennyson, «yo vivía en un mundo fantasma». Se había celebrado una fiesta en la casa del comandante general, y nos incorporamos a la muchedumbre que salía de la garden-party. Todos los que nos rodeaban eran espectros —sombras impalpables y fantásticas—, y la litera de la señora Wessington pasaba a través de sus cuerpos. Ni puedo decir lo que hablé en aquella entrevista, ni, aún cuando pudiera, me atrevería a repetirlo. ¿Qué habría dicho Heatherlegh? Sin duda, su comentario hubiera sido que yo andaba en amoríos con quimeras creadas por una perturbación de la vista, del cerebro y del estómago. Mi experiencia fue lúgubre y, sin embargo, por causas indefinibles, su recuerdo es para mi

Librodot

maravillosamente grato. ¿Podía cortejar, pensaba yo, y en vida aún, a la mujer que había sido asesinada por mi negligencia y mi crueldad?

Vi a Kitty cuando regresábamos: era una sombra entre sombras.

IX

Si os describiera todos los incidentes de los quince días que siguieron a aquél, mi narración no terminaría, y antes que ella, acabaría vuestra paciencia. Mañana a mañana y tarde a tarde me paseaba yo por Simla y sus alrededores, acompañando a la dama de la litera fantástica. Las cuatro libreas blanco y negro me seguían por todas partes, desde que salía del hotel hasta que entraba de nuevo. En el teatro, veía a mis cuatro jampanies mezclados con los otros jampanies y dando alaridos con ellos.

Si después de jugar al whist en el círculo me asomaba a la terraza, allí estaban los jampanies. Fui al baile del aniversario, y al salir vi que me aguardaban pacientemente. También me acompañaban cuando en plena luz hacía visitas a mis amistades. La litera parecía de madera y de hierro, y no difería de una litera material sino en que no proyectaba sombra. Más de una vez, sin embargo, he estado a punto de dirigir una advertencia a algún amigo que galopaba velozmente hacía el sitio ocupado por la litera. Y más de una vez mi conversación con la señora Wessington ha sorprendido y maravillado a los transeúntes que me veían en el Mallo.

No había transcurrido aún la primera semana de mi salida de casa de Heatherlegh, y ya se había descartado la explicación del ataque, acreditándose en lugar de ella la de una franca locura, según se me dijo. Esto no alteró mis hábitos. Visitaba, cabalgaba, cenaba con amigos lo mismo que antes. Nunca como entonces había sentido la pasión de la sociedad. Ansiaba participar de las realidades de la vida, y a la vez sentía una vaga desazón cuando me ausentaba largo rato de mi compañera espectral. Sería imposible reducir a un sistema la descripción de mis estados de alma desde el 15 de mayo a la fecha en que trazo estas líneas.

La calesa me llenaba alternativamente de horror, de un miedo paralizante, de una suave complacencia y de la desesperación más profunda. No tenía valor para salir de Simia y, sin embargo, sabía que mi estancia en esa ciudad me mataba. Tenía, por lo demás, la certidumbre de que mi destino era morir paulatinamente y por grados, día tras día. Lo único que me inquietaba era pasar cuanto antes mi expiación. Tenía, a veces, un ansia loca de ver a Kitty y presenciaba sus ultrajantes flirteos con mi sucesor, o, para hablar más exactamente, con mis sucesores. El espectáculo me divertía. Estaba Kitty tan fuera de mi vida, como yo de la de ella. Durante el paseo diurno yo vagaba en compañía de la señora Wessington, con un sentimiento que se aproximaba al de la felicidad. Pero al llegar la noche dirigía preces fervientes a Dios para que me concediese volver al mundo real que yo conocía. Sobre todas estas manifestaciones, flotaba una sensación incierta y sorda de la mezcla de lo visible con lo invisible, tan extraña e inquietante que bastaría por sí sola para cavar la tumba de quien fuese acosado por ella.

27 de agosto

Heatherlegh ha luchado infatigablemente. Ayer me dijo que era preciso enviar una

solicitud de licencia por causa de enfermedad. i Hacer peticiones de esta especie fundándolas en que el signatario tiene que librarse de la compañía de un fantasma! ¡El Gobierno querrá, graciosamente, permitir que vaya a Inglaterra uno de sus empleados a quien acompañan de continuo cinco espectros y una litera irreal! La indicación de Heatherlegh provocó una carcajada histérica. Yo le dije que aguardaría el fin tranquilamente en Simla, y que el fin estaba próximo. Creedme: lo temo tanto, que no hay palabras con que expresar mi angustia. Por la noche, me torturo imaginando las mil formas que puede revestir mi muerte.

¿Moriré decorosamente en mi cama, como cumple a todo caballero inglés, o un día haré la última visita al Mallo, y de allí volará mi alma, desprendida del cuerpo, para no separarse más del lúgubre fantasma? Yo no sé tampoco si en el otro mundo volverá a renacer el amor que ha desaparecido, o si cuando encuentre a Inés me unirá a ella, por toda una eternidad, la cadena de la repulsión. Yo no sé si las escenas que dejaron su última impresión en nuestra vida flotarán perpetuamente en la onda del Tiempo. A medida que se aproxima el día de mi muerte, crece más y más en mi la fuerza del horror que siente toda carne a los espíritus de ultratumba. Es más angustioso aún ver como bajo la rápida pendiente que me lleva a la región de los muertos, con la mitad de mi ser muerto ya. Compadecedme, y hacedlo siquiera por mi ilusión; pues yo bien sé que no creeréis lo que acabo de escribir. Y, sin embargo, si hubo alguien llevado a la muerte por el poder de las tinieblas, ese hombre soy yo.

Y también compadecedla, en justicia. Si hubo alguna mujer muerta por obra de un hombre, esa mujer fue la señora Wessington. Y todavía me falta la última parte de la expiación.

LA ALDEA DE LOS MUERTOS

Vivo o muerto, no hay otro camino.
(Proverbio indio)

Este relato no es una invención. Por un accidente, Jukes se encontró sin saberlo en un pueblo cuya existencia es muy conocida, pero que ningún otro inglés ha visitado. Hubo una institución semejante en los alrededores de Calcuta, y se dice que quien se interne en el riñón de Bikaner, que está en el gran desierto de la India, encontrará no ya un pueblo, sino toda una ciudad en donde se han establecido los muertos que no murieron, pero que ya no viven. Y como está perfectamente comprobado que en el mismo desierto existe una ciudad maravillosa, lugar de retiro de todos los usureros que han amasado una fortuna, ¿por qué no hemos de creer el relato de Jukes? Las riquezas de los usureros de esa ciudad son tan grandes que sus dueños no confían ni en la mano firme del Gobierno para su protección, y se refugian en los arenales sin agua. Allí se los ve en carrozas suntuosísimas, con mujeres muy bellas compradas a precios fabulosos; se los ve en palacios llenos de oro, marfil y pedrerías...

Marrowie Jukes es un ingeniero civil, con la cabeza perfectamente puesta sobre los hombros, llena enteramente de planos, distancias y cosas de ese género. Por nada del

Librodot

mundo se daría a inventar trampas imaginarias. Gana mil veces más dedicándose al ejercicio lícito y útil de su profesión.

Por otra parte, no se le ha sorprendido en la más ligera variación o contradicción, y se nota la sinceridad de su cólera cuando se habla del tratamiento indigno a que fue sometido. Escribió su relación sin levantar la pluma, aunque posteriormente le hizo algunos retoques e intercaló en ella un capítulo de Reflexiones morales. Dice así su relato:

El origen de todo fue un ligero acceso de fiebre. Tenía yo que pasar algunos meses en el campo para desempeñar mis trabajos entre Pakpattan y Mubarrakpur. Es un país inmensamente desolado, un arenal extenso, como les consta a todos los que han tenido la poca fortuna de visitarlo. Los coolies que yo llevaba no eran mejores ni peores que los demás. Mi trabajo demandaba una atención demasiado vigilante para que anduviese con la cabeza a pájaros, dado que yo tuviese propensiones al poco viral entretenimiento de las fantasías.

El 23 de diciembre de 1884 me sentía en estado febril. Había luna llena, y, por consiguiente, ladraban todos los perros próximos a mi tienda. Reuníanse por parejas o en grupos de tres, y me ponían frenético. Pocos días antes había yo matado uno de aquellos cantores nocturnos, y por vía de ejemplaridad colgué su cadáver a cincuenta metros de mi tienda, esperando que eso infundiría terror; pero los amigos del can lo devoraron, disputándose bravamente los despojos. Hecho esto, cantaron sus acostumbrados himnos en acción de gracias con renovada energía.

La fiebre produce efectos diferentes en el cerebro de cada persona. Pasado un breve rato, mi irritación dio lugar a la determinación fija de acabar con un perrazo blanco y negro que se distinguió por su voz durante el concierto, y que era el más ligero en la fuga cuando se iniciaba una persecución.

Mi mano trémula y mi cabeza agitada por la fiebre, le valieron salir ileso de los dos cartuchos de mi escopeta de caza. Pensé entonces que lo mejor sería perseguirlo en campo abierto, y alcanzarlo cuando le diera alcance. Esto, como se comprenderá, era una idea hasta cierto punto delirante, de enfermo atacado por el acceso de la fiebre; pero recuerdo que el plan se aferró en mi cerebro como eminentemente práctico y factible.

Di orden al palafrenero para que ensillara mi caballo Pornic y para que lo llevara cautelosamente a la parte posterior de la tienda. Cuando el jaco estuvo listo, yo me acerqué, preparándome para montar y partir como un rayo, tan pronto como el perro reanudase sus ladridos. Sucedió que Pornic no había salido de la estancia durante dos días enteros, que el aire era vivo *y* fresco *y* que yo estaba armado de dos agudos y largos argumentos de persuasión que me habían servido por la tarde para entenderme con una indolente alimaña. No os costará trabajo creer, por lo dicho, que mi caballo partió rápidamente, y que, casi rodando como el dado que arrojamos del cubilete sobre la mesa, dejó atrás la tienda, y devoró kilómetros en la tersa superficie de la arenosa llanura. No sólo di alcance al perro, sino que lo dejé atrás, y seguí adelante, olvidándome del objeto con que había emprendido aquella carrera vertiginosa, y sin pensar para qué llevaba en la mano aquella lanza.

El delirio de la fiebre y la excitación del rápido movimiento en un ambiente tan frío debían de haber amortiguado más aún mis sentidos hasta embotar toda sensación. Recuerdo vagamente que me mantenía recto sobre los estribos y que blandía mi lanza a la

luz de una luna apacible que contemplaba mi loco galopar; recuerdo también que apostrofaba como un valentón a los grupos de espinos, cuyas negras manchas se levantaban a derecha e izquierda. Una o dos veces me incliné hacia el cuello de Pornic, y quedé literalmente colgado de las espuelas, como se vio al día siguiente por el rastro que dejé.

El caballo parecía estar poseído por una legión de demonios, y sin aminorar su carrera, avanzaba por la ilimitada extensión del arenal, a la luz de la luna. Recuerdo que se inició una cuesta ascendente, y que al llegar a la altura vi las aguas del Satley, brillantes como una barra metálica. Inmediatamente después de esto, Pornic vaciló, y sentí que rodaba conmigo por una pendiente invisible.

Creo que perdí el conocimiento, porque sólo recuerdo que me encontré caído de bruces en un cono de arena suelta, y que la aurora despuntaba en la cumbre de la cuesta por donde había rodado. Cuando la luz permitió ver distintamente los objetos, me di cuenta de que estaba en el fondo de un cráter de arena en forma de herradura, que no tenía sino una abertura hacia las vegas del Sutley. Ya no sentía fiebre, y la caída no me había dejado otra reliquia que un aturdimiento, causado, sin duda, por las volteretas. Pornic, que se hallaba a cierta distancia, daba señales de fatiga; pero, por lo demás, no había sufrido lesiones en la caída. La silla, que era de las de polo, había girado hasta quedar debajo del vientre de Pornic, y presentaba huellas de golpes. Tardé algún tiempo en arreglarla, y, a la vez, pude hacer observaciones sobre el lugar adonde había ido tan impensadamente y con tan poco juicio.

Aunque se me tilde de prolijo, describiré aquel sitio, pues considero necesario el conocimiento de sus peculiaridades para que el lector entienda lo que voy a referir.

Imagínese, como he dicho, un cráter de arena en forma de herradura, cuyas paredes de una inclinación de 65 grados, tendrían aproximadamente diez o doce metros de altura. En el fondo del cráter había un terreno llano, de cincuenta metros de largo por treinta de ancho, en la parte más despejada, con un poco en el centro. Alrededor de este espacio llano, y a un metro, más o menos, de su nivel, había en la cuesta del cráter una serie formada por ochenta y tres agujeros, todos de algo menos de un metro en su abertura, pero que variaban en su forma, pues unos eran semicirculares; otros elípticos; otros cuadrados, y otros, poligonales. Todos los agujeros estaban apuntalados por dentro con maderos que había arrastrado la corriente, y se hallaban revestidos de cañas de bambú. Exteriormente los protegían aleros de más de cincuenta centímetros, semejantes a la visera de una gorra de jockey. No se notaban señales de vida en los túneles; pero la atmósfera estaba impregnada de una fetidez mortal, más intolerable que cuanto he conocido en este género durante mis visitas a las aldeas indias.

Pornic estaba tan impaciente como yo por volver al campamento; monté, pues, y recorrí la base de la herradura para buscar salida. Los habitantes del lugar, si los había, no asomaban por parte alguna, y, sin duda, no creían conveniente dejarse ver. Era preciso que yo me atuviese a mis propias inspiraciones. La primera tentativa que hice para impeler a Pornic por la cuesta arenosa, me dio a conocer que había caído en una trampa semejante a la que se emplea contra los leones. A cada paso de mi caballo, la movediza arena caía por toneladas y producía en los aleros de las moradas subterráneas un ruido seco parecido al de las balas. Dos tentativas infructuosas me hicieron rodar con caballo y todo, medio ahogado por el torrente de arena, y llegar hasta el fondo del cráter. Dirigí,

por consiguiente, mi atención a la vega del río.

Todo parecía facilitar la salida por ese lado. Verdad es que las colinas iban a morir en la misma ribera, pero había muchos bajos y hondonadas por donde sería fácil que Pornic galopase, hasta pisar la tierra firme, torciendo a derecha o izquierda. Avancé por el arenal en esa dirección, cabalgando fácilmente, cuando noté el ruido lejano de un disparo que se hacía desde el río, y en el mismo instante oí el juit de la bala, que pasó rozando casi la cabeza de Pornic.

No había confusión posible sobre la naturaleza de aquel cuerpo errante; era un proyectil Martini—Henry. Levanté la vista, y observé que, a quinientos o seiscientos metros de distancia, había un bote anclado en medio del río. Una columna de humo que se desprendía de la proa, y que yo distinguía perfectamente bien en la atmósfera serena de la mañana, me dio a conocer de dónde había partido la delicada atención de que era objeto. ¿Se encontró alguna vez un caballero respetable en un callejón sin salida como el que yo iba recorriendo? La traidora y empinada cuesta de arena no permitía salir de aquel lugar, que yo visitaba de la manera más involuntaria, y un paseo por el frente abierto del río provocaría el bombardeo del indígena loco que ocupaba el bote. Al considerar estas circunstancias de mi situación, perdí la moral completamente. Eso no hay para qué negarlo.

Otra bala me advirtió que era urgente retroceder, y lo hice sin pérdida de momento, penetrando de nuevo en el cráter, donde asomaban sesenta y cinco figuras humanas que habían salido de los agujeros de tejón, llamadas por el ruido de las detonaciones. Estaba hasta entonces engañado, creyendo que las tejoneras no tenían habitantes. Me hallé de pronto en medio de un grupo de espectadores —cuarenta hombre, veinte mujeres y un niño de menos de cinco años—, todos vestidos muy someramente con prendas de esa tela de color salmón que viene siempre asociada, en nuestros recuerdos, a los mendigos de la India. A primera vista, los individuos de aquel extraño grupo me produjeron la impresión de una banda de faquires infectos. La repulsiva suciedad de la asamblea era indescriptible, y me estremecí, pensando lo que sería la vida en aquellos agujeros.

Aún hoy, después que la autonomía local ha destruido casi en su totalidad el respeto de los indios para el Sahib, recibo habitualmente ciertas muestras de la deferencia de mis inferiores; así, cuando llegué al grupo, esperaba alguna señal por la que se hiciese notar mi presencia. La hubo, pero no de la naturaleza que yo pensaba.

Los harapientos se reían de mí con una risa que no quisiera volver a oír durante el resto de mi vida. No sólo reían: cacareaban, silbaban, aullaban, daban alaridos. Algunos de aquellos seres repugnantes se echaban literalmente al suelo en las convulsiones de una alegría desaforada. Indignado, arroje mi caballo sobre ellos, y con toda la fuerza de mi brazo, repartí bofetadas entre los que se encontraron a mi alcance. Los malditos indios caían como bolos y a la risa sucedían ruegos para implorar clemencia. Los que no habían sido derribados me cogían por las rodillas, rogándome que los perdonase. Hablaban todo género de lenguas y dialectos.

En medio del tumulto, y cuando empecé a senti la vergüenza de mi arrebato, una voz aflautada murmuró, en inglés, detrás de mí:

—Sahib, Sahib. ¿No me reconoce usted? Sahib: yo soy Gunga Dass, el telegrafista.

Di media vuelta y vi al que me hablaba.

Gunga Dass —y no vaciló en mencionar su verdadero nombre— era antiguo

conocido mío. Años atrás, el Gobierno del Punjab lo había prestado como bramín a uno de los Estados de Khalsia. Tomó a su cargo una oficina telegráfica de un ramal de la línea, y cuando nos vimos por última vez, recuerdo que era un chico jovial, de buena pasta, aunque muy grave en sus funciones oficiales. Tenía una facilidad maravillosa para hacer retruécanos en inglés, y por esto le recordaba más aún que por los servicios que me prestó como empleado público. ¡Tan pocas veces se ve que un indio haga juegos de palabras en inglés!

Aquel hombre había cambiado hasta lo inverosímil. No era posible identificarle. Todo había desaparecido; casta, humorismo, afabilidad... Lo que yo tenía delante era un esqueleto con pellejo, sin turbante, casi desnudo, coronado por una mata de cabello largo y lacio, y animado sólo por dos ojos de pez, que brillaban en el fondo de dos cuencas profundas. A no ser por una cicatriz en forma de media luna que tenía en la mejilla izquierda —resultado de un accidente del que yo fui causa—, no habría sabido quien era. Pero no cabía duda de que me hablaba Gunga Dass, y podía sentirme satisfecho de encontrar un indígena capaz de explicarme en inglés los misterios de mi aventura.

Los circunstantes se retiraron a cierta distancia cuando yo volví la cara para ver la triste figura de Gunga Dass. Di a éste la orden de que me indicase el medio de salir del cráter. Tenía él un cuervo que acababa de coger, y como única respuesta a mi pregunta trepó lentamente hasta una plataforma de arena que estaba enfrente de las covachas, y comenzó a encender allí una hoguera, sin hablar palabra. El combustible era de ramas de adormidera del desierto, de maderas arrastradas por la corriente y de juncos; pero me consoló ver que encendió el haz con una cerilla. Cuando las llamas se levantaron y el cuervo estaba asándose, Gunga Dass me dijo, sin preámbulo:

—Hay sólo dos clases de hombres, señor: los vivos y los muertos. El que ha muerto, ha muerto, y el que vive, vive.

Se interrumpió para atender a su pajarraco, que estaba a punto de achicharrarse.

—Si usted muere en su casa y no está muerto cuando lo llevan al ghat para quemarlo, viene a este lugar.

Al oír esto comprendí la naturaleza de aquella aldea pestilente, y todo cuanto antes leí o se me narró sobre materias grotescas y horribles, palideció en presencia del hecho que me comunicaba el antiguo bramín. Dieciséis años antes, cuando desembarqué en Bombay, un armenio vagabundo me contó que había en la India un lugar adonde eran conducidos los indios que, para desgracia *suya*, volvían en sí después de un ataque de catalepsia o de una muerte aparente. Yo entonces me reí, creyendo que el armenio repetía una conseja de viajeros. Pero al verme en el fondo de aquella trampa de arena evoqué el recuerdo del armenio cuando hablaba yo con él en el Hotel Watson, y me venían a la memoria su faz cetrina, el movimiento de los punkahs, los trajes blanquísimos de la servidumbre y todos los pormenores de la escena, tan vivamente como si mi cerebro conservase una fotografía de ella. Era tan absurdo el contraste entre aquel momento lejano y el presente, que prorrumpí en una carcajada.

Gunga Dass se inclinaba para asar su inmundo pajarraco, pero no dejaba de observarme con intensa curiosidad. Los indios ríen pocas veces, y las circunstancias, por lo demás, no justificaban un acceso de hilaridad. Sacó el cuervo de la hoguera, extrajo el asador de mimbre en que lo tuvo al fuego, y comenzó a devorar solemnemente su presa. Cuando hubo acabado, prosiguió así. Doy su relación textual:

—Durante las epidemias de cólera se os lleva para quemaros casi antes que hayáis muerto. A la orilla del río, la frescura del aire os da la vida, y si sólo os queda un hálito, os rellenan de fango la boca y la nariz para que muráis del todo. Pero si tenéis fuerzas que os permitan todavía luchar contra la muerte, se os introduce una cantidad adicional de lodo. Puede darse el caso de que, a pesar de esta maniobra, continuéis viviendo. Entonces os dejan en libertad para que tomeis vuestro camino. Yo me sentí lleno de vida, y protesté enérgicamente contra la infamia que se cometía. Yo era un bramín entonces, y tenía todo el orgullo de mi casta. Ahora soy un muerto, y me alimento de...

Al decir esto dirigió una mirada a los roídos huesos del cuervo, con una emoción que era la primera señal de vida moral dada hasta entonces por aquel hombre.

—Ahora como cuervos... o cosas peores aún. Cuando advirtieron que no era un cadáver, me sacaron de las sábanas y me atendieron durante una semana, hasta que pude sobrevivir sin género de duda. Después me enviaron por ferrocarril a la estación de Okara con un hombre que me cuidaba. En Okara encontramos otros dos como yo, y nos llevaron a los tres en camellos, de noche, desde la estación de Okara hasta el lugar que nos estaba destinado. Ese lugar es el que tenemos a la vista. Fui arrojado arenal abajo, y los dos compañeros que me siguieron hasta el fondo de este cráter. Hace dos años y medio que estoy aquí. Antaño fui bramín y tenía orgullo; ahora como cuervos...

—¿Y no se puede salir?

—No hay medio alguno. Cuando yo vine hice toda clase de tentativas y los compañeros también, pero sucumbimos porque la arena se precipita con gran fuerza sobre nuestras cabezas.

—Pero la parte del río está abierta —dije al oír sus últimas palabras—, y bien vale la pena exponerse a las balas. Además, de noche...

Había yo madurado un plan de evasión que el natural egoísmo me impedía comunicar a Gunga Dass. Este adivinó mi pensamiento casi en el instante de haberlo concebido yo, y con gran sorpresa mía se entregó a una risa de burla que, si no era la de un superior, era, por lo menos, la de un igual.

Y sin decirme señor, tratamiento que abandonó después de su primera frase, habló de este modo:

—Será posible que logre usted escapar por allí. Haga la experiencia. Yo la hice, y la hice una sola vez.

Un terror sin nombre, que en vano procuré dominar, se apoderó de mí tiránicamente. El largo ayuno —pues no había probado nada desde la merienda de la víspera, y eran ya las diez de la mañana—, el ayuno, digo, combinado con la agitación violenta de la cabalgata, me tenía exhausto, y creo que durante algunos minutos, por lo menos, me entregué a actos de frenesí. Me arrojaba a la cuesta para subir por ella, daba vueltas en el fondo del cráter, blasfemando y orando alternativamente. Me arrastraba entre los matorrales de la parte del río, aunque cada vez tenía que retroceder con accesos de nervios producidos por el miedo que me infundía la lluvia de las balas de rifle, pues no quería morir como un perro entre aquella gentuza repugnante. Volvía, pues, agotado y colérico a la orilla del pozo que había en el fondo. Entre tanto, nadie había parado mientes en aquella exhibición que aún hoy me ruboriza.

Dos o tres personas se dirigieron al mismo sitio en donde yo estaba jadeando, pero el hábito de ver espectáculos de ese género las dejaba indiferentes y, además, no tenían

tiempo que perder. Gunga Dass, debo decirlo, después de apagar con arena los restos de su fogata, se afanaba por sacar un dedal del agua fétida del charco para rociarme las sienes. Yo hubiera caído de rodillas para darle las gracias por esa cortesía, pero no cesaba de reírse con aquella inexpresiva y mecánica explosión que le produjo mi primera tentativa para salir de la trampa. Dos horas permanecí en un estado casi comatoso. Pero era un ser como todos los demás, y el hambre empezó a reclamar sus fueros.

Así se lo dije a Gunga Dass, quien me parecía llamado a ser mi protector natural. Obedeciendo al impulso del mundo de los vivos cuando se trata de relaciones con los indios, llevé la mano al bolsillo y saqué cuatro anas; pero en el mismo instante me di cuenta de que era absurdo aquel movimiento, y coloqué de nuevo el dinero en el bolsillo. Gunga Dass exclamó, sin embargo:

—Déme usted ese dinero y todo el que tenga o llamo a mis compañeros y le mataremos.

El primer impulso de un inglés, a lo que entiendo, es la defensa del contenido de sus bolsillos; pero no fue necesaria una larga meditación para comprender la insensatez de entrar en pugna con la única persona que podía serme útil, ya para vivir allí lo menos mal posible, ya para salir del cráter si esto era realizable. Le di, por consiguiente, nueve rupias, ocho anas y algunas otras piezas menudas; pues siempre llevo moneda menuda para bakshish cuando trabajo en el campo. Gunga Dass cogió ávidamente el dinero, y se lo guardó en el taparrabo, mirando en torno suyo para cerciorarse de que nadie nos espiaba.

—Ahora sí le daré a usted algo de comer— me dijo.

No comprendo de dónde venía el placer que le causaba mi dinero, pero ya que así era, no me pesaba haber hecho el donativo con tanta espontaneidad, pues tengo la seguridad absoluta de que me habría matado si hubiera resistido. Es imposible protestar contra las imposiciones a que se nos sujeta en un cubil de fieras. Mientras yo comía el indigesto chapatti, que me suministró Gunga Dass, y bebí algunos tragos del agua fétida, los habitantes de la aldea no mostraban señales de curiosidad, esa curiosidad que se observa como distintivo de las aldeas indias.

Hasta creí notar que se me veía con desdén. De todos modos, era tratado con la más glacial indiferencia, y Gunga Dass se conducía casi tan mal como sus compañeros. Le hice pregunta tras pregunta sobre aquel funesto lugarejo, y sus respuestas fueron bien poco satisfactorias. De lo que me dijo pude colegir que la aldea databa de un tiempo inmemorial —lo que significa que se habría fundado un siglo antes—, y que jamás salió de allí ninguno de los que habían entrado. Al oír esto tuve que sujetarme con ambas manos para impedir que el terror irracional me precipitase en una nueva carrera alrededor del cráter. Gunga Das acentuaba maliciosamente sus desesperantes palabras, y experimentaba un placer diabólico al ver la impresión que me producían. Por nada del mundo me decía quiénes eran los que imponían la ley. Hablaba de ellos sin aclarar el misterio.

—Así está ordenado—agregaba—, y yo no sé de nadie que haya desobedecido.

—Aguarde usted a que mis criados se enteren de que me he extraviado —replicaba yo—, y le aseguro que esta horrible aldea desaparecerá de la faz de la tierra. Además, recibirá usted entonces una lección de cortesía, mi querido amigo.

—No quedará vivo uno solo de los criados de usted si pretenden acercarse a este

lugar, y, además, usted ya es un muerto, querido colega. Usted no tiene la culpa —¿para qué decir lo contrario?—; pero, de todos modos, *ya* usted está muerto y sepultado.

Supe que de tiempo en tiempo, y en períodos muy irregulares, se arrojaba una provisión al anfiteatro por el lado de tierra. Los habitantes luchaban como lobos para disputarse aquellos víveres. Cuando sentía próximo su fin alguno de los habitantes de la aldea, se retiraba a su cubil y allí moría, lejos de las miradas de los compañeros. A veces se sacaba el cuerpo del hoyo, bien para darle sepultura en el arenal, bien para que se descompusiera a la intemperie.

La frase arrojar al arenal me llamó la atención, y pregunté a Gunga Dass si este procedimiento no implicaba un peligro de epidemia. El hizo uso de sus habituales signos de burla, chasqueando la lengua, y dijo:

—Eso ya lo verá usted. Le sobrará tiempo para hacer observaciones.

Con gran deleite de mi interlocutor, di a conocer mi espanto, haciendo un gesto inequívoco. Y continuando la conversación, le pregunté:

—¿Cuál es aquí la vida cotidiana? ¿Qué hacen las gentes?

La respuesta fue idéntica a la anterior, en signos y palabras, y luego agregó:

—El lugar se parece al cielo de los europeos. No hay matrimonios.

Gunga Dass había sido educado en una escuela de misioneros, y el cambio de religión fue obra de prudencia, según sus palabras. Pero a pesar de su cautela, no se vio exento de ir a la aldea de la muerte. Con todo, Gunga Dass me pareció un hombre feliz, a juzgar por lo que observé durante el tiempo que pasamos juntos.

Veía en mí a un Sahib, a un miembro de la casta dominante, entregado como un niño recién nacido a la buena o mala voluntad de los indígenas, entre quienes se hallaba. Gunga Dass formó un plan deliberado de tortura lenta, como el niño de escuela que se entrega durante media hora a los encantos de la agonía de un escarabajo clavado en una tabla, o como el hurón que, en la espesura de un matorral, ase por el cuello a un conejillo. Todo su empeño en la conversación se dirigía a demostrarme que no había medio alguno de escapar, y que cuando muriera sería arrojado al arenal. Si nos fuera dable prejuzgar sobre las penas del infierno, diríase aquélla una conversación entre condenados cuando llega un alma a la morada del eterno sufrimiento. Durante toda la tarde, Gunga Dass me aplicó el martirio de la iniciación. No estaba en mi mano protestar ni responder, pues toda mi energía se agotó en la lucha contra el terror que hacía de mí su presa, cada vez con garras más poderosas. Para que se comprenda lo que yo sentía, no hallo otra comparación que el esfuerzo del que procura evitar el mareo en el canal de la Mancha. La diferencia es que mi sufrimiento no era de orden físico, y, por tanto, infinitamente más terrible.

Al atardecer, los habitantes de la aldea salieron de sus cubiles para recibir los rayos del sol poniente que penetraban ya por la boca del cráter. Se reunían er pequeños grupos, y hablaban sin mirarme. Serían la, cuatro, a lo que creo, cuando Gunga Dass se levantó pare dirigirse a su cueva, de donde salió al cabo de un momento con un cuervo vivo en las manos. El horrible anima estaba todavía más feo de lo que era en sí, a causa de la repugnante suciedad que le cubría, pero no parecía temer a su amo. Avanzando cautelosamente hacia el frente del río, y yendo de montículo en montículo, llegó hasta un espacio despejado que estaba a la vista del bote de los disparos. Los rifleros no dieron señales de alarma. Gunga Dass se detuvo, y, haciendo dos movimientos muy rápidos, puso al cuervo con las alas extendidas, sujeto por detrás. Como era natural, el cuervo

empezó a graznar y batir el aire con las uñas. Al instante se levantó una bandada de cuervos salvajes que había en un banco de arena, a menos de un kilómetro, en donde la asamblea discutía sobre el reparto de un objeto que, al parecer, era un cadáver. Seis de los cuervos volaron para informarse de lo que ocurría, y también, por lo que luego se vio, para atacar al animal prisionero. Gunga Dass, que se había escondido en uno de los próximos matorrales, me indicó que no hiciera movimiento alguno, precaución del todo innecesaria. En un instante, y antes que yo me diera cuenta de lo que acontecía, un cuervo salvaje, que atacó al cuervo prisionero, quedó entre las uñas de éste, y desasido de ellas con suma rapidez por Gunga Dass, a su vez fue sujetado en la posición del cuervo doméstico. Atraídos, a lo que creo, por la curiosidad, acudieron todos los cuervos de la bandada, y no bien se había retirado Gunga Dass a su escondite, dos nuevos cautivos se agitaron entre la uñas de los del señuelo. Así continuó la caza —si puedo dignificarla con este nombre—, hasta que Gunga Dass hubo capturado siete cuervos. Les torció el pescuezo a cinco en el acto, y reservó dos para repetir sus operaciones. A mí me impresionó extraordinariamente este nuevo método —nuevo al menos para mí— de buscar el sustento, y dirigí un elogio muy cumplido a Gunga Dass por su pericia.

—Esto no vale nada —me contestó—. Mañana lo hará usted, puesto que es más fuerte que yo, y será en mi provecho.

Esta natural y tranquila afirmación de superioridad no dejó de exaltarme, y repuse en términos perentorios:

—¿Eso cree usted, viejo canalla? ¿Y el dinero que le he dado?

—Así será—contestó sin dar señales de alteración—. Tal vez no mañana, ni pasado mañana, ni en mucho tiempo; pero, al fin y al cabo, y durante muchos años, cazará usted cuervos *y* comerá cuervos, *y* déle gracias al Dios europeo de que *haya* cuervos que cazar y que comer.

Habría tenido el mayor placer del mundo estrangulando a aquel hombre, pero creí que lo más conveniente era ocultar mi resentimiento. Una hora después, devoraba yo uno de los cuervos, y, como acababa de decírmelo Gunga Dass, di gracias a mi Dios de que hubiera cuervos. Jamás olvidaré aquella cena durante los años que me resten de vida. Todos los habitantes de la aldea estaban en la dura y arenosa plataforma que se levantaba frente a sus cubiles, inclinados confusamente en torno de fuegos que alimentaban con juncos y miserables residuos de toda clase. La muerte se había cernido sobre esas gentes, y después de haberlas perdonado una vez, parecía alejarse de ellas. Muchos de los hombres, en efecto, eran viejos ya, encorvados y decaídos por la edad; las mujeres parecían imágenes de la fatalidad. Yo no comprendo cuál haya podido ser el objeto de las conversaciones de aquellos grupos; pero el hecho es que hablaban, si bien me impresionó la suavidad de su tono, en contraste con la algazara estridente que tanto desagrada en las razas nativas de la India. De pronto, alguno de aquellos infelices sentía un acceso de furor semejante a los que yo había experimentado horas antes; la víctima se precipitaba entonces hacia la cuesta, dando alaridos y lanzando imprecaciones, hasta que, burlada y herida, caía en la plataforma, postrada completamente por la fatiga. Cuando esto acontecía, los otros no levantaban los ojos para ver el espectáculo, pues conocían la inutilidad del esfuerzo y estaban habituados a la repetición de las infructuosas tentativas. Durante aquella noche presencié nada menos que cuatro de esas explosiones de desesperación.

Librodot

Gunga Dass observó una actitud muy práctica en vista de mi situación, y mientras cenábamos —hoy lo digo con tono ligero, pero bien sabe Dios lo que sufrí entonces—, mi compañero me expuso los términos en que podía serme útil. Mis nueve rupias y nueve anas, dijo, me servirían para tener alimentación durante cincuenta y un días, o sea siete semanas, a razón de siete anas por día. Durante este tiempo, él sería mi proveedor. Después, yo vería de atender a mis necesidades. Pasando a otro punto, estaba dispuesto a permitirme que ocupara la cueva contigua a la suya, y a proporcionarme heno para formar mi cama, a cambio de mis botas.

—Muy bien, Gunga Dass—contesté—. Acepto de buen grado la primera proposición, pero como nadie en el mundo sería capaz de impedir que yo le mate en este instante y entre en posesión de cuanto usted tiene, rechazo del todo la segunda de sus indicaciones. Conservo, pues, mis botas y entraré en la cueva que me plazca.

Al hablar de la posibilidad en que yo estaba de apropiarme los objetos de la pertenencia de Gunga Dass, una vez que éste hubiese muerto a mis manos, pensaba yo en los dos inapreciables cuervos.

El golpe fue atrevido, y sentí una gran alegría al ver que su éxito había sido de lo más lisonjero. Gunga Dass cambió inmediatamente de actitud, y retiró todas sus palabras relativas a mis botas. Debo decir que en aquel momento yo no sentía la impropiedad que había en que un ingeniero civil, con trece años de servicios al Estado, y, sobre todo, que un inglés como cualquiera otro inglés, pues por tal me tengo, amenazase tranquilamente de muerte y despojo a un hombre que, aún cuando fuera interesadamente, me había tomado bajo su amparo. Es verdad que yo había dejado atrás el mundo, y que aquellas horas me parecían siglos. Y tan cierto como lo estoy ahora de mi existencia, lo estaba entonces de que la única ley era la del más fuerte en mis relaciones con Gunga Dass; que los muertos vivientes habían renunciado para siempre a los cánones del mundo que los arrojaba de su seno, y, por último, que yo sólo viviría en tanto que tuviera fuerza y vigilancia. Los náufragos del infortunado Mignonette son los únicos que hubieran podido comprenderme en aquella situación.

«Por ahora soy el más fuerte —pensaba yo—, y puedo imponer condiciones durante mes y medio. Es imperativamente necesario que yo conserve salud y fuerzas mientras llega el momento de mi rescate, si ese momento ha de llegar. »

Confortado con estas razones, comí y bebí lo mejor que me fue posible, y puse de manifiesto a Gunga Dass mi propósito de ser el amo, y la resolución que había formado de castigar la menor insubordinación de su parte con la única pena de que yo podía disponer, que era una muerte súbita y violenta. Después de esto me fui a descansar, o más bien dicho, Gunga Dass me dio dos brazadas de paja, que arrojé por el orificio de mi cueva, situada a la derecha de la suya, y yo me introduje detrás de mi colchón, con los pies hacia el fondo. El cubil no media tres metros, y estaba perfectamente bien apuntalado. El piso tenía una ligera inclinación. La abertura de mi alcoba hacía frente al río, y desde mi cama veía yo el fulgor de la luna en las aguas del Sutley. Procuré conciliar el sueño.

Jamás se borrarán de mi memoria los horrores de aquella noche. Mi cueva era tan estrecha como un ataúd, y las paredes habían sido engrasadas por el contacto de innumerables cuerpos desnudos. El aire estaba impregnado de un olor nauseabundo. El sueño era imposible para quien, como yo, sufría una gran excitación. A medida que

transcurría la noche, parecíame que todo el anfiteatro se poblaba de legiones de diablos infectos que salían en tropel de los bancos de arena del río para hacer muecas a los infortunados habitantes de las cuevas.

Yo no soy de temperamento imaginativo —pocos ingenieros lo son—, pero en aquella ocasión estaba tan postrado, bajo la influencia del terror nervioso, como la mujer más asustadiza. Pasada media hora recuperé la calma suficiente a fin de estudiar las probabilidades que tenía para evadirme. Una ascensión por la cuesta arenosa estaba fuera de lo posible. Ya antes había llegado a formular esta convicción. Existía una posibilidad —simplemente una posibilidad— de que la incierta luz de la luna me hiciese dable escapar al tiro de los rifleros. Tal terror me infundía el lugar en que me encontraba, que aceptaba de antemano cualquier peligro para lograr mi evasión. Imagínese, pues, mi alegría cuando, después de avanzar sigilosamente hacia el frente del río encontré que el bote infernal había desaparecido. ¡No tenía sino dar unos cuantos pasos para verme en plena libertad!.

Encaminándome hacia el primer estero que se formaba al pie de la rama izquierda de la herradura, podría vadear el lagunejo superficial, dar vuelta al flanco del cráter y tomar la dirección que me alejase del río. Sin un momento de vacilación, marché con extraordinaria rapidez por entre los mogotes en donde Gunga Dass había tendido el lazo a los cuervos, *y* pisé el arenal cuya tersa superficie se extiende frente a los montículos. No había avanzado dos pasos fuera de los penachos de hierba seca que me ocultaban, cuando me di cuenta de la futilidad que encerraba toda tentativa de evasión, pues en vez de sentir la tierra firme bajo mis plantas, advertí un movimiento indescriptible de la arena, que parecía atraerme y chuparme, pues hundí la pierna derecha casi hasta la rodilla. La dilatada superficie del arenal se movía a la luz de la luna como agitada por la diabólica delicia de mi desencanto. Sudoroso por el terror y por la fatiga, luché para que no me tragara el arenal, y refugiándome en uno de los montículos, caí de bruces.

¡El único camino que se me habría era algo como un tremedal, un lado de arena!

No podría decir cuánto tiempo permanecí en aquella postura; pero sí sé que me despertó el cacareo maligno de Gunga Dass, quien me dijo al oído: —Le aconsejo, ilustre Protector de los pobres —y me lo decía en inglés—, que vuelva a casa. Esto es dañoso y además, al venir el bote le dispararán. Veía yo la figura de Gunga Dass iluminada por la luz indecisa de la madrugada, y oía su eterna risa de burla. Dominé el primer impulso, que fue el de coger por el cuello a aquel hombre y arrojarlo al arenal para que éste se lo tragara. Me levanté sin decir palabra, y seguí tristemente a Gunga Dass hasta la plataforma de las madrigueras.

Rompí el silencio para preguntar (¡con cuánta inutilidad!, según lo comprendí no bien había empezado mi frase):

—Gunga Dass, ¿para qué sirve ese bote si no puede uno salir de ningún modo?

Recuerdo que aún en los momentos más angustiosos pensaba yo sobre la inutilidad de gastar cartuchos en la protección de aquella playa inabordable.

Gunga Dass, riendo con gran alborozo, contestó:

—Sólo se ve el bote durante el día, y está allí por la razón de que hay una salida. Creo que hemos de tener el gusto de que usted nos acompañe mucho tiempo, y que encontrará muy de su agrado este lugar de recreo cuando pasen los años y haya podido comer muchos cuervos asados.

Librodot

Con paso vacilante, y con el alma en el último grado del abatimiento, me dirigí a la covacha que me servía de morada, y caí en un profundo sueño. Habrían transcurrido a lo más dos horas, cuando me despertó un agudo alarido: era el relincho de un caballo, la queja penetrante y desesperada de un animal que sufría. Quienes lo hayan oído no lo olvidarán. Con dificultad salí de mi tejonera, y no buen hube salid, lo primero que vi fue a Pornic, mi antiguo y buen amigo Pornic, tendido ya sin vida en el arenal. No sé de qué arte se valieron para matarlo. Gunga Dass explicó que la carne de caballo es mejor que la de cuervo, y que «el mayor bien del mayor número» es una máxima de sabía política.

—Sí; el mayor bien del mayor número, tal es el principio que acatamos aquí. Estamos en una república, Mr. Jukes, y usted recibirá la parte correspondiente de carne. Si usted quiere, le daremos también un voto de agradecimiento. ¿Le parece a usted que lo proponga?

Era verdad: estábamos en una república; en una república de bestias feroces encerradas en el fondo de un pozo, condenadas a comer, a luchar y a dormir hasta el día del sueño final. En menos tiempo del que tardo en escribir esto, el cuerpo de Pornic fue dividido, empleándose en ello los procedimientos más repugnantes. Hombres y mujeres llevaban sus despojos a la plataforma, y preparaban el almuerzo. Gunga Dass se ocupó en el mío. Una vez más sentí el impulso casi irresistible de escalar el muro de arena y de agotar mis fuerzas en esa inútil empresa, pero luche contra mí mismo y pude dominarme, empleando para ello toda mi voluntad. Entre tanto, Gunga Dass me martirizaba con sus bromas ofensivas, y me vi precisado a notificarle que, si continuaba observando esa conducta, le dejaría muerto a la primera palabra que pronunciase con la intención de mortificarme. Guardó silencio hasta que el silencio se hizo insoportable, y le dije que hablara.

—Usted estará aquí hasta que muera como el otro Feringhi — dijo fríamente, mirándome con fijeza mientras devoraba un cartílago.

—¿Y a qué otro Sahib te refieres, cerdo? Habla y no te detengas para urdir un embuste.

—Allí está— me dijo, señalando hacia una tejonera que era la cuarta a la izquierda de la mía—. Puede usted ir —agregó— y enterarse por sí mismo. Murió en la cueva como usted morirá *y* como yo moriré, *y* como todos acabarán por morir, hasta ese niño.

—Por piedad, dígame usted lo que sepa sobre ese hombre. ¿Quién era? ¿Cuándo vino? ¿Cuándo murió? Estas preguntas fueron un error mío. Gunga Dass me miró de soslayo, y contestó:

—Yo no digo nada... a menos que primero me de usted algo.

Recordé en dónde estaba y di una puñada a mi hombre, entre cejay ceja, dejándolo atontado. Bajó inmediatamente de la plataforma, empezó a dirigirme palabras lisonjeras y adulatorias, lloró, quiso abrazarme las rodillas y acabó por conducirme a la tejonera que había señalado.

—No sé nada de este caballero. Pongo por testigo al Dios de usted. Tenía tanta ansia por salir de aquí como usted ahora, y le mataron los rifleros del bote, aunque hicimos todo lo posible para impedir que se expusiera al peligro. Aquí le hirieron.

Gunga Dass se ponía la mano en el enflaquecido vientre, y hacía reverencias.

—Está bien. ¿Y después qué pasó? Prosiga usted.

—Después, después, honorable señor, le llevamos a su casa y le dimos agua, y le

pusimos lienzos húmedos en la herida. El se acostó y entregó el espíritu.

—¿Cuánto tiempo después? ¿Cuánto tiempo?

—Murió media hora después de haber recibido la herida. Pongo por testigo a Vishnú —decía con voz lastimera el miserable—; pongo por testigo a Vishnú, que hice todo lo posible en su favor. Todo lo que fue posible, eso hice yo.

Se echó al suelo y me cogió los tobillos. Pero yo abrigaba dudas muy serias respecto a la caridad de Gunga Dass; así es que le rechacé a puntapiés, interrumpiendo sus protestas.

—Creo que usted le robó todo lo que tenía. Pero yo lo averiguaré en dos minutos. ¿Cuánto tiempo estuvo aquí el Sahib?

—Casi año y medio. Yo creo que se volvió loco. ¡Pero oiga usted mis juramentos, Protector del pobre!

¿No quiere el honorable señor oír cómo juro que jamás puse la mano en ninguna de las cosas pertenecientes al Sahib? ¿Qué va a hacer su reverencia?

Yo había cogido por el talle a Gunga Dass y le arrastraba hacia la plataforma, frente al agujero abandonado.

Entre tanto, pensaba en las angustias del prisionero y en los horrores que habría visto durante dieciocho meses, para morir al cabo como una rata en su agujero, atravesado por una bala. Gunga Dass creía que le conducía para darle muerte, y daba aullidos de miedo. La población de la aldea, con la plétora que sigue a un banquete de carne, nos miraba sin pestañear:

—Entre, Gunga Dass; entre y saque al muerto.

Yo sentía la náusea y el desfallecimiento del horror. Gunga Dass casi rodó de la plataforma y no cesaba de dar aullidos.

—Yo soy bramín, Sahib...; un bramín de alta casta. ¡Por su alma, por el alma de su padre, no me obligue usted a hacer esto!

—Por mi alma y por el alma de mi padre, usted entrará, sea o no sea bramín.

Al decir esto, le cogí por los hombros, le metí de cabeza en la tejonera y, haciendo fuerza con la planta del pie, conseguí que desapareciera todo el cuerpo de Gunga Dass. Después me senté y me cubrí la cara con ambas manos.

Pasados algunos minutos oí crujidos y después la voz de Gunga Dass que monologaba, dando sollozos. Por último, al sentir un toque muy suave, abrí los ojos.

La seca arena había momificado el cadáver. Yo ordené a Gunga Dass que le mantuviese enhiesto para examinarle mejor. El cuerpo estaba cubierto con un traje de caza verde oliva, muy sucio *y* raído, *y* tenía dos hombreras de cuero. La amarillenta momia representaba a un hombre de treinta a cuarenta años, de estatura mas que mediana, de pelo rubio ceniciento, largo bigote y barba áspera e inculta. Le faltaba el diente incisivo izquierdo de la mandíbula superior, y también una parte del lóbulo de la oreja derecha. Tenía una sortija en el dedo anular de la mano izquierda —un jaspe verde en forma de escudo incrustado en oro—, con un monograma que podía ser B.K. o B.L. En el dedo mayor de la mano derecha se le encontró un anillo de plata en forma de cobra enroscada. Esta joya estaba muy gastada y deslucida. Gunga Dass depositó un puñado de objetos insignificantes sacados de la tejonera. Yo cubrí con mi pañuelo la cara del cadáver y procedí al examen de esos objetos. Doy a continuación una lista completa de ellos, con la esperanza de que pueda servir para la identificación del desdichado a quien

pertenecieron:

1. Chimenea de una pipa de madera, dentellada; muy vieja y ennegrecida; sujeta con una cuerda en el tornillo.

2. Dos palancas de conmutador con las guardas
rotas.

3. Un cortaplumas con mango de carey, plata o níquel, y una placa con este monograma: B. K.

4. Sobre un sello de Victoria, y procedencia indescifrable, dirigido a la señorita Mon (lo demás, ilegible)... ham... nt.

5. Libro de apuntaciones, imitación de piel de cocodrilo, y un lápiz. Las primeras cuarenta y cinco páginas están en blanco; cuatro y media, escritas, pero ilegibles; el resto, que son quince, contiene datos íntimos relativos a tres personas: una, señora L. Singleton, cuyo nombre está muchas veces abreviado, Lot Single; la señora S. May, y Germison. A este último se le menciona bajo los nombre de Jerry o Jack.

6. Mango de cuchillo de monte, pequeño. La hoja fue rota en la base. El mango es de cuero de carnero, romboidal, y tiene argolla y cadena en el tope. Lleva un fragmento de cordoncillo.

No es de suponer que yo hiciera este inventario tan completo como consta aquí, y me limite a las observaciones más someras. Lo que primeramente llamó mi atención fue el libro de notas, que guardé para examinarlo posteriormente con todo detenimiento. Llevé los otros objetos a mi tejonera para ponerlos a cubierto de manos codiciosas, y allí fue donde hice el inventario, de acuerdo con mis hábitos de hombre metódico. Ordené a Gunga Dass que me ayudase a llevar el cadáver, y le condujimos al frente del río. Mientras hacíamos esto, cayó de uno de los bolsillos del cadáver un cartucho vacío de arma de fuego. Gunga Dass no lo había visto cuando rodó a mis pies. Yo me puse a pensar que un hombre no se guarda en el bolsillo los casquillos de sus armas, especialmente si son brown, como aquél; pues por su cápsula circular no sirven para otra carga. O en otros términos: resultaba que el cartucho había sido disparado en el interior del cráter. Si había sido disparado allí, existiría un arma de fuego. Quise preguntárselo a Gunga Dass, pero me abstuve de hacerlo, pues comprendí que me engañaría. Depositamos el cadáver en el extremo del arenal movedizo, junto al montículo de los cuervos. Mi propósito era arrojarlo para que se lo tragase el lago de arena, como único medio de darle sepultura. Ordené a Gunga Dass que se retirara.

Cuando me vi solo arrastré con precaución el cadáver hasta la orilla del arenal. Al hacerlo, y como se rompiera el podrido khaki de la blusa, vi una horrible cavidad en la espalda del cadáver, que en aquel momento se hallaba boca abajo. Ya he dicho que el cuerpo estaba momificado por la acción de la seca arena.

Una rápida inspección me hizo ver que la herida del cadáver había sido producida por una bala y, en tales condiciones, que el disparo debió de haberse hecho a quema ropa. Ahora bien: como el traje esta intacto, era indudable que se le puso después de la muerte, instantánea seguramente, a juzgar por la naturaleza de la herida. Como un relámpago atravesó por mi cerebro la idea de aquella muerte misteriosa. Alguno de los habitantes del cráter, probablemente Gunga Dass, asesinó al Sahib con la propia arma de éste —un arma a la que se adaptaban los cartuchos brown—. No había tal tentativa de evasión por la línea de fuego del bote.

Arrojé el cadáver y lo vi desaparecer literalmente en unos cuantos segundos. El espectáculo me produjo escalofríos. Sin conciencia clara de lo que hacía, me puse a examinar la cartera. Entre los pliegues y el lomo de la encuadernación había una hoja de papel, manchada y con el color ya muy desteñido. La hoja cayó cuando yo abría el librito y leí en ella lo que copio: Cuatro fuera del montículo de los cuervos; tres a la izquierda; nueve afuera; dos a la derecha; tres atrás; dos a la izquierda; siete afuera; uno a la izquierda; nueve atrás; dos a la derecha; seis atrás; cuatro a la derecha; siete atrás. El papel tenía quemadas y carbonizadas las orillas. Su significado me era desconocido. Me senté en los secos matojos y estuve dando vueltas en las manos al papel, hasta que me hice cargo de que Gunga Dass observaba todos mis movimientos con ojos de fuego y manos extendidas.

—¿Lo ha tomado usted? —preguntó palpitante¿Me dejará usted que yo también lo vea? Juro que lo devolveré.

—¿Qué cosa he tomado yo? ¿Qué devolverá usted?— pregunté a Gunga Dass.

—Eso que tiene usted en las manos. Servirá para los dos.

Y al decir esto agitaba los pies, que parecían de ave por la flacura, y temblaba todo él de ansiedad.

—Yo no pude encontrarlo —agregó—. El lo había ocultado muy bien. Por eso le di muerte, y tampoco pude encontrar eso después.

Gunga Dass había olvidado por completo su invención de la bala del rifle. Yo le escuchaba con calma. La moral no conserva todos sus fueros en el mundo de los muertos que viven.

—¿Qué quiere decir todas esas extravagancias? No entiendo una sola palabra. ¿Qué desea usted que yo le de?

—Ese pedazo de papel que había en la cartera. Nos servirá a los dos. ¡Necio! ¡Necio! ¿No comprende usted lo que eso significa para nosotros? ¡Escaparemos!

Su voz se había elevado al diapasón del alarido. Bailaba como un loco delante de mi. Confieso que yo también me excité al pensar en las probabilidades de una evasion.

—¿Dice usted que esta tira de papel nos servirá? ¿Cuál es su significado?

—¡Lea usted en alta voz! ¡Lea usted en voz alta! ¡Le suplico y ruego que lo lea en alta voz!

Lo hice. Gunga Dass escuchó transportado de alegría y trazó con sus dedos una línea quebrada sobre la arena.

¡Vea usted ahora! Era el tamaño de su escopeta, sin la culata. Yo tengo los dos cañones. Cuatro cañones del lugar donde cogí los cuervos. Hacia afuera. ¿Entiende usted? Después, tres a la izquierda. ¡Ah! Ya caigo ahora, y me explico lo que hacía aquel hombre noche a noche. Después, nueve hacia afuera, y así sucesivamente. Afuera quiere decir en línea recta, hacia el Norte, sobre el lado de arena. El me lo dijo antes de que le matara.

—Pero si usted sabía todo esto ¿por qué no se evadió?

—Porque yo lo ignoraba. Hace año y medio me dijo que trabajaba en ello, y que noche a noche, cuando el bote se retiraba y era fácil llegar hasta la orilla del arenal, él salía a buscar el camino. Después me dijo que nos evadiríamos los dos juntos. Pero yo tuve miedo de que me dejara una noche al acabar su trabajo de exploración, y por eso le maté. Además, no conviene que el que haya entrado aquí pueda escapar. Sólo yo, que soy

bramín.

En el frenesí de la alegría estreché efusivamente la mano a Gunga Dass, después de haber combinado la tentativa de evasión para esa misma noche. ¡Con qué atormentadora lentitud transcurrieron las horas de la tarde!

Serían las diez de la noche cuando apareció la luna a la orilla del cráter. Gunga Dass fue a su tejonera para llevar los cañones de la escopeta que debían servirnos como unidad en la medida de las distancias de la vía. Todos los infortunados habitantes de la aldea de los muertos descansaban en sus cubiles. El bote de los rifleros había descendido la corriente pocas horas antes. Gunga Dass y yo estábamos solos en la trampa de los cuervos. El llevaba los dos cañones de la escopeta, y como cayera al suelo la hoja de papel que contenía las indicaciones, me incliné violentamente para recogerla. No bien inicié ese movimiento me di cuenta de que el infame iba a asestarme un golpe mortal en la nuca con los dos cañones. Era ya tarde para evitarlo, y caí sin sentido a la orilla del arenal.

Cuando volví en mí, la luna se ocultaba, y sentí un dolor insoportable en la parte posterior de la cabeza. Tenía la boca llena de sangre. Gunga Dass había desaparecido. Yo me dejé caer al suelo, rogando a Dios que me enviase la muerte. Después de este movimiento de resignación se apoderó de mi la furia insensata de que he hablado antes, y me dirigí con paso vacilante hacia los muros arenosos del cráter. Oí con sorpresa una voz que me llamaba:

—Sahib, Sahib, Sahib...

Esa voz me recordaba por su suavidad la del criado que me despertaba todas las mañanas en el campamento.

Me creí dominado por una imaginación delirante hasta que sentí sobre mis pies la caída de un puñado de arena. Levanté la vista y vi una cabeza que se asomaba al anfiteatro. Era Dunnoo, mi fiel criado. No bien se dio cuenta de que yo le había visto, tendió la mano y me mostró una cuerda. Como pude, le hice señas de que la echase. Eran dos cuerdas de piel trenzada, añadida la una a la otra, y con un nudo corredizo en el extremo. Pasé el lazo por debajo de los brazos; Dunnoo avanzó en la orilla del cráter y fuí izado, con la cara hacia abajo, por la empinada ladera que se desmoronaba. Un instante después me hallaba en la colina dominante, medio asfixiado y con una vaga conciencia de mí mismo. Dunnoo, cuya cara cenicienta iluminaba la luna, me rogó que sin pérdida de momento volviéramos a mi tienda de campaña.

Refirió en el camino que, habiendo seguido las huellas de Pornic en el trayecto de cerca de veinte kilómetros que había desde el campamento hasta el cráter, fue a llevar la noticia a mis criados, quienes se negaron a intervenir en la evasión de un hombre que había caído en la horrible Aldea de los Muertos, ya se tratase de un indígena o de un blanco. En vista de esto, Dunnoo tomó uno de mis caballos y dos cuerdas de punkah, volvió al cráter y me sacó de allí, como he dicho.

EL JUICIO DE DUNGARA

Ved al pálido mártir con su túnica convertida en llamas.

Todavía se refiere esto en las espesuras de la montaña de Berbulda, y para corroborar la nación, señálese lo que aún queda en pie de la misión: una casa sin techo y sin ventanas. El Gran Dios Dungara, el Dios de las cosas tales como son, el Terrible, el de Un solo ojo, el que tiene en su poder el Colmillo del Elefante rojo, el propio Dungara, fue autor de todo esto. El que no crea en Dungara será destrozado por la furia de Yat, por esa misma locura que se apoderó de los hijos y de las hijas de los Buria Kol cuando volvieron las espaldas a Dungara y vistieron su desnudez. Así lo dice Athon Dazé, sacerdote supremo del Santuario y Custodio del Colmillo perteneciente al Elefante rojo. Pero si preguntáis al subdelegado y agente a cuyo cargo corren los Burla Kol, se reirá sin duda, no por espíritu de malevolencia contra la obra de las misiones, sino porque él mismo vio la venganza de Dungara ejecutada en los hijos espirituales del reverendo Justo Krenk, pastor de la Misión de tubinga, y de Lotta, la virtuosa compañera del misionero.

Si hubo algún hombre que mereciera ser tratado afectuosamente por los dioses, ese hombre fue, sin duda, el reverendo Justo, de Heildelberg, hombre generoso que, sintiéndose llamado a desempeñar una misión religiosa, se fue a la espesura de la selva llevando consigo a Lotta, la rubia de ojos azules.

—Nosotros a estos hombres, ahora por prácticas de idolatría oscurecidos, mejores debemos hacer—dijo. Justo al comenzar su carrera.

—Sí—añadió, con profunda convicción—: ellos serán buenos y con sus propias manos a trabajar aprenderán. Porque todos los buenos cristianos deben trabajar.

Y con un estipendio más modesto que el de un ayudante inglés, de esos que sin estudios teológicos leen textos sagrados a los fieles, Justo Krenk instaló su morada más allá de Kamala y de la garganta de Malair, en la margen opuesta del río Berluda, casi al pie de la azul colina de Panth, en cuya cima se levanta el templo de Dungara. Como se ve, Krenk había ido al riñón del país de los Buria Kol, hombres desnudos, bondadosos, tímidos, desvergonzados y perezosos.

¿Conocéis la vida de una de estas misiones excéntricas? Haced un esfuerzo con la imaginación para representaron una soledad más grande que la de esas estaciones de ínfimo orden a donde os ha enviado el Gobierno; imaginad un aislamiento que pesa sobre vuestros párpados desde que despertáis y que os acompaña en todas las tareas cotidianas: no hay oficina de correos; no hay un solo ser de vuestro color con quien hablar; no hay caminos; no hay otros alimentos que los indispensables para no morir de agotamiento, pero ninguno de los que dan gusto al paladar; no hay ser u objeto que os atraiga por su bondad, por su belleza o por su interés. Toda vuestra vida ha de estar en vosotros mismos y en la gracia divina con que hayáis sido beneficiados.

Por las mañanas los conversos, los dudosos y los recalcitrantes encaminarán sus pasos desnudos y suaves a la terraza de la misión. La infinita bondad y la inagotable paciencia del misionero, y, sobre todo, la perspicacia más fina, son indispensables, pues su grey tiene a la vez toda la sencillez de la infancia, toda la experiencia de la edad viril y toda la sutileza del salvajismo. Hay que atender a las cien necesidades materiales de la congregación. Pero, sobre todo, el misionero deberá estar atento, según el sentido de la responsabilidad que ha contraído ante Dios; pues no le será lícito dejar perdida ninguna simiente espiritual en la muchedumbre clamorosa que le rodea. Esta atención a la vida del alma no ha de ser óbice para que el misionero cuide también de la salud temporal de sus

ovejas, tarea tanto más difícil cuanto que las tales ovejas se creen poseedoras de secretos terapéuticos, y que, por otra parte, están siempre dispuestas a reírse en las barbas del misionero, que toma demasiado a lo serio las ideas del salvaje.

El día avanza, y cuando ya ha pasado el ímpetu de la acción matinal, el misionero se da cuenta de que su obra es enteramente inútil. Hay que luchar contra el desaliento, sin otro aguijón que la creencia en la bondad de la defensa del alma arrebatada a las garras del diablo. Esta es una creencia muy alta y muy reconfortante; pero mantenerla sin desmayo durante veinticuatro horas consecutivas será la prueba más concluyente de fortaleza física y de inalterabilidad nerviosa.

Preguntad a los encanecidos veteranos de la Cruzada Médica de Banockburn cuál es la vida de sus predicadores; hablad con los miembros de la Agencia Evangélica, esos delgaduchos americanos que se jactan de ir a donde no llega ningún inglés, aún después de ellos; preguntadle a un pastor de la Misión de Tubinga cuáles son sus resultados. Si os atrevéis a formular cuestiones concretas, todos esos beneméritos darán como resumen sus trabajos. Pero en tales documentos no se habla de los hombres que han perdido en las misiones del desierto la juventud y el vigor —todo lo que puede perder un hombre, fuera de la fe—. No dicen una sola palabra de las inglesas que han muerto de fiebre en los montes del Panth, y que han partido sabiendo de antemano a lo que iban. Pocos pastores os hablarán de tales cosas, como no os hablarán de aquel joven David of St. Bees, que, destinado a la obra del Señor, volvió quebrantado por la más amarga desolación, y casi con la razón perdida, gritando en la Misión central:

—¡No hay Dios, pero he andado en compañía del diablo!

Los informes callan, porque el heroísmo, el sacrificio de un blanco culto, son cosas que carecen de valor comparadas con la salvación de un alma semihumana, a quien es necesario redimir de su fe fantástica en espíritus del bosque, duendecillos de las rocas y demonios de los ríos.

Y a Gallio, el subdelegado, no le interesaba nada de eso. Había estado mucho tiempo en el Distrito. Los Buria Kol le querían y le llevaban presentes: peces cogidos con arpón, orquídeas de las más sombrías y recónditas selvas y toda la caza que pudiera desear para su mesa. El les daba, en cambio, quinina, y se entendía con el sumo sacerdote Athon Dazé para satisfacer las necesidades rudimentarias de la colectividad.

—Cuando ustedes hayan vivido algún tiempo en este país—decía Gallio en la mesa de los Krenk—se persuadirán de que nada significan las diferencias de credo. Yo prestaré todo mi apoyo a la Misión—no hay para qué decirlo—, pero se debe respetar a mis Buria Kol. Son buenos y confían en mí.

—Yo a ellos la palabra del Señor enseñaré— dijo Justo, cuyo rostro circular despedía los fulgores del entusiasmo—. Y yo a sus prejuicios no atacaré sin antes seria reflexión hacer. Pero, ¡oh amigo mío!, ésta, en el espíritu, imparcialidad de creencias, igualmente consideradas, es mala.

¡Dale! elijo Gallio—. Yo tengo a mi cargo la salud temporal de los salvajes y la paz del Distrito. A usted le toca la parte espiritual. Y arréglese como pueda. Sólo le recomiendo que se abstenga de hacer lo que hizo su predecesor, pues de otro modo no le garantizo la vida.

Lotta le sirvió una taza de té, y preguntó con vivacidad:

¿Qué fue ello?

—Creo que era un recién llegado, que, sin pensar en las consecuencias de sus cultos, entró en el templo y se permitió descargar un paraguazo en la cabeza del viejo Dungara. Los Buria Kol se indignaron y le dieron una salvaje paliza. Yo estaba en el Distrito y el misionero me envió una carta: «Perseguido por la causa del Señor. Mande usted un piquete de caballería.» Las tropas más próximas se hallaban a más de ciento cincuenta kilómetros. Pero no se necesitaba de la fuerza armada. Fui personalmente a Panth y hablé con Athon Dazé. Le dije paternalmente que él, como hombre de gran penetración y sabiduría debió haber advertido a tiempo que el Sahib era un pobre loco, trastornado del cerebro a causa de una insolación. Jamás habrá visto usted pueblo más consternado y arrepentido. Athon Dazé dio todo género de satisfacciones, y envió una buena provisión de aves, leche y otros muchos productos de los que más abundan en esta montaña. Yo dejé un donativo de cinco rupias para el santuario, y le dije a Macnamara que había sido muy imprudente. El me reprochó mis reverencias en un templo pagano. Si trasponiendo la cresta de la colina hubiera insultado a Palín Deo, el ídolo de los Buria Kol, se le habría empalado en un bambú ardiente, antes que yo pudiera acudir en su auxilio, y después me habría visto obligado a colgar algunos de aquellos pobres brutos. Sea usted bondadoso con ellos, pero desde ahora le digo que no adelantará gran cosa.

—No yo—contestó Justo—, sino mi maestro. Nosotros, con los niños comenzaremos. Algunos de ellos, enfermos estarán. Después de los niños, las madres vendrán. Y, por último, los hombres. Pero yo que usted en interna simpatía con nosotros fuera, preferiría.

Gallio tuvo que partir. Andaba ocupado en reparar los puentes de bambú, lo que hizo con peligro de su vida, y tuvo que pensar también por aquellos días en dar caza a dos tigres merodeadores. Le preocupaba, por último, seguir la huella a algunos cuatreros del Buria Kol que robaban a sus hermanos los del clan de Buria. Gallio pasaba el día a caballo y dormía por las noches entre los malsanos vapores de la selva. Era un hombre sin imaginación, positivo, desprovisto del sentimiento reverencial y del instinto de la fe, y muy dado al ejercicio del poder absoluto, con gran satisfacción de los habitantes de su poco envidiable Distrito.

—Nadie quisiera estar en mi lugar —decía frecuentemente, con expresión de profunda contrariedad—, y mi jefe sólo asoma por acá la punta de la nariz cuando sabe de positivo que no hay fiebre. Esta circunstancia hace de mí un verdadero monarca, y mi virrey es Athon Dazé.

Gallio se jactaba de un supremo desdén por la vida humana, y, sin embargo, fue capaz de caminar cuarenta kilómetros con una criaturita de tez cobriza en los brazos para llevarla a la Misión.

—Padre, aquí le traigo este regalo. Ya sabe usted que los de Kol dejan morir su población infantil supernumeraria. Yo no lo censuro. Pero tenga usted esta chiquillay edúquela. Casualmente la encontré en la encrucijada de Berbulda. Y creo que la madre viene siguiéndome.

—Es la primera oveja del aprisco— dijo Justo.

Lotta tomó en sus brazos ala pequeñuela y empezó a arrullarla con gran maestría. La madre, entre tanto, que, siguiendo la ley de su tribu, había expuesto a la criaturita para que muriera, se arrastraba frente a la Misión, en la espesura del juncal, mirando hacia el interior con los ávidos ojos del amor materno. Había corrido por los bosques en pos del subdelegado, y llegó a la Misión agotada por la fatiga y con los pies destrozados por las

zarzas y espinos. ¿Qué propósitos tenía el omnipotente subdelegado? El hombrecillo de vestido negro que vivía en aquella casa, ¿iba, por ventura, a comerse viva la tierna carne de su hijita? Athon Dazé contaba que todos los hombres blancos vestidos de negro se alimentaban de carne huma*na.*

Matui pasó una larga noche de vigilia en la espesura del bambú, y al amanecer vio que salí de la casa una mujer blanca, de una blancura tal que ella no había visto jamás. Esa mujer llevaba en brazos a la hija de Matui, envuelta en vestidos de una limpieza inmaculada. Lotta no conocía el idioma de los Buria Kol, pero el lenguaje de una madre es igual al de todas las madres. Lotta vio que unas manos le asían por la orla del vestido, oyó unos apasionados sonidos guturales, y no necesitó más para saber con quién estaba. Matui tomó en brazos a su hija. Sería criada, esclava de aquella maravillosa mujer blanca. La tribu de Matui repudiaría a la madre que recogía a su hija en tales condiciones, Lottay Matui lloraron; la una, como Buria Kol, y la otra, a la manera germánica, que incluye cierto estrépito nasal.

Justo, el hombre de la esperanza, dijo:

—Primero, la niña; después, la madre; vendrá el padre, y vendrán todos, para gloria de Dios. Amén.

Vino el padre, en efecto; pero vino con arco y flechas, muy irritado, porque no tenía quien le preparara la comida.

¿Vamos a contar toda la historia de la Msión? Faltaría espacio; porque es muy larga, y tendríamos que decir cómo fue extraño Justo, al ejemplo de su imprudente predecesor. Lo primero que hizo el misionero fue dar una buena paliza a Moto, el marido de Matui, para castigar la brutalidad de ese hombre. Moto quedó atónito al principio, pero repuesto del temor de una muerte inmediata, se reanimó y quedó adscrito como el más fiel aliado y el primer catecúmeno de Justo. Poco a poco fue creciendo la grey, con gran desagrado para Athon Dazé. El sacerdote del Dios de las Cosas tales como son iba quedando en condiciones desventajosas respecto al sacerdote que sirve al Dios de las Cosas tales como debieran ser. La miel, las aves y los peces empezaron a escasear en el templo de Dungara. Esto fue debido, en parte, a que Lotta se ingeniaba para aligerar el peso de la maldición pronunciada por Jehová contra Eva. Por su parte, y como una compensación, Justo apretó en el capítulo de la maldición pronunciada por Jehová contra nuestro primer antepasado. Esto encendió el fuego de la rebelión en el pecho de los hombres de Buria Kol, pues sostenían que su dios era perezoso por naturaleza. Justo logró vencer en parte los escrúpulos religiosos de los Buria Kol en lo relativo al trabajo, y les enseñó que la madre y negra tierra puede producir algo más que bellotas.

Los acontecimientos presumidos se desarrollaron en el transcurso de muchos meses; el viejo Athon Dazé no cesaba de meditar su venganza por el olvido en que la tribu tenía a Dungara. Con salvaje doblez fingió hacerse amigo de Justo, y aún hizo insinuaciones sobre su probable conversión. Entre tanto, decía en el seno de la congregación:

—Los de la grey del Padre se han vestido, y adoran a un Dios que trabaja. Dungara los castigará gravemente si no se arrojan a las aguas del Berbulda, arrepentidos y aullando.

Por las noches, el Colmillo del Elefante rojo daba gemidos en las colinas, y los fieles se levantaban diciendo:

—El Dios de las Cosas tales como son medita una venganza contra los que han

abjurado. Ten clemencia, Dungara, pues somos tus hijos. Y danos todas las cosechas de los que han sembrado bajo las inspiraciones de otro Dios.

El delegado y su mujer fueron al país de los Buria Kol cuando empezó a bajar el termómetro.

—Visite usted la Misión de Krenk dijo Gallio—. Creo que está realizando una obra útil a su manera. Ha construido una capilla de bambú, y le sería grato que usted la inaugurase. Como quiera que sea, verá usted allí un Buria Kol civilizado.

Hubo mucho movimiento en la Misión.

—Ahora, él y su muy graciosa mujer, qué buena obra hemos hecho, con sus propios ojos, ver podrán. Y delante de ambos, nuestros conversos, con las ropas por sus propias manos hechas, serán presentados. Un gran día vendrá, por la gloria de Dios.

Y Lotta dijo:

—Amén.

Dentro de su mansedumbre, Krenk estaba celoso de la Misión de Tejedores, pues sus conversos no tenían las mismas habilidades; pero Athon Dazé los había inducido en los últimos tiempos a beneficiar la fibra lustrosa y sedeña de una planta que se producía espontáneamente en las colinas de Panth con mucha profusión. Podría hacerse con esa fibra una tela blanca y suave, casi igual a la tappa de los mares del Sur, y los conversos iban por primera vez en aquel día a vestir trajes de la nueva tela. Justo estaba orgulloso de su obra.

—Ellos de trajes blancos vestidos, al delegado y a su señora de buena cuna saludarán cantando el himno: Gracias demos a Dios. Después la capilla será abierta, y hasta Gallio a creer comenzará. Así, hijos míos, de dos en dos; y tú, Lotta, dime, ¿por qué estas gentes se dan arañazos? No es bueno con el prójimo reñir. Nala, y el delegado al venir tendrá pena.

El delegado, su mujer y Gallio traspusieron la cuesta, y llegaron a la Misión. Los conversos estaban en dos filas, formando un brillante ejército que casi llegaba a cuarenta personas.

—¡Bien!— dijo el delegado, cuyo espíritu de dominación le llevaba a creer que a él se debía toda la obra desde sus cimientos y fundación—. Ya veo que se avanza rápidamente.

¡Jamás se ha dicho una verdad más grande! La Misión, en efecto, avanzaba. Primero dio saltos muy ligeros y menudos; después comenzó a desordenarse, haciendo contorsiones apenas contenidas por la vergüenza, y acabó, finalmente, emprendiendo la carrera vertiginosa de los caballos martirizados por los tábanos, o de los canguros con rabia. En lo alto de la colina se oía el fragor producido por el Colmillo del Elefante rojo, que sonaba seca y angustiosamente.

Justo y Lotta, inmovilizados por el terror, vieron desaparecer en un instante a todos los fieles, diseminados en la espesura y dando alaridos de dolor agudísimo.

Una voz gritó:

—¡Es el juicio de Dungara!

Otra:

—¡Me quemo! ¡Me quemo!

Y una tercera:

—¡Al río!

Los conversos se precipitaban por los riscos que avanzaban sobre el Berbulda, arrancándose los vestidos como podían, destrozándose y arrojándose a uno y otro lado. La trompeta de Dungara los perseguía con los acentos de una maldición.

Justo y Lotta, inundados de lágrimas, acudieron al sitio en que estaba el delegado.

—¡Yo no puedo entender! —dijo el misionero—. Ayer, los Diez Mandamientos repitieron. ¿Qué es esto?

Al Señor, los buenos espíritus de la tierra y de la mar alaben. ¡Oh vergüenza! ¡Nada!

Sobre un acantilado fronterizo estaba Nala, doncella de catorce veranos, que había sido la joya y el orgullo de la Misión, por dócil y virtuosa. ¿ Quién la reconocía en aquella hembra desnuda como la aurora y furiosa como un gato montés?

—¡Por esto dejé mi pueblo y el santuario de Dungara! —gritaba la doncella, agitando en el aire las faltas que se había quitado—. ¡Mono tuerto, lombriz, pescado seco!; tú me decías que nunca se consumirían las llamas. ¡Me quemo, Dungara! ¡Me quemo, Dungara!

¡Piedad, oh Dios de las Cosas tales como son!

Dio media vuelta y huyó también hacia el Berbulda, en tanto que la trompeta de Dungara tocaba una marcha triunfal.

La última de las ovejas de la Misión de Tubinga estaba *ya* a doscientos metros de los venerables maestros en Teología que habían abierto su alma a los esplendores de la fe.

—Ayer, ayer mismo decía el abecé —gimoteaba Justo—. ¡Yo veo aquí la obra de Satán!

Pero Gallio veía, entre tanto, las enaguas de la doncella, que habían caído a sus pies. Después de examinar la textura de la tela, se aplicó ésta a un brazo, alzándose la manga de la camisa e hizo presión. Separando la tela vio que en la piel le había quedado una mancha roja.

—Ya lo suponía— dijo Gallio con calma.

—¿Qué es eso?— preguntó Justo.

—Yo le llamaría la túnica de Neso, pero... ¿De dónde hubo usted esa fibra para la tela?

—Athon Dazé—contestó Justo—. El a fabricarla enseño.

—¡Viejo zorro! ¿Sabe usted que le ha dado la Ortiga Escorpión de Nilgiri, o sea la Girardenia heterophyla? ¡A quién extraña que brincaran y salieran como disparadas! Para hacer cuerdas de puentes con esta planta hay que ponerla a remojar durante mes *y* medio. ¡Es listo el tal Athon Dazé! En media hora la ortiga traspasó la piel de elefante que tienen éstos, y entonces...

Gallio dejó escapar una carcajada. Lotta sollozaba entre los brazos de la esposa del delegado. Justo tenía la cara cubierta con ambas manos.

—¡Girardenia heterophyla! —repitió Gallio—. ¿Cómo no me lo dijo usted, Krenk? Yo podría haber evitado esto. ¡Es fuego tejido! Todo el mundo lo sabe, excepto los desnudos de Buria Kol. Yo los conozco y puedo asegurarle a usted que no volverá uno solo.

Se asomó desde una altura para ver lo que hacían *y* los encontró revolcándose en el cieno de una vega *y* dando alaridos de rabia. Gallio dejó de reír, pues comprendió que la Misión de Tubinga había dejado de existir para los Buria Kol.

Justo y Lotta los vieron durante más de tres meses rondar, hoscos y sombríos, por las inmediaciones de la desierta escuela. Ni los más dóciles y aplicados quisieron volver.

¡No! La obra de la conversión quedó definitivamente paralizada por el Fuego del Lugar Maldito, como llamaron a la Misión. Ese fuego les laceró las carnes y les penetró hasta los huesos. ¿Quién desafía por segunda vez la cólera de Dungara? Ya pueden abandonar aquel sitio el hombrecillo y su mujer. Los Buria Kol no llorarían por ellos. La vida de Justo y de su mujer Lotta estaba segura, es verdad, pues Gallio hizo saber extraoficialmente a Athon Dazé que si les tocaba un cabello todos los sacerdotes de Dungara serían colgados por el subdelegado en el templo de la Divinidad. Las flechas envenenadas de los salvajes no volaron, pues, hacia la casa de la Misión. Pero tampoco llegaron a ella las ofrendas de aves, miel *y* sal. Krenk *y* Lotta no volvieron a ver en sus puerta un lechoncillo. ¡Ay! El hombre no puede vivir sólo de la gracia si carece de pan.

—Vámonos de aquí, Lotta —dijo Justo—. El Señor ha querido que otro hombre el trabajo de la salvación inicie a su debido tiempo. Partiremos, y yo de Botánica haré estudios.

Si alguien quiere emprender la obra de la conversión de los Buria Kol, puede aprovechar los muros de la casa que está todavía en la colina de Panth. Pero hace mucho tiempo que la capilla y la escuela han sido invadidas por la espesura de la selva.

LA INUNDACIÓN

El Tweed le dice al Till: «¿Por qué corres tan despacio?» Y el Till responde al Tweed: «Tú corres mucho, y yo no me apresuro; sin embargo, por un hombre que tú ahogas, yo ahogo dos.»

Es imposible pasar el río esta noche, Sahib. Dice que ya fue arrastrada una carreta con una yunta de bueyes, y la ekka que partió media hora antes de la llegada del Sahib no alcanza aún la otra orilla. ¿El Sahib tiene prisa? Llevaré al elefante del vado para que el Sahib se convenza. ¡Oye, tú mahout, sal del cobertizo! Trae a Ram Pershad, y si el animal se atreve a luchar contra la corriente, nada digo. Los elefantes nunca mienten, y Ram Pershad está, por otra parte, separado de su amigo Kala Nag. El elefante desearía mucho ir a la distante ribera. ¡Bien, mi rey! Avanza hasta la mitad del lecho, Mahoutji, y ya nos contarás lo que te diga el río. ¡Excelente, Ram Pershad! Tú eres la perla de los elefantes. Lánzate al agua. Pica, animal, pica en la cabeza. ¿Crees que el aguijón sirve sólo para pincharte la grasa de la espalda, bastardo? ¡Duro! ¡Duro! ¿Qué son para ti las corrientes, oh mi montaña de carne? ¡Adelante, Ram Pershad!

¡No, Sahib! Es inútil. Ya oye el Sahib los trompetazos que da el elefante. Dice a Kala Nag que es imposible pasar. ¿Lo ve el Sahib? Da la vuelta y mueve la cabeza. No es un insensato. Sabe bien lo que hace el río Barhwi cuando está irritado. ¡Vaya! No eres tonto, chiquillo: ¡salaam, Ram Pershad! Llévalo bajo los árboles, mahout, y dale lo mejor de lo mejor. Te has portado brillantemente. Eres la flor y nata de los colmilludos. Dirige un salaam al Sirkar, y a dormir.

¿Qué se debe hacer? El Sahib tiene que aguardar hasta que baje el río. Mañana temprano, si Dios quiere, o a lo sumo pasado mañana, será posible vadear. ¿Por qué se irrita el Sahib? Yo me llamo su más humilde siervo. Juro ante Dios que yo no soy autor

de la avenida. ¿Qué puedo hacer? —pregunto al Sahib—. Poner a su disposición mi cabaña y todo lo que ella tiene. Ya comienza a llover. Entremos. ¿Decrecerán las aguas por mucho que las injurie el Sahib? Los ingleses de antaño no eran así. Yo creo que el coche de fuego los ha afeminado. En mis tiempos, cuando caminaban noche y día en vehículos tirados por animales, no se impacientaban si un río les impedía seguir adelante o si el coche se les hundía en un barrizal. Era la voluntad de Dios. Pero ahora, el coche de fuego corre, corre, corre sin detenerse, aunque todos los diablos se le cuelguen a la cola. El coche de fuego ha sido perjudicial para el carácter de los ingleses. Después de todo, ¿qué significa un día, y qué significan dos días perdidos? Acaso el Sahib va a sus bodas y a ello se debe que se halle dominado por la locura de la precipitación. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Ya soy viejo. Veo muy pocas veces un Sahib. Esta es la causa de que *haya* olvidado el respeto que se les debe. ¡Perdóneme el Sahib! ¿Está de mal humor?.

¡Sus bodas! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! El espíritu de un viejo es como el numah. Este árbol tiene a la vez retoños, flores y hojas secas del pasado. Lo antiguo y lo nuevo, hasta lo que pertenece a la región del olvido, ¡todo se halla junto! Tome el Sahib un asiento en la cama, y beba leche. O si el Sahib lo desea, ¿querría beber mi tabaco? Es bueno. Es tabaco de Nuklao. Mi hijo me lo envía de allá, pues allá tiene su morada. Beba el Sahib, si sabe cómo se maneja el tubo. Veo que el Sahib lo toma a la manera de los musulmanes. ¿En dónde aprendió eso? ¡Sus bodas! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Dice el Sahib que no hay tales bodas? Pero ¿puede creerse que el Sahib diga la verdad a un hombre de mi casta? No me extraña su precipitación. Llevo treinta años de tañer el gong en este vado, y no había visto en ese tiempo a un Sahib con tanta impaciencia. ¡Treinta años, Sahib! Es un período muy largo. Entonces, el vado estaba en el camino de las bunjaras, y en una sola noche vi pasar dos mil bueyes de carga. Pero ha venido el camino de hierro y el coche de fuego que hace bus-bus-bus se desliza por aquel puente con un centenar de jaulas. Es para maravillar; pero eso no quita que el vado se haya convertido en un sitio muy triste, ahora que las bunjaras ya no acampan a la sombra de los árboles.

No; es inútil que el Sahib vea el cielo. La lluvia seguirá durante toda la noche. ¡Atención! Los maderos arrastrados hablan en la corriente. Ya habrían roto los huesos del Sahib si se hubiera empeñado en cruzar. Voy a cerrar la puerta para que no entre la lluvia. Wahi! Ahi! Ugh! Treinta años en el vado del río. Ya soy viejo. ¿En dónde está el aceite de la lámpara?

Pido perdón al Sahib. Por la edad, tengo el sueño más ligero que el de un perro. He visto que el Sahib se dirigía hacia la puerta. Observe si quiere; escuche también. De orilla a orilla, la corriente tiene medio oos; es fácil verlo con la luz de los astros; la profundidad es, por lo menos, de tres metros. El furor de sus ojos no aminorará el caudal de las aguas, ni éstas se aquietarán a fuerza de juramentos. ¿Apostamos a que es más fuerte la voz del río que la voz del Sahib? Un grito más para que el agua se avergüence. ¡Vamos! Lo mejor es acostarse otra vez y dormir. Yo conozco la cólera de Barhwi, cuando ha llovido al pie de las colinas. En una ocasión, crucé el río a nado. Era una noche diez veces más tempestuosa que ésta, y por el favor de Dios me libré de la muerte cuando ya había tocado en sus umbrales.

¿Puedo referirlo? El episodio es interesante. Voy a llenar la pipa. Era yo joven y acababa de venir al vado. También era vigoroso. Tenía tal conocimiento del río, que las bunjaras no vacilaban cuando yo les decía que el vado estaba franco. Trabajaba toda una

noche con el agua hasta los hombros, entre un centenar de bueyes aterrorizados, que yo pasaba sin perder uno solo. Después, transportaba a los hombres, que iban temblando de pies a cabeza. Mi remuneración era el mejor animal de la partida: la res del cencerro. ¡Era yo un hombre a quien se honraba! Hoy cae la lluvia, suben las aguas, y yo me encierro en mi cabaña a gemir como un perro. Ya no tengo fuerzas, y el coche de fuego ha hecho inútil el vado. En aquel tiempo se me llamaba el hombre fuerte del Barhwi.

Vea mi rostro el Sahib. ¿No parece de mono? Y mi brazo es como el de una mujer. Pero yo le juro al Sahib que hubo quien amó éste rostro, y que este brazo tuvo a quien estrechar. Hace veinte años pasó todo eso, Sahib. Digo la verdad: hace veinte años.

Venga el Sahib a la puerta, y vea. ¿No distingue una lucecita muy lejana, como de una candileja? Es la luz del templo, en el santuario de Hanuman, que está en el pueblo de Patira. Al Norte, bajo la estrella grande, se halla el pueblo, oculto por una vuelta que da el río. ¿Hay que nadar un poco para llegar allá, Sahib? ¿Se quitaría el Sahib la ropa y probaría sus fuerzas? Pues yo nadé hasta Patira, no una, sino muchas veces. Y eso que hay también muggers en el río.

El amor no sabe de castas. Si así fuera, ¿cómo podríayo, musulmán e hijo de musulmanes, haberme enamorado de una inda viuda de un indo y hermana del jefe de Patira? Pues así pasó. Los de la familia del jefe fueron en peregrinación a Muttra. Ella estaba ya comprometida, y debía casarse. La carreta tenía adornos de plata, y las mujeres iban ocultas por cortinas de seda. El viento apartó las cortinas, y yo la vi. Cuando volvieron de la peregrinación, el muchacho con quien se casó había muerto, y yo la vi de nuevo en la carreta. ¡Los indos son idiotas, Sahib! ¿Qué me importaba a mí que ella fuera inda, yaina, barrendera o leprosa? Yo me habría casado con ella, y habríamos formado nuestro hogar en el vado. ¿No, por ventura, el séptimo de los Nueve Preceptos reza que a un hombre le está prohibido casarse con una idólatra? Pero ¿es verdad eso? ¿Los shiahs y los sunnis dicen de consumo que al musulmán le está vedado el matrimonio con idólatras? Veo que el Sahib es sacerdote, pues sabe mucho de estas cosas. Pero yo le diré algo que ignora. Para el amor, no hay shiah ni sunni; no hay prohibición ni idolatría. Los Nueve Preceptos son nueve hacecillos de leña que la llama del amor consume rápidamente. Pude habérmela llevado, es verdad; pero el jefe habría mandado hombres que me persiguieran y me rompieran la cabeza a estacazos. Yo no temo, digo, no temía entonces a cinco hombres, aún de los más valientes. Pero ¿quién puede luchar contra medio pueblo?.

En vista de esto, y habiéndome puesto de acuerdo con ella, iba yo por las noches a Patira. Nos dábamos cita en las sementeras, sin que nadie lo sospechase. Vea el Sahib hacia allá. Yo tenía que cruzar el río junto a la maleza del recodo, en donde hoy está el puente del camino de hierro, y de allí atravesaba la península hasta llegar a Patira. En noches de gran oscuridad me guiaba yo por la luz del templo. En la maleza que está junto al río hay muchas serpientes. Son karaitis, que duermen en la arena. Otro peligro era el de los hermanos de ella, que me habrían matado al verme en las sementeras. Pero todos ignoraban nuestras citas; todos, salvo ella y yo. La arena movediza de la ribera cubría mis huellas. En los meses de verano era muy fácil ir del vado a patira, y también era fácil hacerlo después de las primeras lluvias, cuando las avenidas no son muy torrenciales. Yo medía mi fuerza con la fuerza de la corriente. Por las noches comía en mi cabaña y bebía en Patira. Ella me había dicho que la pretendía cierto Hirnam Singh, un bandido que vivía

en la aldea, río arriba, pero en la misma orilla. Todos los sikhos(l) son perros, y en su locura han rechazado el don generoso de Dios: el tabaco. Yo habría matado a Hirnam Singh si se hubiera acercado a ella, y mi odio era tanto mayor cuanto que él había proferido una amenaza. Sospechaba que ella tenía un amante, y dijo que se pondría en acecho para descubrirlo y denunciarlo al jefe, a menos que ella huyese con él. ¡Los sikhos son unos canallas!

Sabiendo esto, yo llevaba siempre mi navaja muy afilada, y lo habría pasado mal el que me saliera al paso. No había yo visto en mi vida a Hirnam Singh; pero, por las dudas, habría matado a otro en quien advirtiera el deseo de interponérseme y estorbar mis entrevistas.

Estábamos al principio de la estación lluviosa. Yo me disponía a pasar el río, no obstante el —aspecto amenazador que presentaba esa noche. Así es el Barhwi, Sahib. Sube un metro en treinta segundos, y entre el momento de encender una lumbre y el de hacer un chapati, lo he visto pasar de la categoría de arroyuelo a la de hermano del Jumna.

Cuando dejé esta orilla, me dirigí hacia un banco de arena que estaba a quinientos metros y tenía el propósito de tomar allí descanso antes de seguir adelante, comprendiendo que la lucha iba a ser muy brava, pues el río me cogía con ambas manos, tirándome de los talones. Pero ¿qué no hace un enamorado? Las estrellas daban muy poca luz, y a la mitad de la corriente sentí en la boca el cosquilleo del deodar. Esa era señal de grandes aguaceros al pie de las colinas y aún más allá, pues el deodar es un árbol muy robusto y no se desarraiga fácilmente de las laderas. Me apresuré a seguir, ayudado por la corriente; pero antes que pudiera poner el pie en el banco de arena, sentí en mi cuerpo y a mi alrededor algo como la palpitación del río. El islote desapareció y yo me encontré en la cresta de una ola tan ancha como el río. ¿Se ha visto el Sahib llevado por el agua, sin poder hacer uso de sus fuerzas ni de su voluntad? Yo sentí que todo el universo era una sola masa de agua enfurecida, y fui arrebatado como una paja. El hombre es un objeto insignificante en el seno de la corriente. Y yo no podía saber entonces que aquélla era la inundación más extraordinaria, pues todavía se habla de ella como de un acontecimiento memorable. Yo estaba paralizado por el miedo, y me sentí llevado como si fuera un tronco de árbol. Iba tendido de espaldas. A mi alrededor subían los gritos desesperados de animales domésticos y de fieras que la corriente arrastraba en extraña confusión. También oí una voz humana que pedía auxilio. Pero comenzó a desprenderse un aguacero, y ya no percibí en la extensión inmensa de la superficie gris, sino el estruendo de los peñascos dentro del oleaje y el ruido del aguacero sobre mi cabeza. Seguí rodando río abajo, y esforzándome por no perder el aliento. Es duro morir en la juventud. ¿Puede el Sahib ver el puente del camino de hierro? Justamente pasan las luces del correo que va a Peshavar. Calculo que en este momento el puente se hallará a tres metros de la superficie del río. En aquella noche, el agua llegó hasta la reja del puente, y yo di en ella con los pies; pero como había muchas ramas y troncos detenidos, el golpe no me hizo daño. Sentía yo la presión del río, como un hombre débil siente la de un hombre fuerte. Pude afianzarme y subir por una de las cadenas de a superestructura del puente, aunque no sin mucho trabajo. ¡El agua, Sahib, pasaba por encima de la vía y ésta se hallaba a más de veinte centímetros bajo la superficie! Por este dato se podrá apreciar cómo vendría el río. Yo estaba aturdido y casi no veía. Me tendí sobre la reja del puente para tomar

aliento.

Pocos minutos después cesó la lluvia, y salieron las estrellas, más brillantes después de la tormenta, que, al parecer, las había limpiado. Vi entonces una extensión ilimitada de agua negra, y que la vía del puente estaba sumergida. Vi también que entre los estribos se habían acumulado grandes troncos y ramas de árboles. A su vez, en éstos se detenían innumerables cuerpos de animales muertos, arrastrados por la corriente. Otros animales que llegaban vivos luchaban para subir a las cadenas. Venían confundidos búfalos y vacas, jabalíes y ciervos, chacales y serpientes. Toda la parte de la izquierda del puente negreaba por la línea de animales detenidos en el obstáculo. La corriente arrebataba a los que por sus dimensiones, o por la posición en que llegaban, podían pasar a través de la jaula del puente.

Volvió a velarse el cielo y la lluvia se desató con fuerza. El río creció todavía más. Yo sentí que el puente se agitaba, como un hombre que, al despertar, se mueve, aún antes de abrir los ojos. No tenía miedo, Sahib. Juro que no tenía miedo, aunque me sentía impotente aún para mover un dedo. Abrigaba la certidumbre de que no moriría antes de ver a mi amada. Pero el frío me calaba, y el puente comenzaba a desprenderse.

El agua se agitó, como cuando va a venir un nuevo golpe de la corriente. El flanco izquierdo del puente se levantó a impulsos de la avenida, y el flanco derecho se sumergió en el agua. i Digo la verdad, Sahib; la verdad de Dios, por estas barbas que llevo! El puente giró, como una lancha de Mirzapore puesta en carena. Así, y no de otro modo.

Yo rodé al agua y detrás de mí se precipitó la onda furiosa del río. Oí su voz y oí el chirrido de la parte central del puente cuando se desprendió de los estribos y se precipitó hasta el fondo. Después no volví a tener noción de lo que pasaba, hasta que me hallé en medio de la corriente. Tendí un brazo para nadar, y mi mano cayó sobre la cabeza enmarañada de un hombre. Aquel hombre estaba muerto, pues nadie sino yo, el Invencible de Barhwi, podía haberse superpuesto en aquella lucha. Sin duda, el hombre había muerto dos días antes, pues noté que estaba hinchado y encenagado. Sí; era un cadáver, y pude apoyarme sin el temor de que me hundiera. Yo empecé a reír, afirmándome en la seguridad de que volvería a verla, ya sin el menor peligro. Enredé el pelo del cadáver en mis dedos, pues me sentía completamente agotado, y así juntos, vivo y muerto, bajamos la corriente. Sin aquel auxiliar, yo me habría hundido, pues tenía ya el frío en la médula, y la carne se me había enjutado hasta formar una sola masa rígida. Pero nada teme quien ha sentido toda la fuerza del río, y yo dejé que éste impusiera su capricho. Llegamos finalmente a una corriente lateral que se dirigía hacia la margen derecha, y yo nadé con los pies para incorporarme en esa derivación. Noté que el cadáver giraba en un remolino, y temí que estuviera a punto de hundirme por el choque de alguna rama. Sentí a la vez en las rodillas el contacto de las hojas del tamarisco, y comprendí por esto que habíamos llegado a las inundadas sementeras. Busqué apoyo entonces, y toqué con los pies el caballón de un campo cultivado. El muerto quedó en un montículo, bajo una higuera, y yo salí del agua lleno de alegría.

¿Sabe el Sahib hasta dónde me arrastró el torrente de las aguas desbordadas?. Pues me arrastró hasta la altura que limita por el Oriente el pueblo de Patira. ¡Hasta allí me llevó! Deposité el cadáver sobre el césped, en atención al servicio que me había prestado, y también por si era necesario utilizarlo de nuevo, e imitando tres veces el grito del chacal, me dirigí al lugar de la cita, en un repecho próximo al establo de la casa del jefe.

Librodot

Mi amor estaba allí, llorando con amargura. Temía que la corriente hubiese arrastrado mi cabaña en el vado. Cuando me vio llegar, con el agua hasta el tobillo, creyó que se aparecía un espectro, y habría huido de mí, si no me hubiera apresurado a estrecharla entre mis brazos. Entonces no era yo un espectro; hoy lo parezco por mis años. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Comprende el Sahib estas expresiones de nuestro idioma? En el idioma del Sahib no tienen significado.

Yo refería a mi amada la destrucción del puente, y ella comenzó el relato diciéndome que sólo un hombre como yo podía haberse atrevido a cruzar el desbordado Barhwi, pues era necesario un esfuerzo superior al de cualquiera otro hombre para desafiar ese peligro. Agregué que yo había visto lo que nadie había visto sin perecer. Asidos de las manos, fuimos a la altura en donde estaba el cadáver. La noche había aclarado, y brillaban las estrellas en el cielo. Mi amada ocultó el rostro entre las manos, diciendo:

—¡Es el cuerpo de Hirnam Singh!

Y yo exclamé:

—¡Amor mío! Este cerdo es más útil muerto que vivo.

Ella repuso, entonces:

—Sin duda, puesto que ha salvado la vida más cara para mí; la de mi amado. De todos modos, no debe quedar aquí el cadáver, porque sería una afrenta para mí.

El cadáver, en efecto, estaba a menos de un tiro de escopeta de su casa. Yo lo empujé con ambas manos, diciendo:

—Hirnam Singh, Dios ha pronunciado su sentencia entre los dos, y ha permitido que tu sangre no caiga sobre mi cabeza. Si te agravio privándote del beneficio de la ghar funeraria en que habría de arder tu cuerpo, compóntela con los cuervos del campo.

Y lo eché a la corriente, que se lo llevó. Su espesa barba flotaba sobre la superficie del río, como asoma la cabeza del sacerdote cuando se inclina en el púlpito. Hirnam Singh desapareció para siempre de mi vista.

Mi amada y yo nos separamos antes que despuntase la aurora, y entonces me encaminé hacia una parte de la espesura que no estaba cubierta por la inundación. La luz del día me reveló toda la extensión de lo que yo había ejecutado en las sombras. Sentí como si los huesos se me desprendiesen de la carne, pues medí con la vista dos kos de aguas rabiosas entre el pueblo de Patira y los árboles de la otra margen. En medio de la corriente, los estribos del puente derruido asomaban como fragmentos de dientes en las encías de un anciano. Sobre la superficie del río no se veía un solo ser con vida; no había pájaros ni barcas; no había sino cadáveres de hombres, bueyes y caballos ahogados. El agua del río estaba más enrojecida que la sangre que mana de las arcillosas laderas. Jamás había visto un río como aquél, ni lo he visto después en todos los años de mi larga vida. ¡Ningún hombre, Sahib, puede contar algo semejante! Aquel día no pude volver a esta ribera. Si me hubieran ofrecido todas las tierras del jefe, no habría aventurado la travesía, que sólo puede emprenderse cuando las sombras de la noche ocultan el peligro. Subí un kos por la margen hasta la casa del herrero, a quien pedí hospitalidad diciéndole que la inundación me había arrebatado de mi cabaña. Siete días permanecí al lado de aquel hombre, hasta que pasó el río una lancha para recogerme. En mi casa no había tejado, ni muros, ni pavimento. Lo único que de ella quedaba era una ligera mancha de barro. Esto dará idea de la extensión que tomó la corriente.

Estaba escrito que yo no muriera ni en mi casa derruida, ni en el corazón del Barhwi,

ni en el puente, pues Dios me envió el cadáver de Hirnam Singh, muerto dos días antes, en condiciones que yo desconozco. Hace veinte años que Hirnam Sing está en los infiernos, y el recuerdo de aquella noche ha de ser la flor de su tormento.

¿Oye el Sahib? Ha cambiado la voz del río. Va a dormir antes que amanezca. Falta una hora para que despunte el día. Cuando luzca el sol, volverá otra vez la corriente. ¿Cómo lo sé? ¿He estado por ventura treinta años en este vado sin aprender a interpretar lo que dice la voz del río, como el padre conoce la voz de su hijo? Cada vez habla con menos furor. Juro que no habrá peligro durante una o dos horas. No; de la mañana no respondo. ¡Pronto, Sahib! vaya a llamar a Ram Pershad. No retrocederá. ¿Está el equipaje bien atado y bien cubierto en su lona embreada? ¡Oye, mahout, cabeza de cieno! ¡El elefante para el Sahib! Y di a los del otro lado que nadie pasará después que amanezca.

¿Dinero? No, Sahib. No soy de ésos. No; ni para los dulces de los niños. Mi casa —¿lo ve el Sahib?— está vacía. Yyo soy un viejo.

¡Adentro, Ram Pershad! ¡Adentro! ¡Adentro! ¡Adentro! Buen viaje, Sahib.

EN LA MURALLA

Entonces ella los hizo descender con una cuerda por la ventana; porque su casa estaba a la pared del muro y ella vivía en el muro.

(El Libro de Josué, cap. II, pág. 15. Antigua versión autorizada por Cipriano de Valera.)

I

La joven Lalun pertenece a la más antigua de las profesiones. Su verdadera abuela fue Lilith, aquella que, como lo sabe todo el mundo, vivió antes que Eva. Los occidentales dicen cosas muy rudas acerca de la profesión de Lalun, y dan conferencias, y escriben folletos, y distribuyen esos folletos entre los jóvenes para que la santa moral quede incólume. Pero en los pueblos del Oriente la profesión es hereditaria: la madre se la trasmite a la hija; nadie da conferencias, nadie imprime folletos, nadie se preocupa por ese problema, o más bien dicho, no hay problema. Todos estos hechos demuestran de una manera palmaria que el Oriente es incapaz de gobernarse a sí mismo.

El verdadero marido de Lalun, pues hasta las damas de la profesión de Lalun tienen marido en el Oriente, era un corpulento azufaifo, es decir, un árbol. La mamá, que se había casado con un higuerón, gastó nada menos que diez mil rupias en el matrimonio de Lalun, y ésta recibió las bendiciones de cuarenta y siete sacerdotes de la propia iglesia. Para dar mayor realce a la ceremonia, la señora distribuyó cinco mil rupias entre los pobres. Tal era la costumbre de la tierra. Nadie puede poner en duda las ventajas de tener por esposo a un azufaifo; pues, en primer lugar, el árbol no se queja de heridas en el amor propio, y es, además, de aspecto muy imponente.

El marido de Lalun vivía en la llanura, fuera del recinto amurallado de la ciudad, y la casa de Lalun estaba en el muro del lado oriental, frente al río. Una persona que se cayera de la repisa que había en la ventana de Lalun, tendría que descender diez metros por lo

Librodot

menos para llegar al plan del foso que rodea las fortificaciones.

Pero si, en vez de caer esa persona, mirara en torno suyo cuanto abarca la vista, podría contar todo el ganado vacuno de la ciudad cuando lo llevan al abrevadero; podría seguir las peripecias del criket que juegan los estudiantes del colegio oficial; podría deleitarse contemplando los árboles y el césped que amenizan las márgenes del río; podría ver sus anchísimas y desnudas ramblas; podría admirar allá, en una lejanía esfumada por los vapores de la cálida tierra, una faja de las nieves del Himalaya.

Wali Dad permanecía largas horas en la repisa de la ventana de Lalun, admirando el paisaje. Wali Dad era un joven mahometano atacado de aguda dolencia, consistente en una educación de la variedad importada por Inglaterra. Y él lo sabía. Su padre lo envió a una escuela de misioneros para que aprendiera la sabiduría, pero Wali Dad absorbió esta sustancia en cantidades fabulosas. Su padre y los misioneros no sospechaban que pudiese caber tanta sabiduría dentro del espíritu de un joven. Al morir el padre de Wali Dad, éste quedó dueño y árbitro de sus actos, y empleó dos años en experimentar todos los credos de la tierra y en leer cuanto libro inútil se ha impreso.

Después de haber pretendido en vano hacerse miembro de la Iglesia Católica Romana y adepto del protestantismo presbiteriano, las dos cosas a la vez, descubrió a Lalun, y fue desde entonces el más constante de sus poco numerosos admiradores. Debe decirse que la tentativa de entrar a la vez en dos iglesias, le valió la más agrias recriminaciones por parte de los misioneros, incapaces de comprender las íntimas dudas y perplejidades de Wali Dad.

Físicamente, Wali Dad era tal, que un artista inglés se habría vuelto loco por un modelo semejante para pintarlo en un medio de inverosímil exotismo. La menos exaltada de las novelistas habría dedicado novecientas páginas a la descripción de la fisonomía de Wali Dad. Sin caer en exageraciones, podemos decir que era un joven mahometano de buena cuna, de cejas bien trazadas a pincel, de nariz fina, de pies no largos y de manos pequeñas, y que tenía una gran expresión de desencanto en la mirada. La fuerza de los veintidós años había poblado sus mejillas con una barba que él cultivaba, peinándola *y* perfumándola, asidua *y* delicadamente. Su vida se dividía en dos partes: la primera de ellas estaba consagrada a pedirme libros prestados. La segunda, tenía por único objeto adorar a Lalun en la repisa de la ventana. Su amor le inspiraba canciones y algunas de las coplas que hizo para celebrar la belleza de Lalun son todavía populares en toda la ciudad, desde la calle de las Carnicerías hasta el barrio de los Caldereros.

Una de esas canciones, la más dulce, dice que la belleza de Lalun inquieta al Gobierno británico, y que éste ha perdido la serenidad desde que Lalun impera con sus gracias. Así se canta la romanza en las calles de la ciudad; pero si la examináis atentamente, con espíritu filológico, veis que la canción es todo un manifiesto político, y que la clave de su significación está en un juego de palabras. El autor habla de corazón, belleza y paz del alma; el Gobierno ha perdido la paz del alma por la belleza de Lalun, y ésta lleva zozobras a su corazón. Pero bajo el sentido aparente, encontramos: «Por causa de la sutileza de Lalun y de sus artificios, los funcionarios del Gobierno sufrieron muchas tribulaciones, y no pocos hombres han perecido.» Esto explica tal vez que cuando Wali Dad entona su melodía, los ojos del cantor brillen como brasas, y que Lalun, reclinándose en sus almohadones, arroje una lluvia de jazmines sobre su poeta.

Es necesario, ante todo, explicar algo que se relaciona con el supremo Gobierno, que

es en la apariencia y en la realidad, por fuera y por dentro, por delante y por detrás, al factor decisivo de los acontecimientos de nuestra historia. Vosotros conocéis a muchos caballeros muy respetables que llegan de Inglaterra, permanecen dos o tres semanas en la India, dan un paseo en torno de la Gran Esfinge de las Llanuras, y toman la pluma para escribir sobre sucesos y personas, sobre costumbres y sobre cuanto les viene en gana, según las inspiraciones de su ignorancia. Como consecuencia de estos libros, el mundo entero se cree informado sobre la conducta del supremo gobierno. Pero si examinamos las cosas a fondo, vemos que nadie, ni el propio Gobierno supremo, sabe una palabra acerca de la administración del Imperio. Cada año envía Inglaterra tropas de refresco para que sostengan esa línea de fuego llamada Servicio Civil de la India. Los reclutas mueren o se matan por exceso de trabajo, o si no mueren ni se suicidan con su actividad, quedan hechos una miseria o inutilizados del todo, sin esperanza de recuperar las fuerzas y de rechazar la vida. Los aniquila por completo la hercúlea tarea de proteger al país contra la muerte y la epidemia, contra el hambre y la guerra, a fin de que algún día pueda sostenerse por sí mismo. Este día no llegará, pero la idea no carece de encanto, y a esta idea se sacrifican millares de hombres, logrando que avance la obra de mejoramiento, ya con la fuerza, ya con el halago, ya con la acritud, *ya* con la dulzura. Cuando después de tanta fatiga se obtiene algún resultado, el indígena es quien recibe los elogios y para-bienes, mientras el inglés da un paso atrás y se limpia el sudor de la frente; pero sí, en vez de que se alcancen resultados satisfactorios, sobreviene algún fracaso, el inglés da un paso hacia adelante, y para él son todas las censuras. Este exceso de ternura alimenta la fe robusta que tienen muchos indígenas en sus aptitudes para gobernar el país, y esta fe es compartida por no pocos británicos de gran patriotismo, sólo porque la teoría ha sido expresada en un inglés correcto y adornada, con los colores de los últimos adelantos políticos.

Hay también personas que, aún cuando ineducadas, son capaces de visiones y ensueños, y estas personas quieren también gobernar según sus ideas, que son las de una administración con salsa roja. Es imposible que no haya gente de esa clase en una población de doscientos millones, y si no se les va a la mano, los que tal creen pueden causar muchos males, llegando con ellos a romper ese gran ídolo llamado Pax Britannica, que si hemos de creer a los periódicos, vive entre Peshavar y el cabo Comorín. Si mañana viniera el día de la sentencia irrevocable del Destino, veríamos al supremo Gobierno «tomando medidas para calmar la excitación pública», y poniendo centinelas en los cementerios a fin de que los muertos no salten tumultuosamente de sus tumbas. Un funcionario civil de pocos años y de escasa experiencia mandaría aprehender a Gabriel, asumiendo toda la responsabilidad, si el Arcángel no le presentara la licencia del comisario de Policía, «para sacar música y otros ruidos», como rezan esos documentos.

Por lo dicho será fácil ver cómo les iría a los simples mortales en manos del supremo Gobierno durante un tumulto. Y así es. No hay señales visibles de excitación; no se nota confusión; nadie sabe una palabra, pero el Gobierno pega. ¿Hay razones suficientes? Una vez pesadas y aprobadas éstas, la máquina se pone en movimiento, y el soñador y visionario queda segregado de sus amigos. El supremo Gobierno le otorga su hospi-talidad, sin que por lo demás se le impongan restricciones dentro del límite asignado a sus movimientos. Una cosa sí se le prohibe terminantemente: comunicarse con otros visionarios y soñadores. Cada seis meses el supremo Gobierno da fe de que el soñador

existe, y de que se mantiene en buena salud. Nadie protesta contra la detención, porque los pocos que tienen noticia de ella temen revelar una amistad peligrosa; ningún periódico «investiga el caso» ni organiza demostraciones, porque los periódicos de la India se ríen del proverbio que asigna a la Pluma un poder superior al de la Espada, y caminan con mucha cautela.

Dicho lo anterior, ya estáis en condiciones de inferir cuáles podían ser las relaciones entre el vaso de mistela educativa llamado Wali Dad y el supremo Gobierno.

Pero no hemos descrito a Lalun. Según la opinión de Wali Dad, para describirla sería menester un millar de plumas de oro y una tinta almizclada. Ha sido comparada con la luna, con el lago del Dil Sagar, con la esquizada codorniz, con la gacela, con el sol en el desierto de Kutch, con la aurora, con las estrellas y con los retoños del junco. Estas comparaciones implican que su belleza es soberana, según los valorantes de los indígenas, idénticos, por otra parte, a los del mundo occidental. Sus ojos son negros, *y* es negro su cabello, *y* son negras sus cejas como dos gusanillos de la tierra húmeda; su boca es pequeña y dice frases ingeniosas; sus manos son pequeñas y han atesorado mucho dinero; sus pies son pequeños y han tenido por alfombra los corazones de muchos hombres. Pero como dice Wali Dad:

—Lalun es Lalun, y quien dice esto ha pronunciado la primera palabra que hay en el Libro del Saber.

La casa de la muralla tenía tales dimensiones, que apenas cabían en ella Lalun, su doncella y un gato con un collar de plata. En el recibimiento había una araña de cristal cortado. Un nabab menguado le había hecho ese regalo de mal gusto, y Lalun tuvo que colgar el manojo de prismas en el techo del recibimiento. El piso de la estancia estaba labrado con chunam y tenía la blancura de leche cuajada. En uno de los testeros había una ventana de madera tallada, con rejas. Todo el recibimiento estaba mullido de cojines y de gruesas alfombras. Lalun tenía una estera especial, muy pequeña, para su huqa de plata, toda tachonada de turquesas. Wali Dad era una parte integrante del recibimiento, tanto como la misma araña de cristal cortado. Ya he dicho que su puesto fijo estaba en la repisa de la ventana. Allí meditaba sobre la Vida, la Muerte y Lalun. El último tema era el que más le absorbía.

Los jóvenes de la ciudad encaminaban sus pasos a la puerta de Lalun, y no tardaban en retirarse, pues Lalun era una joven muy reconcentrada en sus pensamientos, de palabra poco pródiga, y sin afición a orgías que acababan siempre en riñas.

—Si nada valgo, no merezco el honor de estas fiestas. Si valgo, son indignas de mí.

Y los despedía con esta frase malévola.

En las noches largas y calientes de los últimos días de abril y de los primeros de mayo, acudía toda la ciudad a la casa de Lalun para fumar y recrearse con la conversación. El Shiah, de rostro severo; el Sufi, que ha perdido la fe en el Profeta y que apenas si cree en Alá; el Pundit, de negro traje, espejuelos en la nariz y sabiduría indigesta en la caja craneana; el sacerdote indo, de paso para las ferias de los Estados centrales; el barbado juez de barrio; el Sikh murmurador, que conoce los últimos escándalos del Tempo de Oro; el sacerdote fronterizo de roja esclerótica y de roja conjuntiva, con inquietud de lobo enjaulado y verbosidad de cuervo; el bachiller altivo y voluble: tales eran las muestras de los componentes de la asamblea reunida tarde a tarde en el salón blanco de Lalun. Wali Dad escuchaba las conversaciones desde la repisa de la ventana.

—El salón de Lalun es ecléctico—o eléctico—; ignoro cómo se dice. No hay reuniones tan variadas conic éstas, sí se exceptúan las de las logias masónicas. En una de aquellas reuniones fue donde hablé con un judío: un Yahoudi.

Y al decirlo escupió sobre el foso de la ciudad, formulando a la vez una excusa por la exteriorización de sus sentimientos nacionales.

—He perdido mi fe—dijo, y me enorgullezco de ello; pero, por más que hago, no puedo dejar de odiar a los judíos. Lalun no les da cabida en su casa.

—¿Pero cuál es el crimen de esos hombres?—pregunté.

—Son la maldición de nuestro país—contestó Wali Dad—. Hablan. Son como los atenienses, ávidos de noticias. Las dan y las reciben con gusto. Pregunte usted a la Perla. Ella le suministrará a usted una prueba de todo lo que sabe, no sólo de la ciudad, sino de la provincia. Lalun lo sabe todo.

—Lalun—dije yo al azar—, ¿cuándo estará en Agra el Regimiento ciento setenta y cinco?

Lalun hablaba con un caballero curdo que había llegado no se sabía de dónde.

—No partirá—contestó Lalun, sin volver la cara—. Se ha dado orden para que en lugar del ciento setenta y cinco emprenda la marcha el ciento diez y ocho. El otro irá a Luknow dentro de tres meses, a menos que se reciba otra orden.

—Y así es—dijo Wali Dad, sin la menor sombra de duda—. ¿Pueden ustedes, con todos sus telegramas y periódicos, saber más de lo que sabe Lalun? Ella sabe cuanto pasa. Y siempre da las noticias con oportunidad.

Wali Dad prosiguió hablando así:

—Diga usted, amigo mío, ¿el Dios occidental ha castigado a algunas de las naciones europeas por el crimen de parlanchinería en los bazares? La India ha pasado siglos y siglos ocupada en la estéril murmuración, y no ha dejado esos lugares, donde pierde el tiempo, sino cuando llegan los soldados y la arrojan de allí. Tal es la causa de que se encuentre usted en este país, y de que no esté en el suyo muriéndose de hambre. Yo, por mi parte, aquí donde usted me ve, no soy tal mahometano; yo soy un producto... un producto maldito. Por culpa de usted y de los suyos, he llegado a no poder construir una frase sin veinte citas de autores europeos.

Se dirigió a la huqa y ya con ternura, ya con el tono grave de la reflexión, habló de sus muertas esperanzas juveniles. Wali Dad era un pesimista que no perdonaba coyuntura para deplorar algo: unas veces era la condición de su patria, sobre cuyos destinos no abrigaba ilusiones; otras, la pérdida de su fe religiosa; otras, su incomprensión de los ideales europeos.

Lalun ocupaba el polo opuesto. Jamás pronunciaron sus labios una lamentación como las del joven Wali Dad. Tocaba melodías muy ligeras en su sitar, y era la más reconfortante de las impresiones oírla cantar aquel Pavo, pavo, pavo real; grita, pavo, grita más.

Lalun conocía todas las canciones oídas en la India, desde los himnos guerreros del Sur, que llenan a los ancianos de resentimiento contra los jóvenes y a los jóvenes de cólera contra el Estado, hasta las romanzas de. Norte, en las que oís chasquidos de espadas, penetrante: como el grito del milano furioso, cuando no muere aún e, rumor de un beso; esas romanzas en que veis los alúde: guerreros por las gargantas de las montañas, y la escena desgarradora en que el amante se desprende de los brazos de la

tierna doncella, lanzando al aire una queja que os traspasa el corazón.

La ciencia de Lalun y su habilidad no se limitaban a estas cosas. Preparaba el tabaco para la huqa, que, alimentada por su manos pequeñas, despedía el mismc aroma que os halaga cuando trasponéis las puertas del Paraíso. Y en verdad pisabais el umbral de la dicha cuando Lalun os dirigía una sonrisa junto a la huqa. Bordaba cosas extrañas, hechas de plata y oro. Y si la luna filtraba sus rayos por la ventana del recibimiento, Lalun bailaba con una suave cadencia.

La linda Lalun conocía los corazones de los hombres, y conocía el corazón de la ciudad. Ella sabía cuáles eran los maridos buenos y los malos. Ella podía decir muchos secretos de las oficinas públicas que no conviene revelar aquí.

Nasiban, la doncella de Lalun, aseguraba que las joyas de ésta valían, por lo menos, diez mil libras, y que no era remoto el peligro de que un ladrón penetrase en la casa y matase a su ama para robarla; pero Lalun se reía de estos temores, pues todos los ladrones sabían que si alguno de ellos cometía tal crimen, la ciudad en masa se levantaría para descuartizar al culpable, miembro a miembro.

Tomó la sitar y, sentándose en la repisa de la ventana, cantó una antigua canción. Esa canción había sido oída en un campamento la víspera de una gran batalla. La había entonado una muchacha que tenía la misma profesión de Lalun. Sí; fue la víspera de aquel día memorable en que el vado del Jumna vio las aguas enrojecidas por la sangre; cuando Silvayi corrió cuarenta kilómetros hasta llegar a Delhi, llevando un caballo detrás del que montaba, y una Lalun en el arzón de la silla.

La canción era un Laonee maharata. Hablaba de las fuerzas que conducía Chimnayi frente al Peishava; aquellas fuerzas de los hijos del Sol y del Fuego que huyeron poseídas de pánico. Luchaban con ellas los libres jinetes que empuñan espada y se ciñen el turbante rojo; la juventud guerrera que gana la soldada exponiendo diariamente la vida.

—Ya oye usted—me dijo en inglés Wali Dad—; ya oye usted que exponen la vida... Pero gracias al Gobierno británico, tenemos segura la existencia.

Y agregó con expresión malévola:

—También, gracias a los elementos de educación que están a mi alcance, yo podría ser un miembro distinguido de la administración local y, andando los años, sentarme en un escaño del Consejo legislativo.

—No quiero que se hable inglés—dijo Lalun, inclinándose sobre su sitar para entonar otra copla.

Lalun cantó, y las notas repercutían en la casa, situada en el muro de la ciudad, y hasta en los negros paredones de la fortaleza de Amara, que con su mole domina todo el recinto. ¿Quién podría decir la extensión de ese castillo? Hace muchos centenares de años fue construido bajo el reinado sucesivo de tres monarcas.

La gente cree que tienen muchos kilómetros las galerías subterráneas de aquella posición estratégica. Sea cual sea la extensión del fuerte Amara, el hecho es que lo pueblan muchos espectros, algunas baterías y una compañía de infantes. Antaño lo custodiaban diez mil hombres y en los fosos había constantemente un gran número de cadáveres.

—Exponiendo diariamente la vida—canturreaba Wali Dad.

Una cabeza asomó por la plataforma del castillo Era la cabeza cana de un anciano. Al mismo tiempo un¡ voz ruda, como la piel de cachalote que guarnece L empuñadura de

una espada, hizo eco a las palabras d, Wali Dad, y entonó entonces una canción que yo no pude entender. Lalun y Wali Dad la escuchaban con profunda atención.

—¿Qué canto es ése?—pregunté—. ¿Quién es aque hombre?

—Ése es un hombre de principios—contestó Wali Dad—. Os combatió en el cuarenta y seis, siendo un joven guerrero; volvió a combatirlos en el cincuenta y siete, e intentó hacerlo, una vez más, en el setenta y uno; pero en esa época ya sabíais a maravilla el arte de pulverizar a vuestros enemigos. Hoy es un anciano; pero, así y todo, volvería a la lucha si pudiera.

—¿Entonces es un Wahabi? Y, si lo es, ¿cómo contesta a una laonee Maharata... o Sickh?

—No sé por qué lo hace—contestó Wali Dad— Acaso ha perdido su religión. Tal vez desea que le hagan rey. Por lo demás, yo ignoro su nombre.

—Es una mentira, Wali Dad. Si usted conoce su carrera, ¿cómo ignora su nombre?

—Es verdad. Pertenezco a una nación de embusteros. Prefiero no decir el nombre de ese individuo. Averígüelo usted.

Lalun acabó su canto, y señalando con el dedo hacia el fuerte dijo, con toda naturalidad:

—Khem Singh.

—¡Um!...—exclamó Wali Dad—. La Perla es una necia.

Yo traduje a Lalun lo que decía Wali Dad. Ella se rió, y habló de este modo:

—Yo digo lo que me parece conveniente decir. Tuvieron prisionero a Khem Singh en Burma. Estuvo allí muchos años, hasta que cambió de ideas, tal fue la bondad con que le trató el Gobierno. En vista de esto, le permitieron volver a su país para que lo viera antes de morir. Es un anciano, pero la vista de su país le refrescará la memoria, y, además, hay muchos que no olvidan a ese hombre.

—Es una supervivencia muy interesante—dijo Wali Dad, acercándose a la huqa—. Viene a un país saturado de educación y de reformas políticas, si bien es verdad que muchos lo recuerdan aún, como dice la Perla. En su tiempo fue un gran hombre. No habrá en toda la India otro que le supere. Todos desde la infancia aprenderán el arte de la cortesanía y de la adoración de los dioses extraños, y todos alcanzarán la suprema honra de ser ciudadanos, conciudadanos, ilustres conciudadanos. ¿No dicen así los periódicos de los indígenas?.

Wali Dad parecía estar muy malhumorado. Pero Lalun sonreía, asomándose a la ventana y viendo en lontananza la leve niebla del polvo. Yo salí de la casa con el espíritu concentrado en la figura de aquel Khem Singh, que había sido un héroe al frente de un millar de secuaces y que a estas horas tendría un principado a no mediar la intervención del mencionado supremo Gobierno.

II

Sucedió que el capitán comandante del fuerte Amara había pedido una licencia, y que su segundo, el teniente, había ido al club, en donde lo encontré aquella tarde. Al vernos, le pregunté si era verdad que entre las curiosidades de la fortaleza figuraba un preso político. El teniente, que por primera vez se veía al frente de una guarnición, no podía llevar en silencio tanta gloria, y encontró de perlas la ocasión que yo le proporcionaba

para hablar sobre sus funciones políticomilitares.

—Sí—dijo—. Acaba de enviárseme un hombre que viene de la frontera. Llegó hará una semana. Es todo un caballero, quienquiera que él sea. Yo he hecho cuanto he podido para aliviar su situación. Le puse dos asistentes le di vajilla de plata. En suma, se le ha proporcionado lo que él quería; esto es, cuanto puede tener un oficial indígena. Tal me parece, y lo trato de Subadar Sahib. Así me pongo en el justo límite. «Vea usted, Sudabar Sahib-le dije—: usted ha sido confiado a mi autoridad y yo soy oficialmente su guardián. Pero yo no quiero que usted sufra molestias, y usted, a su vez, debe facilitar el cumplimiento de mis deberes. Toda la fortaleza está a las órdenes de usted, desde el asta de la bandera hasta el foso; me consideraré muy feliz si puedo ofrecerle una franca hospitalidad; pero es preciso que usted no se aproveche de ella para fines políticos. Empéñeme usted su palabra de que no intentará evadirse, Subadar Sahib, y yo, a mi vez, se la doy de que no sufrirá los rigores de una vigilancia excesiva.» Yo pensaba que el mejor medio de asegurarme de él era hablarle con claridad, y así fue, se lo digo a usted con toda confianza, amigo mío. El viejo empeñó su palabra, y pudo pasearse por la fortaleza, tan contento como un cuervo desalado. Está dominado por una curiosidad insaciable. Todo le interesa, y no cesa de hacer preguntas sobre el sitio en que se encuentra y sobre sus alrededores. Yo firmé una hoja de papel azul, que era el recibo del preso, y desde que firmé ese papel soy el único responsable en caso de evasión. Es curioso, muy curioso, esto de tener que vigilar a un viejo que podría ser nuestro abuelo. Venga usted un día a la fortaleza y conocerá a ese hombre.

Por causas que después verá el lector, yo no fui a la fortaleza durante el tiempo en que Khem Singh estuvo confinado en ella. No conocía de él sino la cabeza cana que vi desde la casa de Lalun, y la voz bronca que respondió a los acentos de la cancion maharata. Pero supe por los indígenas que el viejo se asomaba diariamente a la terraza del castillo y que desde allí veía las campiñas. Su memoria, contaban, volvía con la vista de sus patrios valles, y con la memoria renacía en su corazón el odio a los ingleses, pues las heridas de ese corazón no habían cicatrizado en la lejana Burma. Desde el alba hasta el mediodía y desde la tarde hasta la noche se paseaba en la parte occidental del castillo, agitando vanos deseos en su corazón y entonando canciones guerreras cuando oía la voz de Lalun en la casa de la muralla. Cuando sus relaciones con el teniente se hicieron más íntimas, el viejo habló abiertamente de las pasiones que habían sido su tormento.

—Sahib—decía, dando con el bastón en el parapeto—, cuando yo era joven formaba parte de los veinte mil que salían de la ciudad y cabalgaban por esas llanuras. Yo mandaba cien hombres, Sahib. Después mandé mil. Después mandé cinco mil. Y ahora...

Sin concluir la frase, extendía la mano para señalar a los dos asistentes que seguían.

—Pero soy el mismo. Si yo pudiera, degollaría a cuanto Sahib haya en el universo. Sujéteme, Sahib; porque si usted no me custodia bien, yo volveré al lado de los que me seguirían. Llegué a olvidarlos durante mi residencia en Burma; pero hoy, que vuelvo a mi patria, la memoria renace y yo me siento el mismo de otros tiempos.

—¿Pero olvida usted que ha empeñado su palabra de honor y que, conforme a ella, usted no me obligará a ejercer rigores que no deseo?

—Sí, yo estoy obligado; pero con usted, sólo con usted, Sahib. Estoy obligado con usted porque es un hombre suave. Cuando me llegue la vez, ni colgaré a usted ni le pasaré a cuchillo.

—Mil gracias—dijo el teniente.

Y contemplaba la batería, considerando que en media hora de bombardeo quedaría pulverizada la ciudad.

—Vamos a nuestros alojamientos—agregó el teniente—. Hablaremos después de la comida.

Khem Singh se arrellanaba en su cojín, a los pies del teniente, bebiendo grandes sorbos de aguardiente aromatizado con granos de anís. Contaba anécdotas extrañas del castillo de Amara, que fue alcázar en tiempos remotos. Hablaban de Begumas y de Rani, tortura das en aquel mismo salón que servía de refectorio para la oficialidad. Refería episodios de Sobraon, que llenaban de orgullo nacional a su interlocutor y custodio. Describía el levantamiento de Kuka, que despertó tantas esperanzas y que era conocido de antemano por cien mil personas; pero jamás hablaba del *57*, porque era huésped del teniente y el 57 es una fecha de la que no quieren hablar ni los blancos ni los de color. Sólo una vez, y eso afectado por el aguardiente con anís, dijo el anciano:

—Respecto a los hechos ocurridos entre los de Kuka, yo diré a usted, Sahib, cuánto nos maravilló que ustedes hubieran parado el golpe, y que, habiéndolo parado no convirtieran todo el país en una inmensa prisión. Se me dice que ustedes honran a los de nuestra tierra, y que con sus propias manos están destruyendo el Terror de su Nombre, roca en que se funda su defensa. Esto es absurdo. ¿Pueden mezclarse el agua y el aceite? En el cincuenta y siete...

—Todavía no había yo nacido. Subadar Sahib—dijo el teniente.

Khem Singh se retiró a su alojamiento haciendo eses.

Yo estaba al tanto de todas esas conversaciones por las que el oficial tenía conmigo en el club. Naturalmente, aumentaba mi deseo de ver a Khem Singh; pero Wali Dad, sentado en la repisa de la venta de Lalun me decía que sería crueldad hacer aquella visita. Y Lalun extrañaba que yo prefiriese las canas de un viejo shikh a la tertulia de su casa.

—Aquí hay tabaco, aquí hay conversación, aquí hay muchos amigos y se comenta cuanto pasa en la ciudad. Sobre todo, aquí estoy yo. Yo le contaré a usted cuentos y le cantaré canciones, y Wali Dad le dirá al oído muchas necedades en inglés. ¿Es peor esto que ver a la fiera enjaulada del castillo? Vaya usted mañana, si ha de ir; pero hoy no, pues aguardo muchas visitas y hablaremos de cosas que serán maravilla.

Aquel mañana no llegó jamás. A las últimas lluvias, con sus calores, sucedieron las escarchas de los primeros días de octubre. ¡Yyo no me había dado cuenta de que el año corría a su fin! Entre tanto, el capitán comandante del castillo volvió a hacerse cargo del punto, por haber terminado su licencia, y Khem Singh quedó, por lo mismo, bajo su custodia. Ese capitán no era un sujeto muy amable. Llamaba negros a los indígenas, lo que era una grosería y prueba de su extrema ignorancia.

—¿Para qué tener a dos hombres ocupados en el servicio de ese viejo negro?— preguntó el capitán.

—Creo que su vanidad quedará muy satisfecha—contestó el subalterno—. Yo he dicho a los dos soldados que le dejen solo; pero él anda siempre con ellos considerando que se le dan como tributo a su importancia.

—Los soldados de línea no son para montar guardia en esta forma. Que los sustituyan don indígenas. —¿Dos sickhos?— preguntó el teniente, levantando los ojos con extrañeza.

—Sickhos, dogras, pathanes o lo que sean, ¿qué diferencia hay entre unos y otros? Todos son una misma casta de bichos, negros y repugnantes.

Las primeras palabras que el capitán dirigió a Khem Sing fueron duras e hirieron la susceptibilidad del viejo Sahib. Quince años antes, cuando se le aprehendió por la segunda vez, todos le miraban como si fuera un tigre, y él sentía el halago de esas manifestaciones. Pero olvidaba que la tierra gira constantemente, y que, en quince años, muchos que eran simples subalternos ascienden a capitanes.

—¿Todavía manda aquí el capitán cerdo?—preguntaba Khem Singh todas las mañanas a los dos soldados indígenas de su guardia.

Y los indígenas, en atención a la edad y distinción del prisionero le decían:

—Sí, Subadar Sahib.

Ninguno de los dos sabía quién era el que les hablaba.

III

Por aquellos días la tertulia del saloncito blanco de Lalun era siempre numerosa y más animada que nunca.

—Los griegos—decía Wali Dad, que no cesaba de pedirme libros—, y hablo especialmente de los habitantes de la ciudad de Atenas, siempre ávidos de noticias y dispuestos a transmitirlas, tenían bajo secuestro a sus mujeres, que eran unas necias. De allí nació la institución gloriosa de las mujeres heterodoxas—¿no se dice así?—, o sea de las mujeres amenas y no tontas. Los filósofos griegos se encantaban en la sociedad de esas mujeres. Dígame usted, amigo mío: ¿cómo anda eso ahora en Grecia y en otros países del continente europeo?

—Wali Dad —contesté—: ustedes nunca nos hablan de las mujeres de su nación y nosotros no les hablamos de las nuestras. Esa es una línea de separación.

—Efectivamente—dijo Wali Dad—; es curioso que nuestro punto de contacto sea la casa de una... ¿cómo la llama usted?

Y señalaba con su pipa a Lalun.

—Lalun es Lalun—le contesté, y decía yo la verdad—; pero si usted se clasificaray se dejara de soñar sueños...

—Me pondría levita y pantalones. Sería un gran orador mahometano. Se me recibiría en las partidas de tenis de la autoridad política, en las que los ingleses se ponen de un lado y los indígenas del otro, para fomentar así las relaciones sociales entre los habitantes del Imperio. Vida de mi corazón—añadió con ímpetu, dirigiéndose a Lalun—, el Sahib dice que debo abandonarte.

El Sahib dice constantemente las cosas más carentes de sentido—contestó Lalun, riendo—; en esta casa yo soy la reina y tú eres el rey. El Sahib —y al decir esto cruzó los brazos detrás de la cabeza y se puso reflexiva—, el Sahib será nuestro visir—tuyo y mío, Wali Dad—, por haber dicho que debes abandonarme.

Wali Dad prorrumpió en una carcajada explosiva, y yo reí también.

—Pues que así sea—dijo él—. Amigo mío, ¿quiere usted aceptar ese empleo lucrativo? Lalun, di cuánto se la habrá de pagar.

Lalun había comenzado a cantar y no hubo medio de que ella o Wali Dad dijesen una

palabra puesta en razón. Cuando ella dejaba de cantar, él recitaba poesías árabes, esmaltadas de equívocos, a razón de tres en cada dos versos. Algunos de estos retruécanos eran del gusto más refinado, pero todos ellos contenían un gran fondo de ingenio. La justa literariomusical no terminó sino cuando un señor muy corpulento, vestido de negro y con lentes de oro, solicitó una audiencia de Lalun para un asunto que a ella pareció muy serio. Wali Dad me llevó un jardín de grandes rosales, y a la luz dudosa de la noche, me dijo cuantas herejías se le ocurrieron sobre la Religión, el Gobierno y el destino del hombre.

Estaba celebrándose el Mohurrum, o sea la gran fiesta funeraria de los mahometanos, y lo que Wali Dad me dijo sobre el fanatismo religioso habría justificado su expulsión de la secta muslímica menos exigente en materias de dogma. Turbando la quietud del jardín, sombreado por los espesos rosales e iluminado por las lejanas estrellas, llegaban a nuestros oídos los redobles de tambor que sonaban en la celebración del Mohurrum. Para haceros cargo de las cosas, deberéis saber que la ciudad está dividida por partes casi iguales entre indos y musulmanes, y representados como están los dos credos por hombres de gran pugnacidad, es natural que toda festividad religiosa ocasione serias perturbaciones. Siempr que pueden —lo que quiere decir cuando las autoridade llevan su complacencia hasta la debilidad—, los indos se las componen para que alguna de sus festividades, aun que sea de las menos sonadas, coincida con la de sus rivales, a fin de que los mahometanos encuentren algún obstáculo para conmemorar a sus mártires Hasan y Hasaín, los héroes de Mohurrum. Los mahometano organizan una procesión en la que acompañan, gritando y gimiendo, las tumbas de sus héroes, figuradas en papel y conducidas en angarillas. Estas fingidas tumbas tienen el nombres de tazias. La Policía señala de antemano el itinerario que ha de llevar la procesión por las principales calles de la ciudad, y además de esta precaución se toma la de custodiar las tazias con piquetes de caballería, para impedir que los indos las apedreen, en mengua de la paz de su majestad la reina y con peligro de los cráneos de su leales súbditos. La fiesta del Mohurrum en una ciudad guerrera es una causa de inquietud para los funcionarios públicos, pues en caso de tumulto, el culpable es el empleado y no el perturbador de la paz. A los funcionarios toca prever todas las emergencias posibles, y sin llegar en sus precauciones hasta una ridícula nimiedad, deben, por lo menos, procurar que sean adecuadas a las circunstancias.

—¡Oiga usted los tambores!—me dijo Wali Dad—. He ahí el corazón del pueblo, vacío y ruidoso. ¿Cómo cree usted que transcurra la fiesta en este año? Para mí, habrá perturbaciones.

Al decir esto, desapareció por una callejuela transversal, dejándome solo, en compañía de las estrellas y de una patrulla de Policía entregada al sueño. Yo me fui a la cama, y soñé que Wali Dad saqueaba la ciudad en tanto que yo desempeñaba las funciones de visir de Lalun, con la huqa como atributo de mi dignidad.

Durante todo el siguiente día los tambores de Mohurrum recorrieron la ciudad, y varias comisiones de caballeros indos, muy afligidos, visitaron al gobernador para decirle que antes que despuntase la próxima aurora todos ellos serían asesinados por los mahometanos.

—Esto —decía confidencialmente la primera autoridad al jefe de la Policía— indica que los indos van a hacer una diablura. Creo que lo conveniente es salirles al paso y prepararles una sorpresa. Yo me he entendido con los jefes de los dos cerdos, y los tengo

bien amonestados. Si no me hacen caso, peor para ellos.

Por la noche hubo una afluencia extraordinaria en la casa de Lalun, pero los concurrentes eran desconocidos para mí, pues no los había visto antes en el saloncito de la Perla. Yo sólo conocía al caballero corpulento, vestido de negro y con espejuelos de oro. Como siempre, Wali Dad ocupaba su asiento en la ventana, y noté en sus palabras mayor acritud contra los contrayentes de su religión y contra las manifestaciones a que se entregaban. La doncella de Lalun estaba atareadísima, cortando y mezclando tabaco para las visitas. Oíamos el ronco redoble de los tambores a medida que cada tazia era conducida procesionalmente hacia el centro de reunión de todas las que se encontraban en la llanura, fuera del recinto fortificado de la ciudad. De allí volverían las tazias en procesión triunfal, después de haber recorrido el circuito de las murallas. En todas las casas había antorchas, y sólo el castillo de Amara se destacaba negro y silencioso.

Cesó el ruido de tambores. Todos en el saloncito guardaban silencio.

—Ha partido la primera tazia—dijo Wali Dad, mirando hacia la llanura.

—Es muy temprano—repuso el señor corpulento de los espejuelos.

—Apenas son las ocho y media.

Todos se levantaron para salir. Cuando el último de ellos hubo partido, dijo Lalun:

—Algunos vienen de Ladakh. Me trajeron tabletas de té ruso, o más bien del que venden los rusos, y una urna para el té, fabricada en Peshavar. Quiero que me diga usted cómo preparan la bebida los Mensahibas.

La tableta de té era abominable. Cuando lo hubimos bebido, Wali Dad propuso que él y yo saliéramos para ver las calles.

—Casi tengo la seguridad de que habrá tumulto esta noche— lijo—. Todo el mundo lo cree en la ciudad, y ya sabe que Vox Populi es Vox Dei, como dicen los Bahus. En la puerta de Padshahi encontrará usted mi caballo a cualquier hora de la noche, por si desea ir a ver lo que pasa. El espectáculo es de lamentable pobreza.

¿Qué satisfacción puede producir el grito de Ya Hasan, Ya Hassain, repetido mil veces en una noche?

Todas las tazias, en número de veintidós, habían entrado en el recinto de la ciudad. Los tambores redoblaban y la muchedumbre prorrumpía en su grito:

—¡Ya Hasan! ¡Ya Hassain!

Todos se daban golpes de pecho. Las músicas de viento hacían el mayor estrépito posible. En plazas y encrucijadas había predicadores musulmanes que referían el triste fin de los dos mártires. Era imposible dar un paso, a menos de seguir los movimiento de la muchedumbre, pues las calles tienen una anchura que no excede de cinco metros. En el barrio indo, puertas y ventanas estaban con los cerrojos corridos y cruzadas las barras de seguridad. Avanzó la primera tazia, que era una obra primorosa de tres metros de altura, llevada en hombros por veinte fieles de mucha corpulencia. Iba por la penumbra de la Rambla de los Jinetes, cuando un ladrillazo muy certero despedazó el talco y los oropeles de la fingida tumba.

—¿En tus manos, Señor?— dijo Wali Dad, profanando cómicamente las palabras que los creyentes no pronuncian sin veneración.

En este instante oímos a nuestras espaldas el alarido, y vimos que un oficial indígena, perteneciente al Cuerpo de Policía, hendía con su caballo la masa compacta de los fieles. Al primero siguió otro ladrillazo, y la tazia se bamboleó en el lugar donde la había

detenido el ataque.

—¡Adelante! ¡En nombre del Sirkar, adelante!gritaba el agente de la Policía.

Eran vanas sus palabras. Sonaba un ruido de madera hendida y astillada. Era que la muchedumbre se había detenido frente a la casa de donde salieron los proyectiles, *y* comenzaba a vociferar y a destrozar las contraventanas.

Parecía que aquello era una señal, pues al mismo tiempo estalló la tempestad en seis lugares distintos. La tazias se balanceaban como barquichuelos en un mar agi tado. Las antorchas de los acompañantes subían bajaban. De todas las gargantas salían gritos roncos inarticulados. Algunos mahometanos decían.

—¡Se ha profanado nuestra tazia! ¡Castiguemos los indos! ¡Vamos a sus templos!

Los agentes de Seguridad que acompañaban a la tazias se esforzaban por dar curso al torrente humano empleando para ello sus garrotes; pero eran inútiles lo esfuerzos que hacían, y no pudieron impedir que, acudiendo nuevos contingentes indos, se trabase una lucha general. Entre tanto, a algunos centenares de metros, en donde las tazias no habían sido atacadas todavía, continuaba sin interrupción el grito:

—¡Ya Hasan! ¡Ya Hassain!

Pero pronto la algarada llegó hasta la cola de a procesión. Los sacerdotes bajaron de sus tinglados, y desgajando de éstos las patas en que se sostenían, repartían golpes en defensa de su fe. De los tejados de las casas silenciosas llovían piedras sobre amigos y enemigos. Las calles, atestadas de gente, sonaban con el matraqueo de las porras y el campanilleo de los proyectiles:

—¡Din! ¡Din! ¡Din!

Una tazia que se incendió, en la esquina de la Rambla, fue momentáneamente barrera de fuego entre indos y musulmanes. Pero la muchedumbre venció el obstáculo y se lanzó a la pelea. Wali Dad me llevó a la columna de una fuente pública para ponerme a cubierto.

—Todo se había combinado de antemano—murmuró a mi oído, y hablaba con un calor extraño en un escéptico—. Los ladrillos y piedras estaban en las casas desd hace varios días. ¡Los indos son unos cerdos" Esta noche habrá destripadero de vacas en sus templos.

Las tazias pasaron frente a nuestro escondite.

Una iba ardiendo, otras destrozadas. La gente que las seguía no cesaba de vociferar y de golpear las puertas y ventanas. Pero no se detenía, y continuaba desfilando rápidamente. Pronto supimos la causa de este movimiento, regular hasta cierto punto. Hugonin, el segundo jefe de la Superintendencia de Policía, que era un muchacho de veinte años, se presentó con dieciocho gendarmes que le ayudaban a restablecer la circulación, empujando a todos los que se detenían. Su caballo no respetaba a grandes ni a pequeños, y daba repelones a quien se le atravesaba. El látigo que llevaba en las manos el jinete no dejaba de silbar en el aire, sino para caer sobre las espaldas de los que se detenían.

—Saben que no contamos con fuerzas de Policía suficientes para contenerlos— me dijo al pasar, mientras se restañaba un rasguño que tenía en el rostro—. ¡Lo saben bien! ¿Pero no hay en el club alguien que venga a echarnos una mano? ¡Adelante, hijos de padres quemados!

El látigo restalló sobre las espaldas que se encorvaban. Los gendarmes daban

garrotazos y culatazos. Pasaron las luces y el tumulto. Wali Dad comenzó a proferir juramentos ahogados. En el castillo de Amara vimos subir un cohete; después, dos juntos. Era la señal para pedir refuerzos.

Pettit, el subdelegado, todo cubierto de sudor y polvo, pero siempre tranquilo y sonriente, se retiró hacia una calle despejada que había detrás del cuerpo principal de tumultantes.

—Todavía no hay un solo muerto —dijo—. ¡Voy a tenerlos en movimiento hasta que amanezca! ¡Que no se detengan, Hugonin! Hágalos trotar hasta que vengan los soldados.

Efectivamente, toda la ciencia de la defensa del orden estriba en dar a la muchedumbre un movimiento de traslación. Si se deja a los hombres excitados que tomen aliento y se detengan, lo primero que hacen es incendiar una casa, y cuando esto sucede, el restablecimiento del orden constituye un problema no sólo difícil, sino tal vez irresoluble. Las llamas son para una muchedumbre lo que la sangre para una bestia feroz.

Ya en el club se sabía lo ocurrido, y empezaban a presentarse hombres de frac que prestaban auxilio a la Policía, blandiendo correas, látigos y hasta duelas de barril. No se les atacaba, pues los escandalosos sabían que la muerte de un europeo, significaría la horca, no para uno, sino para muchos, y probablemente la presentación en escena de las mil veces temida artillería. Sin embargo, el clamoreo aumentaba en toda la ciudad. Los indos habían acudido con el más serio propósito de trabar una batalla, y no tardó en volver el oleaje de las turbas.

El espectáculo era de los más extraños. No había tazias, pues de ellas sólo quedaban los armazones. Tampoco había Policía. En tal o cual esquina, un dignatario de la ciudad, indo o mahometano, imploraba en vano de sus respectivos correligionarios que se abstuvieran de alimentar la agitación pública; pero el único resultado de estas prudentes advertencias era que se diese un tirón a la barba venerable del personaje local. Si un oficial indígena de las fuerzas de Policía quedaba desmontado, esto no le impedía emplear las espuelas como arma de represión, advirtiendo de paso que era peligroso insultar al supremo Gobierno. Pero nadie hacía caso de estas amonestaciones. Menudeaban los garrotazos, repartidos al azar. Los combatientes habían llegado al paroxismo del furor. Todos bramaban y echaban espuma por la boca. Si carecían de garrotes, se lanzaban sobre sus adversarios para estrangularlos, y si erraban el golpe, descargaban su ira contra la madera de las puertas.

—Es una fortuna que luchen con armas naturales— dije yo, dirigiéndome a Wali Dad—, pues de otra suerte habría muerto ya la mitad de los habitantes de la ciudad.

Algo me llamó la atención en el rostro de mi compañero. Tenía dilatadas las ventanillas de la nariz y miraba con extraña fijeza. A la vez noté que se golpeaba suavemente el pecho. En aquel momento pasaba frente a nosotros una onda del tumulto: los musulmanes huían en gran número, atacados por un número mayor de indos fanáticos. Wali Dad se apartó de mí, gritando:

—¡Ya Hasan! ¡Ya Hassain!

Y desapareció entre la masa confusa de los combatientes.

Yo me dirigí por una calle lateral a la puerta de Padshahi, y habiendo tomado el caballo de Wali Dad, galopé hacia el castillo. Una vez fuera del recinto amurallado, no tuve del tumulto otra impresión que la de un sordo rumor, muy impresionante a la luz de las estrellas, y que hacía mucho honor a las cincuenta mil gargantas de adultos vigorosos

entregados a las expansiones del odio. Las tropas, llamadas cerca del castillo por indicación del subdelegado, no mostraban la menor inquietud. Dos compañías de infantería indígena, un escuadrón de caballería y una compañía de infantería inglesa aguardaban órdenes en la fachada oriental de edificio. Debo decir, y lo digo con tristeza que, lejos de estar contrariadas, las fuerzas de que hablo tenían deseo de «divertirse». Los oficiales que peinaban canas gruñían, es verdad, y rabiaban por haber tenido que dejar su cama, y los soldados ingleses afectaban contrariedad; pero en el fondo sentían gran satisfacción. Corría por lo bajo esta frase:

—Pólvora sin bala, ¡qué vergüenza!

Alguien dijo:

—¿Va a esperarnos ese canalla? ¡Jamás! Otro habló así:

—Yo quisiera encontrarr allí a mi usurero, para saldar cuentas con él.

—¡Pero quia! Si no vamos ni a desenvainar.

—¡Bravo! ¡El cuarto cohete! ¡Ala faena!

La artillería, que hasta el último instante alimentó la esperanza del bombardeo de una ciudad a cien metros, formó en el parapeto de la parte oriental, y se congratulaba a sí misma, en tanto que la infantería británica tomaba por el camino de la puerta principal de la ciudad. La caballería se dirigió rápidamente a la puerta de Padshahi y la infantería indígena marchó lentamente a la puerta de los Carniceros. Se quería dar una sorpresa desagradable a los amotinados, que acababan de sobreponerse a la fuerzas de la Policía, suficientes hasta ese momento para impedir que los musulmanes prendiesen fuego a algunas casas de indos caracterizados. El desorden se había localizado en los barrios Norte y Noroeste. Los del Este y Sudeste estaban oscuros y silenciosos. Yo me encaminé a la casa de Lalun, pues me parecía conveniente que enviese a alguien en busca de Wali Dad. Encontré la casa sin luz, pero la puerta estaba de par en par, y subí a tientas. A la luz de una lamparilla vi que Lalun y su doncella estaban en la ventana, inclinadas hacia fuera, jadeantes, y ocupadas en tirar de un objeto pesado.

—Vienes tarde..., muy tarde—dijo Lalun sin volver la cara—. Ayúdanos, imbécil, si no has perdido las fuerzas dando gritos entre las tazias. ¡Tira! Nasibanyyo estamos agotadas. ¿Pero es usted, Sahib? Los indos han perseguido a un viejo por el foso, para apalearlo, y le matarán de seguro si dan con él. Ayúdenos usted a sacarlo.

Cogí la bata de seda roja que pendía de la ventana y, ayudado por Lalun y su doncella, tiré con todas mis fuerzas, lo cual hacían las dos mujeres también. El peso era grande, y el que nos fatigaba con ese peso lanzó juramentos en lengua desconocida para mí, cuando finalmete puso el pie en la muralla.

—¡Ahora hay que tirar más fuertemente!—dijo Lalun.

Ya dos manos morenas se afianzaban en el alféizar de la ventana, y casi en el mismo instante, un venerable mahometano caía sin aliento en el saloncito de Lalun. Tenía el turbante caído y llevaba una venda en la mandíbula. Todo su aspecto era el de quien acababa de pasar por momentos de agitación y de lucha, pues venía cubierto de polvo.

Lalun se ocultó el rostro entre las manos y dijo algo respecto a Wali Dad, que yo no pude entender.

Después, para colmo de ventura, Lalun me echó los brazos al cuello, diciendo a la vez cosas muy tiernas. Yo, naturalmente, no me apresuré a interrumpir sus palabras ni sus actos, tanto más cuanto que Nasiban volvió la cara y comenzó a revolver el contenido del

arca de las joyas que estaba en un rincón del saloncito blanco. El mahometano se había acurrucado en el pavimento, y no ocultaba sus emociones, pues echaba centellas por los ojos.

—Un favor más, Sahib, ya que has llegado tan oportunamente—dijo Lalun.

¡Lalun me tuteaba! ¡Delicioso tuteo!

—Hay tropas en toda la ciudad, y podrían maltratar a este anciano. ¿Querrás llevarlo a la puerta de Kumharsen? Allí encontrará un carruaje para que lo conduzca a su casa. Es mi amigo, y tú, Sahib, eres algo más que un amigo. Por eso te pido ese favor.

Nasiban se acercó al anciano e, inclinándose, puso algún objeto en su cinturón. Yo tomé al mahometano, le ayudé a levantarse y me lo llevé del brazo. Teníamos que cruzar la ciudad de Oriente a Poniente, y era imposible no encontrarnos con las tropas. Mucho antes que llegáramos a la Rambla de los Jinetes oí los gritos de la infantería británica, que decía:

—¡Adelante, canallas! ¿Circulad, bribones! ¡Adelante!

Después oímos los golpes de los culatazos y gritos de dolor. La muchedumbre circulaba a golpe seco, pues no se permitió calar bayoneta. Mi compañero refunfuñaba. La muchedumbre nos empujó, y tuvimos por fuerza que cruzar la línea de soldados. Al asirlo de la mano toqué una pulsera —la argolla de hierro de los sikhos—; pero esto no me inspiró sospechas, pues diez minutos antes Lalun había puesto sus brazos en torno de mi cuello. Tres veces nos hizo retroceder la muchedumbre, y después de pasar por las filas de la infantería británica, encontramos a la caballería sikh, ocupada en disolver un grupo con el regatón de las lanzas.

—¿Quiénes son éstos, perro?— preguntó el viejo.

—Los sikhos de la Guerdia, padre. Pasamos las filas de jinetes, que iban de dos en dos. Encontramos inmediatamente después al subdelegado con el casco de corcho hendido, y rodeado de un grupo de señores que habían salido del club para prestar sus servicios a la autoridad en calidad de voluntarios y aficionados. Estos elegantes se portaron con energía y ayudaron muy bien a los agentes de la autoridad.

—No los dejaremos que se detengan hasta la salida del sol —dijo Petitt—. ¿Y qué casta de amigo trae usted? Parece un bandido.

Yo apenas tuve tiempo para decir:

—¡La protección del Sirkar!

Otro torrente humano se precipitaba delante de la infantería indígena, y nos empujó hasta la puerta de Kumharsen.

Petitt se desvaneció como una sombra.

—No conozco..., no puedo ver...; todo esto es nuevo para mí.

Así hablaba mi compañero, con voz quejumbrosa.

—¿Cuántos soldados hay en la ciudad?— preguntó.

—Tal vez quinientos— contesté.

—¡Y toda esa gente se deja llevar por quinientos hombres! ¡Y entre ellos hay sickhos! Soy viejo, muy viejo. Lo nuevo es la puerta de Kumharsen. ¿Quién derribó los leones de piedra? ¿Y el acueducto? Sahib, soy muy viejo y ya no puedo con mis pobres huesos.

Al decir esto se dejó caer en el pavimento, a la sombra de la puerta de Kumharsen. El sitio estaba solitario. Saliendo de las tinieblas que nos rodeaban, se nos acercó un caballero corpulento, con espejuelos de oro.

—Mucho le agradezco a usted que haya traído a mi amigo—dijo aquel caballero afablemente—. Es un propietario de Akala. No está bien que venga a una gran ciudad como ésta en momentos de excitación religiosa. Allí tengo un carruaje. ¿Será usted tan amable que me ayude a llevarlo hasta que lo acomodemos en el coche? Ya es muy tarde.

Llevamos, en efecto, al anciano hasta instalarlo en una victoria de alquiler que estaba cerca de la puerta, y yo volví a la casa de la muralla. Quedaban algunos rezagados que no querían entrar en sus hogares, por más esfuerzos que hacían las tropas y por más que restallaba el látigo del segundo jefe de la Superintendencia del Distrito. Aterrorizados, algunos bunnias se colgaban de los estribos de la caballería gritando que no podían ir a sus casas porque habían sido saqueadas. Esto era una solemne mentira, y los gigantes soldados de la caballería sikh les daban palmadas en el hombro, diciéndoles:

—Si vuestras casas han sido robadas, lo sentimos; pero debéis retiraros, en evitación de mayores males.

Algunos soldados ingleses, se cogían por las manos, y corrían, barriendo así las estrechas calles laterales. Con gritos y carreras dispersaban grandes grupos de indos y musulmanes. Jamás se vio el entusiasmo religioso más sistemáticamente aplastado como lo fue esa noche el de los dos bandos, y jamás los perturbadores de la paz pública se sintieron tan fatigados de correr y tan doloridos de los pies. Se los arrojaba de las esquinas en donde buscaban refugio, se los sacaba de los baches en donde se dejaban caer, se los arrancaba de las columnas y pilones, se los azotaba en el interior de los establos.

—¡A casa! ¡A casa todo el mundo!

—¿No tenéis casa? Tanto peor para vosotros. Con eso correreis más.

Cuando llegué a la de Lalun tropecé con un hombre que estaba en el umbral. Sollozaba histéricamente y hacia con los brazos un movimiento semejante al aleteo de un ganso. Era Wali Dad, agnóstico, enemigo de la fe, sin zapatos, sin turbante, con la boca llena de espuma y el pecho cubierto de heridas que se había hecho a sí mismo, hincándose las uñas. A su lado había una antorcha despedazada. Sus labios murmuraban con voz trémula:

—¡Ya Hasan! ¡Ya Hassain!

Yo me incliné y pude llevarlo escalera arriba hasta dejarlo en el primer descanso. Salí después y, arrojandc una chinita a la ventana de Lalun, huí en dirección a mi casa.

Casi todas las calles que atravesé estaban silenciosas y tranquilas. El viento frío de la madrugada silbaba en ellas. Cuando llegué a la plaza de la Mezquita vi er el centro a un hombre inclinado sobre un cadáver. El cráneo del difunto había sido roto con un fusil o una estaca

—No está mal que *haya* una víctim¿ expiatoria—dijo Petitt, levantando la cabeza informe de muerto—. ¡Ya esas bestias feroces habían sacado los dien tes más de lo que convenía!

A lo lejos, la soldadesca, descargando los último: culetazos, cantaba alegremente:

Quiero ver tus negros ojos...

Ya vosotros, como lectores inteligentes, al instante os habéis hecho cargo de lo que pasó, yo no. Confieso que fui poco perspicaz. Al hacerse pública la noticia de la evasión de Khem Singh, yo no tuve la menor sospecha —puesto que vivía los acontecimientos y no los narraba—, no tuve, digo, la menor sospecha de que Lalun, el caballero gordo de

los espejuelos de oro, y yo en gran parte, habíamos sido los principales coadyuvadores de la evasión. Tampoco me pasó por la mente que Wali Dad era el encargado de llevar a Khem Singh de un extremo al otro de la ciudad, y que cuando Lalun me echó los brazos al cuello, ocultaba los movimientos de Nasiban, su doncella, que en aquel momento daba dinero al fugitivo. Y, por último, estaba yo ignorante de que mi cara y el traje de europeo fueron para Khem Singh más propicios que lo hubieran sido el traje y la cara de Wali Dad, tan poco digno de la confianza de Lalun. Lo único que supe entonces fue lo que supo todo el mundo; esto es: que cuando llegó la noticia del tumulto, Khem Singh aprovechó la confusión del castillo para escaparse, y que los dos asistentes sikhos también huyeron por su lado.

Posteriormente, Khem Singh y yo recibimos amplios informes sobre nuestras relaciones occidentales. El huyó adonde estaban sus amigos de antaño; pero encontró que eran pocos (pues muchos habían muerto) y que los supervivientes habían cambiado por una larga familiaridad con las cóleras del supremo Gobierno. Acudió entonces a la juventud; pero ya había pasado el esplendor de su nombre y de su fama. Khem Singh no llevaba el argumento decisivo para la juventud; no podía dar empleos, pensiones, condecoraciones y grados. No tenía influencia. Lo único que podía ofrecerles era la perspectiva de una muerte tan segura como gloriosa, atados a la boca de un cañón. Escribió cartas, hizo promesas. ¿Para qué? Las cartas cayeron en manos desleales, y un polizonte de ínfima categoría ganó un ascenso describiendo a la superioridad la trayectoria de la actividad epistolar de Khem Singh. Pero, sobre todo, Khem Singh era muy viejo. El aguardiente con anís escaseaba en el campo. El veterano empezó a recordar la vajilla de plata y la mullida cama que tenía en el castillo de Amara. El caballero corpulento de los espejuelos de oro oyó frases amargas de los que le habían confiado la evasión de Khem Singh. Este no valía el dinero gastado en su fuga.

—¡Los majaderos ingleses tienen una clemencia infinita! —dijo Khem Singh al darse cuenta de su situación—. Yo iré voluntariamente al castillo de Amara, y esto me honrará mucho. Lo único que os pido es que me deis buena ropa, pues deseo presentarme decorosamente.

Y así fue como llamó Khem Singh al postigo de la fortaleza. Conducido a la presencia del capitán y del teniente, vio que éstos habían encanecido en pocos días, pues diariamente llegaban de Simia pliegos lacrados en los que se leía esta palabra: Reservado.

—Aquí estoy, capitán Sahig—dijo Khem Singh—. Ya no me vigile usted. Es inútil. Aquello está perdido.

Pocos días después vi a Khem Singh por la primera vez como Kehm Singh. El me habló suponiendo que había habido una inteligencia entre los dos.

—Lo hizo usted muy bien, Sahib. Yo admiré la astucia con que usted me llevó audazmente hasta ponerme a la vista de los soldados, que me habrían hecho pedazos al reconocerme. Hay actualmente en el castillo de Ultargaid un prisionero cuya evasión podría auxiliar fácilmente un hombre de la sangre fría de usted. Voy a trazarle aquí en la arena la posición del castillo...

Yo, entre tanto, pensaba cómo llegué a ser efectivamente el visir de Lalun.